



El del abrazo sauce

May Ferreira

Letrame

El abrazo del sauce



El abrazo del sauce

May Ferreira



Primera edición: mayo 2018

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© May Ferreira

Edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.

Diseño de portada: Antonio F. López.

ISBN: 978-84-17499-31-0

DEPÓSITO LEGAL: AL 957-2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Este libro colabora con:

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

“El mundo exige resultados, no le cuentes a otros
tus dolores de parto, muéstrales al niño”.

Indira Gandhi

A mi marido Juan, y a mis hijas, María y Julia,
que creyeron que podría lograrlo.

A mis padres, siempre a mi lado, sin desfallecer.

ÍNDICE

La aldea.....	13
Una nueva mirada.....	35
Un caballero.....	47
Maracaibo.....	61
Recuerdos de juventud.....	75
Carta de Elena: tú y yo apenas nos conocemos.....	87
Bendita rutina.....	101
La sorpresa.....	113
Un buen abogado.....	127
El país de la eterna primavera.....	145
El legado.....	177

Trapos en el corazón.....	203
Un viejo bolero.....	227
Querida Gisele.....	245
Rumore, rumore.....	257
A la sombra.....	265

La aldea

La tos sonó áspera y vieja desde la habitación de la enferma y su ruido sobresaltó a Elena, que faenaba en la cocina. A pesar de conocer el delicado estado de salud de Esperanza, siempre le asustaba cualquier movimiento o ruido que procediera de la habitación de mayores. Así llamaba Elena desde pequeña a la habitación de sus padres. La tos retumbó de nuevo y Elena se dirigió a la habitación con caminar presuroso.

—¿Cómo se encuentra, madre? ¿Quiere beber?

La mujer apenas musitó un leve sonido y señaló la botella de agua. El recipiente se encontraba en la mesita de noche pegada a la cama, pero las fuerzas de Esperanza eran ya tan escasas que no pudo llenar el vaso. Miró a Elena con infinita ternura. Ambas compartían unos bellos ojos negros, intensos y almendrados, pero mientras los de la hija lucían cansados, los de la madre anticipaban

un final cercano. Pocas cosas la ataban ya a este mundo, salvo el profundo amor que sentía por su hija, pero intuía que sus fuerzas menguaban cada día un poco más porque se preparaba para un viaje muy etéreo y lejano, en el que volaría a reencontrarse con el amor de su vida. Solo le dolía dejar a su pequeña siendo aún tan joven, aunque sabía que era madura y responsable.

—Descanse madre, dentro de un rato le traeré un tazón de leche migado con mucha azúcar, como a usted le gusta —dijo con ternura.

Esperanza sonrió agradecida. Cada movimiento, cada gesto que hacía transmitía una inmensa gratitud por su hija, por el enorme

13

cariño con el que la cuidaba. La madre sabía con certeza que apenas podía darle algo del gran amor que le inundaba el corazón. «Mi

hija», pensaba la mujer, y aquellas dos palabras le abrasaban el alma, atiborraban su cansado corazón de calor y paz. Elena, ajena a los

pensamientos de su madre, le dio dos besos seguidos en la frente

mientras le apretaba la mano con suavidad. Estiró la sábana, le arre-

gló la almohada y salió de la habitación mientras decía:

—Llámeme si precisa algo, madre.

Esperanza, esforzándose por hablar con una voz clara, carras-

peó y le dijo:

—Hija, esa carta que está en la mesilla tienes que llevarla al correo, es importante.

—Claro que sí, madre, después la llevaré, usted ahora descanse y no se preocupe por nada.

Echó un vistazo al sobre, estaba escrito con letra temblorosa y grande. Era para su tía Liceria que se había marchado a Madrid cuando murió su marido. Le extrañó un poco porque su madre no solía escribir, pero se encogió de hombros sin darle más importancia, ya que las dos cuñadas siempre habían tenido un sincero aprecio mutuo y se habían apoyado la una en la otra sin reparos cuando la vida se lo había puesto cuesta arriba.

En la vieja lareira (cocina tradicional gallega) seguía sonando el bolero que tanto le gustaba a Elena. Aquella voz femenina y acaramelada acompañaba a la joven mientras atendía sus quehaceres domésticos. El tocadiscos era un regalo de don Ernesto, el médico del pueblo. Este no solo se ocupaba de la enfermedad de su madre y de procurarle medicamentos cuando el dinero no les alcanzaba, sino que ayudaba a satisfacer algunas aficiones de Elena como eran la lectura y la música.

En efecto, cuando don Ernesto iba a la ciudad, le solía obsequiar con un disco o algún libro que Elena devoraba, leyéndolo a los pies de la cama de su madre. Así conseguía evadirse de las preocupacio-

14

nes que atenazaban su joven vida y transportaba a su madre lejos de la enfermedad y la cama que le habían robado su libertad. Don

Ernesto era un hombre bueno y culto, de los pocos que había en el pueblo, ya que la mayoría se dedicaba a sus pequeños huertos y al cuidado de algunos animales como gallinas y cerdos, y aquellas tareas poco cultivaban el espíritu. Escaseaban en aquella aldea las personas amantes de la lectura. Solo en la cantina del pueblo se veía de vez en cuando algún parroquiano ojear los artículos de *El orensa-*

no, una especie de gaceta local que solo hablaba de sucesos. Por eso los libros y los discos que le regalaba el viejo médico eran para Elena objeto de devoción. Los días que el galeno iba a la ciudad y traía

un regalo para Elena, ella preparaba la cena con más rapidez que de costumbre y, una vez había recogido la cocina, iba a la habitación de mayores para iniciar la lectura a su madre y oír juntas el nuevo disco que alegraba sus largas noches de invierno.

Las dos mujeres seguían viviendo en la casa familiar de Artexa, la que había construido a fuerza de tesón e ilusión el padre de fa-

milia, Agustín, el carpintero del pueblo. Este era un conjunto de casas construidas en torno a las huertas en una ladera escarpada del monte, con las mínimas infraestructuras y sin ninguna pretensión arquitectónica.

Esa situación, encaramado en el monte, le convertía en un terreno fértil, ya que contaba con la luz del sol durante muchas horas, lo que permitía una estupenda maduración de las vides que rodeaban el pueblo. Los habitantes rondaban los doscientos, pero el porcentaje de niños y jóvenes era pequeño, lo que le daba al pueblo un cierto aire apagado y silencioso. Solo cuando los niños llegaban de la escuela, que estaba a diez kilómetros, se rompía en parte aquella quietud.

Agustín, el padre de Elena, fue uno de los carpinteros con mayor fama de la comarca, ya que sus manos parecían las de un artista que trabajaba la madera con delicadeza y finura. Era un hombre bueno, honrado y recto. Un trabajador incansable que todo lo hacía por el

15

bienestar de su esposa y de su hija. De su adorada hija Elena porque ella fue el fruto tardío de su matrimonio con Esperanza. Cuando

ya ambos se habían hecho a la idea de envejecer juntos, sin la bendición de los hijos, Esperanza pasó varias semanas con malestares

desconocidos hasta entonces. Siempre andaba adormecida, su estómago se volvió raro y comía lo que le apetecía, pero le sentaba muy mal. Empezó a moverse con ademanes más torpes y a sentirse hinchada. Cuando Esperanza hiló todos sus malestares y empezó a tener una vaga sospecha de su preñez, descartó de inmediato esa idea, de puro miedo por sentir una ilusión que seguro se desvanecería. Pero una visita a don Ernesto confirmaría la buena nueva que la naturaleza se había empeñado en negarles durante años.

—Tranquila, Esperanza, no tienes ningún mal que no se cure en nueve meses; bueno, en tu caso, en siete. Enhorabuena. Pellizcó su mejilla con evidente gesto de confianza y cariño.

El carpintero bajó entonces del desván una hermosa cuna de madera que había tallado con sus manos en su primer año de matrimonio. Para no entristecer a Esperanza, que veía cómo los años pasaban y la cuna seguía vacía, su esposo había decidido retirarla de su mirada, y así fue como aquel hermoso mueble acabó tapado por una vieja manta en el desván. La espera se hizo larga para el matrimonio que extremó los cuidados en torno a Esperanza, esta dejó de hacer esfuerzos, no cogía pesos y se pasaba largas horas en la mecedora acariciando aquella tripa cada vez más abultada y movida.

Agustín se esmeraba en los mimos a su esposa y cuando la gordura ya le pesaba, al final del embarazo, aliviaba sus pies hinchados con un masaje a base de una infusión que él mismo preparaba.

Elena llegó al mundo un 11 de septiembre cuando todo el pueblo se preparaba para una vendimia que se anunciaba abundante y de calidad. Después de un parto seco y duro en el que los alaridos de dolor de la parturienta se oyeron en toda la aldea, Elena asomó su morena cabecita entre las piernas de su madre. La matrona la sacudió como si fuera un conejo y, tras la palmada de rigor, el bebé empezó a llorar.

16

—Es una niña —dijo mirando a la madre, que yacía exhausta.

Ella ya lo sabía porque durante todo el embarazo soñó a menudo con ella y sabía que tendría una hija. «Se llamará Elena, como mi madre», decidió internamente.

El padre de la criatura experimentó un carrusel de emociones difícil de controlar y más aún de explicar. Sentía una ternura inmensa ante aquel trozo de carne sonrosada y blanda que era suyo. Sangre de su sangre. Sintió una oleada de amor que le inundó todo el cuerpo. Y a la vez un estremecimiento extraño. Supo que aquella

criatura había llegado a este mundo llamada para grandes acciones.

—Será una gran mujer, una persona importante —musitó Agustín para sus adentros al tiempo que evitaba en sus pensamientos una pesada neblina que cruzaba su mente empañándola.

Aquella niña también sería protagonista de grandes tristezas y dolorosas ausencias. Pero Agustín sacudió con fuerza la cabeza, decidido a aislar cualquier sentimiento negativo. La vida eran penas y alegrías. Pero aquel era momento de júbilo.

—La amaré con todas mis fuerzas, la protegeré de todo peligro, le enseñaré a caminar por la vida. Seré su faro y su guía y ella será la felicidad que tanto anhelábamos.

Agustín acercó a la pequeña a su cara, aspiró su olor dulzón y la arrulló en su regazo.

Su aroma caliente y penetrante se quedó grabado a fuego en su corazón. Se sentía torpe con una recién nacida entre sus manos.

Apenas había tenido contacto con niños pero, ante aquella criaturita, sabía que sería el padre más hábil del mundo de forma intuitiva, sin grandes aprendizajes. Las semanas siguientes al nacimiento de la pequeña fueron de absoluta novedad en aquella casa, que poco a poco se fue adaptando a los horarios y rutinas de un bebé. La niña pasaba más tiempo con su padre que con la madre ya que Esperan-

za precisó de muchos días y cuidados para recuperarse de un parto difícil en una madre añosa. Le acercaban a la pequeña para darle de

17

mamar pero la niña se revolvió furiosa e impaciente porque tenía hambre y la madre apenas producía leche, lo cual era muy frustrante

para la mamá primeriza que sucumbió también a una cierta tristeza y melancolía tras parir. Aquel estado de ánimo apático hacía que la madre se sintiera muy confundida, ya que estaba convencida de que todo sería alegría tras el esperado nacimiento.

Después de tres días de llantos incesantes de la pequeña que no conseguía alimento suficiente de los pechos de su madre, Agustín resolvió hacer caso a la matrona, que le aconsejó buscar una nodriza sana para evitar agotar a la estrenada madre en un esfuerzo inútil.

Le hablaron de una moza recién parida en una aldea próxima y le ofreció un jornal, techo y alimento para ella y su hijo. Así fue como Esperanza inició una recuperación más sosegada al dejar de oír el llanto permanente de Elena, y la pequeña cogió peso de forma visible. Agustín madrugaba más que nunca para ir a la carpintería y acabar la faena y los encargos lo antes posible. Regresaba a su casa impaciente por abrazar a su mujer que poco a poco recuperaba el color de sus mejillas y las fuerzas para querer levantarse. Después

del beso lleno de amor a su esposa, se abalanzaba literalmente sobre la cuna para contemplar embelesado a su hija. Cada día le descubría un nuevo gesto, un nuevo movimiento, una nueva sonrisa. A medida que la pequeña crecía, de la misma forma, aumentaba el amor que el padre sentía por ella. No se podía amar con más intensidad.

Esperanza quedó desgastada por el parto y, aunque retomó su vida normal y sacaba adelante su hogar con eficacia, sus fuerzas estaban mermadas y con frecuencia se veía obligada a descansar o sentarse antes de llevar a cabo una tarea. Pero siempre lo hacía con discreción y fuera de la vista de su marido, al que no quería preocupar ni empañar la alegría que sentía desde que era padre. Esperanza recurría a muchos remedios naturales que le recomendaban amigas y vecinas: hinojo y limón para estar más vital, romero y canela para ahuyentar el dolor de estómago y sándalo con granos de café para el ánimo. Agustín hacía como que no veía todo aquello, aunque no

18

era ajeno a nada de lo que le ocurría a su esposa y la observaba en silencio, queriéndola aún más, por la discreción con que defendía la armonía familiar.

Los primeros años de vida de Elena transcurrieron en un soplo, volaron sin sentir, viendo los progresos de la pequeña, como sus

primeros balbuceos o sus primeros pasos. Era una niña bonita y vivaracha que inundó la vida de sus padres de momentos entrañables. Se crio sana y fuerte y no necesitó más remedios que los habituales de los malestares de la niñez. Era de tez blanca y pelo oscuro, se parecía a su madre en el aspecto físico aunque era determinada, rápida y lista como su padre. Disfrutaba enormemente con los juegos que compartía con su progenitor y le escuchaba embobada cuando le contaba cuentos a los que su padre le cambiaba el final para dar más emoción a sus relatos repetidos noche tras noche antes de dormir a la pequeña.

Hasta alcanzar los cinco años, Elena compartió todo su tiempo con sus padres y algunos de los jornaleros que les ayudaban en las tareas de la huerta y el campo. Cumplidos los seis, la llevaron a la escuela del pueblo próximo mientras a ambos se les partía el corazón por separarse unas horas de su pequeña, pero entendían que la niña debía relacionarse con chiquillos de su edad y aprender todo lo posible. Esta era una afirmación de Agustín que creía firmemente en que su hija tendría un buen futuro pasando por la escuela y, tal vez más adelante, por la universidad.

—Eres un soñador —afirmaba con orgullo y ternura Esperanza

cuando su marido le hablaba de los planes que crecían en su cabeza sobre el futuro de la hija. Pero él estaba seguro de que la pequeña les daría grandes satisfacciones y, para lograrlo, había que empezar por la escuela. Contrariamente a lo que se había imaginado su madre, pensando que Elena se pondría triste o morriñosa al despedirse de ellos, la niña apareció en la cocina primorosamente peinada con dos trenzas adornadas con sus lazos, de la misma tela que la bata que llevaba por encima de su ropa. Esperanza disfrutaba cuidando

19

la apariencia de su hija, y cosía ropa para ella en las largas noches de invierno. Cuando iban a la ciudad aprovechaba para comprar algunas telas fuertes y abrigadas para hacer frente a los meses más fríos

y ligeras y estampadas para la primavera y el verano.

—Ya nos podemos ir, padre, no quiero llegar tarde —dijo resuelta—, cogiendo la tartera que su madre le había preparado con un almuerzo ligero y un tentempié para el recreo.

En una bolsa de cuero había metido una pizarra rectangular con dos tizas blancas, una libreta de renglones, un lápiz y una goma.

—Cuida el material y solo contesta cuando te pregunten, hija

—le dijo su padre a modo de recomendación.

—Estaré deseando verte esta tarde —le dijo su madre al tiempo

que la abrazaba.

Esperanza sintió una punzada de alegría al ver la mirada decidida de su hija y en su subconsciente comprendió que la pequeña era mucho más fuerte de lo que ella había sido nunca. Su padre le acarició el pelo y se dirigió con ella hacia la puerta, desde allí caminaron de la mano hacia la parte alta del pueblo, donde el destartado coche de línea que les llevaría hasta la escuela hacía su única parada. Delante de la cantina, en el otro extremo de la carretera, se veía a Migueliño moviendo nervioso su cartera y dando patadas a las piedras. Cuando atisbó la figura de Elena con su padre echó a correr a su encuentro.

—Buenos días, pensé que no llegabas a tiempo. —En ese momento se oyó el ruido del autobús desvencijado levantando una enorme polvareda. Le tendió la mano.

—Vamos, corre —insistió el niño.

Elena apenas tuvo un momento para volverse hacia su padre y plantarle un sonoro beso en la mejilla mientras él se agachaba para musitarle al oído: «Aprovecha la escuela, hija, y ten cuidado». Ella asintió con la cabeza y le dedicó a su padre una amplia sonrisa, que

era la declaración de amor más tierna. Migueliño era el mejor amigo de Elena. Aunque era tres años mayor que ella, siempre le había

sentido como una sombra cerca de ella en las tardes de domingo en las que compartían juegos mientras su padre echaba la partida a las cartas y su madre se sentaba con las mujeres del pueblo a tejer y hablar. Esos eran los únicos entretenimientos que había en una aldea tan pequeña como aquella. El niño se mantenía cerca de ella cuando iban juntos al colegio y era un eficaz guardián, anticipándose a peligros o inseguridades que le pudieran acechar.

Es cierto que había más niños en el pueblo, pero Migueliño siempre fue especial para ella, tal vez porque era algo mayor y tenía esa mezcla de decisión y capacidad de protección que a ella le gustaba. La aldea tenía pocos habitantes, cada vez menos, la gente huía hacia la ciudad en busca de oportunidades y familias enteras habían abandonado sus casas. Estas solo recuperaban el bullicio en los meses de verano, cuando algunos de esos emigrantes forzosos disfrutaban de unos días de asueto. Por eso, la soledad impuesta por la escasa chiquillería en aquel pueblo silencioso les había unido más si cabe y Elena y Migueliño se habían vuelto inseparables. Él se convirtió en el mejor escudero de la niña en los trayectos hasta la escuela y durante todo el tiempo que pasaban allí, cuidaba que ella

no se metiera en líos ni en pequeñas trifulcas infantiles, comprobaba que acabara la comida que le había puesto su madre y, en definitiva, ejercía una supervisión constante pero suave al mismo tiempo que a Elena le permitía crecer con alegría y con el convencimiento de que, si lo necesitaba, Miguel estaría a su lado, con ella.

La maestra de la escuela era doña Elvira, una mujer atractiva y con aire noble que rondaba los cuarenta, aunque a los niños, desde sus inocentes ojos, les parecía una persona muy mayor. Ella era maestra por vocación y disfrutaba con sus alumnos y su aprendizaje; ellos eran su vida y, la escuela, su refugio. Había pedido el traslado desde una capital de provincia de Andalucía, donde sufrió el peor desengaño de su vida.

21

En aquel bello lugar de la costa, a más de mil kilómetros de su emplazamiento actual, se enamoró de un hombre educado y galante

por el que sintió un flechazo nada más conocerlo. Él iba una vez por semana a llevar pedidos a una droguería que estaba enfrente de la escuela, y ella esperaba con impaciencia todos los miércoles para mirar a hurtadillas por la ventana y verlo deambular con las cajas que iba dejando en el mostrador. Durante ese rato, la maestra les pedía a los niños que leyeran un texto bastante largo y apuntaran

todas las palabras que no entendían. Su corazón alborotado le impedía concentrarse en cualquier otra tarea mientras aquel hombre ocupaba su vista desde la ventana.

Un día se decidió a adelantar un poco la hora del recreo y, mientras vigilaba a los niños que correteaban en el patio, su mirada se cruzó con la de Mariano, que así se llamaba el viajante de productos de limpieza. Ambos se quedaron enganchados sin poder levantar la mirada hacia otro lado hasta que Elvira notó que el rubor de sus mejillas la estaba delatando y decidió dar por terminado el recreo. A esas miradas siguieron otras muchas, a esos miércoles siguieron otros muchos que ambos anhelaban durante el resto de la semana. Así se inició un ritual de sonrisas silenciosas, miradas esquivas y ansias contenidas. Un día Mariano avanzó con paso decidido hacia la maestra y la invitó a dar un paseo al finalizar la jornada. Aquella tarde, enfrente de una frasca de vino clarete en una taberna, se hicieron muchas confidencias, se contaron sus vidas, se sonrieron y se despidieron hasta la semana siguiente.

La maestra y el viajante se citaban todas las semanas. Solo un día tenían para vivir su amor y otros seis para recordar los ojos, las manos, las palabras, los suspiros. Se veían con mucha discreción,

en sitios alejados de la escuela y del humilde barrio donde vivía la maestra, próximo al viejo puerto de pescadores. Poco a poco la confianza fue creciendo entre ellos a medida que las barreras de ella iban cayendo una tras otra. Una tarde de sábado con las manos entrelazadas subieron a una fonda donde él pagó por adelantado. Ella

22

experimentó una sensación desagradable, un escalofrío inoportuno, pero pronto la mano de Mariano en su cintura despejó todos sus nubarrones y se dejó entonces caer en el catre de madera que a ella le pareció el paraíso. Se amaron con pasión y con enorme ternura muchos días, muchas tardes, hasta que uno de aquellos sábados de otoño Mariano faltó a su cita.

Ella le esperó en la fonda durante horas, hasta que comprendió que era noche cerrada y algo habría ocurrido. La vieja dueña de la fonda se apiadó de su aspecto triste y le ofreció un tazón de leche caliente.

—Ay, hija, los hombres, no se puede confiar en ninguno, te traicionan al principio o al final, pero te traicionan.

Elvira apenas tomó un sorbo de leche y la miró desafiante: «A Mariano le ha pasado algo, por eso no ha venido», dijo alzando la voz.

Y, con la misma energía, se levantó dando las gracias y se fue. La vieja la miró apenada mientras decía para sus adentros: «Prepárate, ahora empieza la amargura».

Aquel negocio que regentaba le había permitido conocer mucho del alma humana, de las ansias masculinas y de los desengaños femeninos. Elvira volvió otro sábado, y otro, y otro, y otro hasta que perdió la cuenta de las citas a las que su amor no se presentó. La vieja la miraba mohína y pesimista, conmovida ante aquella mujer que sufría en silencio. Pero Elvira no le permitía comentarios, aunque las lágrimas secas y la dura incertidumbre iban por dentro.

—Déjelo, por favor —contestaba invariablemente cuando intuía que iba a empezar a relatar las maldades de los hombres. Pero Mariano no era de esos hombres. Elvira sabía que era de fiar, un hombre de una pieza. El hombre al que ella le entregó su amor y su inocencia, su vida entera.

Cuando sus sábados se convirtieron en un pesar de ausencias y dudas se dio cuenta de que de su amor solo sabía su nombre, ni

23

siquiera conocía su apellido, tan solo que vivía en otra ciudad de la costa, a dos horas de camino. Sabía el nombre de la empresa que

representaba: «Productos de limpieza Ramírez». No necesitó estar

al corriente de más datos de su amor, le bastaba con vivirlo; las pocas horas que pasaban juntos volaban como un suspiro y dejaban poco espacio para charlas intrascendentes. Se amaban y punto. No preguntaba aunque, cuando él hablaba, le escuchaba encandilada. Elvira se percató que apenas sabían uno del otro más allá de los datos que saltaban a la vista. Al amor y la pasión les sobraba todo lo demás.

Un viernes, Elvira decidió acabar las clases un par de horas antes pretextando un dolor de cabeza y, cuando los niños abandonaron el aula y ella dejó todo recogido, se encaminó a la parada del coche de línea con un simple bolso en el que llevaba una muda y un neceser. Estaba decidida a pasar todo el fin de semana si era preciso buscando a su amor para ayudarlo, porque sabía que algo grave le había ocurrido. Algo muy delicado, estaba segura, y tan trascendente que le había hecho faltar a sus citas.

Cuando llegó a su destino ya oscurecía y se dirigió a un hostal cercano donde pasó la noche. Apenas pudo dormir porque la impaciencia le impedía conciliar el sueño; imaginaba una y otra vez qué le diría a Mariano cuando lo viera. No, no le diría nada, primero lo abrazaría y lo besaría sin parar, ya habría tiempo después para

explicaciones. Trataba de imaginar qué tipo de imprevisto le había impedido acudir a sus encuentros: seguramente un contratiempo de tipo familiar, tal vez sus padres o alguna dificultad en el trabajo o, peor aún, su salud. Solamente la idea de que su amor estuviera enfermo y lejos de ella la descentraba.

Por la mañana se puso un vestido camisero, se sujetó el pelo con una diadema, se pintó los labios de carmín y se adornó con un collar de perlas de su madre, que era la única joya que tenía, la que guardaba para las ocasiones especiales. Echó un vistazo al espejo pero fue incapaz de verse, lanzó un suspiro y salió a la calle bus-

24

cando la nave en la que estaba la sede de la empresa. Cuando llegó allí había bastante ajetreo, con mozos cargando pedidos en varias

furgonetas. De pronto se sintió muy ridícula por no tener ningún dato de su hombre, pero venció el apuro y, dirigiéndose, a uno de los empleados, le preguntó: «¿Sabe si trabaja aquí Mariano?».

—¿Mariano López? Sí, debe de estar a punto de acabar el reparto.

Elvira empezó a dar pequeños paseos calle arriba y calle abajo para dejar pasar el tiempo, impaciente, angustiada. Cuando un niño pequeño logró arrancarle una sonrisa al golpearla con la pelota de

trapo que tenía entre los pies, entonces le dijo:

—¿Te gusta el fútbol? ¿De qué equipo eres?

Ella lo miró divertida pensando en el desparpajo que tenía siendo tan pequeño. Y una mujer joven que llevaba dos niñas idénticas agarradas, una en cada mano, le gritó:

—Antonio, no molestes a la señora.

Ella le dedicó una sonrisa y acarició el pelo de una de las nenas, que apenas andaba correctamente y tropezaba a cada paso.

—Qué niños tan bonitos tiene usted, la felicito.

La mujer la miró agradecida mientras sujetaba a ambas crías que habían empezado a llorar a dúo.

Elvira suspiró comprensiva porque el encuentro con los niños le había servido para distraer su intranquilidad.

Un ruido de motor de coche la sobresaltó, volvió la cabeza y distinguió acercándose la furgoneta de Mariano. Sintió que el latido de su corazón se oía en toda la comarca y el palpitar de sus sienas anunciaba una explosión de sentimientos y sensaciones. El coche paró y vio bajar a Mariano algo desmejorado con su inseparable carpeta en la mano; en ese momento, el chiquillo de la pelota salió corriendo como una exhalación y se echó en sus brazos diciendo:

«Papá, ¿nos vas a llevar a los tiovivos?». Y añadió atropelladamente:

25

«Papá, ¿por qué tardaste tanto? Las gemelas tienen hambre y están muy pesadas».

Como en un sueño, en un mal sueño, la mujer morena le gritó

al niño:

—Antonio, ayuda a tus hermanas.

Elvira entró en ese momento en una especie de nebulosa grisácea en la que los sonidos se alejaban y el contorno de las figuras humanas se quedaba cada vez más desdibujado. Lo que estaba viendo no era real, todo era un error, un maldito error, aquellos niños se habían equivocado, la mujer, el coche, la empresa... nada era lo que parecía. La boca se le quedó seca y sus piernas se balancearon sin control, con movimientos aleatorios. De repente sintió un frío intenso, helador, y a continuación bocanadas de un calor sofocante. Sus ojos se encontraron con los de Mariano como tantas veces aquellos miércoles de rubores, como tantas veces aquellos sábados de amor y pasión. Pero se topó con una mirada diferente, evasiva, avergonzada; en sus ojos no había brillo. Entonces supo que todo era verdad: la mujer, los niños. Era su familia, eran ellos los que lo esperaban. Comprendió que había sido una estúpida, una ingenua,

una ilusa maestrilla que había creído en las promesas de aquel desalmado. Mariano apartó la mirada temeroso y cogió a su hijo en brazos con un gesto de infinita tristeza y, tal vez, impotencia. Caminó con paso cansado hacia su esposa que lo saludó con un beso distraído mientras agarraba por el brazo a una de las gemelas.

Después de aquel triste descubrimiento, Elvira retomó como pudo su rutina de maestra con sus chiquillos, que se volvieron un bálsamo para ella. Pero su dolor era inmenso, su desesperación la mataba y la zozobra era su eterna compañera. Y comprendió que tenía que poner distancia con aquella ciudad en la que había vivido su primer y único amor. Adelgazó a vista de todos y sus ojeras se volvieron violáceas. La gente del pueblo pensaba que había enfermado. Su vida carecía de sentido, cumplía sus obligaciones como una autómatas. Decidió pedir el traslado, que tardó siete meses en

26

llegar. Había solicitado un lugar muy alejado, aunque sabía que su corazón roto permanecería allí, atado para siempre a sus malditos recuerdos. Cuando le llegó la notificación, tuvo que buscar en un mapa el nombre del pueblo que sería su próximo destino, donde se dedicaría a enseñar a otros niños, envejecer y morir con la nostalgia de su desgraciado amor. Y así fue. Poco a poco, Elvira recuperó

algo de su pérdida energía, aunque la luz de sus ojos se apagó y su sonrisa apenas aparecía. La vida en aquella aldea gallega, en aquel lugar tan apartado, que en otro momento le habría parecido arrebatador y romántico, se convirtió simplemente en un lugar en el que sobrevivir. Daba igual un sitio que otro. Elvira nunca más amó a un hombre, su corazón había brotado al lado de Mariano y, a su lado, se secó de manera irremediable. Con el tiempo, el dolor se mitigaría, pero la herida no cicatrizó hasta que doña Elvira cerró los ojos y pudo descansar.

El primer día de clase representó para Elena una deliciosa aventura a la que siguieron muchas más. Su curiosidad era innata y su capacidad para aprender, francamente buena, le bastaba con atender a las explicaciones en clase para recordar los temas con mucha precisión. Un repaso posterior afianzaba los conocimientos en su cabeza con claridad. Desarrolló además un interesante sentido crítico, cuestionándose muchos asuntos que pasaban desapercibidos para el resto de los niños. No aprendía como un papagayo, al contrario, en cuanto no entendía algo era machacona con las preguntas y no cejaba en su empeño hasta que daba con una solución satisfactoria a lo que le planteaba dudas. Era rápida y espabilada y esas

cualidades le permitían, en ocasiones, ayudar a otros alumnos más rezagados.

En la clase de doña Elvira había varios niveles muy dispares y los pequeños iban desde los 6 años hasta las 12, así que ella se multiplicaba para atender las necesidades de todos. Niños y niñas se mezclaban en un saludable crisol de personalidades y aspectos. Todos ellos eran diferentes pero tenían un punto en común, la pro-

27

cedencia de un mundo rural duro, en el que la vida era difícil pero sus inocencias estaban intactas. Solo tenían dos libros con los que estudiar, y que servían hasta alcanzar los 13 años. Con esa edad los niños sabían hacer las cuentas básicas, problemas sencillos, escribían el dictado con pocas faltas de ortografía, respetaban lo esencial de la historia de España, quiénes eran Cervantes y Lope de Vega, situaban en un mapa las ciudades más importantes y algunos ríos y montañas y, desde luego, habían aprendido a rezar las oraciones habituales, además de normas de higiene y urbanidad que a doña Elvira le parecían importantes. Con aquel saber resultaban unos jovencitos ilustrados cuando acababan la escuela, mucho más formados de lo que eran sus padres y, orgullo de estos, en su mayoría agricultores que apenas sabían firmar.

Algunos de aquellos progenitores aprendieron a leer y escribir lo más elemental de la mano de sus hijos. La maestra se vanagloriaba por contribuir a formar aquella pequeña representación de una generación que ella estaba segura serían hombres y mujeres de bien. Era una mujer avanzada para su tiempo y creía firmemente que las chicas debían tener las mismas oportunidades para aprender que los muchachos, aunque sus ensoñaciones al respecto chocaban con la dura realidad, cuando veía a alguna de las crías dejar los estudios antes de tiempo para ayudar en las faenas de la casa, la huerta o los animales. Poco después, las jovencitas empezaban a pasear por la plaza del pueblo con algún mozo que las había piropeado tímidamente. La secuencia previsible de esas vidas femeninas era casarse con ese novio, trabajar hasta deslomarse y traer al mundo los hijos que Dios quisiera mandar. Eran mujeres prematuramente envejecidas por un clima frío en invierno e implacable en verano, los malos partos, los pocos cuidados y los abundantes pesares. Algunas de las más afortunadas tenían maridos buenos, brutos en las formas pero nobles, y en sus casas no escaseaba el alimento. Otras lidiaban con esposos cansados, con manos encallecidas por el trabajo del campo, que bebían más de la cuenta en la cantina al final de duras jornadas

y las trataban sin contemplaciones, mientras las poseían al llegar a casa con un gesto mecánico y alejado de todo romanticismo.

28

Elvira sentía una debilidad visible por la pequeña Elena, aquella nena de coletas impecables y eterno olor a lavanda, curiosa y despierta, que le recordaba a la joven que ella también fue alguna vez,

en el pasado, cuando aún conservaba los sueños que nos hacen acariciar el cielo con la punta de los dedos. Sus anhelos insistían en hacer de aquella niña una mujer distinta, con un futuro mejor, tal vez en la capital, con un marido culto que supiera quererla y que aprendiera a valorarla. Las fantasías de Elvira le hacían ver ilusiones a través de los ojos de Elena, sin saber que en el fondo del alma de la niña latían con una fuerza inusitada un cofre lleno de deseos, afanes y empeños a los que no estaba dispuesta a renunciar. Pero sobre todo atesoraba una fuerza de voluntad inquebrantable para convertirse en una mujer fuerte. Poco podía imaginar doña Elvira que sus ambiciones y esperanzas para Elena se quedarían cortas. Aunque tampoco se libraría de pesadumbres y duelos. La sabiduría y la fuerza la acompañarían en su vida, pero también la melancolía y los sinsabores de una mujer marcada por una fuerte personalidad y un destino, en ocasiones, despiadado.

—Hola, hija mía—sonrió su madre, mientras Elena entraba en la cocina con un alegre trote, dejando encima de la mesa su tartera vacía.

Esperanza estaba delante del fregadero limpiando unas fresas silvestres que recogía en el camino, de regreso de la huerta. Esas diminutas frutas rojas le gustaban a su pequeña y ella se las preparaba con requesón. Para Elena era un festín. Le encantaba recogerlas con su madre cuando paseaban juntas, y ambas jugueteaban, mientras Elena comía sin cesar las que su madre colocaba en el mandil. Eran pocas las diversiones que existían allí para la niña, pero ella tenía una habilidad especial para hacer de cualquier actividad un divertido esparcimiento; jugaba con su madre cuando recogían las castañas a ver quién era más rápida o en la vendimia viendo quién encontraba las uvas más grandes, o en el prado a ver quién manejaba mejor a las vacas, Tolina y Totita.

29

Elena abrazó a su madre por detrás y se estrechó con fuerza contra ella, su madre se giró y le agarró el mentón al tiempo que la besaba.

—Anda, lávate las manos y vamos a poner la mesa.

—¿Y padre, no ha llegado?

—Tu padre tiene mucho trabajo en la carpintería, llegará algo más tarde, supongo.

Las rutinas de aquella casa giraban en torno a la pequeña, sus horarios y necesidades, y esa vida sencilla hacía felices a los miembros de aquella familia que no necesitaba mucho más que estar juntos unida a una taza de caldo humeante y leyendo algún libro, regalo de don Ernesto, al lado de la lumbre. La economía de la casa no era abundante, pero sí suficiente para cubrir las necesidades de alimento e incluso algún pequeño capricho, como un vestido con la pechera bordada de fino nido de abeja que regalaron a Elena cuando cumplió 12 años. Agustín iba con más frecuencia a la ciudad a comprar material y repuestos para su carpintería y siempre regresaba con un detallito para sus mujeres, un delicado pañuelo bordado para su mujer, una golosina para la niña y frascos de colonia con el eterno olor a lavanda tan característico de las mujeres de la casa. Vivieron sin grandes aprietos y sin dispendios, y así se fueron inculcando en Elena criterios muy racionales sobre la vida doméstica que le ayudarían años más tarde, cuando le tocó vigilar muy de cerca los gastos.

Esperanza era una mujer llana, humilde y afable, y con un carácter tranquilo que adquirió una ráfaga de alegría con la llegada de la

niña. Toda su vida estaba volcada en ella y su marido. Limpiaba su casa con primor, cocinaba con cariño y paciencia para ellos, cuidaba el pequeño huerto y se ocupaba de las dos vacas, el corral de gallinas y dos cerdos que invariablemente criaban todos los años. No tenía más inquietudes que esas y su vida discurría sin carencias. No necesitaba más pero tampoco conocía más. Sus dos amores cerca eran suficientes para ella. Disfrutaba escuchando a su marido y más

30

tarde a su hija con las lecturas nocturnas que eran costumbre antes de acostarse pero, en ocasiones, estaba más entretenida y solazada recreándose en el tono de voz aterciopelado de Agustín que en la propia historia que narraba. Su marido y su hija se parecían más en cuanto a su ambición por saber, conocer y descubrir otros mundos.

Su universo se abría a los libros que los llevaban lejos a través de los más distintos personajes. Vivían la agitación de los grandes descubridores, sonreían el alboroto de las historias románticas, aprendían

con las novelas históricas y, en definitiva, sentían la efervescencia de los relatos misteriosos y su imaginación no conocía límites. Esperanza se sabía fuera de ese círculo tan propio de padre e hija, de sus

inquietudes intelectuales, pero no por ello lo vivía mal. Al contrario, su despreocupación por esos temas hacía que ella misma tejiera con su hija otro círculo de juegos, caricias y sosiego que era tan suyo

como de Agustín el de los libros.

Ambos formaban una pareja bien avenida y entrañable y, aunque se buscaban y se hablaban con la mirada, pocas veces mostraban su cariño en público o delante de la niña. En un pueblo tan pequeño como el suyo y en aquellos años, las muestras de afecto se guardaban para la intimidad del hogar. Pero Elena sabía que sus padres se profesaban un gran amor y, aunque todavía era pequeña para entender algunas cosas, intuía que aquellos ruidos ahogados que salían del cuarto de mayores y el rugir de los muelles de la vieja cama componían una sonata de pasión y ternura. Y así fue hasta el final de sus días, hasta el día de aquel maldito accidente que lo cambió todo. Los años fueron pasando de forma plácida, marcados por los horarios de la escuela, los quehaceres del campo y los animales y el trabajo de Agustín al frente de su negocio. Era un buen profesional de la madera y de sus manos salieron algunos de los mejores aparadores y trincheros que adornaban las casas pudientes de la comarca. Los trabajos le reportaban unos buenos ingresos que, sin hacerlo rico, le permitían ir ahorrando unos duros para el futuro de su hija. Tenía una caja metálica en una de las estanterías del cuchitril que

le servía de oficina. Allí atendía los pedidos, los apuntaba en una libreta con su primorosa letra, la fecha del encargo, la fecha prevista de entrega y el precio que se había negociado. En esa pequeña

habitación dejaba volar sus sueños e imaginaba un futuro distinto y lleno de posibilidades para su hija. Contaba para ello con la inteligencia y la personalidad de la pequeña, pero sabía que solo eso no sería suficiente. En especial para una mujer. Así que intentaba ahorrar poco a poco, arañando al presupuesto familiar aquellos duros que estaba seguro contribuirían a hacer frente al pago de estudios u otras necesidades. Cada vez que podía guardar un billete de cien pesetas o unas monedas sonreía satisfecho. Era un hombre volcado en su familia sin más vicio que echar la partida los domingos en la cantina o beber una taza de vino de Ribeiro de vez en cuando. Todo su mundo tenía nombre de mujer.

La comunión de Elena a los 9 años marcó el inicio de una nueva etapa en su vida. Durante meses su madre bordó con primor el traje blanco que llevaría su hija, trabajando con delicadeza la tela de organza que su padre compró en uno de los viajes a la ciudad. Hizo también una diadema con flores cogidas del campo y secadas y planchadas durante semanas entre las voluminosas páginas de la Biblia que tenía el matrimonio en la mesilla de noche. Compró tela

para hacer un pantalón nuevo a su marido y le regaló una camisa blanca que estrenaría ese día, almidonada con esmero. Cosió para ella un bonito vestido de color malva anudado a la cintura que la hacía rejuvenecer y se adornaría con un collar, el que llevó el día de su boda. El convite de la comunión se organizó entre los padres de los chiquillos que comulgarían por primera vez con don Anselmo, el cura del pueblo. Para ello, en la cantina se dispusieron varias mesas corridas con manteles de cuadros que se encargó de organizar la tía de Miguel, doña Úrsula, como la conocía todo el pueblo. Las madres cocinaron algunos platos típicos para compartir entre todos, empanadas de chorizo, torreznos, zorza, lacón con cachelos, bica mantecada, torta de chicharrones y filloas. La dueña del bar sirvió las bebidas y algún refresco para los niños. En el pueblo, aquel

32

acontecimiento se convirtió en una fiesta, una ocasión especial porque algunos de los niños se convertían en auténticos protagonistas.

Aquel 11 de mayo amaneció fresco pero soleado, buen presagio de una jornada feliz que todos recordarían de emoción, juegos y cariño compartido. Era la reunión de unas gentes sencillas que aspiraban a poco y poder celebrar la comunión de sus hijos con sus trajes cosidos a la luz de la lumbre representaba un pequeño éxito.

Los niños se comportaron muy bien, saliendo a jugar a la carretera cuando acabó el festín, al que también acudió invitado don Anselmo.

Agustín miraba de reojo a su hija cuando esta jugaba divertida a las chapas con Migueliño y los demás niños. Descubrió ese día con cierta sorpresa que el amigo del alma de su nena se estaba convirtiendo en un proyecto de hombre, espigado y seco como un bacalao, y con una leve pelusilla que le adornaba la parte superior del labio. Mientras, su hija sonreía sin cesar y el pelo sujeto por la corona de flores le enmarcaba el óvalo de la cara. Era cada vez más parecida a su madre, cada día más guapa. Esperanza, que conocía perfectamente a su hombre y podía adentrarse en sus pensamientos, le dijo apretando su brazo: «Nuestra hija está creciendo, Agustín, y poco a poco se irá haciendo una mujer». Pero su marido prefería rechazar esa afirmación porque aquella nena seguía siendo el bebé que él mecía antes de meterla en su cuna de madera.

Esa noche, cuando regresaron a casa exhaustos y felices después de un largo día, Elena se quedó dormida en el viejo sofá del comedor sin haberse quitado el traje. Su madre la tapó con una gruesa manta, dejándola dormir. El matrimonio abrazado se encaminó al

viejo cuarto donde se amaron con una mezcla de intensidad y nostalgia difícil de explicar, porque ambos sentían que algo a lo que no sabían ponerle nombre se escapaba entre sus manos, como lo hacía el agua de la fuente de los tres caños.

33

Una nueva mirada

Liceria miraba impaciente el fondo del andén por donde debía aparecer el tren mientras se apretujaba las manos con nerviosismo. El reloj de la estación marcaba las once y diez de la mañana y ella se desesperaba pensando que llevaba fuera de la portería casi una hora y temía que alguno de los vecinos cascarrabias de la finca hubiera ido a pedirle algo o a llevarle algún paquete para entregar al cartero. Pero no podía dejar sola a su sobrina. La capital era un lugar inhóspito la primera vez que uno se acercaba a ella, y además le había prometido a su hermano que cuidaría de ella. Los dos hermanos se querían mucho, habían crecido juntos y, con apenas once meses de diferencia de edad, parecían siameses.

Cuando Liceria, reciente viuda, decidió dejar el pueblo para ir a Madrid a buscar un futuro mejor para ella y su hijo, su querido hermano Agustín y ella sellaron un pacto sagrado: si uno de los dos

faltaba, el otro debía ocuparse del hijo que se quedara desamparado hasta que pudiera defenderse en la vida. Agustín cuidaría de Eladio y Liceria lo haría con Elena, y ahora había llegado ese momento.

A Agustín siempre le había preocupado la aparente fragilidad de Esperanza desde el nacimiento de su hija y estaba convencido de que ella faltaría antes que él. La vida, una vez más, le sorprendería.

—¡Quién podría cuidar a Eladio!

Liceria suspiró desde el fondo de sus entrañas. Ese hijo suyo solo le había traído desvelos y congojas, vivía eternamente preocupada por él, y estaba siempre preparada para recibir malas noticias.

35

Cuidar a Eladio no era un regalo para nadie y ella se culpaba por haber pedido semejante tarea a su hermano, aunque la vida se lo llevó

demasiado pronto y no tuvo que cumplir su promesa. La relación

de Ramón, su marido, con el hijo de ambos era complicada. En

cuanto el chico alcanzó la adolescencia, aquel niño retraído y calla-

do se convirtió en un joven desafiante y colérico. Se enzarzaban en

constantemente discusiones que oscurecían la tranquilidad familiar. Liceria

trataba de templar gaitas entre ambos y a veces recibía alguno de

los golpes que el padre, fuera de sí, intentaba propinar al hijo. Ela-

dio, en plena adolescencia, cuestionaba la autoridad paterna y este,

un hombre bueno pero intransigente, no aceptaba esos cambios en su hijo, que simplemente estaba creciendo y se hacía un hombre.

—Dos gallos en el mismo corral se harán daño —musitaba Liceria para sus adentros.

El día a día en la casa se tornó intrincado y susceptible. El padre regañaba al hijo porque las tareas no estaban hechas y este, indolente, le contestaba con una salida fuera de tono que enfurecía más al pobre Ramón. Este, ayudante de panadero, acostumbraba a acompañar sus madrugones laborales con buenos lingotazos de aguardiente que le permitían combatir el frío del invierno o animarse en los meses de estío. A veces, a esas copas mañaneras se añadían las que tomaba en la cantina al dejar el obrador, de modo que, cuando llegaba a casa, entre el cansancio de la jornada laboral y los estragos que hacía el alcohol en su organismo, apenas se tenía en pie.

Así, paulatinamente, la vida se fue haciendo más áspera y carente

de ilusiones. Liceria bregaba con las tareas de la casa y las huertas en las que poca ayuda recibía de su marido, que pasaba las tardes adormilado en el sofá con la radio de fondo y su hijo, esquivo con ella

y muy vago con cualquier cosa que supusiera un esfuerzo. Agustín

sufría viendo cómo su hermana se desgastaba trabajando como una

mula y recibiendo a cambio solo desaires y sinsabores. Sin embargo,

ella no se quejaba. Era una mujer fuerte, adusta, luchadora, muy alejada de la imagen tierna y delicada de Esperanza. Liceria quería

36

enderezar el futuro de su hijo, enmendar el errático camino que había iniciado, hacer de él un hombre de bien, que se casara con una moza buena y que le diera nietos. Pero aquellos sueños se habían alejado mucho de ella y de su portería en el barrio castizo de Madrid donde vivía.

El corazón de Liceria se rompió dos veces, la primera el día que una cirrosis galopante se llevó a su Ramón. Ella lo quería, no con un amor romántico ni apasionado, pero sí con el del compañero algo rudo pero buen hombre que había compartido la vida con ella. Se habían casado siendo dos jovencitos y ella se había hecho una mujer a su lado y, salvo cuando empezaron los conflictos con Eladio, su Ramón siempre había sido un hombre bueno con ella. Lloró su marcha durante dos días, después se secó las lágrimas y empezó a preparar su nueva vida, lejos del pueblo. Creía que un cambio de aires le sentaría bien a Eladio y había que alejarlo del pueblo para tratar de buscarle un mejor porvenir. Allí no había futuro para los jóvenes, solo trabajar en el campo, y Eladio había dado sobradas muestras de no querer doblar el lomo en las huertas.

La segunda vez que su corazón se resquebrajó fue en aquel enorme puerto de Vigo viendo cómo su hijo Eladio se subía a un pesquero que le llevaría hasta Venezuela. Allí vivía un pariente que le había ofrecido trabajo y el joven decidió poner tierra de por medio, dejando a su madre sumida en la más profunda de las soledades. Liceria lo acompañó desde Madrid hasta la ciudad en la que tomaría el barco. Le dio todo el dinero que había podido ahorrar en su trabajo limpiando escaleras y casas y, abrazándolo con intensidad contra su pecho, le dijo:

—Hijo, busca tu futuro y haz que tu padre desde el cielo esté orgulloso de ti.

Él la miró con tristeza pero no dijo nada y, dándose la vuelta con brusquedad, empezó a subir la pasarela del barco, dedicándole a su madre una última mirada.

37

Liceria sintió que su garganta se ahogaba en llanto, su corazón estallaba y le invadía la soledad más absoluta. Tenía un negro presentimiento que le hacía pensar que su hijo volvería a ella en una

caja de pino. Pero no fue así, la vida le depararía algunas sorpresas y también alguna alegría inesperada.

El ruido del tren interrumpió el discurrir de sus pensamientos y

un estallido de gozo contenido llegó a su corazón. En una vida gris y solitaria como la suya, la llegada de la hija de Agustín podía traer un rayito de esperanza. Hacía 6 años que no la veía. Era una niña cuando ella abandonó la aldea y ahora llegaba convertida en una joven. El tren avanzó pesado y lento por la estación hasta que se paró por completo con un pitido largo. Los pasajeros empezaron a descender, algunos sacaban pesados bultos por las ventanas mientras agitaban la mano a modo de saludo.

Transcurrieron unos minutos que a Liceria le parecieron horas mientras trataba de adivinar entre los pasajeros la figura de su sobrina. En el bolso conservaba unas cartas enviadas por su hermano con fotos de Elena. La última estaba fechada unos meses antes de la muerte de Agustín y, desde entonces, ya habían transcurrido tres años. Entonces la vio. Supo que era ella cuando reconoció un gesto de coquetería que le recordaba a su cuñada Esperanza. La joven se atusó la falda plisada y retiró un mechón de pelo que le caía delante de la cara cuando se agachó a coger un bolso de viaje.

—Es como su madre —pensó Liceria, rememorando la figura atractiva y esbelta de Esperanza cuando se casó con su hermano.

—Elena —gritó. Y, de inmediato, esta levantó la mirada y sus

ojos se encontraron. En la boca de Elena se dibujó una sonrisa al tiempo que quedamente musitó: «Tía...». Y un breve brillo apareció en sus ojos. Ambas se fundieron en un abrazo de reconocimiento. Los años en los que no se habían visto las habían cambiado a ambas. En Liceria se acentuó un rictus de amargura reflejado por dos grandes arrugas en la comisura de sus labios y un profundo surco que le cruzaba la frente. Elena la recordaba más alta, pero lo

38

cierto es que las tristezas le pesaban y andaba algo más encorvada y arrastrando los pies. No obstante, el cambio espectacular lo había experimentado su sobrina. Cuando ella partió de Artexa era una niña pizpireta, presumida y espabilada que tenía encandilados a sus padres. La joven que descendió del tren era una mujercita bella e interesante tal vez por la mezcla de determinación y nostalgia que irradiaba. Liceria la miró de reojo en un par de ocasiones comprobando cómo el tiempo transcurrido la había convertido en la mujer que ya entonces apuntaba ser.

Durante el trayecto del autobús que les llevó hasta la que sería su casa a partir de entonces, Elena apenas habló. Estaba demasiado fascinada mirando todo lo que su vista alcanzaba a procesar: coches que avanzaban rápido, peatones, edificios, un hospital, una biblio-

teca, cafeterías... Todo aquel paisaje la tenía subyugada y, aunque nunca había viajado más lejos de Orense, sentía que aquel mundo ya lo conocía. En Artexa, el único negocio existente era la cantina de doña Úrsula y, en torno a ella, se organizaba la vida mercantil de toda la población. Pero Madrid era una gran urbe, con mucha vida por todas partes, y le gustó desde el primer momento. En su cabeza aceptó aquella ciudad como la suya adoptiva a partir de entonces. Además, recordaba una frase de su padre que decía que allí nadie se sentía forastero. Ahora veía con sus propios ojos el mundo que le había ayudado a descubrir su padre con sus lecturas diarias. Tan ensimismada estaba mirando por las ventanas que apenas respondía con monosílabos a las preguntas de su tía.

—Discúlpeme, la visión de la ciudad me tiene entretenida.

—Claro que sí, hija, fíjate en todo ahora. Cuando lleves aquí un tiempo ya no te fijarás en nada, ni casas ni personas. En la ciudad todos andamos apresurados y apretando el paso, con la mirada perdida.

Elena cogió la mano de su tía y la apretó con ternura. Sintió en ese tacto una mano rugosa y dura que, sin embargo, le hizo llegar un gran cariño. La tía Liceria era su única familia en el mundo, la

hermana de su amadísimo padre. Bueno, también estaba su primo Eladio, pero a él apenas lo recordaba y, además, había cruzado el

charco. Definitivamente, solo se tenían la una a la otra y esa certeza

pellizcó con pena su corazón aunque ella apartó ese sentimiento os-

curo y lo cambió por otra certeza: ambas tenían que saber que eran

afortunadas, no estaban solas en el mundo. Eran lo que quedaba de

una familia buena y Elena quería que sus padres se sintieran orgu-

llosos desde aquel cielo en el que su mente y su corazón los soñaba.

La vivienda de Liceria era un bajo en los soportales de un edificio

señorial situado en la castiza calle de Bordadores, en pleno centro

de la capital. Era un lugar oscuro y con poca ventilación en el que

apenas entraba luz por un ventanuco situado en la sala de estar. Los

dos dormitorios eran interiores: uno, el de Liceria, y el otro, el que

ocupó su hijo hasta su partida. En un estante conservaba la madre

sus cosas: algunas fotos, un mechero, un viejo transistor, algunos

recortes de periódico. Parecía un santuario en honor al hijo cuya

ausencia le pesaba a su tía como una losa. Se instaló en el cuarto de

su primo, colocando sus escasas pertenencias en el viejo armario

situado al fondo de la estancia. Unas destartaladas y estrechísimas

escaleras conducían a la planta baja donde se encontraban la cocina

y un diminuto retrete. Debajo del fregadero había una tina grande que su tía sacaba para bañarse, llenando para ello varios barreños. La casa era fría y Elena pensó que los baños serían toda una proeza. A pesar del aspecto poco confortable de su nueva morada, esta enseguida se convirtió en su hogar. Todo estaba escrupulosamente ordenado y limpiísimo y de inmediato reconoció una máquina de coser Singer, como la de su madre, y una balda forrada de tela sobre la que se colocaban, ordenados según su tamaño, una pequeña colección de libros. Como al bueno de Agustín, a su hermana la lectura le ayudaría a escaparse de su realidad y soñar con mundos mejores para ella y los suyos.

—Todas las noches leo y releo las cartas de tu primo Eladio y después alguna novela o una biografía. Solo así consigo conciliar el sueño —dijo la tía mirando hacia el estante.

40

Por un momento Elena volvió a su pasado, a la vieja lareira en la que su madre cocinaba y ella hacía los deberes mientras esperaban la llegada del padre y marido. Abrazó a su tía con mucho afecto y esta, desacostumbrada como estaba a esas muestras de cariño, permaneció inmóvil pero disfrutando de aquel abrazo como si no hubiera un mañana. Desde la muerte de Ramón, su esposo, y la

partida de Eladio, las caricias, los besos o las palabras de afecto brillaban por su ausencia, y Liceria se percató en aquel momento cuánto las necesitaba.

Elena se adaptó rápido a la vida de la capital y pasó sus primeros días en ella recorriendo algunos de los sitios más emblemáticos. Visitó el Retiro y la Puerta de Alcalá, fue a la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, compró churros en San Ginés y le llevó batatas calientes a su tía. Le gustaba mucho la ciudad, había mucha animación, la calle parecía no dormir nunca, los novios pasaban agarrados del brazo camino de los bailes o a tomar una cerveza y unos arenques los más afortunados. Tras un par de semanas allí, su presencia se hizo indispensable para Liceria, que no entendía cómo había podido vivir sin la compañía de su sobrina, ya que esta no solo mitigaba su soledad, sino que también la cuidaba echándole una mano con el trabajo.

Una noche, tras la cena y la lectura de Elena (había instaurado su hábito de leer juntos como en la aldea, como en casa de sus padres), esta le dijo:

—Tía, tengo que buscar un empleo ya. Necesitamos un jornal más, tengo que ayudarle con los gastos. Y añadió tímidamente: «además, me gustaría volver a estudiar y eso costará unos buenos dineros».

Miró de soslayo a su tía, pero ella ya se había levantado para coger de una de las estanterías de la cocina una caja metálica donde guardaba sus ahorros. Liceria sabía perfectamente las ilusiones que su hermano Agustín tenía depositadas en su hija, a la que creía capaz de cursar estudios para buscarse un futuro propio, sin depender de nadie. Así que ella contribuiría con todo lo posible a alcanzar el sueño de su sobrina.

41

Elena miró atenta los movimientos pausados que hizo Liceria. Se acercó a la caja del estante, la acarició de forma suave como si fuese un niño desvalido y la cogió apretándola contra su pecho. —Aquí está el dinero que me va enviando Eladio desde Venezuela y lo que puedo ahorrar todos los meses, cuando no hay un imprevisto, hija.

Elena sintió que un nudo le atenazaba el corazón y la garganta y notó una oleada de emoción. La mirada tierna y húmeda de la tía Liceria, aquella mujer aparentemente endurecida por la vida, le permitía adivinar sus intenciones. Antes de que pudiera decir nada, Liceria añadió:

—No digas nada, este dinero no podía tener mejor destino que

tus estudios, que puedas labrarte un destino fuera de esta portería y que te conviertas en una mujer de bien, como querían tus padres —la emoción le quebraba la voz—. Así se lo prometí a mi hermano y así será.

Elena la abrazó con ímpetu y de forma repentina la sacudió un llanto violento e inconsolable. En aquel momento salieron a borbotones de su alma las ausencias, las nostalgias, las partidas demasiado prematuras, los amores truncados, los afectos dejados atrás. Liceria acariciaba con dulzura el pelo de su sobrina, acurrucada contra su hombro y con un incesante hipo.

—Llora, hija, llora. Las lágrimas que no derramamos se convierten en sal y quemán nuestros ojos. Llora lo que necesites pero, cuando acabes, secarás tus lágrimas y saldrás ahí fuera a buscar tu futuro y tus padres desde el cielo lo estarán viendo al lado de mi Ramón, y los tres sonreirán.

Cuando Elena sintió que su angustia iba desapareciendo paulatinamente, se fue calmando poco a poco y, secando sus lágrimas de un manotazo, recuperó el aliento y dijo:

—De acuerdo, tía, usted también estará orgullosa de mí, pero antes hay que apartar unos dineros para que se haga unas gafas,

cada vez ve usted menos.

42

Liceria sonrió con tristeza pensando que a ella no le harían falta unas gafas, porque lo suyo no tenía solución, pero su querida sobrina no lo sabía. Y así seguiría, sin saberlo. El dolor disimulado es

menor doloroso, o eso pensaba Liceria.

Los días siguientes Elena los pasó buscando información sobre academias donde pudiera realizar sus estudios. Tenía que acabar el bachillerato y para eso le faltaban dos cursos. A pesar de todo lo aprendido y de lo agradecida que estaba a los desvelos de doña Elvira, su querida profesora de Artexa, lo cierto es que la joven se daba perfecta cuenta de todos los conocimientos que estaban a su alcance y, sin embargo, desconocía. Esa certeza le provocaba una mezcla de excitación e impaciencia propias de su juventud y de las enormes ganas que tenía de aprender. Ante ella se abría un panorama lleno de mundos por descubrir, paraísos en los que adentrarse e ideas y conceptos que ignoraba pero que sabía que le iban a provocar emoción y satisfacciones.

Así, la joven y pueblerina, como ella misma se consideraba entonces, empezó a acudir con asiduidad a la «Academia El Sabio», a la que se incorporó con un par de meses de retraso. En cuanto

entró en aquel destartado piso de la Gran Vía madrileña, surgió de nuevo la buena alumna que Elena había sido en su pueblo natal. La academia era propiedad de un matrimonio, don Manuel y doña Ana, quienes dirigían aquel negocio desde hacía 20 años. La recibieron con cariño porque los antepasados de la dueña eran gallegos y a ella le producía mucha ternura aquella jovencita provinciana y determinada. El matrimonio no tenía hijos y, de inmediato, doña Ana la trató como si fuera algo suyo. Las clases se impartían durante la mañana y, volviendo un poco a su infancia, la tía Liceria le preparaba un pequeño refrigerio para tomar durante el descanso matutino. La economía no estaba para demasiados gastos y, salvo en contadas ocasiones, Elena no salía a tomar algo en los bares de alrededor con sus compañeros de clase.

43

Allí repasó todos los conocimientos adquiridos y sumidos después en el letargo durante el tiempo que cuidó a su madre. Para

doña Ana, que le impartía la mayoría de las clases, fue una sorpresa ver el buen nivel de aquella chica gallega. Así empezó a profundizar en matemáticas y a complicar los conceptos ya conocidos y a avanzar de forma clara. Se sumergió con auténtica pasión en la literatura, devorando todos los libros que le recomendaban leer, la

mayoría de los cuales se los prestaba la profesora. Estudió geografía e historia y se estremeció con las guerras mundiales y la contienda española que enfrentó a padres e hijos y dejó un país hundido en la miseria. Amplió su vocabulario, curioseando mucho en la etimología de las palabras. Así descubría palabras nuevas que le transmitía a su tía cuando regresaba a casa. Durante el segundo año en la academia, empezó a estudiar francés sin gran esfuerzo porque, como comprobó su maestra doña Ana, tenía buen oído y facilidad para los idiomas. El tiempo pasaba sin sentir entre el ajetreo de las clases, el estudio por la tarde y alguna pequeña faena con la que trataba de ayudar a su tía y así sacar unos dinerillos.

Aunque Elena apenas gastaba dinero. La vida en la aldea le ayudó a crear hábitos de poco consumo. Los domingos, después de oír misa en San Ginés, caminaba con su tía por las calles Arenal y Mayor y, cuando el bolsillo lo permitía, ambas compartían un vaso de vino tinto y un bocadillo de calamares en algún bar de los soportales de la Plaza Mayor. En alguna ocasión fueron al cine que se hacía al aire libre en la ribera del Manzanares durante el verano o se acercaron a ver los puestos de las fiestas en el día de San Cayetano. Se habituaron a vivir la una con la otra sin dificultades, sin estridencias, en convivencia plácida que solo se interrumpía con algunas de

las novedades que contaba la sobrina procedentes de la academia, el resto de los alumnos o alguno de los vecinos de la finca. La corriente de cariño y apoyo que nació entre las dos era un bálsamo para las heridas de ambas. Se sabían solas y con un gran corazón herido en el que pesaban las ausencias, pero también que aquel afecto familiar había llegado en el momento oportuno para ayudarles a vivir y a seguir adelante.

44

Cuando Elena regresaba de la academia, su tía estaba casi siempre trajinando en la cocina con el ruido de la radio de fondo y

le recordaba invariablemente a su madre. Liceria además cocinaba algunos de los platos que también hacía su cuñada: el caldo gallego con su inconfundible unto, las natillas con su aroma a canela y vainilla o las filloas. Aquellos olores transportaban a Elena a su casa, a su aldea, a sus padres. Los recordaba con nostalgia y un inmenso amor, pero pronto se adaptó a su nueva vida en la ciudad que la mantenía tremendamente ocupada. Había sustituido un mundo rural donde no había más entretenimientos que los que se creaban los propios chiquillos y un calendario marcado por el campo (desde la recolecta de castañas a la vendimia o la matanza) por la vida en la gran ciudad, donde había tantas posibilidades como bolsillos, desde

los más caros hasta los más baratos, porque, como solía decir la tía Liceria, «pasear es gratis». Y Madrid disponía de sitios preciosos para recorrer.

Pensaba nostálgica lo mucho que le hubiera gustado llevar a su madre por aquellas calles llenas de comercios, visitar con ella palacios y monumentos o sentarse junto a ella en los bancos de la Plaza de España.

Durante el primer año que pasó en Madrid, solo en Navidades recibió su tía noticias de Eladio. Fue una carta escrita a mano con buena caligrafía, dos hojas con noticias intrascendentes sobre su trabajo, el tiempo, los amigos que había hecho o la comida típica del país. Le daba muchos besos, le pedía que se cuidara y nada más. Con la carta llegó un buen fajo de billetes de 100 pesetas que Liceria estrujó contra su corazón, y con los ojos humedecidos y la voz temblona dijo: «Ya sabes dónde están, hija, para lo que necesites». Pero Elena negó con la cabeza. Intentaba gastar lo menos posible en el material escolar, apuraba las libretas, lápices y bolígrafos hasta el final y le solía llegar con lo que ganaba planchando algunas camisas en las casas de algunos de los vecinos de la finca. La carta de Eladio dejó a Liceria durante unos días sumida en una profunda

melancolía que acompañó con un nostálgico silencio. En el fondo, ambas compartían la misma sensación sobre aquella misiva que contaba generalidades pero ocultaba la verdad. Elena no sabía qué se traía entre manos su primo, pero intuía que nada bueno. Liceria tenía la certeza, no confirmada oficialmente, de que su hijo tenía problemas y, aunque trataba de imaginar qué sería de su vida, suponía que andaría metido en temas raros. A pesar de saberla de memoria, Liceria leía y releía la carta casi todas las noches, hasta que un día dejó de hacerlo; y poco a poco fue recuperando su normal brío e incluso sus tenues sonrisas, dedicadas exclusivamente a su sobrina. La siguiente carta se hizo esperar y llegó después del verano. En ella, Eladio dejaba entrever que había conocido una chica buena y trabajadora y que la quería mucho. Parecía ilusionado y su madre se dejó contagiar por aquellas buenas nuevas pensando que tal vez su viejo anhelo de encontrar una chica adecuada para su hijo se iba a hacer realidad y su vida empezaría a enderezarse. Elena se alegró por su tía que parecía tener una nueva chispa en la mirada e internamente rezaba para que aquella historia de amor llegara a buen puerto. Pero, en el fondo de su corazón, latía un raro presentimiento.

46

Un caballero

—Pase y déjelas en mi cómoda.

Así lo señaló aquel señor de pelo blanco y gran estatura, indicando con su dedo índice la dirección que debía seguir. Se levantó del sillón con algo de dificultad y encendió la pipa.

—¡Vaya a la cocina, allí tiene el dinero, se lo dará Puri! —exclamó sonriendo a la joven—. Plancha usted muy bien, jovencita—.

Y añadió sin dejar contestar a Elena: «¿Cuándo me hará los buñuelos?».

—Este sábado los preparo, don Tomás, se lo prometo, es que con los exámenes no he tenido tiempo libre y además mi tía está un poco resfriada y trato de ayudarle en la portería.

El hombre la miró desde su altura imponente y dijo:

—¡Ay, Liceria es una gran mujer! Seria, trabajadora, un auténtico tesoro, pero desde que se fue su hijo la veo cada vez más mayor.

Además no se cuida y trabaja sin descanso. Y eso a veces...

No acabó la frase, se volvió a mirar a Elena y, expulsando una bocanada de su pipa, añadió: «Vaya a estudiar, Elena, y llévese esos libros que le he seleccionado. Le ayudarán con los estudios».

Elena le dedicó una enorme sonrisa de agradecimiento y salió dando un profundo suspiro que le permitió embriagarse del olor de

aquel tabaco que le encantaba.

Don Tomás era un hombre encantador, además de muy culto.

Viudo desde hacía años, vivía con su cocinera, Puri, en aquel enor-

47

me piso que más bien parecía un museo, lleno de figuras, cuadros, estatuas, alfombras y adornos que incluso alguien sencillo como

la joven podía aventurar que eran de gran valor. Aunque Elena lo

ignoraba, porque los temas materiales no le preocupaban en exce-

so, don Tomás era un hombre inmensamente rico. Era abogado de

profesión con un despacho en una de las mejores zonas de Madrid,

en el que había trabajado hasta hacía poco tiempo. Desde que su

salud le dio un pequeño susto decidió dejarlo todo en manos de

Genaro, su pasante de confianza en una primera etapa, quien se había convertido en un solvente abogado con el paso de los años.

Tras pasar varias semanas internado en un sanatorio, los pleitos y

las cuitas de sus clientes habían dejado de interesarle. Pensó que

había llegado su momento de dedicarse a lo que más le gustaba:

sus libros, la música clásica y los viajes. Vivir la vida, en definitiva, aunque con tranquilidad.

Cuando le dieron el alta hospitalaria su ritmo frenético de traba-

jo pasó a convertirse en plácido y sin prisas, saboreando cada cosa

que hacía: el aperitivo en el club, algún desayuno en el Madrid de los Austrias, visita a algún museo, paseos por el Retiro, conciertos en el Real o sus interminables lecturas en el sillón orejero al lado del gran ventanal que daba a la calle. Los médicos fueron tajantes en cuanto a las recomendaciones (por no decir órdenes) fijadas por el jefe de Cardiología: vida tranquila, pocas prisas, comida sana e ir olvidándose del tabaco. Esta última norma fue la que menos cumplió don Tomás y, aunque fue rebajando su consumo, siguió permitiéndose hasta el final de su vida un puro o encender su característica pipa. La vida le había dado una prórroga y decidió disfrutarla sin tentar más a la suerte, que a veces se torna esquiva. Si de algo se arrepentía era de no haber pasado más tiempo con su esposa, Guadalupe, que nunca superó el trago de tres abortos y un hijo nacido con problemas respiratorios y muerto al final de su primer mes de vida. Cuando ella se fue para siempre, él se volcó en el trabajo como escapatoria, incrementando aún más una merecida fama de

48

gran abogado, honesto y buena persona, una rara avis en aquella profesión. Su matrimonio con Guadalupe había sido feliz. Solo les

habían faltado los hijos, en especial a ella.

En esa nueva etapa de su existencia, había prescindido del ser-

vicio que llevaba la casa mientras su mujer vivía, ya que, entonces, organizaban bastantes comidas y cenas para amigos o clientes y su mujer disfrutaba con todo aquello, siendo una excelente anfitriona. Ahora, cuando tenía un compromiso con algún cliente o quería quedar con algún amigo, lo hacía en alguno de los restaurantes clásicos de Madrid donde lo conocían y lo trataban como un señor se merecía. Era un habitual de L' Hardy, donde había pasado excelentes momentos frente a su famoso cocido, o de Casa Botín, donde le guardaban un reservado en una de las cavas más profundas y alejadas del bullicio de los turistas.

Desaparecida Guadalupe y, con ella, sus cenas y comidas, a don Tomás le sobraba toda aquella gente deambulando por su casa, así que se quedó con su fiel Puri, que llevaba toda la vida cocinando para ellos, y con la asistencia de Liceria, quien subía a su casa todos los días un par de horas para las tareas de limpieza. Su sobrina, la joven Elena, planchaba sus camisas con absoluto primor y las dejaba perfectas, almidonadas en su punto justo, ligeramente más tiesas en cuello y puños y con un delicioso aroma a tejido limpio y suave. Sus costumbres se habían aligerado y prefería tener en su casa muy pocas personas pero de su completa confianza, de modo que el

cuerpo de la casa era ahora más sencillo que durante su matrimonio, pero también lo era su vida actual tras el infarto.

Un día, don Tomás hizo que llevaran a Liceria al médico en su coche cuando esta sufrió un desvanecimiento en la portería. Esta, agradecida, le envió al día siguiente unos dulces que había preparado, y el hombre los probó entusiasmado. Otro día fue la propia Elena la que hizo unas filloas para tener un detalle con él, ya que le prestaba muchos libros, algunos de ediciones lujosas que Elena ojeaba ensimismada. Así, casi sin notarlo, la presencia de Elena en

49

su casa se fue haciendo diaria, subía con las camisas, las colocaba, le llevaba algún dulce, charlaban sobre las clases o leían juntos el

capítulo de algún libro. En ocasiones, don Tomás le explicaba algún tema de los que estudiaba en la academia y ella le oía extasiada por sus amplios conocimientos pero también por su capacidad pedagógica. Abordaba los temas con sencillez y precisión y a la joven le resultaba muy fácil entenderlos. La relación entre ambos se hacía cada vez más estrecha y, aunque Elena lo veía como un hombre mayor y de otra clase social, empezó a considerarle como un amigo, alguien a quien contar cosas y de quien escuchar interesantes explicaciones.

No contaba con ninguna amistad desde su salida de Artexa y la

marcha de Migueliño a Santiago para estudiar, así que se volcó en esa relación de fraternidad y apoyo que tanto le reconfortaba. De don Tomás admiraba su sentido del humor, a veces socarrón y otras de fina ironía, su capacidad para disfrutar de todo y su exquisita educación; y así, poco a poco, se convirtió en una persona importante en su vida, una columna en la que sujetarse, un consejero y una grata compañía.

Sus compañeros de la academia, aunque eran unos chavales buenos y sanotes, se le antojaban a Elena muy inmaduros, poco reflexivos, solo dispuestos a hablar de fútbol y salir de paseo. Alguno de ellos, en particular un chico extremeño llamado Benito, había tratado de conquistarla con alguna invitación al cine o incluso dedicándole un poema. Ella asistía divertida a esos avances románticos que la halagaban, pero no le dejaban ninguna huella ni producían en ella la más mínima inquietud. Con el paso de los años, Elena descubriría que la amistad, la admiración y el amor están muy cerca y ella necesitaba admirar profundamente a un hombre para poder enamorarse.

En don Tomás encontró una conversación culta, una persona con experiencia y mundo que le contaba mil y una anécdotas, que

le explicaba cómo era la vida en otros países que ella solo conocía por los mapas y, en definitiva, un hombre pero sobre todo un ser

50

humano que la transportaba a otras realidades que ella anhelaba descubrir. Liceria veía cómo su sobrina subía todas las tardes a casa

de don Tomás y no dejaba de sorprenderle que buscara la compañía de un hombre que podía ser su padre y casi su abuelo en lugar de salir con gente de su edad.

—Elena, hija, ¿no tienes admiradores? Las chicas de tu edad ya suelen tener novio y muchas incluso están casadas y tienen hijos.

Elena la miró incrédula y divertida. Si había un tema que no le preocupara en absoluto era ese. Es cierto que tenía algunos pretendientes en la academia como Benito y el hermano de una compañera de clase que le dedicaba piropos constantes, pero ella no prestaba atención a esas actitudes. Nada de eso le llenaba ni le apetecía. Había cosas en su vida que ambicionaba mucho más, como acabar sus estudios, y la realidad le mostraba que casi todas las chicas, cuando se echaban novio o tenían un acompañante asiduo, dejaban la academia, y eso era lo último que ella deseaba.

—Tranquila, tía —le dijo mientras le acariciaba la mejilla—. Yo no necesito más afectos que el tuyo y seguir con mis estudios.

Pero a Liceria no le convenció aquella explicación e insistió.

—¿Tal vez tienes más de un novio? —dijo con gesto picarón.

Pero su sobrina respondió con una sonora carcajada que no precisaba más explicación.

Aunque Elena se había convertido en una mujer muy bella, morena, espigada y con una arrebatadora sonrisa, lo cierto es que la belleza es un atributo que se borra pronto y no podía desear para su sobrina que se quedase sola. La vida sería más fácil al lado de un hombre y ese aparente desapego por el sexo masculino no le gustaba a la tía Liceria.

—La mujer debe casarse y tener hijos —pensó para sí—. Aunque los traiga a este mundo para que la hagan sufrir a una —dijo suspirando.

51

Un día, al finalizar las clases y cuando regresaba a la portería, se encontró en la puerta con el médico que acudía a la finca cuando

había alguien enfermo. Don Luis la saludó de modo lacónico.

—Buenos días, señorita Elena. —Y con su gesto hosco siguió su camino.

La tía Liceria estaba esperándola y le dijo:

—Don Tomás se ha caído y se ha fracturado la cadera.

Su sobrina soltó la carpeta y los libros de inmediato y, sonrojándose por su reacción, dijo:

—Vaya, pobrecito, iré a verle, tía, por si necesita algo.

Liceria la vio cómo se alejaba con decisión y prisa mientras se daba cuenta incluso antes que su propia sobrina que aquel sentimiento que nacía en la hija de Agustín y Esperanza poco tenía de lástima o compasión hacia el accidentado. Ella experimentó una extraña sensación porque, cuando pensaba en el futuro de su sobrina, la imaginaba al lado de un joven como ella, humilde y trabajador. Pero el destino hacía de las suyas y Cupido deambulaba entre aquellas dos personas tan dispares en apariencia pero con cosas comunes, más de las que entonces podía intuir. Aquella relación sería la más sosegada, estable y plácida de las que viviría su sobrina en su larga existencia. Una vez más, Liceria descubría que lo soñado o esperado poco tenía que ver con la realidad que la sorprendía en cada etapa de su vida. Aunque las sorpresas mayores aún estaban por venir y algunas, relacionadas con su hijo Eladio, la dejarían perpleja. Don Tomás oyó el sonido seco de la puerta cuando se cerró con fuerza y vislumbró la figura de Elena en la puerta del salón. La miró unos largos segundos y le pareció una mujer hecha y derecha en

aquel cuerpo de una joven de provincias, una mujer que lo miraba con un extraño brillo en la mirada y con un afecto que se escapaba en el gesto nervioso adivinado tras su corazón impaciente. Tomás, aquel caballero aparentemente inalterable, era en aquel momento

52

solo un hombre enamorado y sorprendido por la reacción de la joven. Le dijo:

—Ven, Elena.

Era la primera vez que le tuteaba.

Ella se acercó y, apoyándose en el sillón, se acurrucó a su lado

colocando la cabeza en su regazo. El acarició el pelo de la joven con

inmensa ternura. De fondo sonaba en el tocadiscos *Cossi fan Tute* de Mozart y el ambiente resultaba mágico, un tanto irreal. Elena notó

sus ojos llenos de lágrimas y Tomás (porque en ese preciso instante

había dejado de ser don Tomás), le dijo:

—Quédate conmigo.

El ligero cosquilleo que la muchacha notaba le recordó a la sensación que experimentó cuando Migueliño en la aldea le dio su primer beso. Aquel «Quédate conmigo» exclamado por Tomás, tumbado en el sofá, con su cadera rota, su cara dolorida y su cabeza algo atontada por los calmantes era algo más que una invitación a quedarse un rato al lado del hombre lesionado; era una llamada a

compartir una vida juntos.

Aquella historia duraría 8 años de experiencias compartidas, vidas sosegadas y amor tranquilo que permitieron a Elena descubrir una vida plácida que la transportó a algunos momentos felices de su infancia. El 8 fue un número que marcó la vida de Elena en varias ocasiones. Cuando Liceria aceptó la relación de su sobrina, sin ninguna sorpresa sino más bien como la consecuencia lógica de algo que se veía venir, Tomás y Elena empezaron oficialmente un noviazgo que se alargó 8 meses, previo a un matrimonio que duró como dijo el sacerdote que los casó: «Hasta que la muerte os separe». Quién sabe si la mujer de la guadaña no hubiera venido a buscar a Tomás, ¿qué hubiera sido de la vida de Elena? Todo hace pensar que hubiera seguido a su lado eternamente.

La boda se celebró en el restaurante del club, de forma sencilla, con varios matrimonios amigos de Tomás, una hermana de su di-

53

funta esposa, Genaro el responsable del despacho y su mujer, la tía Liceria, dos compañeros de la academia y don Manuel y doña Ana.

Se organizaron en torno a una mesa larga presidida por los novios y la tía, única familia de la novia. Liceria se encontraba un poco perdida en aquel ambiente que no era el suyo. Aunque los novios

habían organizado una ceremonia muy emotiva y una celebración sencilla, todos vestían ropas elegantes, el restaurante presentaba una decoración exquisita e incluso ella llevaba un vestido marrón que le había hecho una buena modista, estrenaba zapatos y había ido a la peluquería. Así arreglada, Liceria seguía siendo una mujer madura y atractiva, casi desconocida para todos los que la rodeaban. Su corazón era una mezcla de sentimientos a los que le costaba poner nombre. En él se entremezclaban la alegría por ver enderezada la vida de su sobrina al lado de un hombre, aunque mayor, que la adoraba, y la tristeza de perderla. Durante la ceremonia, sus pensamientos estaban con su hermano Agustín y su cuñada Esperanza, quienes, seguro, desde el cielo o el más allá, estarían orgullosos observando a su única hija.

El recién estrenado matrimonio cerró el piso de la calle Bordadores, demasiado grande, y se instaló en otro piso propiedad del flamante marido, más pequeño y acogedor ubicado enfrente del Retiro, que sería una de las zonas preferidas de Elena en la ciudad. Ambos habían insistido hasta la saciedad para que Liceria dejara la portería y se fuera a vivir con ellos, pero la mujer no se dejó vencer. Quería seguir trabajando para mantener su independencia

y esperar a su hijo. Porque su corazón le decía que él volvería y ella quería estar preparada para recibirlo. Liceria solo aceptó que su sobrina le regalara el vestido de la boda y unas gafas que, por fin, algo aliviaron la vista que perdía día a día, lo cual le dificultaba el trabajo y algunas de las tareas cotidianas.

La novia, muy emocionada el día de la ceremonia y protagonista de la jornada muy a su pesar porque prefería pasar desapercibida, lucía radiante, con el pelo recogido con unas flores frescas, un pa-

54

ñuelo azul de su tía cosido en el traje y toda la ilusión y esperanza que un corazón limpio como el suyo podía albergar. Era una mujer más agradecida que bella, alegre, resuelta y valiente, con un gran

sentido de la responsabilidad y las ideas muy claras. Tenía una gran capacidad de empatizar con los demás y una enorme capacidad de escucha y todo eso es lo que la hacía hermosa, tremendamente hermosa, una de esas personas con las que se desea vivir y compartir.

Por encima de su bonito pelo o su figura, primaban una serie de cualidades que la acompañaron en su vida, definiéndola como persona, aun cuando su cabello se volvió cano o su figura se ensanchó con el paso de los años.

Todo eso desembocó en el profundo sentimiento que arraigó,

como la raíz de un árbol centenario, en el corazón del abogado.

Tomás sintió por aquella joven, casi una chiquilla cuando empezó a ayudar con la plancha en su casa, un pellizco en su interior que reconoció como un sentimiento lejano, reservado para su primera esposa cuando se conocieron. Tomás era un hombre y, aunque educado y prudente, había tenido sus aventuras de joven, antes de casarse, y alguna amistad madura después de enviudar. Pero se trataron de relaciones cortas, pasajeras en el cuerpo y el alma que no dejaron más huella que unas sábanas arrugadas o algún compromiso social.

Su subconsciente le lanzó varios avisos de lo que estaba ocurriendo en su alma alborotada frente a la joven gallega y decidió auto imponerse un candado a su corazón para no sufrir de forma innecesaria por un amor que él creía no tenía ni presente ni futuro. Pero a veces la vida es caprichosa y nos arrebató las oportunidades cuando las deseamos para ofrecérnoslas cuando ya no tenemos esperanza. El desconcierto de Tomás iba en aumento cuando, día tras día, la joven subía a verlo y, con cualquier excusa, compartían largas tardes juntos. Un problema de matemáticas que no acertaba a resolver, oír una sonata para hablar a continuación de

la vida de su autor, leer algún capítulo de un libro o comentar las

55

noticias del periódico. Y, aunque a Tomás le parecía imposible que aquella joven sintiera algo parecido a lo que había anidado en su

corazón, en ocasiones descubría en ella miradas que le provocaban

una enorme turbación; y ella teñía de rubor sus mejillas y actuaba

con movimientos torpes.

Cuando los sentimientos de ambos quedaron al descubierto, To-

más pensó que la vida le regalaba una oportunidad que no podía

desperdiciar, a pesar de creer que pasaría sus últimos años languide-

ciendo entre sus aficiones para matar unas horas demasiado vacías.

De repente, al lado de su mujer (le encantaba cómo sonaba esa pa-

labra), recuperó las ganas de hacer cosas, salir, viajar, conocer gente; en definitiva, volvió a disfrutar de la vida cuando, según sus amigos

del club, ya solo estaba para «Sopitas y buen vino».

Ambos eran amantes de la buena comida. El paladar de Elena

estaba acostumbrado a comidas sencillas pero con buenos ingre-

dientes y cocinados con mucho amor. Tomás había disfrutado de

las mejores mesas del país y gustaba de probar platos nuevos cuan-

do viajaba al extranjero. Esa fue una más de las cosas que les unían

en gustos comunes. Elena, poco a poco, fue descubriendo la músi-

ca clásica e incluso se adentró en algunos autores que no eran tan del gusto de su marido; afianzó su infantil afición por los cuentos, transformándola en una voraz devoción por leer; vivía con entusiasmo cada viaje que hacían juntos, cada monumento descubierto, cada persona que conocía. Todo era un hallazgo para ella, cada nuevo conocimiento lo vivía como una conquista.

Aquella emoción y ánimo vital de su joven esposa contagiaron en Tomás unas irrefrenables ganas de vivir, de parar el ritmo del tiempo y de aprovechar cada momento junto a ella. Tanto era así que, a veces, el afán de hacer planes y compartir cosas con Elena le hacía imponer un ritmo en sus vidas que a ella le costaba seguir sin embargo, Tomás sabía, aunque nunca lo decía en voz alta, que su tiempo era limitado, y estaba decidido a no desperdiciarlo.

56

La vida marital de ambos se inició con dulzura por parte de él, sin estridencias y sin prisas, y así recibió Elena a su marido, con esa calma y esa quietud de quien se sabe amada y respetada. La madurez y experiencia de él se convirtieron en un buen aliado para ambos; él estaba en un momento de su vida en que las premuras formaban parte del pasado y ella se abría al mundo con curiosidad y esmero en cada uno de sus movimientos. Liceria le habló a la novia

sobre la noche de bodas, haciendo un esfuerzo por vencer el pudor que le producía abordar un tema como ese y, aunque creía que una pareja enamorada necesitaba pocas explicaciones, en su fuero interno le preocupaba la gran diferencia de edad existente entre ellos. Le costó mucho abordar la conversación pero Elena, que gozaba de una gran intuición, enseguida supo qué tema quería tratar su tía y la contempló divertida y traviesa, mientras la turbación de esta, antes de empezar a hablar, iba en aumento y provocaba en Elena un enorme afecto y ternura por ella.

—Ya sé lo que me va a decir, tía, no se preocupe. Tomás me quiere mucho y sabrá cuidarme y tratarme con delicadeza.

Liceria la abrazó sin remilgos Aquella sobrina suya era una chica lista y sensible y además, informada, pensó. «La juventud de ahora no es como la de mis tiempos», musitó para sus adentros, y dejó zanjado un tema que a ella le provocaba incertidumbre y cierta turbación, aunque tratarlo lo consideraba su obligación hacia la joven. Desde el primer día de casados, Elena hizo inmensamente feliz a su marido, quien se sentía a su vez muy afortunado. En ocasiones, hacían frente a las miradas inquisitivas de personas desconocidas con las que se cruzaban por la calle pensando que serían padre e

hija, pero cualquier gesto inequívoco de otro tipo de amor les sacaba de su error. La vida entre ambos discurría pacífica y grata entre los planes que ambos hacían, las visitas semanales a la tía Liceria, algún compromiso social y los muchos ratos de compañía que ambos se dedicaban paseando, oyendo música, leyendo frente al gran ventanal de su salón o simplemente en la cama, abrazados uno al otro.

57

La pareja hizo un tranquilo viaje de novios a Francia, durante el cual visitaron París, Normandía y la Costa Azul. Elena pudo poner

en práctica el francés aprendido en la academia, con muy buen nivel para grata sorpresa de su marido, que pensaba que la joven gallega era una caja de sorpresas todavía por descubrir.

El mundo con toda su extensión se abría ante los ojos inmensos de Elena que absorbía todas las nuevas sensaciones que le rodeaban con pasión y curiosidad y de la mano del hombre fuerte y bueno que caminaba a su lado. Cuando regresaron, Elena tomó las riendas de su nuevo hogar con una enorme naturalidad que no dejó de impresionar a su recién estrenado marido. Conservó la ayuda de Puri, que no había conocido más oficio ni trabajo que ser cocinera de don Tomás y, a regañadientes, aceptó la ayuda de una asistenta varias veces por semana, para limpiar la casa. Continuó ocupándose

de planchar la ropa de su marido como antes había hecho y compartía con Puri recetas que encontraba en las revistas de moda y que después ambas ponían en práctica en aquella cocina en la que tanto disfrutaba con aromas y texturas que la transportaban a su infancia. Una vez tuvo organizada la logística de su nueva casa y se acostumbró a su nuevo estado, en el que se sentía como pez en el agua, surgieron de nuevo en Elena los viejos deseos de aprender, estudiar y seguir avanzando en su formación. Cuando le estaba dando vueltas a cómo plantear el tema a Tomás sin que este pensara que él

pasaba a un segundo plano, él mismo lo sugirió una tarde después de comer:

—Elena, ¿no crees que ya hemos hecho bastante el holgazán?

Ella le miró incrédula y él añadió:

—Deberías ir pensando qué quieres estudiar y ponerte a ello.

Elena se abalanzó sobre su marido haciendo caer el puro que él fumaba con deleite y, mientras le achuchaba y le cubría de besos, le decía «te quiero, te quiero».

Tomás añadió:

—Además, mientras tú dedicas unas horas al estudio, yo debo supervisar algunos asuntos de mis negocios que tengo muy abandonados y hay que poner al día.

Tomás, que era conocedor de su edad y de la gran juventud de Elena, deseaba dejar su estabilidad económica resuelta cuando él ya no estuviera. Y aunque sabía que dentro de la aparente fragilidad de su esposa se escondía una mujer decidida y valiente, también sabía que la vida se podía vivir más cómoda con una posición económica saneada.

Elena inició sus estudios de Magisterio con la ilusión a flor de piel. Pisar la Universidad representaba para ella la culminación de un sueño, la esperanza que sus padres habían depositado en ella, el empeño de una familia humilde de una zona rural. Y se dedicó a ello con ánimo y esfuerzo, logrando desde el primer día destacar sobre el resto de los alumnos. Tres años más tarde, su aspiración infantil, convertirse en una buena profesora como lo había sido doña Elvira, estaba más cerca para ella. Acabar esos estudios le proporcionó una mayor seguridad e incrementó la confianza en sí misma. Su vida transcurrió entre los estudios, su matrimonio y ocuparse de su tía, quien, aunque vivía sola, contaba con la presencia y vigilancia de Elena en la distancia, algo preocupada por la salud de

aquella, que veía menguarse poco a poco, aunque dentro de una fortaleza especial.

Tomás y Elena formaron durante 8 años un buen equipo, una pareja unida que se quiso sin fisuras, sin distancias, sin malentendidos. Así lo hicieron día tras día, hasta que una mañana, un 8 de agosto, Tomás no se despertó.

59

Maracaibo

Gisele jugueteaba entre las piernas de su madre, mientras hacía sonoros gorgoritos, propios de su primer año de vida, que interrumpían el ritmo de la casona frente al mar. Vivían en el corazón de la ciudad, con el olor del mar colándose por cada esquina de aquella morada. El calor tropical invadía las estancias durante casi todo el año con temperaturas a veces asfixiantes, solo un poco moderadas por el efecto del lago Maracaibo. Si existiera el paraíso, debería de parecerse a un lugar como ese, si no fuera por su alto grado de contaminación. Pero esa circunstancia pasaba desapercibida para los habitantes de aquella casa. La zona estaba rodeada de maravillosos ejemplares de árboles tropicales como el Apamate o el Nim y una variada muestra de mariposas de más de 50 especies que revolotea-

ban por la zona y eran el delirio de la pequeña Gisele, quien, en sus juegos infantiles, correteaba tras ellas tratando de atraparlas.

De fondo se oían en la radio sonoras canciones de ritmo caribeño, dulzonas, pegadizas y muy repetitivas. Dina, la madre de Gisele, era una bella maracucha (así llamados los oriundos de Maracaibo) que había nacido en el otro extremo de la ciudad, en el barrio más pobre de pescadores, donde se hacinaban los que trabajaban saliendo a la mar cada día, en busca de algo que llevarse a la boca. Nunca, ni en sus más alocados sueños, hubiera podido imaginar que acabaría viviendo en una bella casa al otro lado de la ciudad.

En ese barrio de pescadores pobres vivió y trabajó el padre de Dina, uno de esos trabajadores humildísimos que en los mejores

61

días de pesca traía a su casa unas monedas pero cuya única retribución eran, la mayoría de las veces, varios pescados de los que habían

caído entre las redes. A pesar de los esfuerzos, aquel buen hombre

apenas conseguía traer a su hogar un sustento digno. Aunque tra-

bajaba como una mula, César (así se llamaba), no lograba salir de la

permanente pobreza en la que vivían él y su familia. Salía a pescar

con un modesto patrón y, tras muchas horas de trabajo, apenas se

llevaba a casa un par de piezas que servían para hacer una comida

al día; en las demás mataban el hambre con un café caliente muy aguado y una arepa. Cuando César acababa con la faena de la pesca, ayudaba a recoger las redes y a limpiar y guardar los aparejos de la cofradía de pescadores. Tampoco allí tenía un salario (le daban lo que buenamente podían) y parte de su problema para ganar más dinero era que todos sus patrones eran también muy modestos trabajadores. El bueno de César llegaba a su casa reventado y con pocas ganas de vida en familia y solo la pequeña Dina era capaz de arrancarle una sonrisa con sus ocurrencias y sus bailes. La niña siempre estaba oyendo música y bailoteando al ritmo de sus coreografías inventadas.

César no consiguió salir de la pobreza que fue su estado natural desde que le alcanzaba la memoria. Vivió en una mísera casa familiar con sus padres y un montón de hermanos de la que huyó para buscar un futuro mejor y, aunque se desmolaba trabajando, apenas conseguía lo necesario para su subsistencia. Toda su vida le acompañó la certeza de trabajar sin descanso y, a pesar de ello, tener un regusto amargo por no poder dar más cosas a su mujer y a su hija. La pequeña Dina era la única personita que conseguía arrancar una sonrisa a César con sus ocurrencias infantiles y su tremendo

talento con el baile y la música. En efecto, la niña parecía tener un don especial para ser una artista. Bailaba contoneándose con un ritmo frenético pero lleno de armonía. Su padre la miraba embobado mientras su mente se escapaba soñando en construir un mundo mejor y más confortable para ella. Pero la suerte no le sonrió. Y

62

toda su vida siguió siendo el más pobre entre los pobres. El más humilde entre los que menos tenían.

A pesar de esa escasez económica que le reconcomía, el gran disgusto de su vida, por inesperado, fue el abandono de su mujer.

Dejó una nota, un simple garabato escrito con torpe letra que decía:

—Adiós y cuídala.

Ni una mención para él. Como si no existiera. Todo su mundo

roto tras dos palabras tan aparentemente inocentes y tan salvaje-

mente violentas en aquel trozo de papel: «Adiós y cuídala». César se sintió entonces, como le ocurría otras veces, un ser invisible y

silencioso cuyo discurrir por este mundo no parecía notar nadie, ni

siquiera su esposa. Salvo su hija. Su pequeño tesoro. Aquella niña

color canela, igual que su madre, igual que la mala puta que los

había abandonado, lloraba César para sus adentros. Su esposa dejó

de serlo en su corazón y, amargado por la traición de ella que se

había fugado con un enfermero, solo vivió para sacar adelante a su hija y maldecir cada noche antes de dormir a la zorra: « *que mal rayo le parta* ». La amargura se instaló en el corazón de aquel hombre decente que no consiguió ver la luz a un presente que ya entonces se le antojaba gris.

Apenas tenía relaciones de amistad el noble de César, solo cruzaba unas cuantas palabras con Elías, el dueño de la embarcación, y con algunos compañeros de la cofradía. Hablaba poco y disfrutaba menos. Su carácter se volvió más hosco. Desde que la mulata los dejó solos la vida era únicamente para su hija. Trabajaba para darle de comer y cubrir sus necesidades imprescindibles. No deseaba nada para él ni lo tenía. Así vio crecer a su niña espigada como un junco y buena como la mejor y más amorosa de las mujeres. Ella era su única alegría y por ella se esforzaba en seguir viviendo una vida que nunca tuvo esperanza. Los años convirtieron a César en un hombre callado y taciturno, de rostro y mirada perennemente triste. Apenas sonreía. Se agotaba trabajando, llegaba a su casa, besaba a su hija, comía algo y se acostaba. Así, día tras día.

63

Una tarde de otoño César no volvió a casa. Su cadáver apareció flotando en la dársena más próxima al puerto de pescadores donde

él trabajaba. Nada se investigó y nada se supo sobre las circunstancias de ese fallecimiento. Se dio por válido lo dicho por el juez: probablemente tropezó y se cayó al agua. Tal vez se golpeó y eso le impidió nadar o pedir ayuda. Dina se rebeló contra esas explicaciones. Su padre casi había nacido en el agua, nadaba como un pez y tremendo golpe tendría que ser el recibido para impedirle nadar. Pero ella era mujer, pobre y mulata.

—¿Qué puedo exigir? —se preguntaba.

Se debatía entre diferentes pensamientos. Sabía lo melancólico y apesadumbrado que vivía su padre desde que se marchó ella, la madre, o la puta, ya no sabía cómo pensar en ella. No habían vuelto a nombrar a su madre, como si su recuerdo solo fuera un fantasma de un pasado inexistente. A veces le asaltaba un pensamiento malévolo, como si su padre hubiera buscado una muerte prematura, como si se hubiera dejado vencer. Pero enseguida lo descartaba porque César era un hombre íntegro que no la habría dejado sola aunque tuviese el corazón hecho añicos.

Pasada la pena inicial por la trágica muerte de su padre y con el dolor agarrado para siempre en su alma por la ausencia de aquel buen hombre que era su única familia, Dina vendió sus pocas perte-

nencias y marchó a Caracas con la voluntad de conseguir un futuro mejor como último homenaje a lo que siempre quiso conseguir su progenitor.

La bella muchacha consiguió trabajo en una taberna de mala muerte en un barrio pobre de Caracas donde, para animar el consumo de alcohol de los parroquianos, una joven guapa y con una preciosa voz cantaba y bailaba a modo de espectáculo. Esa joven le había clavado un cuchillo a un marinero que intentó propasarse con ella, así que le buscaron una sustituta. Allí estuvo Dina unos meses malviviendo hasta que la contrataron en otro bar de mejor aspecto y en un barrio más céntrico en el que empezó a trabajar de

64

forma algo más digna. Los clientes, sin ser unos caballeros, eran más educados y menos groseros que los que frecuentaban la taberna. Además tenía una pequeña habitación encima del negocio

y sacaba algunas monedas de propina. Tenía dos platos de comida al día, un catre, un armario, una vieja palangana y un patrón que la trataba con respeto. Se sentía afortunada aunque estuviera sola en el mundo y solo dispusiera para salir adelante de su gracia para el baile y la canción. Se cuidaba porque sabía que su voz y su cuerpo eran su único capital para vivir. Cantaba todas las noches menos el lunes,

pero ella no descansaba. Ese día en el que no había espectáculo ayudaba a limpiar el local e iba a comprar las botellas que había que reponer. En aquel rudo mundo no había días de asueto ni mucho menos vacaciones porque, como decía el patrón, «si todos los días comes, todos los días trabajas».

Fue una noche cualquiera, cuando arrancaba su repertorio de canciones nostálgicas, que lo vio entre los clientes habituales. Destacaba entre ellos por su piel muy blanca y su aspecto aniñado. No decía nada, no hablaba con nadie, solo bebía lentamente y la miraba, no apartaba sus ojos de ella, de Dina, *la negra*, como la apodaban. Él iba todas las noches, una tras otra, y el lunes la añoraba con rabia, con desesperación. Aunque nunca se habían dirigido la palabra, él sentía que su voz de terciopelo, aquella voz dulce y sensual había venido al mundo para tocarle a él, para bailar y para amar. Poco a poco ella lo buscaba entre los clientes, anhelaba encontrarse con sus ojos, aquella mirada que desde la distancia la acompañaba, la seguía, la quería. Porque Eladio, el hijo de Liceria, se había enamorado con locura de Dina la Negra, con un amor silencioso, callado e intenso que estallaría en un torrente de pasión.

La Negra y el español de la piel infinitamente blanca se hicieron pareja compartiendo sus penas, sus vidas pasadas y sus ausencias

pero, sobre todo, su futuro. Era esa palabra, «futuro», una que ambos no se atrevían ni a mencionar porque la vida les había enseñado que la esperanza puede ser breve y la ilusión esquiva. Se amaron con

65

pasión, se descubrieron con ansia y se apoyaron uno en el otro para iniciar un camino común.

Dina salió de su vida sórdida y anodina para acompañar a Eladio. Él había hecho buenos negocios en la capital pero, al mismo tiempo, se había rodeado de las peores compañías: hombres chulescos y violentos que gustaban de buscar bronca y conflictos en los que sentirse gallitos después de muchos tragos. Eladio ganaba mucho dinero y lo gastaba con la misma facilidad, rodeado de aquellos falsos amigos a los que solo le unían las juergas y las peleas en bares de dudosa reputación. La Negra le ayudó a dejar ese submundo, organizar sus gastos y alejarle de aquella pandilla de indeseables que le arrastraban a timbas donde apostaba hasta lo que no tenía. Le animó a poner tierra de por medio y, juntos, abandonaron la capital para regresar a Maracaibo, llenos de ilusión y proyectos. Allí se instalaron en una bonita casa de varios colores que Eladio compró. Instaló su negocio en un bajo destartado que arregló y adecentó con la ayuda de su negra. Eladio y la bella hija de César, el humilde

pescador y la puta que los abandonó, formaron una pareja de esas que levantan admiración y, por qué no decirlo, también un poco de envidia. Eladio se dejaba hacer mansamente, permitiendo que la Negra tomara las riendas de una vida, la suya, que él sabía al borde del precipicio hasta que la encontró. Toda aquella rivalidad y furia contenida que estalló en su adolescencia frente a su padre, Ramón, había tornado ahora en mansedumbre y docilidad de la mano de su amada.

La Negra contribuyó a ordenar su vida, sus cuentas y sus amigos. Le ayudó a dejar atrás un pasado turbulento y, a su lado, Eladio vio surgir con naturalidad los pasos previsibles en un hombre de bien. Como deseaba su madre desde España. Encontrar una moza honrada, casarse y tener hijos. Así, paulatinamente, se fueron dando etapas en la vida de la pareja. Casi sin sentirlo, la Negra hizo de aquella casa de vivos colores un confortable hogar en el que se sentía el amor en cada estancia. Dina desterró de su vida con dulzura

66

pero determinación a todos aquellos que solo se aprovechaban de los caudales de su marido y le ayudó trabajando con ahínco en su

negocio hasta que su preñez ya casi no le dejaba moverse.

Se casaron con una sencilla ceremonia con un par de amigos de

los de verdad y los empleados de Eladio. Comieron comida criolla, tortilla de patatas y caldo gallego en honor a la tierra del novio. Eladio y la Negra se amaron sin remilgos, se buscaron con la mirada y se encontraron con sus cuerpos durante los años que la Diosa Fortuna les permitió vivir juntos. Así pasaban todo su tiempo, muy pegados el uno al otro y, cuando la Negra salía a hacer un breve recado, Eladio desesperaba ante minutos que se tornaban horas y su imaginación se disparaba pensando en mil desgracias que le podrían acechar a su mujer, volviéndose loco con solo imaginar que su hembra no volviera. Cuando era Eladio el que tenía que ir a la capital a solventar algún asunto, la Negra se enfrascaba en un ir y venir frenético, acabando unas tareas y empezando otras en un inútil intento de acelerar el tiempo de la espera. El amor de la pareja dolía cuando se separaban solo unos metros. Incluso cuando nació Gisele y la Negra tenía que ocuparse de ella y la tenía enganchada a su pecho cada dos horas, encontraba momentos a solas para su marido.

Eladio recibió la llegada de la pequeña como una auténtica bendición, el resultado de un amor milagroso, de la pasión por su negra, que le había salvado de un futuro tan oscuro como incierto. El

hecho de convertirse en padre hizo que mirara en su vida hacia el pasado sin entender el porqué de tantas tropelías y le acercó más al sufrimiento que sabía le había infringido a su pobre madre.

De toda esta felicidad vivida con su pequeña familia, Eladio solo habló brevemente a su madre en alguna carta de la existencia de una chica, que ambos se querían y poco más. En su corazón crecía el sueño de seguir trabajando unos años más, pocos, tal vez dos o tres y entonces regresar con su pequeña familia, sus dos mujeres, en busca de la tercera, su madre. La Negra le apoyaba en su anhelo

67

de regresar a España e instalarse allí para acompañar a su madre en sus últimos años de vida. Ansiaba llevársela de la portería y darle el calor de hogar que él había conseguido lograr en Maracaibo. La Negra asistía ilusionada a los proyectos de Eladio para su regreso, ella no tenía especial apego a ninguna tierra una vez desaparecido su padre, y su hogar, su patria y su bandera estaban con Eladio y su hija, allí o en la otra punta del mundo, poco importaba.

En los negocios, Eladio contaba con la ayuda de un encargado de total confianza, Indalecio, un tipo adusto, de pocas palabras y menos sonrisas, pero honrado a carta cabal y en el que Eladio podía confiar todas sus ideas, contactos con clientes o gestiones con

proveedores. Empezaron a trabajar juntos desde que se instalaron en Maracaibo y a su lado permaneció Indalecio hasta que Eladio se perdió definitivamente y pasó la peor etapa de su vida.

Indalecio era un trabajador incansable, de escasa formación pero férrea voluntad para el trabajo duro. Era el primero en llegar por la mañana, cuando aún no había despuntado el sol, y se marchaba el último, cuando ya Eladio salía corriendo para abrazar a su mujer y a su hija. El encargado era el que apagaba la última luz de la nave donde guardaban los aparejos de los barcos que vendían y los productos que exportaban a España. Él era el que echaba un último vistazo a todo. Asumió esa responsabilidad como propia desde el primer momento, lo cual suponía un significativo alivio para Eladio, quien, de ese modo, podía descargar algunas de sus obligaciones para estar con su familia.

Cuando ya daba por finalizada su jornada laboral, regresaba al humilde hogar que con sus propias manos había construido en un extremo de la finca de Eladio. Allí lo esperaba Lucrecia, la mujer con la que compartía su vida, una mulata enorme, alta y corpulenta, y armada con un corazón tan grande como su cuerpo. Cuando Eladio los conoció ya vivían juntos, aunque aquella pareja, bien avenida

y plácida en público, no tenía una vida tan idílica en privado.

68

Indalecio había sido un niño con una infancia difícil a manos de un padre pendenciero, violento y borracho. Y, por desgracia para la bonachona Lucrecia, desde que era una niña de apenas 15 años, Indalecio empezó a pegarla casi de forma sistemática todas las noches que bebía. Compartían una vida complicada para cualquiera que observara a aquella pareja, pero Lucrecia lo vivía casi con cierta naturalidad y, salvo alguna noche en la que Indalecio se le iba la mano en exceso y ella respondía a aquellos golpes con contundencia, la mujer consideraba que tenía una buena pareja con la que había decidido compartir su vida. Lo amaba con el amor sumiso y extraño de las mujeres que se saben maltratadas pero llegan a justificar ese desatino.

Así, algunas mañanas, Indalecio se levantaba con moratones en la cara y algún golpe de color azulado, resultado de la última trifulca con su mujer. Y Lucrecia amanecía con rozaduras o lesiones que evidenciaban lo ocurrido, aunque en su piel oscura y brillante se veían menos. De esa guisa, pero sin perder su natural buen humor, llegaba a casa de Eladio y Dina la Negra para ayudar con la crianza de la pequeña Gisele, lo cual permitía que la joven esposa de Eladio

puddera seguir acudiendo a ratos a hacer alguna tarea en el negocio. Lucrecia e Indalecio, aquella sorprendente pareja, pasaron a formar parte de la vida del joven matrimonio y su hija, asumiendo la negraza Lucrecia un papel fundamental en la vida de aquellos seres, un rol que pocos podían imaginar en aquellos tiempos apacibles y coloridos de su amado Maracaibo. Ambas parejas habían alcanzado un grado de bienestar adecuado que les proporcionaba una buena dosis de seguridad y la certeza de estar tocados por la mano de Dios en aquellos momentos. A Eladio le iban bien los negocios y disfrutaba de una posición desahogada e Indalecio había conseguido un empleo mejor del que podía imaginar, dada su escasa preparación académica. Sus mayores credenciales eran su honradez sin fisuras, su seriedad y su alto grado de responsabilidad. El encargado y su mujer compartían en la intimidad de su hogar los arrebatos y gol-

69

pes que volaban con frecuencia entre ellos pero aquellos porrazos no oscurecían un presente que ellos vivían de manera confiada y despejada sin ser protagonistas de grandes sufrimientos y dolores. Aquellas, digamos, diferencias que se resolvían con algunos cachetes recíprocos no dolían como algunos latigazos del destino, de modo que ambos sentían su amor y su pareja como válida. El amor

no solo eran arrumacos y caricias. También había otras formas de amar, aunque a veces eran cercanas al precipicio, pero esos pensamientos no poblaban las mentes del taciturno Indalecio y la robusta Lucrecia.

Un inesperado embarazo de esta trastocó la rutina diaria de aquella pareja, exaltando el ánimo de la futura madre que vivió su cambio de estado con una explosión de alegría, mientras que el marido apenas mostró cuál era el sentimiento que le despertaba la idea de ser padre. La preñez también trajo consigo en Lucrecia unos bruscos cambios de humor tan repentinos e iracundos que descolocaban a su hombre por imprevistos y por el tamaño de su cólera, que estallaba a la mínima contrariedad. Andaba adormilada todo el día, comía como un elefante y pasaba de la más grande de las alegrías a la más intensa de las penas. Y, poco tiempo más tarde, la embarazada canturreaba alegre, contoneándose delante de su marido provocando con descaro su voluntad sexual. Así eran aquellos meses, con inesperados arranques de furia o contento de la esposa que irremediabilmente arrastraban al marido, todavía demasiado sorprendido ante tanto alboroto, en uno y otro sentido.

—Pendejo, me has hecho daño —gritó poseída por la ira Lu-

crecía, una noche después de unas cuantas copas compartidas con Indalecio.

Después de la tercera la mujer empezó a insultarlo de forma brusca, cada vez más virulenta, con un tono de voz muy alto y usando palabras gruesas. El color de la cara de Indalecio se fue poniendo cada vez más intenso, más oscuro, las venas de sus sienes se marcaron, hinchándose y deshinchándose peligrosamente. Se le-

70

vantó y tiró la silla con gran estruendo y, girándose hacia la mujer, la golpeó. Ella esquivó en un primer momento el golpe con habilidad, rozándole solo el hombro, pero dio un traspié y cayó de mala

manera contra un mueble, golpeándose con fuerza en el pecho y la tripa. La enormidad de su cuerpo se retorció de dolor en el suelo mientras bramaba:

—Ojalá un rayo te parta, mal nacido.

Indalecio sintió el terror en su cuerpo cuando vio cómo corría por el suelo de la cocina un hilillo de sangre que salía por debajo de un costado de Lucrecia. Espantado, salió corriendo, mientras Lucrecia detenía los insultos y los gritos y permanecía inmóvil, en silencio, con los ojos fijos en el techo.

A los pocos minutos llegaba Eladio con Dina para socorrer a la

mujer que yacía en el suelo. *La negra* enseguida comprendió la gravedad de lo que podía estar sucediendo y supo que no podía perder

ni un minuto. Poco después llegó el médico, un alemán afincado en Venezuela desde hacía muchos años que les mandó salir a todos para examinar a Lucrecia. El estado de la mujer hizo necesario su traslado al hospital comarcal. Unas horas más tarde, el galeno salió a confirmar la noticia que ya todos presentían: Lucrecia acababa de perder al bebé, una niña, fruto del embarazo de siete meses, que no pudo aguantar la virulencia de la caída y el posterior golpe. Indalecio apenas levantaba la vista del suelo, mientras Eladio y Dina no sabían muy bien qué podían hacer. No parecía necesario consolarlo porque no tenían certeza de su pena. Indalecio no movió un músculo de su cara, tan impassible estaba que los demás temían si había comprendido el alcance de la noticia. El médico alemán, con la serenidad propia de un profesional, añadió:

—Necesitará cuidados y recuperarse, pero se ha quedado estéril, quiero decir que ya no podrá volver a concebir —aclaró, porque no tenía la seguridad de que el marido hubiera comprendido lo que quería decir.

71

En ese momento se desmoronó el hombre que ya supo que no

sería padre y, lo que es peor, que Lucrecia, que tanto lo deseaba, había cerrado esa puerta para siempre. Lloró como un chiquillo, hipando ruidosamente y sin consuelo durante muchos minutos. Su pena, su angustia y su aflicción parecían fuera de control. De repente, vivía un tormento. Los abrazos consoladores de sus amigos eran inservibles para contener tanto sufrimiento. Aquella paternidad inesperada que tanto le trastocó en su momento inicial, se volvía ahora una pérdida irreparable ante el vientre muerto de su esposa. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas y su corazón se sintió tan vacío como las entrañas de Lucrecia.

Cuando la mujer se recuperó de la intervención y reunió fuerzas para volver a su casa, ya era otra mujer. Siguió siendo la buenaza de antaño, pero la chispa de sus ojos se borró y no volvería a parecer en su mirada hasta años más tarde, después de un largo viaje. Lucrecia siguió cuidando a la pequeña Gisele como si fuera propia y se ocupaba de su casa con diligencia, pero un velo de nostalgia se instaló para siempre en sus ojos y en el fondo de su alma.

Indalecio la empezó a tratar con una cortesía hasta entonces desconocida, velando por su bienestar, pero ella parecía estar lejos de allí. Ya no lo esperaba provocadora y con una copa en la mano

para invitarle a perderse juntos en una rato de desenfreno. Ya no le besaba, ya no lo buscaba, y él se resignó a no encontrarse con su mujer porque no halló una fórmula adecuada para alcanzarla, para decirle que la amaba, que la echaba de menos, que odiaba el viejo catre en el que dormía solo desde que ella regresó a la casa. Siguieron viviendo juntos como dos amigos, sin vida de pareja, sin nada que contarse, sin nada que reprocharse hasta que Lucrecia partió al otro lado del océano.

Ni Elena ni su primo Eladio supieron mucho uno del otro durante esos años pero la casualidad, el azar o un ser caprichoso que movía los hilos del destino hizo que ambos se casaran solo con una semana de diferencia; Elena con su viejo hidalgo, Tomás, y

72

Eladio con aquella mestiza guapa y valiente que lo rescató de un pozo oscuro para hacerle conocer la felicidad. Eladio sabía que era

inmensamente afortunado en aquella época de su vida; tanto que, cuando lo pensaba, sentía un escalofrío recorrer su espalda y corría a abrazar a su mujer. Temía que tanta felicidad fuera un tesoro efímero, una ventura que se escapara entre sus manos como el agua fresca, incapaz de parar su discurrir. En esas ocasiones, su mujer lo acurrucaba con fuerza, espantando esos fantasmas de su corazón.

Había llegado a conocerle tan bien que solo con mirarlo podía adivinar lo que pensaba.

Eladio, a pesar de ser un hombre de negocios, esposo y padre de familia, seguía siendo un niño desvalido: el joven rebelde que sufría el rechazo y las disputas con su padre, el joven que añoraba a su madre a la que tanto admiraba.

Elena no tuvo hijos durante esos años, mientras que en el hogar de Eladio venía al mundo la pequeña a la que bautizaron como Gisele, que era el nombre de la protagonista de una novela romántica popular en aquellas tierras. Pero el destino, el azar o, de nuevo, ese ser caprichoso quiso que la paternidad de Eladio y la maternidad de Elena estuvieran mucho más unidas de lo que ambos pudieran suponer. Mucho más vinculadas por los acontecimientos de lo que cabría suponer por su condición de primos.

Ambos tenían en común que habían salido de una aldea de la Galicia rural con una mano delante y otra detrás y una clara voluntad de superar su pasado para descubrir nuevas oportunidades. Los dos estaban casi solos en el mundo y su única familia era Liceria, su madre y tía respectivamente, una mujer fuerte y áspera de aspecto pero afable y volcada en ellos dos y su futuro. Uno y otro habían

logrado un importante bienestar económico; ella, disfrutando de la fortuna de su marido, aunque el dinero no le quitaba el sueño; y él, gracias a su sexto sentido para los negocios y la ayuda inestimable de su esposa, que puso orden en su disparatada vida. Pero los avatares del destino tenían previsto para ellos unos caminos diferentes

73

de aquellos que inicialmente habían trazado, a veces tortuosos y, en otros casos, llenos de felicidad.

De la mano de *la negra* descubrió también el valor del café y el cacao venezolano, apreciado en todo el mundo casi como un producto de lujo; e inició un pequeño negocio de exportación que se convirtió en una empresa floreciente y que le proporcionaría grandes beneficios. Eladio, que había vivido siempre de forma muy humilde junto a sus padres, logró en aquel rincón del mundo una prosperidad que no había imaginado ni en sus mejores sueños.

La vida matrimonial de los primos, Elena y Eladio, separados por todo un océano, fue feliz en ambos casos, tremendamente apasionada la de Eladio, y más reposada y plácida la de Elena. La de esta, con menos ardor y acaloramientos del cuerpo pero que le permitía alcanzar una gran sintonía cultural y del alma lo que a ella le proporcionaba tanto placer como a Eladio sus frecuentes encuentros

amorosos con *la negra*, o los maravillosos momentos en familia que compartían viendo crecer a su pequeña, que se había convertido en una copia de su madre. La niña tenía su mismo pelo, mismos ojos, mismo color de piel, misma alegría en el cuerpo e idéntica determinación. Las vidas en Madrid y en Maracaibo no eran en el fondo tan distintas. Unos y otros buscaban y peleaban por una felicidad que en otros momentos de su vida se había tornado esquiva.

Después de muchos años de saber uno del otro en la distancia, su vida se unió a través de un telegrama que Eladio recibió en el

trabajo y que decía:

«Liceria será operada mañana. Tumor en la cabeza.

Diagnóstico: grave».

Firmado: Elena.

74

Recuerdos de juventud

—Padre, padre, le traigo el almuerzo —la voz de Elena sonaba cantarina y despreocupada entrando en la carpintería. Al fondo, desde la zona más oscura, entre montones de virutas de madera, Agustín se retiró con parsimonia la máscara que le cubría la boca y contempló ensimismado a su hija que, presurosa, avanzaba hacia él. Se dejó caer en brazos de su padre en un largo abrazo lleno de ternura.

—¿Qué tal estás, pequeña? ¿Ya has acabado tu tarea, *filla*?

Elena asintió sonriendo.

—Sí, por la tarde iré a jugar con Migueliño a la cantina, además me va a ayudar con unos problemas de matemáticas.

Agustín escuchaba a su hija con atención mientras sus pensamientos caminaban a la par de sensaciones contradictorias que no podía evitar percibir. Por un lado, aquella jovencita seguía siendo su

pequeña, la criatura que había llegado al mundo para traer la alegría a su casa, pero, por otro, no podía negar que estaba creciendo a pasos agigantados y cada día se parecía más a su madre, el mismo físico bello y delicado de Esperanza.

Elena se estaba convirtiendo en una jovencita lozana y coqueta, estaba a punto de cumplir 14 años y ya hacía casi dos que había menstruado por primera vez. Bajo sus ropas sencillas, se adivinaba el cuerpo de una mujer que se iba abriendo a la vida, con unas piernas largas, senos duros y pequeños con forma de pera y facciones

75

suaves. Todos los días cepillaba su negra melena de forma primorosa y se echaba un poco de la colonia de lavanda que su padre le regalaba y compartía con Esperanza. Desde hacía poco tiempo, se esmeraba en la elección de la ropa cuando iba a ver a Migueliño. Los domingos, después de la escuela, su madre le permitía colorear sus labios con un carmín sonrosado, en sus primeras muestras de coquetería femenina. Aunque Agustín cerraba los ojos ante aquellos avances de su pequeña, Esperanza, más conocedora de los entresijos del alma femenina, le daba alguna pista al padre.

—La niña se hace mayor, Agustín, tal vez deberíamos enviarla a la ciudad para que pueda seguir estudiando.

Y el padre, sabedor que ese momento tendría que llegar antes o después, respondía invariablemente con un suspiro, y añadía:

—Sí, en breve lo organizaremos—. Pero seguía sin hacer nada.

Él, que siempre había visualizado un futuro de éxito para su hija entre personas cultivadas y lejos de la aldea, retrasaba ese momento como si, al hacerlo, paralizara la imparable carrera que había iniciado su pequeña hacia la edad adulta. Costaba aceptar que crecía y un día volaría sola.

—Padre, ¿va a trabajar hasta tarde? Padre, ¿no me está usted escuchando! —protestó Elena.

Agustín alejó sus pensamientos con un manotazo, decidido a disfrutar de su hija en aquel momento sin proyectar el futuro hasta cuando ya no pudiera evitarlo. La tomó de la mano y se sentó en un viejo taburete para dar cuenta del almuerzo. Elena permaneció a su lado relatándole algunas de las anécdotas de aquellos días y del trajín que se traía su madre en la cocina. Faltaban dos días para su cumpleaños y Esperanza faenaba cocinando algunos dulces y empanadas para agasajar a unos familiares y amigos con los que iban a celebrar el cumpleaños de su hija. Elena remoloneaba traviesa en la cocina mientras su madre cocía la leche con limón y canela para

prepararle torrijas, una buena bica o las galletas de manteca que a

76

su hija le volvían loca. La madre lo disponía todo con un esmero encomiable, dándole con sus manos forma de corazón a las galletas,

disponiendo las torrijas en una pila por la que se derramaba el almí-

bar con el que las bañaba. La cocina se convertía esos días en algo

parecido a un paraíso de sabores y olores. Esos aromas los recor-

daría Elena en muchos momentos de su vida, evocando momentos

del pasado, viajando en el tiempo a través de la suave vainilla, la

canela que impregnaba todo el ambiente o el perfume que despren-

día la leche cuando se cocía e iba espesando poco a poco. Nunca

más consiguió probar manjares tan deliciosos como aquellos que

preparaba su madre con tanta dedicación, y el recuerdo o, tal vez, la

nostalgia que le producía aquella cocina del cielo inspiró un negocio

que regentaría años más tarde.

Elena contaba y no paraba, mientras su padre, con la boca llena,

escuchaba con atención cómo ella le ponía al día de los preparativos

para la comida familiar del cumpleaños. Sus palabras salían a bor-

botones, sin parar Elena saltaba de un tema a otro con desenfado

y alegría. Hablaba con elocuencia y ponía pasión en todo lo que

hacía. Así era ella.

La adolescencia había afectado a algunos aspectos de su personalidad pero no presentaba una rebeldía excesivamente molesta y solo la mostraba a veces, cuestionando algunos temas: «¿Por qué hay que hacer eso? ¿Por qué hay que hacer lo otro? ¿Qué ocurre si no lo hacemos? ¿Cómo se hace en otros lugares?».

Expresaba esa perturbación propia de la edad. Solo su madre reparaba en algunos momentos que exhibía los retazos de la mujer en que se convertiría. Aunque de carácter dócil y sensible, tenía las cosas claras y era decidida y vehemente. Cuando se proponía algo, difícilmente claudicaba sin conseguirlo. Sabía lo que quería y, en esa etapa, ya acompañaba a su madre a la ciudad cuando esta tenía que comprar telas para coserle vestidos o faldas. Era ella la que, aunque se dejaba aconsejar por su madre, acababa decidiendo la calidad de la tela, el estampado que prefería o la hechura del vestido que más

77

le favorecía. Su padre vivía ajeno a esos pequeños cambios que la madre percibía con total claridad. Como lo era a los sentimientos

puros y primerizos que compartían Elena y Migueliño.

Agustín había visto nacer al muchacho y presenciado la muerte de sus padres y cómo su tía Úrsula se quedó a cargo del niño cuando este aún no levantaba un palmo del suelo. Lo vio crecer a la par que

su hija, acompañarla a la escuela y convertirse en su compañero de juegos, siempre juntos, como un hermano algo mayor que su propia hija. Esperanza, con esa visión más femenina y una clara intuición para detectar sentimientos amorosos, enseguida notó el cambio que la presencia de Migueliño provocaba en su hija, cómo ambos se ponían colorados en presencia uno del otro, cómo sus movimientos se volvían más torpes y cómo ambos se escondían detrás de un mutismo inexistente en otras épocas, cuando los dos chiquillos eran muy parlanchines.

Migueliño ya no quería que se le llamara así. El chaval había crecido mucho y se había convertido en un tipo larguirucho. Su cara se estaba poblando con una pelusa color castaño que le daba un aire tierno, del muchacho que abandona la niñez pero aún no es un adulto, y su voz se tornaba más ronca. Ahora exigía que se le llamara Miguel.

—Ese es mi nombre —afirmaba con seguridad.

Así, poco a poco, el muchacho desgarbado del pasado estaba abandonando la infancia y mutando en un atractivo joven, espabilado, listo y muy estudioso. La recompensa a todos los desvelos de su tía por criarlo y convertirlo en un hombre de bien pasaba por hacer

unos estudios y conseguir un trabajo decente. Él lo aceptaba con naturalidad y con gusto, ya que disfrutaba con los estudios. Era muy dinámico y trabajador, ayudaba a la tía en la cantina despachando detrás de la barra a los parroquianos que iban a tomar los vinos, atendiendo a las mujeres en la parte de ultramarinos, reponiendo mercancía o recogiendo los pedidos. Y sacaba tiempo suficiente para la escuela y la tarea que allí le ponían. Pero una vez cumplidos

78

los 16, se acercaba la hora de dejar la aldea para continuar con los estudios en un centro adecuado, y eso obligaba al traslado a Santiago de Compostela.

La certeza sobre ese traslado y su inminencia ante el nuevo curso tenían al joven Miguel y a Elena en un estado de permanente excitación y pesadumbre, oscilando entre una y otra emoción de forma continua. Ambos sabían que ese era el orden que debían seguir los acontecimientos para que él pudiera preparar su ingreso en la Universidad, pero la desazón que les invadía a los dos jóvenes era casi tan grande como la ilusión por proseguir los estudios. El amor de ambos era el de una primera juventud, casto y blanco como la nieve, lleno de anhelos y deseos de futuro, ya que en el presente no habían pasado de cogerse de la mano y de un par de besos furtivos que Miguel robó a Elena, aunque en el fondo ella había propiciado

y pretendido esa situación. Eran besos breves y ligeros, robados detrás de un hórreo y amparados por la oscuridad del anochecer, en los que apenas se rozaban los labios. Sin embargo, creían sellar su amor para siempre.

Los chicos usaban con frecuencia palabras de tinte ardoroso como *siempre, nunca, juntos, a tu lado, contigo*, vocablos de esos que adornan y materializan los deseos de los enamorados pero que, en muchas ocasiones, tropiezan con una realidad mucho más rutinaria y menos romántica. Ambos eran muy jóvenes y candorosos para imaginar, siquiera, que el destino les podría hacer una jugarreta y desbaratar esos planes. Todo estaba decidido: a principios de septiembre Miguel marcharía a Santiago, donde se instalaría en una pensión propiedad de un pariente lejano de su tía. Como los estudios y la manutención eran caros, él ayudaría en algunas tareas de la pensión y haría recados para ayudar a sufragar los gastos.

—Estudiaré día y noche, Elena, no perderé ni un momento, porque el tiempo sin ti no tiene sentido —ella asentía aturdida ante las palabras del chico—. Solo podré venir en vacaciones de Navidad y verano, y trabajaré con la tía en la cantina para poder ir ahorrando

79

para nosotros. Y tú tal vez estés también en Orense con tus estudios, y nos

encontraremos aquí en el pueblo. Será maravilloso.

Nada ni nadie podría siquiera hacer dudar a la pareja sobre la veracidad y valor de aquellos planes que encerraban toda la ilusión y todo el ensueño de la primera pasión. Ambos vivían con la certidumbre de que así serían las cosas, con un candor casi tan conmovedor como el cariño que se profesaban.

Con esa misma utopía por bandera, Miguel había decidido preparar su ingreso en la Universidad para estudiar Derecho, concibiendo la carrera, en especial el ejercicio de la misma, como un servicio a la sociedad, para la defensa de los pobres, de los perseguidos, de los ignorantes y de todos aquellos que necesitaban de la justicia y para los que esta era una institución muy alejada de sus vidas. Se imaginaba a sí mismo como un letrado que aceptaba casos que nadie más quería, aunque sus representados no pudieran pagar, aquellos que parecían perdidos de antemano, logrando la aplicación siempre correcta de la justicia y siempre guiado por los principios de ecuanimidad, honestidad y rectitud. Su tía estaría orgullosa de él y Elena estaría a su lado para luchar juntos contra cualquier arbitrariedad o inmoralidad. Miguel era un chico muy sensato, centrado en cumplir con sus obligaciones y muy noble, incapaz de albergar

malos sentimientos y, en aquel momento de su vida, sentía además el alboroto del primer amor, mezcla de inocencia y simpleza, pero también aderezado por toda la fuerza y el empuje de un chaval de su edad planeando la vida junto a su primera ilusión amorosa. Todo ese sentimiento a flor de piel, unido a sus grandes aspiraciones profesionales de acercar la justicia a los desamparados, le mantenía en un estado de permanente excitación muy propio de su edad.

La falta de malicia de aquel sentimiento de Miguel por Elena y la pureza de alma de ambos jóvenes encontraron en Esperanza una aliada silenciosa ante las pequeñas escapadas que estos protagonizaban para hablar un rato, cogerse de la mano o simplemente mirarse a los ojos. La madre de Elena sabía que habría sido una ne-

80

cedad negar a los chicos la posibilidad de verse. Además, eso habría alarmado innecesariamente a su padre o podría haber precipitado la marcha de Miguel antes de empezar el curso. Así que Esperanza fue cómplice vigilante de aquellas breves salidas de las que su hija volvía a veces traspuesta, otras con las mejillas ardientes y casi siempre con un fulgor en la mirada. Después de esos encuentros Elena tenía poco apetito, apenas probaba bocado en la cena, canturreaba alguna canción y se metía pronto en la cama sin haber completado

la lectura que todas las noches compartía con su padre, dejando a este desorientado.

Elena nunca había faltado a la lectura nocturna pero, en aquel momento, las emociones no las encontraba en los libros sino que las tenía al alcance de su mano, en la vida real, y las rozaba con la punta de los dedos. Los chicos contaban con el beneplácito de Esperanza porque esta confiaba en ambos y sabía que su hija tenía que vivir su primera ilusión, el incipiente afecto que estaba brotando en su corazón.

Mientras la vida de Elena transcurría viviendo ese primer amor, Agustín trabajaba durante largas jornadas en la carpintería en su afán por aprovechar varios encargos de muebles que le habían hecho para la casa de una familia adinerada de Monforte. Había realizado varios aparadores, mesas, sillas, alacenas, cómodas y un comedor completo que ya habían sido entregados en su destino con total satisfacción para el comprador, quien, a la vista de los resultados, amplió el pedido con varios dormitorios, dos roperos, una cuna y un cabecero. La tarea era realmente enorme para un solo hombre y Agustín solo contaba con la ayuda de un joven aprendiz, quien, únicamente hacía tareas menores, recayendo sobre él la pesada losa

de acabar todos los muebles en un plazo inferior a dos meses. Esa situación provocaba cierta tensión en el ánimo de Agustín, que veía cómo iban cayendo, uno tras otro, los días en el calendario y él seguía teniendo una tarea ingente por delante. Lo movía el deseo de conseguir unos buenos dineros con los que casi podría hacer frente

81

a los estudios de Elena en la ciudad, si ella se decidía a estudiar para maestra de escuela. Ahora que veía acercarse el momento en

que Miguel iría a la Universidad, comprendía que el turno de su hija llegaría pronto. Por eso se esforzaba al máximo. Trabajaba sin descanso, apenas paraba para comer unos bocados que le llevaban su mujer o su hija y, de inmediato, seguía. Madrugaba cada mañana, incluidos los domingos, y no salía de la carpintería en todo el día. Cualquier esfuerzo se le antojaba pequeño para garantizar el futuro de su única hija Agustín sabía por propia experiencia que las oportunidades no siempre vuelven a llamar a la puerta.

—¡Quién sabe si tendré otro encargo de muebles tan importante como este! —decía para sus adentros.

—Agustín, tienes que descansar, no podrás aguantar mucho tiempo más jornadas tan largas, y el pedido no estará completo hasta dentro de muchas semanas. Contrata un ayudante, te vendría

bien otro carpintero.

Pero él se negaba obstinadamente, sabiendo que en el jornal de otra persona se irían buena parte de las ganancias que quería ahorrar para su hija. Además, debería emplear mucho tiempo para formar al aprendiz en una determinada manera de hacer las cosas.

—Lo haré solo, como hasta ahora —se repetía sin cesar.

Una tarde al anochecer, Miguel iba al encuentro de Elena cuando oyó un terrible alarido procedente del edificio de la carpintería. Sin pensarlo dos veces cambió el sentido de sus pasos y, con toda la velocidad que le permitieron sus piernas, se dirigió allí, sintiendo que el corazón le salía por la boca y su cabeza aventuraba malos presentimientos. Abrió la puerta con un golpe seco y recorrió con la mirada la estancia, hasta que sus ojos se detuvieron ante una escena que nunca hubiera querido presenciar. Agustín yacía en el suelo con los ojos en blanco hacia el techo, agarrando el trozo de carne que pendía de su brazo mientras su mano cercenada estaba en el suelo con un horrible color azulado y los dedos encogidos como garfios. Su mente se quedó congelada, petrificada, incapaz

82

de procesar lo que sus ojos le confirmaban mientras creía que iba a desplomarse. Tras un segundo paralizado, empezó a gritar pidiendo

ayuda, mientras se agachaba hacia Agustín y le decía «por Dios, no se duerma, no se duerma», con un vaivén repetitivo.

El carpintero no se movía, permanecía en el suelo como una figura inerte, pálido, como un enorme muñeco roto. Miguel se acercó a la extremidad cortada, a aquella mano cuya visión le perseguiría en pesadillas durante años, y la metió en un balde que cubrió de agua. No sabía qué hacía, notaba cómo le temblaba la barbilla, tenía la boca seca y un fuerte dolor en la boca del estómago. En ese momento, apareció en la puerta Elena con el rostro demudado y, cuando vio la escena, y comprendió lo ocurrido, se tapó la boca impidiendo la salida de un grito que le hizo jirones el corazón y, súbitamente, se desmayó.

Agustín fue atendido en primer lugar en el suelo de la carpintería donde se improvisó un dispensario claramente insuficiente ante la gravedad del accidente ocurrido. Arturo, el practicante, le hizo un torniquete y cubrió la mano con cubos de hielo que le trajeron de la cantina. Se organizó de inmediato el traslado del carpintero a Orense, donde llegó casi moribundo a causa de la violencia del corte y la gran cantidad de sangre perdida.

Los siguientes días transcurrieron como en un mal sueño en el

sanatorio donde fue ingresado. Tras la operación que se le practicó, mejoró ligeramente para, muy pronto, empeorar con una infección que le mantuvo al borde de la muerte durante días. Los antibióticos eran la única esperanza de restablecer la salud del enfermo pero su organismo parecía resistirse a los medicamentos. Sufrió fuertes dolores que solo pudo combatir con morfina, lo que le dejaba en un estado cercano al limbo, caminando por el filo de una navaja que se antojaba muy afilada. Se perdía en unas nubes de algodón en las que parecía flotar y saltar con suavidad de unas a otras. A veces seguía el paso lento de una mujer ataviada con una túnica blanca y a la que nunca conseguía verle la cara. Tenía pocos momentos de lucidez

83

pero, en los escasos ratos que podía hablar, solo quería ver a su mujer e hija a su lado. Las llamaba por su nombre como en un susurro.

Elena y Esperanza no se separaron de la cabecera de su cama durante las tres largas semanas que duró aquel infierno en el que alternaban momentos de optimismo moderado con otros de profundo pesimismo. No tenían más vida que la que se debatía por seguir adelante entre aquellas cuatro paredes del hospital. El abatimiento por la situación hacía mella en las dos mujeres que habían adelgazado de forma visible y tenían unas ojeras grisáceas y los ojos

hinchados de tanto llorar por los pasillos. Elena luchaba contra el desánimo que atenazaba a su madre intentando pensar en soluciones: ir a otro hospital, llamar a un famoso curandero o, simplemente, rezar y rezar. Pero la intranquilidad y la congoja también la oprimían, aunque intentaba mantener a raya su padecimiento para no aumentar el de su pobre madre.

Una mañana, muy temprano, mientras Elena había ido a estirar un poco las piernas, Esperanza se inclinó sobre la cama de su marido para darle un beso de buenos días, pero su beso se quedó en el aire, helado, interrumpido porque Agustín ya se había ido: acababa de dejar este mundo tras los pasos de aquella mujer de túnica blanca que se había girado y rendido le tendió la mano. Agustín comprendió que, si la seguía, cesarían aquellos dolores insufribles y su mujer y su hija se liberarían de tanta agonía.

El beso entumecido en los labios de Esperanza dio paso al grito que salió de su garganta y retumbó en toda la planta del sanatorio, estremeciendo a todos los que alcanzó. Ese alarido era la viva exclamación del dolor más profundo y hondo que se puede sentir. Se había ido su amor y ella lloraba abrazada a la cama, con un padecimiento tan lacerante como el que sintió aquella noche que nació su

hija y sus entrañas se abrieron en canal para traer una nueva vida.

Aquella mañana se abrió en canal su alma para siempre.

El calvario de Agustín en este mundo acabó y empezó el de su esposa, quien se perdió en la desesperación y la pena. Elena supo,

84

en ese mismo instante, que una etapa de su vida se cerraba. Limpió de un manotazo las lágrimas que caían por su cara y abrazó a su

madre, inconsolable. Esa mañana, ella se convirtió en una mujer,

madurando de golpe todas aquellas experiencias que su padre hu-

biera querido que conociera poco a poco.

En su casa quedaron en la mesa de madera de la cocina las to-

rrijas y los dulces de un cumpleaños que ya nunca se celebraría. Y

la harina con la que su madre preparaba pestiños endulzados con

miel que se convirtió en hiel en cuanto le dijeron que en la carpin-

tería había ocurrido un accidente, quedó igualmente esparcida en

la mesa.

Elena miró el calendario que estaba encima de la cama de su

padre, al lado de un crucifijo. Era día 8. El reloj marcaba las 8 de la

mañana. Se secó con violencia las lágrimas y, con toda la serenidad

de que pudo hacer acopio, abrazó a su madre.

85

Carta de Elena: tú y yo apenas nos conocemos

Madrid, 21 de abril de 1989

Querido Eladio, espero que, a la recepción de la presente, te encuentres bien de salud, quedando tu madre y yo bien, gracias a Dios. Aunque esta afirmación que acabo de hacer hay que matizarla con todo lo que a continuación te relataré, porque la salud de tu madre empieza a resentirse a pesar de ser ella una mujer fuerte y luchadora.

Tú y yo apenas nos conocemos, por eso me he decidido a escribirte esta carta, para que sepas directamente por mí el momento que estamos viviendo y puedas obrar en consecuencia. Muchas son las cosas que han pasado en estos años y, aunque es complicado ponerte al día solo con unas líneas, trataré de hacerlo.

Aunque somos primos (yo solo tengo un vago recuerdo de tu presencia en Artexa), tu madre dice que, con la adolescencia, te volviste más callado y melancólico y apenas te relacionabas con nosotros. Que mantenías una relación difícil con tu padre sí lo sé, porque ese tema era objeto de conversación por parte de mis padres algunos días a la hora de la cena y, si bien yo no intervenía en esas charlas, te puedes imaginar que sí las escuchaba.

Sí recuerdo que en algunas ocasiones yo tenía ganas de acer-

carne a ti, aquel primo unos años mayor que yo, para compartir cosas contigo, pero solo recibí negativas por tu parte que entonces achaqué a que yo era más jovencita que tú y seguramente me encontrarías poco interesante. Sea como fuere, llegó la hora de tu

87

partida del pueblo junto a mi querida tía Liceria y tu presencia se fue desvaneciendo poco a poco en la distancia. En casa, cuando te mencionaban, casi siempre salía a relucir la mala relación que mantenías con tu padre, de modo que creo que formé sobre ti una imagen algo distorsionada. Cuando llegué a la capital, las misivas recibidas por tu madre fueron escasas, muy espaciadas en el tiempo y llenas de generalidades que poco permitían adivinar sobre tu vida en América, aunque tu madre las leía y releía de forma casi obsesiva buscando más información de la que tú voluntariamente deseabas compartir.

Tal vez me estoy adelantando. Quiero contarte las cosas como han ido sucediendo, con un cierto orden. No sé cuáles son tus recuerdos del pueblo y de nuestra vida allí. Los míos están llenos de cariño, de morriña y de personas y lugares que siempre tendrán un lugar en mi corazón: mi casa, la cocina, sus olores, el sauce llorón

que se veía desde la ventana de mi habitación. ¿Sabes que, cuando me sentía triste o un poco perdida, me acurrucaba debajo de ese viejo árbol, buscando su abrazo y pensando que allí nada malo podría suceder, al abrigo de aquellas ramas centenarias? Tal vez no, porque esos son recuerdos muy íntimos, muy míos, pocas veces compartidos. Mi infancia estuvo llena de momentos vividos al lado de mis padres, dos seres maravillosos que se fueron prematuramente, dejándome muy sola. Si no hubiera sido por tu madre y el inmenso amor que ella me dio, no sé qué hubiera sido de mí... No quiero ni pensarlo. Ella me salvó.

Perdóname, querido Eladio, otra vez me desvíó, pero es que no es fácil ordenar tantas vivencias y volcarlas en una hoja en blanco. La vida se empezó a torcer un aciago día en el que mi padre sufrió un terrible accidente en la carpintería. La sierra le cortó su mano izquierda. Fue un corte limpio, seco, brutal. Todo se llenó de sangre, él perdió el conocimiento pero resistió y luchó como un jabato. Lo internaron en Orense, lo operaron y sufrió mucho. Los dolores fueron insoportables a pesar de la morfina y, algunas veces, lo oímos gritar pidiendo la muerte...

No puedo seguir contándote esto, las lágrimas me caen y están empapando el papel. Pasamos unas semanas espantosas, fue espeluznante ver cómo, poco a poco, mi madre y yo abandonábamos la

esperanza de su recuperación mientras él seguía aguantando molestias pavorosas. Murió a las pocas semanas y hoy me atrevo a decir que fue un alivio tanto para él que dejó de sufrir como para nosotras que a duras penas podíamos soportar aquella agonía. Fue inhumano, y ver morir así a mi padre hizo tambalear mi fe en la vida, en Dios, en la justicia divina, en todo. Yo estaba a punto de cumplir 14 años y esa muerte tan temprana me convirtió en la columna en la que se iba a sujetar mi madre. Esa muerte absurda de un hombre tan bueno trastocó los papeles que acaso hubieran sido normales, así que mi madre se quedó cuidando de mí, su única hija y, juntas, intentando superar esa pérdida. Pasado el impacto inicial por una desaparición tan violenta te quedas como perturbada, trastornada, fuera de lugar.

—La vida sigue, los días amanecen unos tras otros —me repetía yo insistentemente, pero la vida pasa casi sin sentir cuando el corazón se queda roto, despedazado.

Pero lo peor fue para mi madre. Ella no supo expresar su dolor, no lo pudo entender, y creo que su mente y su corazón se negaron

en redondo a aceptar esa realidad que nos había golpeado. Solo lanzó un terrible alarido cuando mi padre murió, lloró agarrada a su cama y, cuando pudimos calmarla, nunca más lo mencionó, no volvió a derramar una lágrima y se perdió definitivamente en un mundo paralelo que ella creó para aguantar su dolor. Nunca manifestó el duelo, no lo recordó y no lo lloró como yo hubiera pensado que haría. Ese fue el principio de su muerte, la partida de mi padre dio el primer paso para el viaje definitivo de mi madre hacia el más allá, donde estoy segura que él la esperaba impaciente.

Mi madre estaba más desganada, apenas comía, no tenía fuerzas para sostenerse en pie, dejó de ocuparse de preparar la comida, ya no iba a la huerta y no salía de casa. Un día se metió en cama por-

89

que se encontraba mareada (habían pasado un par de meses de la muerte de mi padre) y ya no se levantó.

Seguía siendo una mujer afable, de buen carácter, no se quejaba, solo sonreía conmigo y, poco a poco, se fue convirtiendo en una niña pequeña o una vieja muy precoz que era incapaz de valerse por sí misma. Necesitaba ayuda para todo y dependía de mí por completo para las tareas más elementales. Ante esa situación, dejé de lado mis aspiraciones de poder ir a la ciudad a seguir con mis es-

tudios. Mi madre me necesitaba día y noche y yo maduré de golpe, instantáneamente, sin poder vivir y sentir mi propio duelo. Madre hablaba poco, no quería recibir visitas y solo parecía disfrutar con alguna lectura y la música suave que yo le ponía para relajarla. El médico dijo que lo de mi madre era complicado, resultaba más fácil curar los males físicos, pero los del alma... Para esos no disponían de muchos remedios: buena alimentación, algún paseo, evitar disgustos, no tomar café... Hoy, con la distancia de los años, me doy cuenta que madre cayó en una profunda depresión ante la incapacidad de asumir la pérdida del hombre que tanto amaba. Tal vez no tuvo un tratamiento médico adecuado, en una aldea en aquella época esos males se aguantaban con discreción en el hogar. Pero sí tuvo mi inmenso amor y mi dedicación durante esos años, porque yo no me separé de su lado.

En ese ambiente de dolor y callado sufrimiento de madre, surgió una situación imprevista con la que no habíamos contado: la económica. Al faltar mi padre, hubo que cerrar la carpintería y malvender algunas de las máquinas por las que apenas conseguimos unos miles de pesetas. Nadie quiso seguir con el negocio. Como buenos gallegos, supersticiosos, nadie en el pueblo quiso quedarse con el local

donde tuvo el accidente que le llevó a Agustín a la muerte.

—Ese sitio ya está maldito —afirmaban los parroquianos del pueblo, bajando la voz si me veían aparecer.

Nuestra vida hasta el accidente había sido tranquila, sin lujos pero sin penalidades. Padre trabajó durante años para que a noso-

90

tras no nos faltara de nada pero, una vez desaparecido él, también se evaporó nuestro sustento. Nadie más traía un jornal a la casa y

nos tocó vivir de los ahorros. La familia para la que estaba trabajan-

do padre cuando murió nos pagó el resto de los muebles que aún

no habían sido entregados, los Moreno Gallardo fueron generosos

con nosotros y solidarios con nuestro dolor. Aquellos miles de pe-

setas se convirtieron en nuestro colchón para ir tirando, aunque de

mi mente no desaparecía la intensa preocupación que me atenaza-

ba. El dinero se iba evaporando poco a poco aunque yo gastaba

lo imprescindible para tener a madre bien alimentada y cuidada y

no me extralimitaba en nada. Tanto hubo que administrar nuestro

escaso patrimonio que, durante una riada que se llevó por delante

parte del pueblo, se dañaron también muchas de nuestras tejas y fue

imposible contratar a unos obreros para ese arreglo. Sin embargo,

el pueblo me ayudó, mostrando una solidaridad que todavía hoy

me conmueve. La tía de Miguel organizó una rifa para recolectar dinero y con esas pesetas se compraron las tejas nuevas que después colocaron los mozos del pueblo. Aunque era un tema que yo no comentaba, los vecinos no eran ajenos a las estrecheces que estábamos pasando. El médico, Don Ernesto, ¿le recuerdas?, ¡qué buen hombre!, me regalaba libros que calmaban un poco mi ansia de escapar de aquella situación, de alejarme y de conocer otros mundos. La zozobra que me acompañaba por lo incierto de nuestra situación se hizo más llevadera gracias a las lecturas.

Los días pasaban volando. Al estar atareada con la casa y los cuidados de mi madre, apenas me quedaba tiempo para pensar. Pero la agonía de la situación a veces me impedía respirar y reflexionar con claridad. Mi madre era ajena a todo aquel nerviosismo ya que se camufló en un mundo infantil en el que la ansiedad no tenía cabida porque su desconsuelo era infinitamente mayor que los sinsabores de la economía doméstica, cada día más precaria. Durante ese tiempo, Migueliño, ¿lo recuerdas? Era el sobrino de la dueña de la cantina, Doña Úrsula, y solía visitarme en verano cuando regresaba de Santiago donde cursaba sus estudios de derecho. Me alegraba

verlo pero, en aquel momento, me sentía lejos, apartada de todos y concentrada en las atenciones que precisaba mi madre.

Miguel (ya no quería que lo llamaran con su diminutivo) permanecía a mi lado muchas tardes de verano, compartiendo las lecturas que le dedicaba a mi madre y, a veces, dábamos un pequeño paseo, pero la complicidad y la cercanía que hubo entre nosotros había desaparecido. A él se le veía cabizbajo y abatido, probablemente a causa de mi frialdad, y yo tenía demasiados pesares encima y me mantenía callada, tal vez distraída. No sé por qué te cuento esto, primo, pero cuando echo la vista atrás me parece que tengo una deuda pendiente con Miguel, espero que la vida me permita algún día resarcirlo aunque solo sea para agradecerle de viva voz todo lo que me cuidó y todo lo que me quiso. ¡Quiero contarte tantas cosas que me temo que pierdo un poco el hilo!

Mi pobre madre aguantó tres años tras la muerte de padre y, como para evitarme todo el trauma y la dureza del fallecimiento de mi querido padre, ella se fue con suavidad, sin ruido, hasta te diría que con dulzura. Como un pajarillo que exhala su último aliento, como era ella: amable, queda y tranquila.

Una mañana, simplemente no se despertó, pero me dejó con una liviana sonrisa en su rostro, y esa imagen de dulzura es la que

tengo siempre de ella, la primera que acude a mi mente. La noche anterior estuvimos hablando mucho; bueno, en realidad, yo la oía y ella me contó muchas cosas, con su voz a medio tono. Habló del amor que yo encontraría algún día, de ser buena persona, de respetar siempre a los demás, de agradecer el bien que recibimos, de la necesidad del esfuerzo y el sacrificio para conseguir las cosas que uno desea. Yo pensé que la pequeña taza de caldo que se había tomado para cenar le había sentado bien y por eso estaba más locuaz que otros días. Me besó como hacía todas las noches, pero su beso fue más largo, mientras sujetaba mi cara entre sus manos. Ahora sé que madre se despidió de mí aquella noche. Tal vez por un rato regresó de ese mundo etéreo en el que habitaba para darme una

92

auténtica lección de vida y de valores. Ese fue su último regalo. Y, desde luego, enormemente valioso.

Cuando madre emprendió ese viaje volátil e intangible que la volvería a reunir con el amor de su vida, comprendí que tenía que irme de aquel pueblo, de aquella casa donde los recuerdos me aplastarían como a un insecto si me quedaba más de lo estrictamente necesario.

Las semanas que tardé en organizar mi partida las pasé en casa

de la tía de Miguel, quien me acogió con cariño para evitar quedarme sola en la casa familiar donde los recuerdos se habrían tornado insoportables.

Vendí lo poco que me quedaba, regalé algunos enseres y preparé una maleta con algo de ropa, dos libros, unas fotos de mis padres y toda la pena y la ilusión que mi corazón podía albergar. Sé que no tiene sentido lo que digo. ¿Cómo se puede estar triste y alegre al mismo tiempo? Supongo que no sé explicarme correctamente, pero el dolor por mis padres era innegable y me iba a acompañar allí adonde fuera; no obstante, al mismo tiempo era capaz de experimentar la ilusión de empezar una nueva vida lejos de allí. El día de mi viaje regresé a la casa, eché el último vistazo y, tras cerrar la puerta, me senté un rato debajo de mi árbol favorito, el llorón, prometiendo que volvería, anhelando algún día ser una mujer de la que mis padres estuvieran orgullosos.

Algunas cosas ya las sabes: mi padre y tu madre fueron dos hermanos que se adoraban y firmaron un pacto para que, si uno de los dos faltaba, el otro cuidara del sobrino que se quedara desamparado. Tu madre cumplió su compromiso con creces y me acogió en la portería, su modesto hogar, no como sobrina sino como una

hija que llegaba de lejos. Las dos organizamos nuestras vidas apoyándonos la una en la otra, haciendo así más llevaderas nuestras respectivas soledades. Liceria me amparó en todo enseguida me animó a retomar mis estudios, una de mis mejores decisiones. La actividad propia de la academia, con clases, deberes y compañeros

93

de mi edad, resultó un bálsamo para mi afligido estado de ánimo y, poco a poco, empecé a ver la vida de otro color. Tu madre me cuidaba, estaba pendiente de mí, me aconsejaba y me animaba a salir.

En definitiva, y con tu permiso, primo, se convirtió en una segunda madre para mí en mis primeros tiempos en Madrid.

Liceria trabajaba como una mula, gozaba de buena salud y estaba acostumbrada al trabajo duro así que ocuparse de la portería, de su casa, limpiar las escaleras de varios edificios, planchar para varios señores, todo, lo hacía con naturalidad y sin que saliera nunca de sus labios una palabra de queja o un reproche hacia mi persona.

Llevábamos una vida tranquila y nuestros pocos momentos de ocio eran algún paseo dominguero por el Retiro.

—Pasear es barato —decía tu madre con una sonrisa

En ocasiones, asistíamos a algún cine de verano en los Jardines de Sabatini, donde comíamos un cucurucho de altramuces. Esa

tranquilidad solo se veía alterada de vez en cuando por la llegada de alguna de tus cartas. Ese día tu madre se comportaba de forma diferente, se volvía más torpe en sus movimientos, tropezaba con muebles y se le olvidaba entregar un paquete o que tenía el puchero en el fuego. Tal era su felicidad por recibir noticias tuyas que toda su rutina se alteraba. Leíamos tu carta una y otra vez. La primera lectura era lenta, muy lenta, y Liceria se recreaba en todas las palabras que yo iba pronunciando como si las tuviera que descifrar poco a poco. Al finalizar la lectura venían los comentarios sobre algún aspecto de los que relatabas en la misiva. Liceria suspiraba y estrujaba la carta contra su corazón. A continuación, la guardaba perfectamente doblada en una caja de cartón donde estaban sus más preciados tesoros: tus cartas, la alianza de tu padre, dos fotos color sepia y un pequeño misal que había pertenecido a tu abuelo. Muchas eran las noches en las que releíamos aquellas hojas, a veces dos y tres veces y así hasta que llegaba la siguiente carta. Debo decirte, Eladio, que tus noticias se hacían esperar mucho, meses, y ese tiempo se convertía en un verdadero suplicio para tu madre.

94

Te dije que Liceria tenía buena salud cuando llegué a Madrid, salvo unas pequeñas molestias en la vista que, en ocasiones, le provocaban jaquecas, y

decía que a veces no veía bien de cerca. No le dimos más importancia, perder vista es natural con la edad, y empecé a insistirle en que debíamos ir al oculista y ella, ponerse gafas, pero se resistía para no tener más gastos. Si bien escatimaba para algo tan necesario como sus gafas, era espléndida con todo lo necesario para mis estudios y, aunque contábamos mucho el dinero, nunca me faltó nada de lo necesario para poder seguir estudiando: libros, materiales, etc. Nunca le agradeceré suficiente todo lo que hizo por mí en el momento de mi vida en que más desamparada me sentía. Me dio cobijo, cariño y protección y logró ayudarme a centrar mi vida en una etapa en que, por mi juventud, podía haber tomado cualquier camino.

Te contamos en una carta que a los dos años de estar en Madrid me casé con Tomás, un hombre mayor que yo. Si bien es cierto que nos separaban tres décadas, la relación nos aportó cosas muy valiosas que nos unieron y logramos ser muy felices Tomás era uno de los vecinos de la finca donde tu madre tenía la portería y, casi desde que ella llegó del pueblo, se encargó de planchar las camisas de don Tomás, ya que para ella era solo un propietario que le proporcionaba trabajo. Poco a poco, para ayudar a tu madre y liberarla de alguna

tarea y, al mismo tiempo, para ganar unas perrilas, le propuse a Liceria ocuparme yo de la plancha. Y así empezamos a hacerlo. Yo planchaba la ropa en la portería y perfectamente almidonada y colgada en sus perchas la subía a casa de Tomás. Al principio casi no lo veía, me atendía su cocinera Puri, pero un día cuando me iba él me vio curiosear en la estantería llena de libros que tenía en la entrada de su casa. Ese día hablamos un poco y me preguntó si me gustaba leer.

Yo me sentía un poco intimidada ante aquel señor pero, de forma paulatina, esa barrera fue desapareciendo. Me esperaba cuando subía con las camisas y me invitaba a leer con él, a veces ponía música y me contaba de sus viajes o anécdotas de su trabajo en el despacho.

Un día me invitó a dar un paseo y así, lenta y progresivamente, se

95

fue creando una relación de amistad que me resultaba muy agradable y reconfortante después de tantas penas pasadas. En alguna

ocasión yo cocinaba alguno de los dulces típicos de nuestra tierra y lo deleitaba con las recetas de mi madre. Cualquier excusa se fue convirtiendo en válida para vernos y para compartir un rato nuestro tiempo. Siento rubor contándote todo esto y no voy a entrar en detalles innecesarios, pero así fue como Tomás y yo nos enamoramos.

Él había tenido sentimientos hacia mí desde el primer momento,

pero intentaba convencerse a sí mismo de que era una locura. Al fin y al cabo, yo podía ser su hija y ayudaba en el trabajo de su casa... pero el amor no sabe de razones y deja de lado los prejuicios, y me alegro enormemente que así fuera. Tomás habló con tu madre para pedirle permiso para cortejarme, era un caballero de esos que ya escasean, lo hizo a la vieja usanza. Y así empezó nuestro noviazgo, corto, porque, como decía Tomás, «a mi edad es mejor no esperar». Y nos casamos, con tu madre como madrina.

No sé cómo habrá sido tu vida hasta ahora en tema de amores, Eladio, pero yo creo que puedo afirmar que he vivido un amor puro, tranquilo, acogedor y muy protector. Los años que pasé con Tomás fueron maravillosos. Fue un hombre incansable a pesar de su edad y, junto a él, viajé por muchos países, conocí a gente interesante y abrí mi mente a otras culturas y a otros lugares. Aprendí mucho a su lado y disfruté junto a un hombre bueno, comprensivo y honesto. No podría pedir más. Tal vez nuestro matrimonio y nuestro amor no fueron una locura ni un arrebató de pasión, pero fueron una unión maravillosa en la que dos personas muy dispares se complementaron e hicieron juntos y felices una parte de su camino. He dicho que Tomás «era». Deliberadamente usé el pasado porque

Tomás se fue hace unas semanas. Murió como vivió, disfrutando hasta el último momento y repartiendo felicidad y generosidad a todos los que tuvimos el privilegio de compartir su vida. La muerte de Tomás y mi condición de viuda con un importante patrimonio que administrar es el origen de esta carta. Ahora abordaré ese tema.

96

Durante ese tiempo, tu madre siguió con sus rutinas de trabajo, quejándose solo de vez en cuando de sus dolores de cabeza, que persistían aún después de haberla convencido para comprarse sus gafas. Tomás y yo la visitábamos al menos una vez por semana en la que solíamos comer juntos, y yo acudía a verla otro día en función de mis obligaciones. Mucha fue nuestra insistencia para que dejara la portería y viniera a vivir con nosotros, pero ella se mantuvo firme. Dijo que, cuando te fuiste, ella vivía en la portería y allí tenía que estar el día que regresaras, como si no pudieras encontrarla en otro lugar de la ciudad. ¡Te quiere tanto! Porque ella estaba convencida de que un día abriría la puerta de su casa y se encontraría con su amado hijo. Contigo, Eladio. De tantas veces que había recreado ese sueño, ese anhelo, este ya casi tenía visos de realidad. Y por eso también sufrió tanto cuando lo de su operación. Tras meses de malestares que no cesaban, conseguí llevarla a un especialista que

después de un montón de pruebas y radiografías nos comunicó su diagnóstico: Liceria tenía un tumor cerebral, le encontraron una masa que crecía e invadía otros tejidos y presionaba los laterales con su propio crecimiento. Ahí estaba el origen de sus males: las cefaleas y la pérdida de visión. Esa maldita masa había aparecido de forma brusca y rápida y empezaba a manifestar sus síntomas en disminución de la atención o unos alarmantes cambios en el uso del lenguaje que Tomás y yo percibimos con claridad. Con ese diagnóstico, la única alternativa válida era la operación, y ella la aceptó de buen grado. Fue entonces cuando te puse el telegrama avisándote del estado de salud de tu madre. Ni ella ni yo lo dijimos en voz alta pero estoy segura de que, en su fuero interno, pensó que tal vez tú vendrías para estar con ella y acompañarla. No fue así. Ignoro qué motivos te impidieron viajar para estar con tu madre o las razones por las que no lo consideraste necesario.

Liceria se recuperó bien dentro de la gravedad que un tumor de ese tipo implica y los dolores de cabeza remitieron, pero perdió la vista de manera definitiva. Se había dañado un nervio ocular y primero perdió la visión del ojo derecho y, de forma más lenta, la del

ojo izquierdo. Fue un duro golpe para tu madre. Ella, que era una mujer fuerte, luchadora y recia y que había tirado para adelante en

su vida con todo, se vio entonces mermada y disminuida y necesitada de ayuda. Le llevó un tiempo acostumbrarse a la idea de que aquello era definitivo y no tuvo más remedio que dejar su trabajo y venir por fin a vivir con nosotros. Encontró una razón para seguir luchando en pensar que tú volverías algún día y no te podías encontrar con una mujer vieja, inútil y dependiente. Así, poco a poco, haciendo acopio de una fuerza de voluntad encomiable y de un gran coraje, se acostumbró a andar despacio y con la mano por delante, reconociendo los objetos en su sitio, los olores de las personas y los pasos de cada uno de nosotros. Balbina, una de las chicas que nos ayudaba en casa, se convirtió en sus ojos y sus manos para lo que no podía hacer sola. Seguía añorándote y mencionándote a diario. La fuerza que la empuja a seguir viviendo es la esperanza de volver a verte y abrazarte. Es una mujer admirable.

Y ahora, por fin, llego al tema que quería contarte desde el inicio de mi carta. Pensarás, «¡vaya introducción más larga!», pero considere necesario compartir contigo algunos acontecimientos de mi vida que explican el momento al que hemos llegado ahora.

Como heredera universal de Tomás tengo que poner en orden

muchos asuntos de mi difunto marido. Él estuvo casado en primeras nupcias pero no tuvo hijos. Tomás era un buen abogado y un avisado hombre de negocios que logró reunir un buen patrimonio. Pero algunos de sus negocios y propiedades están fuera de España, en concreto, tenía importantes inversiones en Guinea. En su testamento estableció que yo debía decidir qué deseaba hacer con el patrimonio que él me legó: mantener alguna de sus empresas o vender, o tal vez dedicarme a supervisar sus negocios. Algo que me enorgullece y me emociona es saber que mi marido confiaba en mi criterio para decidir sobre el futuro de toda su vida de trabajo, aun sabiendo que el mundo de los negocios me resulta un tanto ajeno, al fin y al cabo, solo he sido una simple espectadora de algunas de las inversiones que él realizó.

98

Por eso me tengo que ir de viaje en un par de semanas: primero por España, a Guipúzcoa, donde tenía una armería y un piso, y a Jerez, donde poseía una finca y viñedos. Y cuando tenga solucionado

eso, tendré que partir a Guinea, y ese viaje será necesariamente algo largo. Me enfrento a un país desconocido, otra cultura y otra forma de ver el mundo y no sé qué me encontraráé. Tengo que tomar buenas decisiones, bien fundamentadas, en honor y agradecimiento

a Tomás.

Mi preocupación es dejar sola a tu madre en sus circunstancias.

Estará bien atendida porque se quedan en casa Balbina y Luis, su marido, además de la cocinera, que velarán por ella y son de mi absoluta confianza. No me preocupa su bienestar físico mientras yo esté fuera, lo que de verdad me intranquiliza es su alma y su corazón. Temo que caiga presa del desánimo ante tu lejanía y mi viaje. Me inquieta que la tristeza se apodere de ella, como ocurrió con mi madre. Ese mal es peor que cualquier malestar físico, le tengo mucho respeto porque envenena la vida de cualquiera.

Por eso te escribo, querido Eladio, por eso me atrevo a insinuar-te que tu madre te necesita, que no sé, no sabemos, cuáles son las razones de tu pertinaz silencio, de tu falta de noticias, pero la mujer que te dio la vida necesita de forma apremiante el abrazo de su único hijo.

Sea cual sea tu situación, ella es tu madre, y comprenderá cualquier vicisitud por la que estés pasando. Si tienes problemas, contarás con nuestro apoyo. Somos tu familia. Ignoro si tu única familia, pero nos unen lazos de sangre con los que puedes contar ahora y siempre. Tu madre siempre sospechó que podías estar enfrentán-

dote a dificultades y le dolía que lo hicieras sin recurrir a su ayuda incondicional, a su apoyo inquebrantable.

No quiero presionarte, no es ésa mi intención ni me atrevería a planteártelo así, solo he pretendido relatarte con la mayor objetividad posible todo lo ocurrido hasta ahora aunque, tal vez, lo haya hecho de forma atropellada.

99

Ya te decía al principio de esta carta que me resulta complicado contarte un montón de acontecimientos que implican revivir recuerdos, a veces alegres y otras que provocan un enorme escozor

en el alma. Espero haberlo hecho lo mejor posible.

Sabiendo que tomarás la mejor decisión, allí donde estés, recibe un cariñoso abrazo de tu prima, que lo es.

Elena.

La respuesta de Eladio no se hizo esperar mucho Llegó pasado poco más de un mes, y la carta no se envió por correo sino que le fue entregada en mano a Elena, obligándole a posponer sus planes de viajes y cambiando el curso de su vida para siempre, con la que tal vez fuera la sorpresa más impactante y tierna a la vez.

100

Bendita rutina

Tomás se acercó y, al llegar a la altura de su esposa, se agachó besándole la comisura de los labios. Elena sonrió levantando la mirada:

—Vete tranquilo, prepararé el equipaje con Balbina y estará todo listo a tiempo.

—Solo tengo que despachar dos o tres asuntos importantes y después todo mi tiempo será para ti —replicó Tomás mientras ella le empujaba hacia la puerta con suavidad, despidiéndose con la mano.

—Los hombres son un estorbo cuando hay que preparar maletas —dijo mirando a Balbina que ya trajinaba con bolsas de un lado para otro.

Tenían previsto ir a pasar una temporada a la finca que Tomás poseía en Jerez de la Frontera. Se llamaba El Olivar de Guadalupe y el nombre era en honor a la primera esposa de Tomás, que era de allí. Tomás, que era un hombre avisado para los negocios, adquirió la finca cuando estaba prácticamente abandonada, tras haber fallecido el anterior propietario sin descendientes. Los años de inactividad en la finca la habían convertido en un paraje casi fantasmal, pero Tomás cogió las riendas para convertir aquella casa en un lugar donde pasar temporadas cuando Guadalupe se cansaba de la vida

de Madrid y echaba en falta su entorno jerezano.

Una vez saneadas las tierras, se recuperó el viejo olivar, una auténtica joya que producía unas aceitunas excelentes y jugosas que se

101

vendían a la mejor almazara de la ciudad para producir un aceite de oliva virgen extra que era el orgullo de aquella hacienda. Después

logró salvar las viejas vides que rodeaban la casa hasta donde le alcanzaba la vista. El cultivo de la vid creó un precioso paisaje que se convertía en un torbellino de actividad cuando se acercaba la época de la vendimia. Tanto su primera esposa como Tomás disfrutaban de las actividades agrícolas de aquella finca y, además de convertirse en un negocio rentable en el que trabajaban una decena de obreros todo el año, representaba un lugar para evadirse y escapar de la gran ciudad, permitiéndoles disfrutar de temporadas en un entorno campestre que ambos apreciaban.

Cuando Tomás llevó por primera vez a Elena al olivar, temió en su fuero interno que ella no apreciara aquel lugar que además conservaba el nombre de su primera esposa. Sin embargo, Elena se enamoró de la casa y de su finca desde el momento que puso allí un pie. La cautivó la casa con sus gruesas paredes, grandes estancias soleadas y una enorme cocina llena de azulejos con motivos anda-

lucen en la que ella preparaba algunos de los manjares gallegos que seguían en su corazón. Para sorpresa de Tomás, su joven esposa era feliz en aquel paraje, se entretenía paseando por las vides, ayudaba en época de vendimia, disfrutaba como una niña pisando la uva y, en definitiva, aprovechaba aquellas estancias para leer, pasear y recordar tareas agrícolas que la transportaban a su niñez. El Olivar de Guadalupe siguió manteniendo su nombre y se convirtió en uno de los lugares favoritos de la pareja para evadirse.

Además, en aquellas circunstancias, les había parecido un buen lugar adonde llevar a Liceria, que tenía el ánimo apagado desde su operación y había envejecido de forma prematura. Pensaron que el aire puro y el campo le sentarían bien y tal vez lograría sacarla de aquel mutismo unido con apatía que la dominaba desde su intervención quirúrgica.

Tomás dejó a las mujeres y al servicio organizando maletas y el viaje mientras él se acercó al despacho para resolver algunos asun-

102

tos pendientes. La marcha de sus negocios no le preocupaba pero sí trataba de ocuparse de algunos temas que prefería supervisar, así

como de la toma de decisiones que implicaban nuevas inversio-

nes. Contaba en Jerez con un capataz, Manuel, que era una persona

intachable para estar al frente de la explotación. Era un hombre curtido por duros trabajos en el campo aunque escasamente formado; aprendió algunas nociones básicas cuando en sus años mozos empezó a trabajar para el patrón, como él llamaba a Tomás, siempre desde un respeto reverencial y con una tremenda interiorización de la diferencia de clases.

Aunque su jefe era una persona sencilla y cercana, Manuel lo trataba con mucho cariño y una enorme humildad, como ser humano pero también en el plano profesional. Tomás confiaba plenamente en su criterio para todos los asuntos relativos al campo: la fecha de la poda, otro abono, más obreros para atender la tarea, etc. Y en cuanto a los asuntos más administrativos, a los que no llegaban sus conocimientos, los traspasaba al despacho de Madrid, desde donde Tomás los controlaba o decidía cuándo había que hacerlo. Por todo eso, aunque Tomás vivía a muchos kilómetros del olivar, estaba al tanto de todo lo que ocurría allí, y todos aquellos temas que podrían esperar se dejaban para cuando él pasaba allí una temporada, permitiéndole así implicarse de una forma muy activa. De atender la casa se ocupaba Rita, la mujer de Manuel, una andaluza afable y muy activa que manejaba la casa con gran eficacia, y cuando los

patrones se trasladaban allí una temporada y había más ajeteo, una sobrina suya le echaba una mano en las faenas del hogar.

Tomás compartía con su mujer la marcha de los negocios y le explicaba muchos más aspectos de los que, por ejemplo, había compartido con su primera esposa. Pero Elena no quería ser la esposa florero de un tipo adinerado, necesitaba sentirse útil y le acompañaban siempre sus enormes ansias de saber, por lo que, cuando su marido abordaba un tema con ella, previamente leía y se informaba, lo cual permitía una implicación mucho más adecuada por su parte,

103

con un cierto criterio. Así llegó a atesorar un conocimiento notable sobre el impacto de algunos elementos en una cosecha escasa

o de poca calidad, la influencia del clima en la recolección de la uva, los tipos de uvas y sus propiedades, los procesos de refinado

y filtrado del aceite, etc. Aprendió a realizar jabones artesanales a

base de aceite de oliva que resultaron una maravilla hidratante para

el aseo personal. Cuando se encontraba en El Olivar, elaboraba los

suficientes para el consumo de la casa y se llevaba para Madrid pastillas primorosamente envueltas en papel de seda adornado con

elegantes lazos. Adoraba pasear entre los centenarios olivos que

coronaban la parte más alta de la finca, desde donde se podía con-

templar toda su extensión, y se sentaba en ocasiones a leer un libro dejando volar los recuerdos que la llevaban al cobijo de su amado sauce llorón en la casa de sus padres, en la lejana Galicia. Aquel árbol era único en el mundo, allí se resguardaba al abrigo de cualquier circunstancia negativa, de cualquier peligro, y sentía la caricia del viento en su rostro o el movimiento de las ramas aleteando tras ella. Aquel sauce llorón tenía un lugar privilegiado en su corazón y así lo sintió muchos años más tarde cuando, ya siendo una anciana, regresó a su aldea de la mano de su hija.

Aquella tierra andaluza, tan distinta de la suya, llena de olivos y vides, se había hecho un hueco en su ánimo y en su espíritu. Porque Elena tenía como persona su núcleo en torno a su fortaleza, sus ganas de ser feliz, su coraje y la sensibilidad de su carácter. Aquella joven provinciana que había llegado a la capital huyendo de la soledad y el desamparo había abierto las puertas de su corazón, y el dolor que la había acompañado en otras épocas se había sustituido por afecto y por unas relaciones generosas que la habían convertido en una mujer serena, estable y alegre. Recordaba las palabras de su querida madre: «el amor no se divide, se multiplica».

Era dichosa junto a su marido, de una forma plácida, sosegada,

sin grandes sobresaltos. Se compenetraban muy bien y compartían muchos intereses que él supo despertar en ella. Tal vez no sería

104

aventurado pensar que Tomás estaba profundamente enamorado de ella y Elena lo quería, lo admiraba y lo apreciaba. Su matrimonio

no fue para ella un delirio, ni la volvió loca la pasión en sus primeros tiempos. Careció de esa exaltación que suele provocar auténticos

arrebatos en los jóvenes cuando les atraviesa Cupido y que trastorna la sensatez de los más maduros si se sienten tocados por las flechas del amor, como dice una conocida canción. El suyo no fue un amor ni cursi ni empalagoso, pero sí lo fue protector y cuidadoso, detallista y atento. Sus días estaban llenos de pequeños gestos que ella agradecía mucho: unas flores por la mañana en su mesilla de noche, un libro que deseaba leer o una palabra de aliento. Elena lo recibía todo con una emoción tranquila y con gran afecto.

Como pareja, apenas discutieron en sus 8 años de matrimonio.

Eran muy diferentes pero se volvieron muy complementarios. Tomás recordaba a Machado que decía, «Busca a tu complementario que suele caminar contigo y ser tu contrario». Elena era muy dócil cuando creía que algo podía incomodar a su marido y cedía sin que se notara, y Tomás solo vivía para ella de modo que el intentar com-

placera era casi su estado natural. Así habían encontrado ambos el equilibrio entre razón y corazón y disfrutaron de unos años juntos muy gratos porque, en efecto, se hacían la vida fácil uno al otro. La verdadera pasión, el furor o la locura los conocería años más tarde Elena de la mano de otro hombre que le hizo sentir la más frenética de las pasiones y experimentar el más duro de los sufrimientos. Tal vez si la muerte no se hubiera llevado a Tomás hubieran envejecido juntos con la misma amabilidad y afecto que compartieron esos años. Ese pensamiento rondaba a veces la cabeza de Elena, pero ella había descubierto en sus propias carnes que de nada sirve pensar qué hubiera sido de nuestras vidas si una circunstancia, solo una, hubiera sido diferente.

—Elena no puede saber nada de todo esto —le dijo Tomás a Genaro.

105

En efecto, el encargado del despacho estaba departiendo con su jefe y ambos estaban abordando la verdadera situación de la finca

de El Olivar. Había sucedido un descalabro económico y estaba en riesgo toda la explotación, y ambos estaban intentando buscar alternativas para aquella situación. Genaro se atrevió a decir:

—Don Tomás, tal vez sería más fácil asumir las pérdidas y liqui-

dar la propiedad. Con la venta de la maquinaria, los aperos y la casa podríamos compensar parte de ese saldo negativo...

No acabó la frase porque Tomás le cortó con autoridad.

—Ni hablar, esa casa es importante para Elena y la vamos a conservar. Tienes que revisar bien las cuentas; si fuera necesario me podría desprender del piso de San Sebastián y de la armería. El piso ya sabes dónde está, en el mejor lugar de la Concha, y cada vez se cotiza más.

Genaro comprendió que su jefe ya había optado por la decisión más compleja: aquella que le permitiría seguir conservando la propiedad de El Olivar.

La quiebra económica de la explotación había venido por la acción de un desaprensivo hombre de negocios inglés que había comprado toda la producción de uvas de los dos últimos años para elaborar un *sherry* destinado al floreciente mercado de su país. Pero el falso ejecutivo carente de escrúpulos se retrasó en los pagos durante el primer año y no hizo ninguno de los pendientes el segundo año, cuando ya toda la producción de uvas estaba en su poder. Para hacer frente al producto que el inglés quería, tuvieron que hacer costosas mejoras de aprovechamiento en las viñas e invertir en maquinaria moderna y muy cara. Todas esas operaciones habían merma-

do las reservas económicas de aquella explotación de manera muy significativa.

Tomás salió del despacho con gesto preocupado y decidió regresar dando un paseo hasta su casa para ir estirando las piernas y tener tiempo de recomponerse. No quería preocupar a su esposa

106

por la situación de la finca; además, últimamente Elena estaba más tristonca, inquieta por la salud de la tía Liceria, que le estaba haciendo revivir los últimos años pasados junto a su madre enferma y

alicaída. Por nada del mundo quería aumentar su preocupación y añadirle un asunto inquietante.

El viaje en tren hasta Cádiz recordaba a Elena los escasos trayectos hechos en su juventud cuando iba desde el pueblo más próximo hasta Orense para realizar algunas compras o visitar algún pariente.

Los trenes tenían para ella algo de romántico, de evocador. Rememoraba aquellos breves desplazamientos en los que fantaseaba que descubriría el mundo desde un tren, asomando la cara por la ventanilla bajada, sintiendo en sus mejillas el golpe incesante del viento y el discurrir imparable del paisaje. Sonreía como una chiquilla cuando oía el sonido insistente del claxon al pasar por una estación o cruzarse con otro tren. Le gustaba el ruido que hacían los frenos

y que anticipaba una parada próxima.

Pasaron allí siete semanas durante las cuales la tía Liceria recuperó parte de su buen color perdido en los días de sanatorio y el encierro en casa hasta que aceptó empezar a salir a la calle siempre acompañada y con sus inseparables gafas negras y el bastón que sería su fiel compañero hasta el final de sus días. La estancia entre olivos y vides le alborotó el alma, aunque apenas podía ya vislumbrar el paisaje a través de un ojo, los contornos borrosos confirmados por los olores que claramente percibía la llevaban a su remota aldea gallega, recordando la vida de su familia, a su hijo... Esa nostalgia la acompañaba siempre y albergaba en el fondo de su alma una herida sangrante por la ausencia de Eladio. Le dolía la separación física, a la que se terminó acostumbrando; le escarbaba más en la herida el abandono, el alejamiento y no tener noticias desde hacía meses. Ella trataba de justificar esa actitud hablando de lo dura que es la emigración en un país tan lejano, las dificultades que existirían en ese día a día en tierra extraña o la dureza del destierro del lugar que te vio nacer. Pero en el fondo de su alma, Liceria penaba sin

cesar por ese comportamiento de su hijo, tan impropio y tan frío.

«Él no es así», pensaba y repensaba una y otra vez. Ciertamente es que los pasados conflictos con el padre en su adolescencia le endurecieron un poco el carácter, pero era un buen niño, muy noble, sentimental y muy amante de su madre. Ella lo recreaba casi sin darse cuenta en esa edad joven, despuntando a la vida, sin caer en la cuenta de los años transcurridos, de que su niño ya no lo podía ser tanto, de que era ya un hombre hecho y derecho con obligaciones y tal vez con familia, como ella siempre deseó.

A pesar de toda la añoranza por el hijo ausente, Liceria brotó de nuevo en su convalecencia en tierras jerezanas como la mujer fuerte y decidida que siempre había sido, cualidades estas que, sin duda, había heredado su sobrina Elena. Empezó a pasear entre los olivos siempre acompañada de su fiel Balbina y, cuando se encontraba lo suficientemente fuerte y segura, acompañaba a su sobrina a dar un paseo por las calles de la ciudad. Les gustaba ir a la Barriada de la Plata, a una cafetería con hermosa terraza, La Soleada, donde degustaban un chocolate con picatostes y se les iba la tarde charlando o escuchando las noticias que Elena leía en el periódico local.

El cariño que le daba su sobrina, ayudaba a Liceria a salir adelante, llevando por primera vez en su vida una existencia plácida, sin

deslomarse trabajando, que era lo único que había conocido siempre. El regreso a casa cuando no estaban cansadas lo hacían atravesando el Paseo de la Arboleda donde a Liceria le embriagaba el olor de los árboles y las plantas que lucían con intensidad primaveral. Elena le relataba los sitios por donde pasaban y Liceria los iba poco a poco grabando en su memoria: la barbería de Paco, la carbonería, la droguería de la Pepa o la hermosa fuente de agua que marcaba el final de la calle. Su sobrina le contaba la historia de algunas de las casas señoriales, blasonadas con sus escudos de hidalgos o descubridores como Pizarro o Pedro de Vera. Llegaban hasta ellas los gritos de la chiquillería que jugaba en el patio del Colegio de Isabel la Católica, y Liceria esbozaba una sonrisa.

108

La primavera era una estación privilegiada en Jerez, donde disfrutaban de unas temperaturas muy suaves y muchos días de sol, lo que propiciaba poder salir de la finca, y Elena también adoraba volver allí a finales del verano cuando el calor empezaba a bajar su intensidad y podía meterse de lleno en la vorágine de la vendimia. Sanlúcar de Barrameda fue la primera visita de Liceria a una playa. Aunque había conocido el mar cuando fue a despedir a su hijo al puerto de Vigo, en aquel tristísimo viaje que iba a poner un océano

entre ellos, apenas tuvo ojos para otra cosa que su querido Eladio y toda la congoja que le provocaba la separación. En Sanlúcar su sobrina la acercó al mar de forma tranquila, descalzaron sus pies y pasearon por la orilla mientras Liceria experimentaba un escalofrío cada vez que el agua del Atlántico mojaba sus pies, y esa sensación le provocaba una risa nerviosa. Conoció el mar a través de otros sentidos distintos de la vista y quedó impresionada y maravillada por aquella inmensidad que olía intensamente a sal.

Una actividad que Elena puso en marcha desde sus primeras visitas a El Olivar fue una pequeña escuela elemental para los hijos de algunos jornaleros de la finca y otros niños gitanillos, quienes acudieron ante la noticia de que allí podían aprender a leer, a escribir y cuentas, y además les daban la merienda. En efecto, Elena ayudaba a algunos chiquillos que tenían dificultades en la escuela o a los gitanos que ni siquiera estaban escolarizados, con aprendizajes muy básicos para potenciar la lectura, escribir lo elemental sin faltas de ortografía y aprender a realizar algunas cuentas. Cuando acababan las clases, los niños bebían un vaso de leche con Cola Cao y unas tostadas de pan que la tía Liceria untaba con manteca colorada sentada en una silla mientras los oía repetir en voz alta la tabla del

dos. Elena estaba acostumbrada a tener a su tía pegada a ella como una sombra, sobre todo cuando estaban en Jerez, y disfrutaba de esa silenciosa presencia que la reconfortaba y le daba seguridad.

La idea de aquella pequeña escuela complacía enormemente a

Elena y, al mismo tiempo, le permitía poner en práctica los conoci-

109

mientos adquiridos durante sus estudios en la Universidad y aplicar su capacidad pedagógica, que era mucha. Hacía las lecciones sencillas y amenas, con muchas historias y anécdotas que facilitaban el

aprendizaje. Era una experiencia muy grata que ella preparaba de

forma minuciosa: los ejercicios, las lecturas, los juegos para apren-

der, todo era objeto de una organización al milímetro. Elena no

dejaba lugar a la improvisación y así lograba que su heterogéneo

grupo de alumnos viviera cada clase con entusiasmo.

Tomás disfrutaba también de una plácida y grata estancia en

El Olivar. Dedicaba parte de sus mañanas a la finca, ayudado por

Manuel, controlaba pedidos, hablaba con los jornaleros, contac-

taba con la almazara, tenía conversaciones con proveedores y, en

definitiva, mantenía una cierta actividad profesional que le hacía estar despejado y lúcido. Compartía el aperitivo con su esposa en la

Bodeguilla de Nicolás donde bebían un fino acompañado de acei-

tunas *machacás*. Por la tarde, los planes podían variar entre dar algún pequeño paseo con Liceria, merendar juntos, ir a hacer alguna compra, visitar el casino o quedar con amistades.

En el Casino tenían lugar apasionadas charlas de política y economía con algunos de los miembros de las familias de terratenientes, auténticos latifundistas que poseían fincas del tamaño de una provincia, muy vinculados a la industria vinícola y con lazos muy importantes en Gran Bretaña debido a la exportación de *sherry*, la bebida tan apreciada por los ingleses. Al atardecer, Elena y Tomás

recorrían a paso lento una parte de la finca, un día hacia el lado del olivar y el otro hacia las vides. Ambos adoraban aquel momento del día, con la luz cayendo, el sol reflejándose en el horizonte y lanzando destellos sobre las maderas. El paisaje era a veces casi irreal, una auténtica imagen digna de ser representada en un cuadro. Caminaban de la mano en silencio o con conversaciones intrascendentes llenas de frases cortas, no precisaban más. Simplemente disfrutaban uno de la presencia y compañía del otro. A Tomás no dejaba de sorprenderle que una mujer joven y guapa como la suya, que se había

110

convertido en una persona culta y con diversas aficiones, no se aburría en el campo, pero ella parecía estar allí como pez en el agua,

deleitándose con pequeños, pequeñísimos placeres como un ama-

necer, el canto de un gorrión o trajinando sus platos en la cocina.

Tomás se sentía el hombre más dichoso del mundo y una y mil veces agradecía a Dios, a la vida y a su destino que hubiera puesto en su camino a aquella mujer cuando él estaba en la etapa final de su vida, a punto de dejarse consumir por el aburrimiento y la soledad. Seguía siendo el hombre profundamente enamorado que se casó con una jovencita gallega, fuerte y valiente, a la que sentía que casi había moldeado, descubriendo un mundo de conocimientos, culturas o viajes que hasta entonces eran ajenos a ella.

Elena se abrió a su nueva vida como lo hace una flor en primavera, con pasión, queriendo beber la vida a sorbos y el aire a borbotones. Tomás no temía por sentirse tan feliz y querido, simplemente desde la experiencia de sus años gozaba cada día como si fuera el último, empleaba cada minuto vivido como un puntal de su felicidad y agradecía internamente cada amanecer que iniciaba con Elena a su lado, porque sabía que, por ley de vida, él se iría antes, aunque con una eterna sonrisa en la boca. La que reflejaba en él como si fuera un espejo su mujer. La sonrisa que provocaba encontrar el amor en el ocaso de la vida.

La sorpresa

Desde la cubierta se veía aproximarse la silueta de una ciudad marinera, claramente orientada hacia el mar y abierta al océano. Algunos pasajeros saludaban con la mano mientras otros observaban con curiosidad la maniobra de colocar aquella mole en el muelle correspondiente con la precisión de un relojero suizo. Echaron el ancla y el suave oleaje golpeó con firmeza la quilla.

La mujer bajó del barco tambaleando su enorme cuerpo por la pasarela mientras sujetaba con firmeza la mano de la niña, que no debía tener más de seis años. Iba elegantemente vestida con un precioso vestido rosa y dos lazos en la cabeza que sujetaban su rizado pelo de incipiente mulata. Los calcetines blancos contrastaban con su piel canela. Se dirigía a la mucama con modales muy suaves y un dulzón tono caribeño.

—¡Qué linda ciudad! ¿Será grande?

Lucrecia levantó la vista hacia el puerto donde se agolpaban sin mucho orden los edificios del Vigo más popular y pescador. Y refunfuñó:

—Ay, mamita, este es solo el lugar donde desembarcamos, ahora tenemos que seguir viaje hasta Madrid y eso durará unas cuantas

horas más.

A la pequeña no pareció importarle esta afirmación y paseó su vista por el puerto: los pasajeros descendiendo del enorme barco, el trasiego de personas que deambulaban por allí, el intenso olor a

113

mar de un color azul oscuro, muy distinto del que conocía. Todo le fascinaba y su sonrisa acompañada de unos ojos muy abiertos era

una constante. Lucrecia les dio una propina a los dos mozos que habían bajado el voluminoso equipaje y tomó un taxi para dirigirse a la estación de tren desde donde viajarían a la capital. Antes comieron en una taberna de la parte vieja de la ciudad, donde degustaron un rico rape con cachelos y pimentón que Lucrecia acompañó con una botella de ribeiro. Era la primera comida decente que hacían en algo más de un mes que duró la travesía desde Caracas y ambas la apreciaron hasta dejar los platos limpios de tanto frotar el pan contra ellos.

Tanto a Lucrecia como a Gisele el viaje en barco les sentó mal desde que este hizo su salida del puerto de La Guadaira. La travesía no fue mala, solo a la altura de las Azores tuvieron dos días de temporal en los que vomitaron todo lo que contenían sus maltratados estómagos y ya no se recuperaron hasta su llegada. Ambas sobrevi-

vieron a base de caldos e infusiones templados con los que engañar el estómago sin producirles náuseas. Así que aquella comida en una taberna llena de pescadores que gritaban al hablar y bebían y fumaban sin parar fue lo más parecido al edén culinario que podían recordar. Lucrecia maldecía la travesía realizada sin miramientos, y elevando el tono:

—Ese condenado barco casi nos mata, mamita, hasta he perdido mis carnes —decía sonriendo descarada hacia uno de los clientes que la miraba insistentemente. Evidentemente eso era una exageración porque la contundencia de las carnes de Lucrecia era mucha y, probablemente, hubiera hecho falta dar la vuelta al mundo para que aquella mujer oronda se convirtiera en esbelta. Pero tenía un acusado sentido del humor que le permitía bromear con su aspecto físico sin sentirse mal por ello.

Lo cierto es que aquella pareja resultaba un tanto chocante en aquellas tierras: la niña exquisitamente vestida, con su tez oscura y la mujer que la cuidaba, enorme, grande y gruesa como un casti-

114

llo, con los enormes dientes color perla que enseñaba al sonreír y sus modales aparentemente bruscos acompañados de su enorme

vozarrón. Pero Lucrecia estaba curada de espanto y pocas cosas

la podían incomodar, además el cuidado de la pequeña Gisele centraba todas sus energías, solo se quejaba constantemente del frío: «condenado clima, moriremos heladas antes de llegar a Madrid», bramaba, provocando que los transeúntes volvieran la cabeza hacia la extravagante pareja.

Elena se estaba preparando para ir al Teatro Real acompañada de una amiga. Aquella noche había una función especial de Tosca de Puccini que le gustaba mucho por la intensidad de los sentimientos que allí se mostraban, desilusiones y traiciones. Conservaba como una tradición instaurada acudir a los estrenos del Teatro Real cuando se encontraba en la capital. Gracias a su marido había descubierto el gusto por la música clásica, y presenciar aquellos grandes dramas, aquellas tragedias, le producía un cierto efecto balsámico para sus propias penas.

Hacía pocos meses que había fallecido Tomás y, a pesar de la inmensa tristeza y vacío que sentía, trataba de normalizar su vida poco a poco, intentando acomodarla a la de una viuda joven. Tosca era una de las óperas favoritas de su difunto marido y, cuando vio el cartel, pensó que sería un homenaje para aquel hombre tan bueno acudir a la representación. Estaba tarareando una parte de la ópera

mientras contemplaba su imagen vestida de negro reflejada en el espejo. A pesar de su belleza y ser aún una mujer muy joven, tenía una imagen seria y triste, perdida en aquellos ropajes oscuros.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando le sobresaltó un golpe y sonó con fuerza el timbre en la puerta de entrada, una, dos, hasta tres veces. Balbina gritó desde el fondo del pasillo: «ya voy, no es necesario aporrear la puerta».

Cuando abrió con intención de regañar por esos modales al que estuviera al otro lado, se encontró con una negra enorme que sostenía entre sus brazos a una niña, también mulata, profundamente

115

dormida entre sus brazos. Detrás de ella alcanzó a ver un abultado equipaje.

—Creo que se equivoca usted —dijo Balbina. Pero antes de que pudiera añadir nada más Lucrecia la empujó con determinación.

—No hay equivocación que valga, no seas bolsa (*tonta*). ¿Esta es la casa de doña Elena Vidal? Pues déjame pasar y dame una silla que

mi pelada está dormida y cuando despierte querrá comer, estamos viajando desde antier. ¿Tendrás alguna arepa preparada?

Balbina no salía de su asombro. Por un lado, la imagen de la mujer y la niña la habían dejado boquiabierta por otro, no alcanzaba a entender nada de lo que decía, ya que hablaba castellano pero utili-

zaba palabras raras. Estaba pensando qué podía contestarle cuando

Lucrecia, poco dada a andar con miramientos, la apremió:

—No seas floja y llama a tu señora, que estoy muy cansada,

apenas pude hacer un camarón (*dormir un rato*) en el tren porque se movía mucho y me desperté enseguida, y al llegar aquí el taxista me

quería meter coba (*liarse*) pero yo le dije que si seguía le daba una pela (*bofetada*), yo soy una mujer decente.

El monólogo de Lucrecia era una auténtica cascada de palabras

sin ningún sentido para Balbina, que se vio salvada de la situación

por Luisa, la amiga de Elena, que llegaba en ese momento de la

calle para ir juntas al Teatro Real. Lucrecia, dándose cuenta de que

aquella chica de servicio era un poco parada, le tendió el sobre que

acababa de sacar de una tela guardada entre sus enormes senos a

Luisa, que le pareció más solvente y espabilada en aquel momento

de desconcierto. Esta leyó el nombre de Elena escrito con una tor-

pe caligrafía en un sobre de papel grueso y tono sepia y se lo tendió

a su amiga, que se acercaba al grupo por el pasillo, intrigada por las

voces que desde allí llegaban.

Hizo un gesto a Balbina para que pasara a Lucrecia a la cocina y

le sirviera algo de comer y beber. La pequeña se estaba despertando

y paseaba sus ojos por la estancia aún somnolienta y desorientada.

A Elena le conmovió la imagen de la pequeña, que parecía tan perdida en aquel lugar como lo estaba la sorprendida Balbina ante la perorata de Lucrecia.

Elena no podía parar de temblar mirando el sobre que no se atrevía a abrir y contemplando de soslayo la imagen de la mujer y la niña que se veía en una esquina de la cocina. Luisa la empujó suavemente hacia el salón y le dijo: «ven, sentémonos y, si lo deseas, la leemos juntas».

Elena desdobló la carta con parsimonia como deseando retrasar el momento de su lectura, aunque algo en su interior le decía que aquella carta no era portadora de malas noticias y sentía una enorme incertidumbre al respecto. Empezó a leer con voz trémula:

Querida prima Elena,

En primer lugar, quiero darte las gracias por tu larga carta que me ayudó a conocer muchas cosas de tu vida y la de mi madre que desconocía. En segundo lugar, espero que estéis muy bien porque yo no puedo decir lo mismo.

Tu carta demostraba que te has convertido en una mujer culta que sabe expresarse con las palabras apropiadas en cada caso. Me gustó mucho leerla. No esperes recibir lo mismo de mí, yo he lo-

grado una pequeña fortuna trabajando y con cierta picardía para los negocios, pero no he estudiado ni me he cultivado más allá del aprendizaje y con los palos que me ha dado la vida. Bueno, también con los buenos momentos, porque he vivido los mejores junto a Dina, mi esposa. Conocí a su lado una felicidad que pocos mortales pueden alcanzar, pasando con ella los mejores ratos de mi vida. Pero la desgracia tocó a nuestra puerta hace poco.

(Elena apenas podía contener el gesto de angustia)

Una noche que salimos mi negra y yo a tomar unos tragos y bailar, tuvimos una pelea con un malandro que nos persiguió un buen rato; el tipo en cuestión afirmaba ser el hijo de un chamo que conocí años atrás que decía que yo había arruinado a su padre jugando a

117

las cartas. Tal vez fuera así, no lo niego, tuve unos años muy malitos cuando llegué aquí, pero no sabía quién era y ni siquiera me dijo su

nombre. Me avergüenzo de esos años, Elena, a veces me comporté como un indeseable, estaba muy perdido, pero mi mujer me salvó.

Bueno, el tipo ese que me reclamaba iba tomado (bebido) y se puso muy pesado. Hasta que agarró a mi negra por el brazo y, balanceándola hacia él, le puso un cuchillo en el cuello, diciendo que si no le daba su dinero la mataría allí mismo. No contento con eso,

empezó a bucear (mirar mal a una mujer, como dicen aquí) y ahí perdí la cabeza por completo. Intenté liberar a mi negra y ella cayó al suelo.

(El papel aparecía un poco arrugado y algo de tinta corrida, tal vez se había mojado, probablemente por alguna lágrima derramada encima de la escritura).

No sabría decirte lo que pasó con exactitud, aunque creo que golpeé una y otra vez al tipejo con toda mi rabia, pero él, que seguía conservando su cuchillo, hirió con varias puñaladas a mi amor y pude ver cómo le clavaba el cuchillo. Creo que me volví completamente tarado. Alcancé a comprender que una de aquellas puñaladas era mortal. La sangre le brotaba del agujero como un surtidor. Intenté pararla, intenté reanimarla, le hablaba, le gritaba, la abrazaba. Pero la mirada de Dina ya estaba vacía y murió entre mis brazos. No recuerdo con claridad lo ocurrido. Llegaron los pacos (la policía que dicen ahí), el tipejo estaba mal herido en el suelo y me detuvieron. (Elena ya lloraba abiertamente con un tremendo nudo atenuando su garganta).

Los días siguientes los recuerdo como en una nebulosa, no sé si seguía viviendo o también me fui con el amor de mi vida. Te escribo

desde el penal donde estoy esperando, no sé muy bien qué, porque ya no tengo nada que esperar. Me han dicho que habrá un juicio pero la justicia es lenta y solo funciona con mordidas.

118

Mi contacto con el exterior es Indalecio, el marido de Lucrecia, que sé que está removiendo cielo y tierra para arreglar mi situación.

No me importa, nada me importa ya. Aquí puedo esperar la muerte, aquí puedo esperar a que me lleve porque yo ya no vivo. Solo quiero reunirme con mi negra allá en el cielo, porque ella se ha ido derecha para allí, era un ángel. Pero Indalecio me hizo comprender que tenía que poner a salvo a mi hijita, el fruto de nuestro amor, y aquí corre peligro. ¿Quién se ocupará de ella? Dina no descansará hasta que nuestra hija esté contigo y con mi madre, que va a conocer a su nieta. Te lo ruego, prima, cuida de ella, es lo único que tengo en este mundo y su madre nunca perdonaría que dejáramos a Gisele abandonada a su suerte. Sé que lo harás, tienes buen corazón, un corazón grande que la acogerá. La peladita va con Lucrecia, ella es la esposa de Indalecio, el encargado de mis negocios. Ellos han sido aquí como nuestra familia. Lucrecia es de nuestra entera confianza y ha cuidado de Gisele desde que nació. Es un poco brusca a veces, pero su corazón es más grande que su cuerpo.

Vos las cuidaréis, lo sé.

No sé cómo podrás contar todo esto a mi pobre madre, a la que tanto quiero y tanto me falta. Espero que el dolor que le producirá esta situación se vea suavizado por el consuelo de conocer a su preciosa nieta.

Tuyo siempre,

Eladio.

Cuando Elena acabó de leer la carta, se echó en brazos de Luisa sin poder contener las lágrimas que llevaban un rato cayendo por su cara, resbalando por su barbilla, mojando el negro vestido de luto, hipando unos sollozos violentos que le provocaban movimientos como espasmos. Luisa la dejó llorar mientras le acariciaba el pelo, sabía que necesitaba desahogarse. Todo se acumulaba, la muerte de Tomás era aún muy reciente, la casa estaba vacía sin él, su recuerdo estaba en cada esquina y ahora... aquello.

119

Era duro digerir toda aquella situación tan extraña como imprevista para Elena. Sabía, porque lo había sentido en primera persona, que la vida daba muchas vueltas, pero aquel giro, aquella curva era sorprendente, tan inesperada, tan rara... Se secó los ojos de un manotazo, decidida a recuperar la serenidad, cuando escuchó el sonido

de los pies arrastrados y el bastón de Liceria que se acercaba a la cocina. Con rapidez hizo un gesto con el dedo índice delante de sus labios para que Lucrecia no dijera nada, gesto que esta enseguida entendió, pero la pequeña Gisele en la que nadie había reparado se echó a los brazos de Liceria y exclamó:

—Abuelita, mi papá me dijo que eras ciega, pero yo te ayudaré.

El asombro que produjo en Liceria aquella noticia la tuvo acostada varios días. Elena hubiera deseado tener tiempo para prepararla, pensar cómo le iba contando la situación de su hijo, la aparición de la pequeña y Lucrecia, la responsabilidad que de golpe debían asumir cuidando y velando por la peladita, como la llamaba su padre. Todo aquello no podía ser contado de golpe a una persona mayor y privada del sentido de la vista por aquel aciago tumor. Pero la maravillosa inocencia de una niña pequeña dio al traste con cualquier posible idea o recurso que Elena ni siquiera llegó a poner en práctica. Cuando la tía empezó a reclamar explicaciones agarrada a la niña que tenía en su regazo y conoció el encierro de Eladio en el penal, se desmayó.

Fueron demasiadas emociones, demasiados disgustos y una inmensa alegría de golpe. Su cansado corazón necesitaba un respiro.

Tiempo para asimilar aquellas nuevas que le partían la vida en dos y para tocar y acariciar la carita de aquella chiquilla en la que le costaba adivinar los rasgos físicos de su hijo, pero en la que descubriría, día tras día, gestos o movimientos del joven Eladio, que había quedado agarrado a su corazón como una garrapata.

Una vez pasado el sobresalto inicial por la llegada de Lucrecia y la niña, la vida en aquella casa dio un cambio casi tan brusco como el que provocó su aparición. El asombro de Elena y los demás

120

habitantes de la casa se vio pronto sustituido por conversaciones constantes sobre cómo organizar la vida de la pequeña, para lo cual

sirvió de inestimable ayuda Lucrecia, que la había visto nacer y la conocía a la perfección. La pequeña aún no había sido escolarizada en Venezuela, de modo que, por su edad, lo primero que hizo Elena fue buscar un colegio, para lo que se apoyó en algunas amigas como Luisa que tenían hijos en edad escolar. Así, la matricularon en el Colegio de San Isidro al que todos los días religiosamente la acompañaba Lucrecia y en donde la recogía Elena siempre que podía. Sabía que tenía que establecer un vínculo sólido con aquella pequeña; sin embargo, no fue necesario hacer ningún esfuerzo especial porque la cría se ganaba el corazón de la gente enseguida y de

inmediato se pegó a Elena como un lazarillo abandonado al dueño que le rescata. Ella, que hasta entonces no había tenido hijos y desconocía el inmenso poder de la maternidad, vivió con la pequeña Gisele un sentimiento tan fuerte como el que vive cualquier madre. Aquella fue una época con una actividad tan frenética para Elena que algunas noches, en la soledad de su dormitorio, se sentía un poco culpable por no haber dedicado ni un minuto de su pensamiento a su difunto marido. Pero lo cierto es que las rutinas de aquella casa habían experimentado un vuelco, una auténtica conmoción. Gisele se adaptó con facilidad al colegio y lucía preciosa con el uniforme de falda plisada y chaqueta con el escudo en azul y burdeos. Parecía una muñequita, y tenía embobados a todos los habitantes de la casa con su gracia y desparpajo. Trajo la alegría y la espontaneidad a una casa que estaba entonces teñida por el luto y la enorme ausencia provocada por la desaparición de su dueño.

Lucrecia enseguida encontró su hueco en aquella familia postiza que la vida le había regalado. Ella, que hasta entonces solo había contado con el amor y el desamor de Indalecio, se acercaba con naturalidad a Balbina para saber qué faena había que hacer cada día, y acataba con docilidad las sugerencias de esta. Estaba acostumbrada

a trabajar duro y contribuir a las tareas domésticas de aquella casa

121

le resultaba muy fácil. Todos la acogieron con los brazos abiertos y, aunque al principio resultaba muy difícil entenderla porque usaba

muchos vocablos diferentes y el «voseo» típico de Maracaibo, poco

a poco fue incorporando palabras castellanas, como una muestra

de su adaptación, aunque le parecían muy duras y contundentes.

Así, dejó de usar algunas expresiones tan suyas como *de que viene*,

viene para decir que algo era seguro y a usar *por ejemplo* en lugar de *por lo menos*, lo que daba lugar a graciosos malentendidos que provocaban la risa de los que la oían. En el caso de Gisele y como un

reflejo propio de la edad, se adaptó con total naturalidad a la vida

de Madrid y también incorporó a su lenguaje las palabras corrientes

en el castellano hablado en España que fueron sustituyendo a los

giros propios de su idioma materno hablado en Venezuela. Conser-

vaba algunas costumbres que le costó abandonar, como la de andar

siempre descalza, muy usual en Maracaibo por las temperaturas que

reinaban allí todo el año pero una idea nefasta en Madrid cuando em-

pezaron los rigores del frío, que le costaron unos cuantos resfriados.

Desde la llegada de las venezolanas, como cariñosamente decía

Balbina, la cocina de la casa se convirtió en un maravillosos labo-

ratorio de pruebas y más pruebas, sabores criollos mezclados con especias de aquí, ingredientes de allá cocinados a nuestra manera tradicional o deliciosas arepas que Lucrecia amasaba sin descanso. Aquella amalgama de sabores, texturas y aromas hacía de la cocina uno de los lugares favoritos de todos los que allí vivían y hasta Balbina se atrevía con platos exóticos como el pescado embadurnado con coco o los plátanos fritos, que la pequeña Gisele devoraba con apetito.

Aquel bullicio y actividad trajo a la casa una animación hasta entonces desconocida, porque incluso cuando Tomás vivía y formaba una familia con Elena y Liceria, la casa fue un remanso de paz. Solo se oía de vez en cuando el tocadiscos con alguna ópera, pero todo estaba siempre ordenado y no se oía una voz más alta que otra.

Pronto los juguetes de Gisele empezaron a invadir cualquier rincón

122

de la casa y aparecía aquí o allá una muñeca, un carrito o una guitarra. La pequeña, al igual que su madre, sentía pasión por la música y,

en cuanto llegaba a sus oídos algún ritmo animado, se ponía a bailar

con un don y una gracia que dejaba a todos maravillados. Toda

aquella bulla y alegría llegaba hasta el dormitorio de Liceria, quien

permaneció allí postrada durante días. Hasta que una mañana se

levantó y apareció arreglada en la cocina diciendo que quería probar una arepa y besando a su nieta que salía para el colegio.

Cuando se quedaron solas se dirigió a Elena:

—Hija, la vida me está mandando una prueba muy dura y tengo que sacar fuerzas para ayudar a Eladio. No me puedo quedar en la cama llorando mi pena mientras mi hijo se pudre en una cárcel tan lejos y mi nieta hace las delicias de todos y yo me lo pierdo.

Elena la abrazó pensando que, cual Ave Fénix, había resurgido de sus cenizas.

—Me tienes que ayudar, Elena, yo no entiendo de esos asuntos pero tenemos que buscar a alguien que nos asesore, tenemos que buscar un buen abogado para sacar de la cárcel a tu primo —dijo un día, mientras sus ojos se nublaban por las lágrimas.

Elena asintió mientras sonreía a su tía y pensaba en su fuero interno que haría todo lo posible aun cuando no sería empresa fácil.

Liceria empezó a tener largas, larguísimas conversaciones con Lucrecia sobre la vida de Eladio y sus negocios, sobre Dina y sobre la relación entre ambos. Su curiosidad de madre nunca se veía saciada. Parecía como si, sabiendo de la vida de su hijo, lo tuviera un poco más cerca, como si vivir la vida a través de él le ayudara a

menguar la distancia que los separaba. Lucrecia le enseñó algunas fotos que Liceria no podía ver pero imaginaba pasando los dedos por encima. Además, las descripciones de Lucrecia eran tan exhaustivas y detalladas que le permitían casi conocer con exactitud a las personas o los lugares que le mostraba. Esas charlas que tenían lugar casi siempre cuando la pequeña estaba en el colegio, terminaban

123

en lágrimas de emoción cuando Lucrecia relataba con todo lujo de detalles la boda de la pareja, el nacimiento de la niña o el día a día

de aquel matrimonio tan profundamente enamorado.

—Muchas veces, cuando me acercaba a su casa por las mañanas, oía los gritos de amor de la pareja que no podían salir de entre las sábanas. Usted ya sabe, mi doña, se amaban en cualquier lugar y no tenían horarios.

Liceria se ruborizaba ante esas declaraciones de Lucrecia que todo lo relataba sin ningún pudor, y le costaba imaginar a su hijo en esos menesteres con su mulata, aunque sabía que su afán por defender a la mujer que tanto amó lo había condenado en vida. Lo había encerrado en aquel maldito penal.

Aunque Liceria preguntaba al respecto, Lucrecia evitaba hablar de la reyerta que acabó con la vida de la negra y truncó los pro-

yectos de la pareja de vivir siempre juntos. Cuando doña Liceria, como ella la llamaba, abordaba ese tema, ella respondía con evasivas o acudía a la cocina donde, con el pretexto de retirar una olla del fuego, evitaba responderle. Lucrecia recordaba con horror todo lo relativo a la muerte de Dina y al ingreso de Eladio en el penal, gritando como un loco que se quería morir, o las visitas en las que pudieron verlo a través de un cristal, demacrado, como un muerto en vida y con la mirada perdida. No, en ningún caso podía contar nada de todo eso a doña Liceria e incrementar aún más su sufrimiento, así que siempre encontraba una excusa o evasiva adecuada que le servía para escabullirse de aquella conversación que escocía más que sal gorda en una herida abierta.

Un día que Lucrecia vio cómo Elena hacía gestiones por teléfono buscando ayuda legal para su primo, secándose las manos en el delantal, se acercó a ella cuando esta colgó el teléfono:

—Disculpe el atrevimiento, doña, pero si no sacan pronto de allí a don Eladio, lo recibiremos en una caja de pino. Aquella cárcel es el infierno.

124

Elena se quedó completamente pálida al oír aquellas palabras y ver a su tía Liceria en la puerta, completamente inmóvil, como un

fantasma. Aunque habían conversado mucho con Lucrecia acerca de la vida en Venezuela, esta nunca había abordado de forma tan clara cómo podían ser las condiciones de vida en aquel presidio. Elena se imaginaba que no era ningún sitio confortable como tampoco debían serlo las cárceles españolas; sin embargo, aquella afirmación tan tajante de Lucrecia le hizo entender que debía existir un nivel de violencia significativo que podía hacer peligrar la vida de su primo.

En su cabeza solo rebotaban una y otra vez aquellas palabras:

«En una caja de pino. Aquella cárcel es un infierno».

125

Un buen abogado

A lo largo de su matrimonio, Elena había establecido ciertas amistades, a través de su marido, dentro del mundo del derecho. Lógicamente, por su profesión, desarrollada a lo largo de años, Tomás tenía amigos y conocidos entre abogados e incluso entre jueces y fiscales. Era un hombre afable y servicial que se había ganado el respeto y el aprecio de mucha gente en el ejercicio de su trabajo. No era ese un mundo que a Elena, sin embargo, le apasionara, ya que siempre le habían intrigado algunos aspectos como la im-

partición de justicia, cuánto podía influir en una persona sus sentimientos o primeras impresiones o cómo se podía inclinar la balanza hacia un lado u otro en función del letrado que pudiera asumir la defensa de una persona. Tenía serias dudas sobre ese mundillo porque su marido le había contado cómo algunos profesionales del derecho se dedicaban a esto por encima de criterios de equidad o resoluciones adecuadas y se movían exclusivamente por intereses económicos, estando dispuestos a hundir a un inocente si la otra parte pagaba más dinero. Por eso, se acaloraba cuando Tomás le relataba casos en los que se infringían los más elementales niveles de equidad para lograr alcanzar un mayor beneficio económico. Con esos antecedentes, Elena se enfrentaba a la tarea de buscar un abogado que estuviera dispuesto a defender a su primo, pero además tenía que conocer algo de la legislación venezolana, y había oído que allí todo funcionaba moviendo billetes por debajo de las mesas de los mejores despachos. Por eso, se estremecía al pensar

127

que no podía equivocarse y que tenía que encontrar a un profesional honesto y completamente íntegro, para evitar cualquier tipo de engaño. La situación era urgente y en su cabeza resonaban como un maldito aviso las palabras de Lucrecia («aquella cárcel es un infier-

no) y sabía que cada minuto que pasaba era importante.

La tía Liceria le observaba hacer gestiones sin parar y no la apremiaba, porque sabía de su angustia y que su sobrina hacía todo lo que estaba a su alcance Sin embargo, el gesto nervioso de sus manos y su actitud callada y como ida eran reveladoras de la incertidumbre y desasosiego que estaba viviendo.

Después de días intentando infructuosamente dar con la persona adecuada en la embajada a través de amigos, recibió una llamada de Genaro, el fiel gerente del bufete de Tomás. Antes que él empezara a hablar, Elena se adelantó, pensando que la llamaba una vez más para recordarle que tenían que tomar alguna decisión sobre el futuro del despacho.

—Genaro, ahora no puedo. Estoy volcada en el tema de mi primo en Venezuela y eso ocupa todas mis horas.

—Por eso precisamente le llamo, Elena. Un juez amigo de su marido al que tuve a bien pedirle ayuda para este asunto, me recomendó un despacho de penalistas muy vinculado con América del Sur, donde tienen abogados desplazados o corresponsales con los que colaboran. Se trata de un bufete de mucho prestigio, Elena y, por lo tanto, supongo que caro. ¿Quiere su contacto? El juez Varela

les comentó el caso y están esperando su llamada.

Elena apuntó de inmediato los datos que le había dado Genaro y, después de agradecerle varias veces la gestión, colgó y salió corriendo a decirle a su tía que habían localizado un bufete que les ayudaría. Liceria apretó las manos de su sobrina diciendo: «que así sea, Dios mío».

Dos días más tarde, un jueves 8 de octubre, Elena acudió nerviosa a la cita que tenía en el Bufete Cisneros y Novoa, situado en

128

un palaciego edificio de la calle Velázquez. No podía disimular la intranquilidad que le producía aquella situación. Estaba llena de temores porque pensaba que tal vez no querían trabajar en Venezuela

o tal vez no les interesaba el caso. Su cabeza bullía con pensamientos

que iban y venían sin cesar. Así, centrada en sus reflexiones, llegó a la primera planta donde la recibió una secretaria de mediana

edad que la hizo pasar a la sala de espera. Todo el edificio era elegante y suntuoso pero en especial aquel despacho estaba lleno de

obras de arte, relojes antiguos, ánforas de Limoges y cristales de Murano. Todo respondía al gusto de un coleccionista, incluso había

algunas piezas únicas. Al lado de Tomás, ella había aprendido a distinguir lo bueno y en aquella sala de espera había muebles y objetos

de decoración dignos de un museo.

Se abrió la puerta y apareció ella:

—Soy Adela Novoa, pase conmigo, por favor.

Era una mujer alta y huesuda, vestida de forma muy refinada, con un pantalón negro, una blusa de seda azul y un espectacular collar de perlas de dos vueltas. No se podía negar que era una mujer distinguida y con un gran porte, se apreciaba su elegancia desde la cuna, aunque resultaba seria y un poco distante. Elena se dijo a sí misma que no importaba si la letrada era simpática o no, solo si sería capaz de sacar a su primo de la terrible situación en que se encontraba. Durante la entrevista de más de una hora de duración, Adela Novoa llevó la voz cantante haciendo todo tipo de preguntas y, cuando Elena se extendía más de lo necesario en la respuesta, ella le cortaba formulando la siguiente pregunta. No cabía duda de que sería eficiente, pero también de que solo abordaría los aspectos profesionales y, por lo tanto, no empatizaría en exceso con su nuevo cliente.

—Necesitamos su ayuda, estamos desesperados.

Adela levantó la mirada y, fijando sus ojos en los de Elena, le dijo:

—Todos mis clientes lo están cuando vienen a verme, no se sienta usted especial.

Elena luchaba contra el desaliento que le generaba la conversación con aquella abogada tan altanera, y deseaba evitar amilanarse.

En aquellas circunstancias tenía que ser fuerte y estar entera. Con determinación y clavando su mirada en la de Adela, le dijo:

—Me siento especial porque este caso, el que ahora le cuento, es el que afecta a mi familia y solo me importa este, ningún otro. Ya supongo que los clientes llegamos aquí preocupados, pero necesito que usted trabaje en este asunto como si fuera el único, el más especial al que se va a enfrentar en toda su carrera.

Adela levantó el mentón con gesto adusto dispuesta a asentir pensando que tal vez aquella clienta mojigata tenía más arrestos que los que ella supuso al verla. Sin embargo, en ese momento se abrió la puerta situada detrás del sillón de la abogada y apareció la figura de un hombre muy alto que musitó:

—Perdona, querida, no sabía que estabas reunida.

No pudo acabar la frase. La atónita mirada de Elena cruzándose con la de aquel hombre que había palidecido de pronto al verla allí, acabó de impacientar a Adela:

—Ahora te veo, precisamente estaba acabando.

El hombre ya había entrado en la sala y, con grandes zancadas, se había aproximado a Elena, que notaba cómo un sudor frío le recorría la espalda, cogiéndole las manos mientras ella no se podía despegar de la silla. Él dijo con un hilo de voz: «Elena...». Pero ella fue incapaz de arrancar ningún sonido de su garganta.

Se sentía profundamente ridícula, abatida, desconcertada. Los dos se habían olvidado de Adela, que exclamó, con cierta expectación contenida:

—Ah, Miguel, pero, ¿conoces a la señora? El tremendo impacto de aquel inesperado encuentro entre Miguel y Elena los dejó a los

130

dos anonadados y muy confundidos. Ninguno fue capaz de romper la magia de aquel encuentro casual después de tanto tiempo.

—Miguel, ¿qué haces aquí? Hace tantos años que.... Estás igual.

¡Dios mío! Eres el mismo, solo con alguna cana más —se atrevió a bromear Elena.

Miguel volvió la cabeza hacia su mujer, sabedor de la brusquedad de esta cuando no controlaba una situación.

—Ella es Elena, mi amiga del alma de Artexa desde que éramos dos chiquillos. Hace años que no nos vemos, desde.... —sus pala-

bras quedaron suspendidas en el aire.

—Sí, desde el entierro de mi madre —concluyó Elena.

Adela, con la tensión reflejada en su rostro y haciendo gala de su tirantez, tenía una vena azulada marcada en su sien derecha.

—Querido, ya sé que se llama Elena, es mi clienta, o tal vez la tuya si lo deseas —dijo maliciosa.

En aquel momento, Elena recuperó un poco la compostura y, levantándose con decisión, dio por acabada la reunión para evitar aumentar la evidente molestia que la situación producía en Adela.

—Muchas gracias por su tiempo señora Novoa. Espero su llamada para que me diga cómo vamos a proceder.

—Araceli, mi secretaria, le explicará cómo debe hacer la primera provisión de fondos, ella le dará todos los datos. Yo no me ocupo de esos asuntos —explicó Adela, desdeñosa.

Estaba claro que no iba a ser amable ni afectuosa: «solo profesional», pensó Elena para sus adentros. Esta, mirándola fijamente, dijo:

—Mañana mismo le harán un depósito en su cuenta desde el despacho de mi marido. —Y, volviéndose hacia Miguel, añadió—: Me ha alegrado mucho verte. Hasta pronto.

Cuando salió a la calle, caminó y caminó como una autómata
sin saber hacia dónde iba, hasta que logró tranquilizarse un poco y

131

entrar en una cafetería para poner en orden sus pensamientos antes de llegar a casa. Si la tía Liceria la veía en aquel estado de ansiedad, pensaría que algo iba mal con el tema de su primo. Y no era así, era

que el encuentro con Miguel la había trastornado por completo, trayendo a su mente una sucesión de recuerdos y momentos que creía dormidos en un pasado lejano. A pesar de su aspecto de señor, muy bien vestido y con aire elegante, era el mismo chico campechano de siempre, sencillo, atento, humano, tal como aparecía en sus recuerdos. Aquel encuentro había sido una jugarreta del destino, una mala pasada. Elena, a pesar de la sorpresa inicial, hizo una interpretación digna de un Óscar, tratando de conservar la frialdad y mostrando solo la alegría normal del encuentro con un amigo. Esperaba que la lista y desagradable abogada no se hubiera dado cuenta de nada, porque su cabeza y su corazón eran un torbellino de sentimientos en plena ebullición. ¡Dios mío! A Elena todavía le parecía mentira haber salido airoso de una situación tan incómoda

Aquel encuentro fortuito le provocó gran nerviosismo y le preocupó haber tenido una reacción demasiado sobreactuada. A pesar

de haberse quedado sin palabras en el primer momento, fue capaz de reponerse y mantener una postura mínimamente digna. Mientras los pensamientos de Elena andaban por estos derroteros, los de Adela discurrían en sentido contrario. Después del encuentro de Miguel con aquella clienta, ya le encajaban las piezas. Aquella mujer guapa y bien arreglada pero sin ninguna clase, era amiga de la infancia de su marido, ¡Dios mío, de aquella olvidada aldea gallega! Un horror. Su marido se había empeñado en llevarla un fin de semana estando recién casados y casi se murió de aburrimiento mientras él la llevaba a pasear por prados y huertas. Estaría encantada de que «Miguel llevara el caso de la pueblerina esa y su primo», pensaba Adela mientras se retocaba el maquillaje antes de atender a su próximo cliente.

—Este sí merece la pena, es el sobrino del Senador Ortega—entró zalamera y exhibiendo la mejor de sus sonrisas en el despacho.

132

Mientras tanto, Elena tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tranquilizarse y recomponer su actitud antes de dirigirse hacia su casa. Se sintió como una completa estúpida y se maldijo una y mil veces por no haber reparado en el nombre del despacho: Cisneros y Novoa .

—¿Por qué he sido tan torpe? ¿Por qué Dios mío? —Miguel se apellidaba Ribadeneira, pero el apellido de su tía, doña Úrsula, la que lo crio, era Cisneros, su segundo apellido.

Ignoraba cuál era la razón para no utilizar el apellido paterno en el despacho, tal vez era un homenaje a la mujer que lo sacó adelante con tanto esfuerzo. Se reprochaba una y otra vez no haber sido más avispada.

—Se apellida Cisneros y es abogado, ¿cómo no me di cuenta? ¿Cómo he ido a parar al bufete de Miguel y de aquella antipática Adela, que me miraba por encima del hombro? Se cree una gran señora y seguro que lo es, pero también una grosera. He sido una estúpida, una completa estúpida —se repetía como un mantra. ¡Estaba tan enfadada consigo misma por no haber sido un poco más aguda!

Cuando llegó a su casa, Elena no comentó nada a su tía sobre el sobresalto sufrido en el despacho a causa de su inesperado encuentro con Miguel, porque lo único importante de aquella visita era poder iniciar las gestiones para ayudar a Eladio en su horrible situación, y así quedaron ambas, pendientes de que Adela Novoa la llamara en unos días para explicarle cómo se iba a abordar la situa-

ción. ¿Cuáles serían los primeros pasos de aquel tortuoso camino?

La llamada de Araceli, la secretaria del despacho, se produjo tres días más tarde, y citó a Elena para esa misma tarde. Pero cuando llegó al despacho, diez minutos antes de la hora prevista, la secretaria le dijo:

—El señor Cisneros la recibirá enseguida —ella iba a decir que esperaba que la recibiera la señora Novoa cuando pensó que tal vez

133

evitar a aquella mujer tan adusta sería una ventaja, aunque tratar el tema con Miguel la perturbaba más de lo que quería reconocer.

Se encontraba en un profundo dilema. Deseaba sortear a Adela, tan soberbia y altanera, pero reunirse con Miguel tenía otras implicaciones que prefería evitar. ¡Oh Dios mío! Antes de llegar a ninguna conclusión, la reunión con el señor Cisneros ya se había iniciado, y se desarrolló en un plano exclusivamente profesional, lo que contribuyó a que Elena ganara en seguridad, al centrarse en la situación de su primo.

—Yo llevaré el caso personalmente y lo haré con la ayuda del corresponsal que tenemos en Caracas. Voy a preparar un viaje allí para conocer la situación de primera mano. Debes saber que las cosas en ese país funcionan de una manera un tanto peculiar y, a veces, al

margen de la justicia, así que aún no te puedo decir cuál será nuestra estrategia hasta que no haya evaluado todos los elementos.

Elena disipó sus dudas y se sintió de inmediato reconfortada al saber que Adela se había retirado del caso, pero ni Miguel hizo referencia a sus razones para hacerlo, ni ella preguntó. «Mejor así», pensó para sus adentros.

El clima cordial y sosegado de la reunión transmitió más aplomo a Elena, quien salió del despacho animada y con ganas de compartir todo aquello con su tía, que la esperaba en casa impaciente. Llegado ese punto, Elena no tuvo más remedio que reconocer que sería Miguel, Migueliño, el que llevaría el caso, provocando la emoción de la tía Liceria, que no podía creer que aquel chico espabilado y larguirucho fuera ahora el reconocido abogado que les iba a ayudar con el caso de Eladio.

—Las vueltas que da la vida, hija —dijo Liceria con un suspiro.

Elena no dijo nada pero pensó, para sus adentros, en lo caprichoso que puede ser el destino, tanto que pocas veces se puede uno liberar de sus designios.

134

Una semana más tarde fue el propio Miguel el que llamó directamente a Elena para verse de nuevo. Oyó a Balbina decir:

—¿De parte de don Miguel Cisneros? Un momento por favor.

Se citaron en una cafetería para poner al día a Elena de los avances que se habían producido. El ánimo de Elena quedó ligeramente perturbado por que la cita se produjera fuera del despacho y su nerviosismo aumentó a medida que se acercaba ese momento. Quedaron un sábado a media mañana en un céntrico local de la Gran Vía madrileña. Elena se había arreglado para esa cita con una excitación a la que no era capaz de ponerle nombre. Había dejado de lado el luto riguroso y, aunque su ropa era muy sobria, se adivinaba el estilo que había adquirido con los años y su belleza morena. Una blusa blanca y una falda negra con tacones negros. El pelo suelto cayendo encima de sus hombros y un ligero toque de colorete en las mejillas, con un suave aroma a lavanda que a Miguel le resultaba tan familiar. Así la vio aparecer cuando entró en el local empujando la puerta giratoria con brío. Llevaba un precioso bolso negro de una conocida marca colgado al hombro y parecía parapetarse tras él. Echó un vistazo rápido y pronto sus miradas se encontraron.

Frente a dos copas de un buen Rioja, Miguel le explicó en primer lugar la información que había obtenido sobre su primo.

—No te puedo mentir Elena, su situación allí no es buena. Está

deteriorado físicamente, come poco, apenas consigue dormir y sobrevive gracias al dinero que le lleva su amigo Indalecio, con el que compra la seguridad de los tipos que, de otro modo, le partirían la cara por cualquier motivo. También pagan cantidades a algunos guardias para su protección, pero ese es un mercado casi diario, de modo que el guardia, que a veces es tu protector, al día siguiente se convierte en verdugo.

Lo contó todo de un tirón, rápido, como si al evitar pararse en una conversación lenta, esta fuera menos dolorosa.

135

Elena se estremeció al oír aquellas palabras que, desde luego, no iba a repetir a su pobre tía, que vivía en una permanente angustia, solo aliviada por los ratos que compartía con su nietecita Gisele, lo único que de momento tenía de su desgraciado hijo.

—El problema es que allí se vulneran algunas normas como la prisión preventiva y, aunque hay un límite legal, este se lo pueden saltar de forma impune. Habrá que soltar mucho dinero, Elena, para tratar de agilizar su juicio, porque este podría tardar años o concluir en una sentencia condenatoria sin apenas garantías procesales —dijo Miguel.

—Está bien, haremos lo que sea necesario —dijo ella, notando

una extraña sensación, porque iba a participar activamente en un sistema corrupto de aquellos que ella tanto había cuestionado cuando hablaba de estos temas con Tomás.

«¡Qué extraños compañeros de cama hace la vida cuando nos maneja a su antojo!», pensó Elena, evocando la figura de su marido que la entristeció de repente. Ella iba a fomentar con su presencia y su dinero un sistema corrupto de los que tanto abominaba. Pero se daba cuenta de que los argumentos que sujetan nuestros valores y principios se van al carajo si esa situación nos toca personalmente o se produce en nuestro entorno. Se sentía íntimamente decepcionada porque sabía que iba a actuar de una manera incorrecta; sin embargo, no tenía otro remedio, aunque esa certeza de estar obligada a hacerlo no le servía de consuelo.

Miguel pidió otras dos copas de vino mientras dijo:

—Cuéntame qué ha sido de tu vida estos años. Desapareciste y nunca tuve noticias tuyas—. Y la afirmación tenía una clara carga de reproche.

—Soy viuda desde hace unos meses, me casé con un hombre mayor que yo, Tomás, con el que compartí 8 años un matrimonio maravilloso. Él se fue cuando más lo necesitaba para enfrentarme a

lo de mi primo, la llegada de Gisele y... —se interrumpió al pensar sin decirlo: «... y ahora tú».

136

Miguel añadió:

—El día que te vi en el despacho vestías de luto riguroso, y hoy estás de alivio, como se decía en el pueblo. Te sienta mejor. Sigues igual de guapa que siempre, conservas la misma sonrisa de nuestra primera juventud.

Ella hizo como si no le hubiera escuchado y le dijo:

—¿Qué ha sido de tu vida?

Miguel comprendió que ella no quería contar nada más y se recostó en el asiento cogiendo la copa de vino antes de empezar a hablar.

Seguía siendo el chico alto y delgado, casi desgarbado, de su niñez. Ahora llevaba el pelo más largo y algo oscurecido (Elena lo recordaba más rubio), con el mismo mechón indómito que le caía sobre la frente. Conservaba el gesto de retirarlo con un movimiento rápido cuando estaba nervioso o disgustado. Iba elegantemente vestido, con un traje hecho a medida que le sentaba como un guante. No había duda de que Miguel, Migueliño, su amigo del alma, el

de la aldea gallega, había triunfado en la vida. Doña Úrsula, su tía, tenía que estar orgullosa de lo que había logrado a base de mucho esfuerzo de ambos.

—Mi tía murió cuando yo estaba en cuarto de carrera, fue muy duro, ella era la única madre que conocí y, cuando acabó el curso, decidí abandonar Santiago y venir a Madrid. Ya nada me ataba a seguir allí si ya no tenía que ir a Artexa a visitarla, así que decidí cortar amarras y poner algo de distancia. Además, solo me faltaba un año para acabar la carrera y las mejores oportunidades profesionales estaban en la capital. Aquí conseguí un trabajo de pasante en un despacho de los de toda la vida con un penalista muy prestigioso y aprendí un montón de cosas a su lado. En la Universidad conocí a Adela.

Elena abrió involuntariamente los ojos mientras tragaba saliva de forma silenciosa.

137

—Y dos años más tarde nos casamos. Ella es hija de un magis-trado de Cáceres que se jubiló en la Audiencia, una buena familia.

Me gustó de ella su fuerza, su coraje y su inteligencia. Yo estaba muy solo, no tenía a nadie. Tú eras mi única amiga y tampoco estabas.

Elena pensó en lo curiosa que es la vida. Habían estado vivien-

do cerca uno del otro, con sus soledades auestas en aquella gran ciudad, pero el azar nunca había propiciado un encuentro fortuito cuando eran más jóvenes, tal vez cuando aún estaban solteros...

No, el azar no estaba de su parte. Miguel prosiguió:

—Es muy buena abogada, una gran profesional, y decidimos poner juntos el despacho.

Dio un sorbo a su copa con parsimonia y añadió:

—Después nacieron los chiquillos, pero Adela siguió trabajando, no es demasiado niñera. Yo disfruto más con ellos, en especial con Pablito que es la alegría de la casa.

Elena volvió a tragar saliva y él preguntó:

—Y tú, ¿tienes hijos?

—No, no, pero ahora me tengo que ocupar de Gisele, ya sabes, por lo de su padre... —y dejó la frase en suspenso.

Él añadió con una sonrisa de satisfacción:

—Yo tengo cuatro, los mellizos y Pablito y Úrsula.

—Pues menos mal que a ella no le gustan los niños —pensó

Elena, sintiendo una punzada de celos, pero se abstuvo de decir nada.

Miguel seguía hablando como si necesitara imperiosamente ha-

cerlo:

—Cuando nacieron los mellizos, Óscar y Pedro, Adela tuvo un embarazo muy bueno y trabajó casi hasta el último día. En cuanto estuvo recuperada del parto, se reincorporó al despacho con el pretexto de que necesitaba distraerse porque los niños requerían muchos cuidados y la agobiaban. Contrató una chica para cui-

138

darlos porque no les dio el pecho, no deseaba estropear su figura porque en la vida no solo era madre, había más facetas, afirmaba

ella, y cuando los niños estaban malitos nos ayudaba una enfermera. Pronto la gran cuna donde dormían los niños salió de nuestra habitación. Yo estaba feliz con mi paternidad doble y me parecía una bendición del cielo disfrutar de una familia numerosa. Adela se implicaba menos, seguía teniendo un ritmo de trabajo muy alto en el despacho y, cuando llegaba a casa, los peques siempre estaban dormidos, les daba un beso en la cuna y otro por la mañana cuando los encontraba desayunando en la cocina. Cuando los mellizos tenían dos años, Adela se volvió a quedar embarazada y eso supuso un enorme disgusto para ella, tanto que durante semanas apenas me dirigió la palabra. Yo, sin embargo, no podía disimular mi emoción por aumentar la familia. Cuando nació el niño, Adela

reaccionó como en su primera maternidad. De nuevo se volcó en el trabajo y otra chica vino a ayudar a Lucía que cuidaba de nuestros hijos mayores con esmero. La casa para mí era una explosión de alegría, sobre todo al regresar a casa después de un día de trabajo, cuando me encontraba a los mellizos jugando, al pequeño en la cuna y la casa llena de juguetes. Para mí, que había sido un niño tan solitario, aquel hogar era el paraíso. Yo compartía más momentos con los niños que su madre: su hora del baño, llevarles al pediatra o preparar cumpleaños. Adela estaba ahí cuando era necesario y no faltó a sus representaciones en el colegio o a reuniones de padres, pero delegaba en las chicas comprar disfraces, poner termómetros, elegir la ropa o peinar a sus hijos. Supongo que su procedencia de una familia adinerada hace las cosas diferentes respecto a los hijos, pero yo hubiera preferido una madre más volcada en sus chiquillos; sin embargo, pues no.... Bueno, ya te he dicho que es una abogada brillante y eso requiere mucho esfuerzo y dedicación —terminó, a modo de excusa.

Lo había contado todo del tirón. Parecía una confesión, algo que llevaba dentro desde hacía tiempo y, si bien lo sentía así, nunca lo había expresado con esa claridad.

Miguel proseguía con su relato:

—Pablito era un bebé adorable, regordete y risueño, pero resultó más lento que sus hermanos para todo: pasados los 18 meses aún no andaba y le costaba gatear, se caía con mucha frecuencia, buscaba los objetos con la mano pero estos se escurrían de ellas como si no los pudiera sujetar, no era capaz de coger el biberón solo y no balbuceaba ningún sonido. Un día le conté estas cosas a Adela, pero ella me dijo que cada niño tenía su propio ritmo y no había por qué preocuparse. Pero yo seguía observándolo de cerca y una tarde, cuando los tres estaban jugando, Óscar dejó caer al suelo un juguete metálico con gran estruendo. Todos nos asustamos al oírlo, todos menos Pablito, que no se movió. Aquella tarde empecé a sospechar que el niño era sordo e hice algunas pruebas tirando objetos pesados o llamándolo a gritos, pero el niño no volvía la cabeza ni se sobresaltaba. Lo llevé al médico y empezó un tortuoso camino de pruebas para ver qué le pasaba: la expresión del médico al acabar los primeros análisis no me gustó nada y adiviné que algo le ocurría a nuestro pequeño. El diagnóstico fue un mazazo: Pablito tenía un tipo de retraso mental que afectaría a su adaptación social y presen-

giaba un futuro incierto sobre sus posibilidades de andar, moverse con independencia o tener un correcto desarrollo del lenguaje. Yo me hundí. Sentí que el mundo se abría bajo mis pies. Miraba a mis niños, los mellizos, eran todo vitalidad a sus cuatros años y, cuando observaba a Pablito, tan ausente, tan sonriente sin sentido, las lágrimas me asomaban a los ojos sin poder evitarlo. Su madre reaccionó con mucha frialdad y empezó a tener una relación más distante con el pequeño, apenas le rozaba con un beso y nunca se paraba con él. Cuando yo le contaba algún avance que, por pequeño que fuera, era un triunfo debido a su discapacidad, ella decía: «Ah, muy bien». Elena tragó saliva. Miguel suspiró y siguió su relato:

—Pero Adela no era mujer que aceptara el fracaso y un hijo como Pablito era para ella una auténtica decepción, un fiasco. Para mí, sin embargo, se convirtió en un motor valiosísimo en mi vida

140

y empecé a leer y a investigar sobre su enfermedad. Buscamos los mejores médicos, empezamos a hacer ejercicios para su estimulación y... bueno, hemos logrado cosas importantes. Hoy Pablito anda

sin dificultad, se expresa apoyándose en el lenguaje de signos, va al colegio y se esfuerza por llevar una vida lo más normal posible.

Es el más cariñoso de mis hijos, el más noble y el más ocurrente, y

siempre está de buen humor. Ha hecho que sus hermanos desarro-

llen otras capacidades para relacionarse con él que, estoy seguro que si fuera un niño como otros, no disfrutaríamos. Son más pacientes con él, le explican cosas, lo integran en sus actividades y le miman más, en definitiva. Cuando descubrí su incapacidad me pareció una desgracia enorme, pero hoy sé que es una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida.

Suspiró de nuevo largamente y, con pesar en su voz, dijo:

—Unos meses después del diagnóstico de Pablito, Adela se volvió a quedar embarazada y no fue un accidente, ella buscó con ahínco ese embarazo. Ya te dije que no acepta los fracasos en su vida y nuestro hijo pequeño lo era para ella, un infortunio. Ella podía tener hijos sanos y guapos y pareció tener que reafirmarse en ese aspecto. Nació Úrsula, que es la princesa de nuestra casa, la única niña y el único hijo por el que Adela parece sentir apego. Ha compartido más momentos con la pequeña que con sus otros tres hijos. Cuando volvió de la clínica, se trasladó de habitación y se llevó la cuna de la niña con ella. Así vivimos desde entonces —añadió, bajando la voz hasta un tono casi de susurro.

Elena se sentía abrumada por la cantidad de cosas que Miguel

le había contado. La película de su vida la había proyectado ante su

atenta y, a veces, emocionada mirada. Antes de hablar de la llegada de Pablito, su hijo especial, ella deseaba preguntarle si era feliz, pero su pregunta quedó suspendida en sus labios porque ya no le pareció adecuado mencionarlo. ¿Qué es la felicidad? Ella misma no sabría responder. En su vida, la felicidad había sido correr detrás de aquellas cosas que no tenía y le parecían esenciales pero, cuando

141

las alcanzaba, la felicidad que se experimentaba era moderada y se pasaba a desear otras. Así fue cuando murió su padre y ella deseó

tener más recursos económicos para hacer frente al cuidado de su madre. Pero después se casó con Tomás y anheló seguir sus estudios porque la solvencia económica ya estaba resuelta. Así lo hizo y, cuando acabó sus estudios de Magisterio, enfermó la tía Liceria y murió Tomás. ¿Y entonces ella qué deseaba? Ya tenía muchas de las cosas que había añorado en su pasado: seguridad económica, el amor, su carrera, etc. Paulatinamente, viviendo año tras año, Elena había logrado hacer la reflexión más simple sobre la felicidad y acaso la más certera: la felicidad es una suma de pequeños momentos sencillos, gratificantes, que nos hacen sentir bien, y no esa búsqueda constante de cosas que no tenemos y cuya posesión creemos que nos hará sentir diferentes e inmensamente felices. Cuando echamos

en falta esos pequeños momentos, comprendemos que con ellos fuimos inmensamente dichosos: oyendo música a los pies de la cama de la madre enferma, compartiendo el rato del almuerzo con el padre en la carpintería, paseando por El Retiro con la tía Liceria y un cucurucho de patatas fritas o de la mano de Tomás paseando por El Olivar. Eso era la felicidad.

Aquella larga conversación con Miguel dejó a Elena exhausta, con un agridulce sabor en la garganta por las vivencias compartidas con su amor de juventud. Le enternecía tremendamente oírle hablar como un padrazo y recreándose en la descripción de sus hijos y le conmovía todo ese cariño y ese amor por su familia. Pero notaba la amargura que se colaba entre algunas de sus palabras hacia su mujer, a la que solo alababa en el aspecto profesional. Ni una mención a su papel de esposa, compañera o amante. Solo el desapego hacia los hijos o el cariño y su debilidad hacia su única hija, a la que Elena suponía quería crear a su imagen y semejanza. Miguel solo mencionaba de su mujer que era una brillante abogada y una buena profesional.

—¿Pero él, con quién vive, con la abogada o con la mujer y madre? —se preguntaba Elena, sin expresar en alto ninguno de esos pensamientos.

Tras aquella conversación, tan reveladora en lo personal para ambos, Miguel se metió de lleno a preparar la defensa de Eladio,

moviendo contactos e hilos al otro lado del océano, y con carácter previo al viaje que tenía que hacer para tratar de acelerar algunas gestiones que requerían su presencia física allí. Fueron días de trabajo intenso, haciendo llamadas, reuniéndose con personas influyentes o tratando de descubrir atajos que permitieran resolver el caso.

Después de reflexionar largamente sobre todo el asunto relativo a Eladio, su prima tomó una difícil decisión: acompañaría a Miguel a Venezuela. Quería conocer en primera persona la situación y poder colaborar activamente. Sentía que su papel sería más efectivo allí para tratar de abreviar el plazo hasta el juicio o realizar las diligencias que fueran necesarias. Además, y tal vez lo más importante, sabía que para Eladio ver a alguien de su familia le abriría la puerta a una esperanza nueva. Tenía que verlo y hablarle, tocarlo, comprobar que estaba vivo.

Cuando Elena le comunicó su decisión, Miguel se negó con energía.

—De ningún modo, no puedes ir, ese no es sitio para ti, no es un

lugar recomendable para ninguna mujer.

—He viajado por muchos lugares del mundo con mi marido y Caracas es una ciudad más, no tiene que pasar nada —le contradijo Elena.

—Es que no se trata de que Caracas sea mejor o peor ciudad que otra cualquiera, es por las personas que habrá que contactar, los lugares a los que habrá que ir, nada de eso es adecuado para una mujer —insistió Miguel.

Miguel insistía en el mismo argumento pero con escaso resultado, porque Elena ya había tomado su decisión y esta era firme, así que zanjó la conversación diciendo:

—Iré contigo, Miguel. Necesito ver a mi primo. No correré ningún peligro innecesario y trataré de ayudar en todo lo que pueda.

Organiza todo lo imprescindible para mi viaje.

143

Elena no dejaba de reflexionar sobre cómo habían cambiado las cosas desde que escribió a Eladio diciéndole que quería viajar para

poner en orden los asuntos de Tomás y decidir qué hacer con el patrimonio que le dejó a su cargo. Había pasado poco tiempo desde entonces, cuando ella le comunicaba que tenía que ir a Jerez, a su querida finca de El Olivar o a San Sebastián, donde quería vender el piso pero deseaba también recuperar algunos objetos y recuer-

dos de su marido. Y, después, lo de Guinea. Aquella sí que era una aventura importante. En efecto, había transcurrido poco tiempo pero su vida había dado un giro brutal, absoluto. Todo se había puesto patas arriba. Todos sus temas, los que tenían que ver con su querido Tomás, habían pasado a un claro segundo plano, tras lo ocurrido con Eladio, su encarcelamiento y la llegada de la niña a su casa y a su vida.

La mención de Gisele le provocaba una enorme ternura y felicidad. Elena comprendió que la vida te quita cosas y te las da casi de forma simultánea. Cuando en el corazón se queda un enorme vacío, algo completamente inesperado viene a cubrirlo. Recordaba aquella frase que tantas veces repetía su madre: «El amor no se divide, se multiplica».

144

El país de la eterna primavera

Aterrizaron en Caracas un día encapotado a media mañana, cansados tras un largo vuelo. El color que cubría la ciudad era de un gris intenso y había una cierta sensación de humedad. Se dirigieron hacia el hotel situado en el Bulevar de Sabana Grande. El trayecto desde el aeropuerto les permitió atisbar una agradable ciudad a los

pies del monte Ávila, con gran profusión de vegetación y mucha vida, una ciudad activa, muy agitada.

Elena aprovechó las horas de vuelo para leer prensa y alguna información general sobre el país. La ciudad de Caracas y el país, en general, acusaban una fuerte crisis desde el llamado «viernes negro», con un claro impacto económico y social y una auténtica fuga de talentos por las malas condiciones imperantes en el país. Pero, para su sorpresa, porque Elena tenía una idea preconcebida del país, encontraron una juventud muy formada, muy por encima de la de otros países que ella había visitado. La gente devolvía en las calles la visión de un país alegre, con enorme potencial y ganas de salir adelante.

Tras instalarse en sus respectivas habitaciones, Miguel propuso a Elena salir a comer algo para empezar a planear los pasos que tenían que dar desde el día siguiente. Degustaron unas arepas y un asado negro mientras hablaban. Ambos estaban relajados, menos tensos que en sus encuentros en Madrid, ya habían tenido ocasión de ponerse al día sobre sus respectivas vidas, y eso había creado de nuevo una corriente de complicidad entre ambos. No obstante,

ella era mucho más parca en detalles sobre su pasado, salvo cuando Miguel le espetó directamente:

—¿Amaste a tu marido?

Y ella respondió bajando la mirada:

—Supongo que sí, le quise mucho, ¡era un gran hombre!

Elena se atrevió a devolverle la pregunta:

—¿Y tú, amas a tu mujer?

—Es la madre de mis hijos, y a ellos los adoro —respondió Miguel de forma ambigua.

Desde ese instante y, como si hubiera un pacto tácito entre ambos y esas dos respuestas hubieran calmado la zozobra que sentían, dejaron de lado los temas personales y pusieron el foco en todo lo relativo a Eladio.

—Mañana a las 9 y media nos espera en el hall del hotel mi corresponsal aquí, el abogado con el que colaboramos desde Madrid y que nos pondrá al día de la situación de tu primo. Es un buen profesional y, sobre todo, un tipo de confianza, él será aquí nuestro enlace para todo, nuestros pies y nuestras manos.

Elena durmió inquieta esa noche: en parte, por la reunión del día siguiente con el nuevo abogado que temía que fuera fuente de malas noticias; y, por otra parte, porque la proximidad de Miguel la

turbaba, muy a su pesar. Cuando se fueron a acostar, él le cogió la barbilla y mirándola a los ojos le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Buenas noches, Elena, descansa, ha sido un día largo y mañana nos espera otro igual.

Esa frase y ese gesto aparentemente inocente provocaron en ella una noria de sensaciones que deseó controlar, pero que desvelaron su sueño. El gesto de cariño la había trasladado como por encanto a la época de la aldea en que ella apuntaba a una adolescencia que pronto se truncó por las tragedias familiares. A una adolescencia en la que Miguel era uno de los puntales en los que se basaba su exis-

146

tencia. Se despertó varias veces viviendo un sueño tan real que tuvo que hacer un esfuerzo por reconocer aquella habitación de hotel en un país lejano.

A la hora fijada y con puntualidad británica, les esperaba el abogado caraqueño, Rafael Mendoza, que saludó a Miguel con efusividad y a ella besándole la mano. Era de padre venezolano y madre valenciana y se había afincado en el país tras enamorarse de una belleza del país a la que conoció haciendo turismo en Madrid. Desde entonces trabajaba como especialista en derecho penal para un par de despachos, entre ellos, el Bufete Cisneros & Novoa. Era un tipo

grueso, muy grueso, de mediana edad y calvo como una bola de billar, pero afable, con modales muy correctos y, como comprobaría más tarde Elena, muy hábil en el manejo de las relaciones sociales. Le produjo una primera impresión muy buena y para ella supuso un alivio, ya que confiaba mucho en su intuición, que pocas veces la había traicionado. Pensó que, en efecto, Rafael sería una pieza muy valiosa para ayudarles a solventar aquella compleja situación.

Se reunieron en una sala privada del hotel y sin más preámbulos Rafael les espetó:

—Me alegro que estén ustedes aquí porque las cosas empiezan a ponerse feas. Su primo —dijo mirando a Elena— fue trasladado ayer a otra cárcel, ya no está en Caracas. Lo han llevado desde el Centro de Internamiento de El Rodeo hasta el penal de La Sabaneta en Maracaibo.

—Pero, ¿por qué, qué ha ocurrido, cómo está él? —Las preguntas se atropellaban en boca de Elena, que notaba cómo la angustia le dejaba la garganta completamente seca.

—Lo lamento, no tengo mucha más información, solo sé que ayer un contacto que tengo en el Centro Penitenciario me confirmó que se iba a realizar el traslado, pero no deja de ser curioso que

precisamente el día que ustedes llegaban a Caracas se ordenara el traslado —añadió como poniendo voz a sus reflexiones.

147

Tomó una gran bocanada de aire:

—Yo pude verlo hace unos días, cuando logré la autorización de la policía. Su estado no es bueno, incluso diría que es malo, está muy deteriorado físicamente. El centro al que lo llevaron tras la detención es un centro masificado, lejos de Maracaibo, aquí en la capital, sin ninguna condición de salubridad. Los presos están hacinados, no tienen noticias sobre su situación, los hacen víctimas de un juego psicológico que les deteriora las fuerzas y les mina la moral.

Miguel tomó la mano de Elena e interrumpió el relato del abogado para no aumentar la angustia de ella, que palidecía progresivamente a medida que escuchaba aquella sarta de adversidades.

—¿Cuál es su situación judicial? —inquirió Miguel, tratando de llevar la conversación hacia extremos más técnicos. Y evitando que aquella profusa descripción sembrara el pesimismo en Elena.

—Está pendiente de juicio, le tomaron declaración en el centro y le asignaron un abogado que renunció a su defensa porque Eladio dijo que no quería colaborar con nadie. Solo deseaba tener noticias

de su hija, el resto dijo que no le importaba, que quería morir para reunirse con su esposa. Él confesó que se había abalanzado encima del tipejo que acuchilló a su esposa, pero no recuerda nada más.

Tiene como un vacío de memoria probablemente debido al estrés post traumático. Solicité que le examinara un médico pero lo denegaron. La tensión se respiraba en el aire.

Concluyó diciendo:

—Aquí las cosas son muy difíciles.

Miguel retomó el hilo de la conversación.

—Si entiendo bien, las gestiones que tengamos que hacer debemos dirigirlas hacia ese nuevo penal, el de Maracaibo —afirmó con aire contrariado.

—Así es —asintió Rafael. Ambos compartían en silencio la misma reflexión que evitaron decir en voz alta. Todas las gestiones y

148

los trámites que tan laboriosamente habían hecho desde Madrid no servían para nada en este nuevo escenario, todas aquellas influencias que habían movido eran inútiles porque Eladio ya no estaba

allí. Habían dedicado muchos recursos, tiempo, dinero y energías

baldíos y todo parecía ahora infructuoso. Estaban lamentablemente

en el punto de partida de nuevo y era necesario volver a empezar.

Elena no pudo evitar pensar que Eladio volvía como un reo a aquella ciudad en la que fue tan feliz, en la que encontró a su gran amor y donde empezó a fraguarse su actual desgracia. Y se estremeció al traer a su cabeza aquel pensamiento que últimamente era recurrente:

—¡Cuántas vueltas da la vida y qué inesperadas e incluso crueles son algunas de ellas!

En ese momento Elena era un poco más ajena a aquella corriente de pensamiento negativo que invadía a los dos abogados. Rafael, perfecto conocedor de aquel mundillo, sabía que muchos de los esfuerzos que pudieran hacer se verían malogrados muy a su pesar y trataba de mantener alto el ánimo de su colega y de su clienta porque el proceso sería largo y arduo.

Quedaron en salir de viaje al día siguiente, ya que no había tiempo que perder. Rafael había logrado organizar una visita con un procurador en La Sabaneta e iba a intentar que les permitieran visitar al preso de inmediato. Esa noche Elena se retiró muy pronto, no se encontraba bien, le estaba costando procesar tantas noticias complicadas y tenía una casi permanente sensación de mareo que le provocaba un acusado malestar. Miguel miraba de reojo las reac-

ciones de Elena, preocupado por cómo iría asimilando el estado de ansiedad y nerviosismo que sabía que iban a vivir en aquel sórdido universo en que estaban penetrando.

Cuando llegaron a Maracaibo, un sobresalto recorrió todo el cuerpo de Elena al pensar en su primo, encerrado en un sórdido penal en aquella ciudad tan luminosa y viva, tan llena de color. Las calles eran una explosión de alegría y ruido, se oían en cada esquina

149

ritmos caribeños que salían de cualquier parte y los puestos de fruta y jugos adornaban la calle con su olor a frescura y aromas. Todo

aquel aparente bienestar conmocionaba aún más el ánimo de Elena y le hacía verlo todo más negro, como un oscuro túnel al que no se le ve el final.

Pretextando una indisposición que le acompañaba casi desde que llegó al país, anuló la cena con Miguel y se metió en la cama con un ligero temblor. Tenía frío y pasó muy mala noche, tal vez con fiebre, apenas controlaba su tembleque pero no dejaba de pensar en Miguel, en su mirada tan tierna, en el mechón de pelo que le caía en la frente, en sus andares un poco desgarrados debido a su altura. No sabía qué le estaba ocurriendo, pero se sentía enfurecida con ella misma porque en aquel momento necesitaba estar centra-

da, serena y sana para enfrentarse a todo lo que allí iba a ocurrir. Su cabeza oscilaba entre un tema y otro como un carrusel enloquecido. Dejaba de pensar en Miguel y todo lo que la turbaba y su mente se aventuraba en aquel horrible lugar en que se imaginaba a su primo. Trataba de pensar en palabras cariñosas, de consuelo y de ánimo pero no le salía ninguna.

Antes de acostarse, llamó a su tía Liceria, pero no quiso extenderse mucho para que ella no notara su inquietud ni la tiritona que le impedía acabar una frase de forma correcta. Mintió diciendo que todo iba bien, que ya estaban de lleno haciendo gestiones y omitió contar el tema del traslado a otra cárcel. Pidió hablar con Gisele que le saludó con su voz cantarina, y esa breve charla fue reconfortante para ella, un alivio temporal ante todo aquel malestar. La pequeña le contó algunas de las cosas ocurridas en el colegio y que estaba ensayando un musical para la clase de teatro, y aquellas novedades consiguieron alejar durante un rato a Elena de la realidad que la esperaba al día siguiente. Hablar con la pequeña fue como un bálsamo, un alivio a todo aquello que le inquietaba y se dio cuenta cómo la echaba de menos. Le encantaría abrazarla en aquel momento, tocar su pelo rizado, oler su piel canela y contagiarse de su estruen-

dosa risa.

150

Elena despertó al día siguiente de un sueño corto y poco reparador, así que trató de disimular su mal aspecto con un maquilla-

je ligero y, haciendo de tripas corazón, se encaminó con Miguel y

Rafael a la comisaría de la Policía Municipal donde los esperaba el

procurador, un tipejo que le provocó aversión en cuanto le echó la

vista encima y comprobó la mirada lasciva que le dedicó, posando

sus ojos en su escote. Los recibió en su despacho, un cubículo en

el que reinaba el desorden de papeles y dossiers por todas partes,

sin orden ni concierto, ceniceros, cigarros, alguna botella de ron

a medio acabar y, en una esquina, medio caída, una foto familiar

que no parecía ocupar ningún lugar privilegiado. Elena pensó para

sus adentros que la vida de su primo y su futuro se encontraría en

alguno de aquellos papeles, perdido en cualquier parte. Y tuvo que

contener su agitación.

Antes de empezar a hablar, le hizo un gesto a Rafael que, con

parsimonia, sacó una fajo de billetes de su bolsillo y, al más puro

estilo mafioso, hizo ademán de enseñarle el grosor de los billetes

doblados. La cara de aquel tipejo esbozó una sonrisa que a Elena

le pareció una mueca. Rafael se levantó ofreciéndole con su mano

varios billetes de 50 dólares pero, cuando aquel indeseable fue a coger los billetes, los retiró con rapidez. La tensión se cortaba con un cuchillo y Elena tragó saliva aunque notó su garganta seca, tan áspera que casi hacía ruido. La falsa sonrisa que lucía se heló en la cara del facineroso, y todo el diminuto despacho pareció llenarse de su rabia contenida.

—Todavía no, esta plata tienes que ameritarla (merecerla), me tienes que asegurar que podemos ver a Eladio. Pronto. Esa última palabra la pronunció Rafael subiendo el tono de voz y deletreando cada letra con un ritmo lento y penetrante. Elena no pudo evitar pensar cómo un representante de la justicia, un empleado del Estado, jugaba de esa forma con los sentimientos de personas agobiadas por el futuro de un familiar querido... pero pronto comprendió que ella, junto a Miguel y Rafael, eran también parte del mismo

151

sistema corrupto en el que unos reciben dinero porque otros están dispuestos a pagarlo y sintió cómo una arcada le llegaba a la boca.

Ahora formaba parte de aquello que tanto aborrecía.

La certeza de saber que aquel funcionario corrupto lograba beneficios para ciertos presos porque las familias pagaban lo necesario acabó de abrumarla. Sacó de su bolso un pañuelo para secarse

el sudor mientras notaba cómo la mirada indecente del funcionario seguía su mano con avidez. Evitó mirarlo para no enrarecer más el ambiente.

—Estoy aquí para ayudar, no para estropear las cosas —se decía en su interior. Hacía mucho calor en aquel antro y temía que la temperatura y la humedad le jugaran una mala pasada. Bebió un sorbo de la botella de agua que tenía en el bolso mientras el individuo aquel fijaba sus ojos en su boca humedecida. ¡Cuánta repugnancia sintió Elena! ¡Pensaba que no podría soportarlo!

Rafael y el procurador mantuvieron un cierto tira y afloja sobre «el bilullo», o sea, la cantidad total en billetes que costaría el trato, y este último aceptó a regañadientes que Rafael le entregara en ese momento la mitad de una fuerte cantidad y, la otra mitad, tras la visita al preso.

—Les recomiendo a los españoles que no se hagan los listos conmigo o tendrán muchos problemas acá —dijo amenazante mirando a Miguel y a Elena, que temblaba de forma visible.

Ella hizo de forma involuntaria un cálculo mental de cuánto podría costar todo aquello si en el primer paso que daban ya se estaba gastando casi la provisión de fondos que le había solicitado Adela.

Dejó de lado ese pensamiento casi con brusquedad para no angus-

tiarse más de lo necesario y observó, como si de una espectadora se tratara, toda la operación mercantil, deseando no haber tenido necesidad de estar allí. Pero las circunstancias mandaban.

Aquella primera gestión dejó un amargo sabor a los visitantes, a excepción de Rafael, mucho más acostumbrado a las penosas con-

152

diciones que cada día le llevaban a bordear la legalidad para defender a sus clientes. Él sabía sin lugar a dudas las deplorables gestio-

nes que serían necesarias realizar y los irritantes personajes con los

que habría que tratar, de modo que, cuando el procurador salió del

despacho para esconder el dinero, Rafael manifestó claramente su

satisfacción por el resultado de aquella reunión.

—Asunto solucionado —dijo.

Elena lo miró incrédula pensando que tal vez ella había asistido

a otra reunión diferente, porque tenía la sensación que había sido

un desastre.

—En absoluto, Elena, ha sido un éxito —le contradijo esbo-

zando una sonrisa. Aunque ella no salía de su asombro y le iba a

replicar, cuando Rafael añadió:

—Para sobrevivir en este país, tienes que empezar a pensar de

forma diferente, esto no es España, no es Europa. Aquí las cosas

se resuelven de otro modo. Teníamos un objetivo hoy, conseguir que el procurador Olivarez nos consiguiera una visita a su primo, y lo ha hecho, por lo tanto, es una victoria. Lo hemos logrado. En cuanto al dinero, podría haber sido más caro. Se conformó con mis condiciones, aceptó dividir el pago en dos veces. Repito, ha sido un éxito. Prueba superada. Ahora vamos a por la siguiente.

Miguel apretó el brazo de Elena para transmitirle algo de tranquilidad. Realmente, estaban mucho más lejos de casa de lo que habían imaginado.

La visita quedó organizada para dos días más tarde y, cuando los tres salieron de la sala, el procurador le lanzó a Elena una última mirada lasciva que provocó una náusea en ella mientras Miguel, furioso, le dijo:

—No se haga el chulo con nosotros, le estaremos vigilando, nos vemos dentro de dos días y, si trata de jugárnosla, lo pagará con su vida. Recuérdelo.

153

La última palabra la pronunció Miguel acompañada de un gesto amenazante con su mano, pero lo peor fue el tono de su voz. Este

estaba cargado de una fuerza y violencia que hasta la propia Elena se sobresaltó mirando a Miguel como si no lo reconociera. Cuando

salieron de allí, una bocanada de aire fresco les hizo recuperar el tono y la serenidad que habían perdido en aquel sitio, ante un tipo tan indeseable.

Los dos días de espera se hicieron interminables, como si el tiempo, en un intento burlón por volverlos un poco tarados, se hubiera detenido. Miguel hizo algunos planes para visitar la ciudad y evitar estar hablando del asunto sin cesar. Pensó que hacer algo de turismo, estando en un lugar tan bello, haría la espera más llevadera. Era preciso llenar las horas con alguna actividad, para que el nerviosismo no se hiciera dueño de ellos. Tenían que estar serenos, templados, cualquier salida de tono podía dar al traste con los planes y colocarlos en situación de peligro.

Para evitarlo, Miguel diseñó una ruta en la que pasaron por la Basílica de Nuestra Señora de la Chiquinquirá para que admirara sus pinturas, cruzaron el imponente puente Rafael Urdaneta sobre el Lago Maracaibo e hicieron parada en la Plaza del Rosario. Parecían una pareja de amigos disfrutando de unas vacaciones. Pero, en la mañana del segundo día, Miguel comprendió que todo su esfuerzo era vano, porque Elena caminaba detrás de él como una autómatas y era incapaz de apreciar la belleza o monumentalidad que tenía a su

alrededor. La inquietud y la agonía que le producía aquella situación era muy grande: por un lado, sentía una gran desazón por la visita del día siguiente, pensaba que se encontrarían allí; y por otro, estaba el desasosiego que le producían las llamadas a su casa a Madrid en las que mentía abiertamente o disfrazaba la verdad para no contar más de lo necesario a su tía.

Después de muchas dudas al respeto, le había confesado a Liceria que habían conseguido organizar una visita a Eladio en la prisión y, tras hacerlo, le asaltó la duda. Tal vez no debería haber dicho

154

nada porque tendría que contarle después el resultado de esa visita y no sabía cómo sería esta. Temía que su tía sospechara y que desconfiara de su relato, porque desde que estaba ciega parecía haber

desarrollado de forma excepcional el resto de sus sentidos.

Esos pensamientos la tenían perdida y distraída todo el día y le dificultaban conciliar el sueño por las noches. Por eso Miguel decidió cancelar el paseo hasta alguna de las mejores playas en su afán por mantenerla entretenida y, la última tarde, antes de la visita, solo caminaron uno al lado del otro, hablando. Elena agradecía en su fuero interno al destino o a algún ser superior que hubiera puesto en su camino a Miguel para acompañarla en aquella travesía por el

desierto, porque así se hacía más llevadera. Aunque en un primer momento le pareció un obstáculo importante que fuera Miguel el letrado del caso, ahora se daba cuenta del sostén que le estaba prestando, no solo en su papel de abogado sino también como persona.

¡Qué hubiera sido de ella con otra persona a su lado y en semejantes circunstancias! No quería ni pensarlo. Sabía que él le ofrecería su brazo y su cariño para apoyarse en él cuando fuera necesario, y su intuición le hacía presagiar que lo iba a necesitar.

Esa tarde de lento discurrir, porque el tiempo se había empeñado en congelarse en un ritmo exasperante, la pasaron dando pequeños paseos por una avenida arbolada situada delante del hotel y tomando un jugo en un café próximo. Allí vieron a última hora a Rafael que, en una breve visita, les dijo (más bien les exigió) que a la mañana siguiente, cuando estuvieran en la prisión, no tomaran ninguna iniciativa, no hicieran ningún gesto indebido y caminaran siempre detrás de él con la mirada gacha y sin atender ni a llamadas de otras personas ni a ruidos imprevistos. Les pidió a ambos que dejaran sus cosas de valor en el hotel.

—Solo tengo mi alianza y la de mi marido que no me quito nunca y una pulsera que él me regaló.

Rafael dijo rotundo:

—Por favor, Elena, no puede llevar nada.

155

Miguel miró de reojo su reloj de oro y, soltando la correa, lo metió en el bolsillo de su americana.

—Ah, y una última cosa: vistan con las ropas más sencillas que tengan y vayan mentalizados para ver un lugar desagradable, lamentablemente esto no es un decorado de película. Mi querido colega, aunque usted se mueva también en las cárceles españolas, aquí las condiciones son mucho más duras.

Elena decidió no cenar y acostarse temprano para intentar estar bien al día siguiente, pediría una infusión de tila bien concentrada y trataría de conciliar el sueño con la lectura de un libro. Miguel aceptó la idea diciendo que tenía trabajo pendiente, echar un vistazo a documentos y a un dossier que le había entregado Rafael antes de irse. Subieron juntos en el ascensor que les llevaba a sus respectivas habitaciones, estaban situadas en la misma planta, pero alejadas una de la otra. Miguel siempre acompañaba a Elena hasta la suya y esa noche lo hizo también. Cuando Elena introdujo la llave en su puerta, él la cogió por un brazo y ella giró medio cuerpo.

—Dime... —pero las palabras se quedaron cortadas en el aire

porque Elena no añadió nada más.

Miguel se estaba inclinando desde su altura y, como ella era bastante más menuda, se quedó ligeramente encorvada, apoyada en la puerta y como encogida sobre sí misma. Miguel se acercó mucho, tanto que sentía perfectamente el respirar agitado de su pecho levantándose y el aliento en su cuello. Le besó la cabeza, le besó la frente y le acarició el pelo con una enorme dulzura mientras ella estaba como paralizada, inerte y parecía no encontrarse allí. Entonces Miguel acabó de inclinarse hacia su boca y la besó en los labios, con un beso largo, húmedo, apasionado y puro al mismo tiempo. Elena sentía que las piernas no sujetaban el peso de su cuerpo, quería entrar en su habitación, quería escapar, quería... Quería que aquel beso no acabara nunca, que la abrazara, que la estrujara entre sus brazos, recuperar el tiempo perdido, volver a tener quince años... Cuando Elena reparó en sus pensamientos, se escabulló con rapidez de

156

aquellos brazos, cerró la puerta de su habitación bruscamente y se apoyó en la puerta, incapaz de moverse. Lo que ella no pudo ver

fue el temblor de Miguel, el estremecimiento que invadió su cuerpo y su alma, el delicioso escalofrío que, inmóvil delante de aquella puerta, le impedía moverse porque, en aquella habitación de un ho-

tel, lejos de su casa, de su país y de su familia, estaba la única mujer que había amado siempre.

Ambos permanecieron mucho tiempo así, de pie, frenados, como impedidos para realizar cualquier movimiento. Ella seguía apoyada en la puerta, inmóvil, muy quieta, oyendo solo su respiración. Miguel permanecía como estancado en el momento que acababa de vivir, retenido en un instante que, si se movía, podía desaparecer y esfumarse para siempre. Así estuvo hasta que un camarero apareció por el extremo opuesto del pasillo y le preguntó si le ocurría algo. Solo entonces abandonó su ensimismamiento y se alejó sin quitar los ojos de aquella puerta.

Elena pensó mucho en Tomás esa noche, lo evocaba a su lado, agarrándolo de la mano, escuchando música, viajando o hablando. Pero su rostro aparecía cada vez más desdibujado, menos marcadas sus facciones, como si una goma de borrar invisible pasara por encima una y otra vez. Venía a su mente con un enorme cariño en momentos de la vida cotidiana, pero su recuerdo se alejaba envuelto en una nube de dulzura, de algodón como el que compraban en las verbenas de Madrid. Aquel tiempo que a ella se le antojaba ahora tan lejano no lo era tanto, pero los personajes se habían visto sustituidos y desplazados por la fuerza de los acontecimientos que

los arrastraba como en un tsunami.

—Caminen a mi lado, no levanten la mirada, no presten atención a lo que dicen —Rafael elevaba su tono habitual para que le escucharan.

Los gritos de los presos eran ensordecedores, se asomaban entre los barrotes e intentaban sacar las manos para tocarlos. Elena apenas entendía lo que decían porque hablaban con muchos vocablos

157

de la zona, pero no era necesario entender las palabras para comprender las intenciones. Hacían sonar chasquidos metálicos que se

clavaban en sus oídos una y otra vez, como en un baile macabro. Se había agarrado de forma instintiva al brazo de Miguel, a la altura del codo, y lo apretaba con firmeza, con un falso ímpetu porque notaba que se quedaba sin brío. Todo su dinamismo y ahínco para resolver las situaciones se quedaba allí menguado. Sabía que necesitaba resistir y estar fuerte pero aquel ambiente la acobardaba, parecía que se encogía dentro de su propio cuerpo.

Recorrieron un largo pasillo bastante ancho. A un lado y otro había celdas, todas parecían estar abarrotadas y, aunque Rafael había comentado que cada celda tenía sitio para cuatro reclusos, allí era evidente que estaban ocupadas por más. A pesar de la amplitud

del edificio, se concentraba en él una atmósfera pesada, probablemente a causa del olor cargado que se expandía por toda la estancia. La humedad no ayudaba mucho, hacía calor y todos aquellos cuerpos juntos... Elena prefería no pensar y trataba de concentrarse en contar sus pasos en aquel interminable pasillo. El último día que se habían reunido con Rafael, ella preguntó datos sobre la situación en las cárceles y, aunque al abogado no le agradaba demasiado ser escabroso, lo cierto es que prefería que la Doña se enfrentara a la realidad sabiendo cómo era aquello. Se lo resumió en dos palabras:

—Un horror, las cárceles en Venezuela son el infierno, por dos causas fundamentales: el hacinamiento y la corrupción.

Aquellas palabras repicaban en la cabeza de Elena mientras seguía avanzando por aquel interminable pasillo. Sesenta, sesenta y uno, sesenta y dos... «cuenta los pasos, mantén tu mente ocupada, cuenta los pasos, mantén tu mente ocupada», se decía a sí misma.

—Mira mi cabilla (polla) , morena.

—Uy, ese letrado, no sea toche (tímido), véngase, le voy a enseñar el cabeza e'ponque (pene), qué carajo, te voy a coger la cocolla (coño) , ¿no te gusta el bululú, (follar), morena?

Elena no deseaba que le tradujeran el significado de ninguna de aquellas palabras. Aunque desde que había puesto el pie en Venezuela, trataba de entender los vocablos propios del país y le hacían

gracia algunas expresiones. Allí el vocabulario que le escupían a sus oídos no era de su interés. No quería ni imaginar la sarta de gro-

serías y barbaridades que les estarían dedicando, pero no lograba culpar a aquellos hombres, al contrario, casi los compadecía. Seguramente estaban allí por haber cometido delitos, pero se apiñaban unos encima de otros, apretados peor que si fueran animales, sin el más mínimo espacio necesario para vivir con un poco de dignidad.

A pesar de ir avanzando con paso firme, las voces no perdían intensidad, bien al contrario, parecían multiplicarse. Elena siguió entonces la mirada de Miguel que se había dirigido hacia arriba y descubrió entonces un segundo piso, idéntico al que estaban recorriendo, con las mismas celdas, las mismas caras de hombres soeces, insultándolos como bestias y haciendo gestos obscenos. Sentía que le faltaba la respiración, pensó que iba a desmayarse, se veía incapaz de seguir. Pensó que, en ese momento, le abandonarían las fuerzas.

—Esperen aquí —les dijo el guardia que los acompañaba.

Cerró tras de sí una puerta enorme y entonces los ruidos cesaron, como si estuvieran en otro lugar. Miguel llevaba una botella

de agua en el bolsillo y se la dio a Elena que, temblorosa, la acercó a su boca experimentando un momentáneo alivio. Entonces, otro guardia, alto y cuadrado como un armario, mirando solo a Rafael le dijo «sígame».

Subieron por una escalera estrecha y llegaron a otra zona de la cárcel, algo más luminosa. Había una mesa de control donde de nuevo dijeron sus nombres y firmaron en un registro. Avanzaron unos pasos y, de nuevo, empezaron los gritos y los improperios, pero enseguida entraron en una sala acristalada que parecía aislada del resto del edificio, con mesas a uno y otro lado y un telefonillo para comunicarse. Una pareja estaba en la sala hablando cuando ellos entraron, pero el guardia se dirigió a la mujer:

159

—Ya te estás largando, pendeja.

Elena hizo un ademán para que el guardia le permitiera a la mujer seguir allí pero Rafael la detuvo y le pidió que no hiciera nada, ya que era imprescindible no significarse de modo alguno.

Elena supo después que aquella sala se encontraba en el módulo de los condenados por delitos de sangre y aquellos que esperaban juicio por ello. Había presos recientes y otros que llevaban allí años, estaban mezclados, sin ningún criterio lógico que separara delitos

más graves de otros que lo eran menos. No existían las mínimas garantías que pudieran salvaguardar los derechos de aquellos presos que, antes que nada, eran personas.

El guardia les ordenó sentarse y esperar. La sala se había quedado en completo silencio al salir la pareja que estaba hablando, se oían a lo lejos los gritos de la mujer maldiciendo al guardia. Ahora solo se oía el ruido de la respiración agitada de los visitantes, y los resoplidos de Rafael que, debido al calor sofocante, chorreaba sudor empapando el cuello de su camisa.

¿Cuánto tiempo transcurrió en aquella espera? Imposible saberlo, pero se hizo eterno y cada uno de ellos se mantuvo perdido en sus pensamientos. Miguel apretaba la mano de Elena entre las suyas y trataba de infundirle fuerza. Ella, a pesar de la alta temperatura existente en el recinto, tenía las manos heladas. Rafael se preparaba mentalmente para la reacción de Elena cuando finalmente el preso llegara a la sala. No quería problemas allí dentro que pudieran empeorar la situación, así que iba a estar muy pendiente de Elena, le preocupaba verla un poco floja desde que llegó, algo débil y poco entrenada para conocer una realidad tan penosa.

De repente, la puerta se abrió y apareció un hombre cadavérico,

con esposas en las manos y grilletes en los pies, completamente calvo, vestido con un pantalón corto medio roto y una camiseta que tal vez fue blanca en el pasado. Tenía la mirada completamente perdida y un tic, tal vez involuntario, en el ojo izquierdo que le daba un aspecto siniestro. Elena se impacientó:

160

—Pero, ¿por qué nos hacen esperar así, cuándo lo van a traer?

Rafael comprendió que ella no lo había reconocido.

—Es Eladio. —Elena se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de consternación.

Hacía años que no lo veía pero conocía de memoria las fotos que tenía la tía en su caja metálica y recordaba perfectamente al joven guapo de intensos ojos azules y piel muy blanca que era la debilidad de su madre. Aquel hombre que tenía delante no se parecía en nada.

—No puede ser, es un error, se han equivocado de persona — musitó, pero Miguel afirmaba con la cabeza con cara de consternación.

El guardia que estaba al otro lado de la cristalera lo empujó señalando hacia las tres personas, Eladio trastabilló antes de lograr sentarse y, solo entonces, levantó la cabeza. Su mirada era hueca,

como vacía, perdida, pero en ese momento Elena lo reconoció. En el fondo de aquella mirada atisbó algo de un color azul gastado, oscurecido. Eran los ojos de su primo, iguales que los de su madre. Parecía un anciano, un viejo prematuro o un muerto en vida. Entonces lo miró y, con una tristeza infinita, dijo:

—¡Dios mío, Eladio! —Solo en ese momento él levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de su prima y la reconoció de inmediato.

Era la misma chica morena, garbosa y guapa que dejó en el pueblo. Habían pasado años pero solo habían conseguido incrementar su encanto y hacer su belleza más marcada y más serena.

Cuando sus miradas estuvieron a la misma altura, Eladio empezó a llorar como un chiquillo, suave, quedamente, sin hacer ruido, hasta que el llanto ganó en intensidad y todo su cuerpo comenzó a balancearse. Entonces metió la cabeza entre los brazos y Elena pudo apreciar las marcas azules y rojizas de heridas, golpes y cortes. También las tenía en la cabeza, además de un corte profundo en la mejilla.

161

Elena se abalanzó en el cristal gritando:

—¿Qué te han hecho, Dios mío? ¿Qué te han hecho? ¡Salvajes, animales!

Todo el aplomo y la firmeza que Elena había intentado reunir para aquella primera visita se evaporaron en un instante al ver el lamentable estado en el que se encontraba su primo. Siguió gritando, maldiciendo aquella cárcel, incapaz de calmarse. El guardia se acercó a Eladio con cara de pocos amigos y, cogiéndole por la camiseta, dijo, mirando a Rafael:

—Esa caraja (tipa) la está enchavando (estropeando) , o se calla o lo meto dentro.

Miguel comprendió de inmediato cómo funcionaban allí las cosas, así que se acercó a Elena, la levantó de su asiento y, cogiéndola entre sus brazos, la abrazó una y otra vez hasta que ella empezó a calmarse y dejó de llorar. El la apremiaba con infinita dulzura:

—Cálmate, mi amor, o este desgraciado terminará la visita sin que podamos hablar. Te lo ruego, mi vida, cálmate.

Así Elena recuperó paulatinamente la compostura, su aturdimiento era tan grande que ni siquiera reparó en las cariñosas palabras que Miguel había empleado. El que sí se percató tanto de las palabras como del tono empleado fue Rafael, que miró a ambos con una mezcla de incredulidad y complacencia. Elena logró secar-

se las lágrimas con un pañuelo y se sentó de nuevo e, implorando al guardia, le dijo:

—Déjele, por favor, déjele hablar.

—Y Gisele, ¿cómo está? ¿Cómo está mi hija? ¿Está contigo?

—consiguió pronunciar Eladio con un hilo de voz. Hablaba muy fatigosamente, como si tuviera que hacer un enorme esfuerzo.

—Sí, primo, está en casa, con tu madre. Lucrecia y ella llegaron muy bien y se adaptaron muy rápido a la vida de Madrid. Si vieras a tu hija... Está preciosa, ya usa algunas expresiones castizas y le ha

162

dado una alegría tremenda a tu madre, ella ha revivido a su lado.

—Tragó saliva.

—Debes estar tranquilo por la niña, ella está muy bien cuidada y todos la queremos, pero ahora nos tenemos que ocupar de sacarte de aquí.

Eladio esbozó una pequeñísima sonrisa de agradecimiento.

—Sabía que podía confiar en ti, sabía que no la abandonarías.

—Nunca lo haré, primo, pero esa niña necesita a su padre, tienes que ser fuerte hasta que podamos arreglar lo tuyo —dijo Elena, tratando de insuflarle algo de la fuerza que ni ella misma tenía. Pero

él replicó:

—No, Elena, es inútil, de aquí nadie sale vivo, si no te mueres tú, te matan a coñazas (palizas).

El guardia se levantó de su silla y, dando un manotazo en la nuca al preso, dijo:

—Ya está, no más pendejadas (tonterías), se acabó la visita.

Elena lo miró con pavor y, viendo el miedo en su mirada, Miguel se levantó e, ignorando la orden de Rafael de no tomar iniciativas, se dirigió al guardia:

—Aquí hay un montón de plata para ti, pero tienes que dejarnos estar a solas con él un momento, sin cristal —y señaló de forma ostensible el fajo de billetes.

Rafael exclamó:

—Ya les dije que no tomen ninguna iniciativa —reprochando su acción a Miguel, pero el guardia se le adelantó y, mirando lascivo, cogió el dinero con un gesto rápido, mientras abría la puerta de cristal que los separaba. Miró al grupo con desprecio y dijo:

—Cinco minutos, no más.

Elena y Eladio se fundieron en el abrazo más largo y triste de sus vidas mientras ella lo besaba y lloraba al mismo tiempo, sin poder

articular palabra ninguno de los dos. La emoción les desbordaba por completo pero Rafael, que se mantenía más sereno y sabía que

el tiempo corría en su contra, dijo:

—Tenemos que hablar, solo disponemos de unos minutos, Eladio, a mí ya me conoces, pero debes saber que nosotros dos, señalando a Miguel, somos tus abogados y ya hemos empezado los trámites para resolver esta situación, pero no es fácil, ya sabes cómo funcionan las cosas acá. Debes mantenerte fuerte y sin meterte en líos, evita las peleas. De momento, vamos a dar plata a un guardia y a uno de los alguaciles para que te protejan y te compren comida y ropa limpia en el economato.

Eladio asentía como un autómatas, casi sin comprender, las palabras rebotaban en su cabeza y, a duras penas, conseguía atribuirles un significado. Desde que estaba preso, apenas podía mantener una conversación más o menos coherente con nadie y parecía perder la fluidez del lenguaje a fuerza de no practicarlo. A duras penas acertó a decir:

—Indalecio, el marido de Lucrecia vino a verme antes de que me trasladaran y me trajo plata para comprar cosas dentro, pero a veces me la roban o me la quitan los guardias. Ha traído mucha mu-

cha plata pero ni siquiera pude comprar ropa, todo lo empleé en...

Rafael no le dejó acabar la frase. Notaba que el tiempo se escapaba sin darle indicaciones concretas.

—Ahora todo será distinto, Eladio. Tenemos contactos dentro de la cárcel y se ocuparán de ti mientras resolvemos la situación, pero tú debes mantenerte en una posición muy neutra, no respondas a provocaciones, no te relaciones con nadie, así será todo más fácil.

Eladio asentía de forma mecánica mientras el tic de su ojo se disparaba por completo y sus manos se abrían y cerraban sin cesar en un despropósito de gestos medio desquiciados.

La puerta se abrió con un golpe seco y entró el guardia.

164

— *S'acabó* —bramó con su voz de trueno.

Rafael se acercó a Elena en un vano intento de hacerle más llevadero aquel momento mientras, con determinación, Miguel se llevaba al guardia para una esquina, donde le introdujo otro fajo de billetes mientras señalaba con su dedo índice a Eladio.

—Ocúpate de él, que coma, y que nadie le ponga la mano encima. Volveremos en unos días y espero que hayas cumplido tu

parte del trato, mal nacido, porque si no, te mataré con mis propias manos. Y si lo cuidas, llenaré tus bolsillos de billetes.

—Deja el mamaguevo, chamo, cuidaré del pelele para que no le ataque la cagalera (*déjate de tonterías, le cuidaré para que no se muera de miedo*) —dijo mientras lanzaba una sonora risotada—. Yo me ocupo del vaina y tú traerás más plata.

Eladio cogió la mano de su prima y la miró a los ojos diciendo:

—Gracias... —Mientras, el guardia le señalaba el camino de la puerta.

Miguel le dedicó un último gesto, simulando un cuchillo a la altura del cuello. Desde la puerta que comunicaba el final de la sala con la siguiente dependencia, Eladio se volvió y les dedicó una mirada. Aquella fue la ojeada más desamparada, indefensa y extraviada que habían visto nunca ninguno de los tres, y los ojos desahuciados y solitarios de su primo se quedaron grabados a fuego en su corazón. Cuando Elena pensaba desfallecer, obligada a hacer el triste paseíllo de la mañana, descubrió con profundo alivio que tan solo anduvieron unos pasos y ya se encontraban en la calle, cruzando una pequeña puerta que daba acceso a un despacho vacío en aquel momento. Estaban fuera del penal. Como ella había sospechado, nada era gratuito ni se debía a la compasión de ningún alma cari-

tativa sino que Rafael había soltado otro fajo de billetes para evitar tener que desandar el camino entre las celdas y así ahorrar otro mal rato a Elena.

165

Regresaron de inmediato al hotel con Héctor, el chófer de confianza con el que se movían esos días por la ciudad. Elena apenas

se tenía en pie y sollozaba sin parar. La impresión sentida durante la visita, la tensión de ver así a su primo, tan deteriorado, tan vulnerable, los sobornos, el ambiente asfixiante, aquellos hombres gritando groserías... Todo lo vivido formaba un terrible cóctel muy difícil de digerir que provocaba no solo un importante daño moral sino incluso un duro malestar físico. Solo recordar todo aquello estremecía a Elena a la que casi sacaron en volandas del penal, incapaz de reaccionar. Cuando llegaron al confort y la seguridad del hotel, Miguel recomendó a Elena echarse a descansar un rato, pero ella quería hablar con Rafael y conocer los siguientes pasos. Miguel se opuso con firmeza:

—Yo hablaré con Rafael y te contaré lo que acordemos con todos los detalles, pero tú ahora debes descansar, todavía nos quedan aquí días difíciles y necesitamos que estés bien.

Elena se dejó hacer porque, en el fondo, era consciente de estar

al límite de sus fuerzas. Miguel la acompañó a la habitación y ella se recostó en el sofá, se tapó con una manta y dejó una infusión a su lado. Miguel le dio una pastilla:

—Es solo un relajante, te ayudará a dormir, lo necesitas —y, repitiendo aquel gesto tan suyo de acariciarle el pelo, añadió: «Después vendré a verte».

Miguel bajó para reunirse con Rafael y juntos analizaron los pormenores de la situación que se presentaba compleja, incluso más de lo que inicialmente habían previsto. En primer lugar, había que gestionar el cambio que supuso el traslado de Eladio a un penal mucho más tranquilo y, al parecer, confortable, en Maracaibo Sin duda, allí estaría mejor, pero los contactos y las influencias que los dos abogados habían movilizado desde Madrid estaban en la capital y era preferible actuar directamente sobre ellos, sin más intermediarios, porque cada persona que intervenía lo hacía a base de recibir dinero, y temían que aquello se alargara. Era necesario cambiar de

166

estrategia y allí mismo los dos empezaron a hacer llamadas a unos y otros. El objetivo era intentar fijar una fecha para el juicio y, una vez concretada, había que saber el nombre del juez y el fiscal asignados

al caso para tratar de influirles.

—Aquí todo el mundo tiene un precio, solo es cuestión de averiguarlo —dijo Rafael.

Mientras tanto, Elena durmió más de seis horas seguidas. Ya estaba empezada la tarde cuando se despertó. Abrió los ojos un poco aturdida y enseguida vio la figura de Miguel recostada en el otro sofá, sin zapatos y con la camisa remangada. Parecía traspuesto. Cuando Elena se movió para buscar un vaso de agua, Miguel abrió súbitamente los ojos, la miró y acudió a su lado.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella con timidez—. Desde que llegamos, no conseguía dormir unas horas seguidas.

—Lo sé, hoy ha sido un día terrible para ti.

—Para todos, ha sido un día terrible para todos —replicó ella. Se miraron largamente, buscándose en una mirada profunda que decía muchas cosas sin decir nada. Él se inclinó hacia ella, pero Elena se escabulló poniéndose de pie—. Tengo que telefonar a Madrid, mi tía estará impaciente esperando noticias.

Elena hizo esa llamada forzando un tono de voz falsamente alegre. Le dijo a su tía que Eladio estaba bien, solo algo más delgado y esperanzado poder salir, deseando que se resolvieran los trámites...

mandaba besos para su hija y su madre. ¿La cárcel?

—Bueno tía, ya sabe, esos edificios no son bonitos. Este está un poco desangelado, pero todo está limpio y la gente se encuentra bien atendida.

No recordaba haber mentido tanto en toda su vida. Aquello no era una mentira piadosa, pero Elena se dijo a sí misma que estaba más que justificada. Evitó de forma expresa usar la palabra *preso*.

167

Elena propuso a Miguel dar un paseo para airearse un poco y así comentar lo acordado con Rafael sobre el asunto que allí les

ocupaba. Intentaba concentrarse en la conversación, pero su mente

la traicionaba, creía recordar que cuando estaban en plena visita, en

la sala de la cristalera y ella había estallado de dolor al ver el estado de Eladio, Miguel la había abrazado para calmarla y dicho palabras

cariñosas: *mi amor*, venía a su cabeza.

—No puede ser, no puede ser —musitó casi sin darse cuenta.

—¿Qué dices?

—Nada, quiero volver al hotel.

Miguel la acompañó de nuevo y Elena revivió el abrazo de la noche anterior en la puerta de su habitación, un abrazo que no era de consuelo, un abrazo que era... diferente.

—Buenas noches, que descanses —dijo ella a modo de despedida.

Pero Miguel no tenía ninguna intención de descansar, no al menos de momento, o tal vez sí, pero cerca, muy cerca de ella. Empujó la puerta con suavidad y entraron los dos en la habitación, quedando frente a frente. La luz del final de la tarde se colaba por la ventana entreabierta lanzando un destello sobre el pelo azabache de Elena.

—Miguel, tienes que irte.

Miguel la cogió por la cintura y, como en un baile imaginario, la hizo girar sobre sí misma hasta que quedó pegada contra él, su cabeza a la altura de su pecho. En un gesto antiguo que a ella tanto le gustaba. Le acarició el pelo, suave y lentamente, levantó su barbilla y la besó de nuevo. Ella quería resistirse... o tal vez no. Abrió los labios y se rindió a una realidad contra la que luchaba inútilmente. Lo besó con pasión, con locura, llegando a sus entrañas, a lo más profundo de su corazón y su boca. Miguel se estremecía ante aquel beso inesperado por impúdico y por maravillosamente carnal. No podía parar, todo su cuerpo vibraba al compás de aquella boca ofrecida y de una mujer entregada.

—Te quiero, te he querido toda mi vida, te quiero, Elena.

Y su nombre pronunciado por Miguel sonó a música celestial, a una melodía tan ansiada como peligrosa. Pero Elena no podía pensar en nada, no existía la mujer de Miguel, no existían sus hijos, lejos quedaban las ataduras, lejos quedaban las distancias impuestas. Estaban ellos dos solos. Frente a frente. Sus cuerpos unidos. Nada más necesitaban. Todo les sobraba.

Se amaron toda la noche con locura adolescente, con las ganas guardadas durante años, como si toda su vida no hubieran hecho nada más que esperarse y desearse. Elena sentía que aquella noche había hecho el amor por primera vez, con un anhelo y una apetencia por su amado que rozaba la chifladura, como decían por allí. La habitación era un puro suspiro, se consumían con besos y caricias, las manos de uno reconocían el cuerpo del otro con deleite, sin parar.

El camarero que todas las noches subía a Elena su infusión se acercó a la puerta y, cuando oyó aquellos gemidos y aquellas palabras entrecortadas, supo que dentro estaba sonando la melodía de un amor intenso y de un amor viejo que, sin embargo, acababa de

estrenarse. Se dio la vuelta con su infusión relajante porque aquella noche la señora Vidal no la necesitaría. Se estaba bebiendo la infusión de la vida, a sorbos, saboreando cada paso, cada caricia, cada beso. Elena sentía que había perdido el juicio, que la razón la había abandonado para siempre y que ya nunca la podría recuperar. ¿Cómo escapar a un amor tan intenso, tan fuerte y tan especial?

Fueron extremadamente felices y aquella noche de reencuentro y pasión la recordarían toda su vida con una extraordinaria nitidez, reviviendo una y otra vez cada movimiento, cada palabra, cada gesto. Les dolían los labios de besarse pero ese dolor era puro placer. Agotados por la intensidad de aquel encuentro, se quedaron dormidos cogidos de la mano, uno al lado del otro, sintiéndose profundamente enamorados y dichosos. Elena soñó con una noche de amor

169

al lado de Miguel, una noche loca que compartieron en una ciudad bañada por un mar azul esmeralda.

Cuando se despertó y lo vio a su lado, con su indómito flequillo encima de la almohada blanca, comprendió que no era un sueño, pero temió despertar. Todas las emociones contenidas durante mucho tiempo salieron a flote y ambos las percibían a flor de piel. Se habían instalado en una nube de felicidad incondicional. Eran in-

capaces de pensar en algo que no fuera su propio enamoramiento, ese dulce envoltorio que los cubría por completo, con la suavidad de una seda, con la vehemencia de una caricia mil veces repetida. Transcurrieron tres semanas en el país hasta que pudieron regresar a Madrid. No fueron días fáciles. Ocuparon todo su tiempo en visitas a personas de distintos pelajes, todos unidos por la voluntad de conseguir dinero gracias a la desgracia ajena. El primer objetivo que tenían era lograr garantizar la seguridad de Eladio, estando en una prisión más segura pero más lejos de los centros de influencia que manejaban los abogados. Lo que averiguaron a través de un contacto del penal de Sabanera es que aquello era lo más parecido al infierno en la tierra. Supieron que los presos estaban hacinados en las celdas sin la más mínima condición de higiene; que la comida consistía en algo de arroz, arepas y agua, lo cual provocaba graves carencias alimenticias con el paso del tiempo; que los que enfermaban no disponían nunca de los tratamientos adecuados y solo eran trasladados a la enfermería cuando su estado era irreversible; que, si su comportamiento era inadecuado según los guardias, los dejaban convivir durante días con sus excrementos; que apenas salían al patio una hora al día; y que no había actividades con las que distraerse.

A veces los ratos de patio desembocaban en peligrosas peleas, fruto de tantas horas de encierro en espacios tan reducidos.

Cada descubrimiento que hacían sobre las condiciones de vida que se daban allí suponía un duro golpe para Elena, quien, completamente ajena a aquella realidad carcelaria, sentía una terrible impotencia que hacía mella en su ánimo a cada momento. Era incapaz de

170

entender cómo con esas condiciones de vida un juez con el que se entrevistaron trataba de convencerlos de la voluntad de reinsertar a los presos para que se incorporaran a una vida lejos de la delincuencia. Se reunieron con funcionarios, antiguos presos, un influyente empresario del café, tocaron todos los palos para ayudar a Eladio. A veces veían algo de luz en el túnel y albergaban esperanzas, pero al día siguiente estas se frustraban, consecuencia del surgimiento de nuevas dificultades o apremiados por nuevas cantidades de dinero que les solicitaban.

Elena se puso en contacto con el despacho de su marido en Madrid para agilizar la venta del piso de San Sebastián y realizar el traspaso de la armería que tenían en Eibar, todo ello para hacer frente a los elevados gastos que se estaban presentando. Pero lo peor de todo no era el tema económico, aunque llegó a preocuparle

seriamente cuánto tiempo podrían mantener aquel ritmo. Lo realmente terrible era descubrir el macabro chantaje psicológico al que estaban sometidos los presos, por estar dentro, y sus seres queridos, cuando trataban de ayudarlos o mejorar sus condiciones desde fuera. Tuvo que admitir con el transcurso de los días y de todo lo que iba conociendo que se producía la mayor de las crueldades con los más pobres entre los pobres. Sus familias se rendían a la evidencia y sabían que, sin dinero dentro de los penales, las condiciones eran malas, pésimas en muchos casos, pero aun sabiendo lo mal que lo pasaban poco o nada podían hacer. La mayoría de estas personas eran mujeres con los maridos, padres o hermanos presos, y ellas mismas debían hacer milagros para sobrevivir con los hijos o hermanos pequeños a su cargo. Había que hacer frente a experiencias espantosas para las que era necesario tener una personalidad fuerte que evitara acabar desquiciado.

La existencia de aquellos seres (las familias de los presos) era tan dura que acababan por pensar que estos al menos no tenían por qué preocuparse por tener un plato de comida al día o por disponer de un techo sobre sus cabezas. Los que tenían algo de plata (palabra

que Elena terminó por integrar en su vocabulario) acababan con su energía y su patrimonio sobornando aquí y allá para garantizar

la seguridad de los suyos o dándoles el poco dinero que les sobraba para comprar algunos alimentos y productos de higiene, un auténtico lujo allí dentro.

Elena se apoyaba en su coraje para salir adelante. Era una mujer que se había enfrentado a diversas vicisitudes a lo largo de su vida y creía estar entrenada para aceptar el sufrimiento y entender que la vida es una sucesión de etapas. Sin embargo, toda la situación vivida allí parecía desbordarla en muchas ocasiones. Su corazón era una mezcla explosiva de pena, rabia contenida, dolor o impotencia. Sabía que conservar la serenidad contribuiría a salir indemne de aquel infierno, pero costaba mucho mantener el ánimo. Le costaba aceptar que se movía en un entorno en el que la dignidad humana era pisoteada y no existían valores diferentes de los del color del dinero y muchas de aquellas personas, si recuperaban la libertad, lo harían con una vida seriamente tocada en lo social, lo familiar o lo emocional.

Aquellos días deambulando de un lado para otro, moviendo influencias, repartiendo dinero y mintiendo a su tía sobre lo que allí ocurría, fueron una auténtica tortura que solo se podía suavizar en

brazos de Miguel. Elena llegaba a las noches exhausta, sometidos todos a la perversión psicológica de aquellos que podían hacer algo y estiraban el asunto para conseguir más dinero y hacerles más vulnerables. Pero la más afectada, sin duda, era Elena, por su implicación familiar y también por su carácter, con una marcada sensibilidad, empatía y sentido de la justicia. Era una mujer fuerte sometida a una presión grande y, aunque se aferraba al humor, al coraje y a la perseverancia, notaba en su ánimo el efecto pernicioso de todo lo sufrido allí.

Todo ese calvario aguantado durante el día quedaba aparcado cuando Miguel y ella entraban en la habitación y se amaban con delirio a veces, con gran parsimonia otras, pero siempre con un

172

inmenso deseo y un torrente de amor tantos años callado. Miguel ya no volvió a su habitación salvo para coger ropa y efectos personales. Sus noches las pasaba con Elena, pegado a ella. Se amaban

y dormían pegados uno al otro, rozándose, tocándose en sueños, queriéndose en la realidad. Ninguno de los dos decía nada sobre el futuro, no hablaban sobre lo que estaba ocurriendo, solo se repetían constantemente «te quiero», musitado al oído. Aquella habitación se convirtió en su refugio particular, fuera quedaban las preocupacio-

nes y las angustias, dentro solo había espacio para sus sentimientos.

—La vida es muy caprichosa —pensaba Elena, que estaba viendo los días más duros de su vida y las noches más dichosas.

¿Cómo podía ser? ¿Tan desgraciada y feliz al mismo tiempo?

Pudieron visitar a Eladio en un par de ocasiones más. En la primera, les permitieron estar con él en una pequeña habitación donde había una cama estrecha con un retrete y una palangana. Aquel horrible sitio era el único disponible para los presos con buen comportamiento a los que se les permitía un vis a vis con su pareja. El sitio era deprimente, apenas había un ventanuco en la parte superior de la pared por el que se colaba un rayo de luz. La mujer que podía visitar a su pareja debía llevar las sábanas y toallas, y era sometida a un humillante cacheo de sus partes íntimas. Cuando finalizaban esos encuentros, los propios guardias se burlaban de las mujeres haciendo comentarios obscenos e impropios de unos funcionarios.

Todo era tan degradante que, al salir de allí, Elena no pudo evitar las náuseas y su corazón se retorció de angustia al pensar en sus noches de amor en brazos de Miguel y en las de aquellas pobres mujeres cuya intimidad era violada hasta en lo más sagrado.

Eladio estuvo en esa visita algo más locuaz y preguntó por su

hija y por su madre a la que no podía mencionar sin llorar. Le rogó a Elena que no contara la verdad a su pobre madre y que la disfrazara sin dar demasiados datos, porque temía que su vieja no resistiera aquella prueba que le mandaba el destino. Ellos le comunicaron los avances para forzar la fijación de una fecha para el juicio y Eladio

173

les confirmó que un par de guardianes le proporcionaban algo de comida, Coca Cola y tabaco y le permitían ducharse una vez por

semana. En los últimos días, le habían trasladado a otra celda donde compartía la estancia con un preso mayor, muy tranquilo, y le habían dado algo de ropa. Parecía que sus desvelos estaban sirviendo para algo. Poco antes de acabar la visita el guardia mal encarado apareció pidiendo su dinero a Miguel:

—Eh, tú, letrado, necesito más plata para mi compañero, él se ocupa de la comida.

A pesar de ser un abogado bregado en batallas, a Miguel le parecía repugnante el nivel de degradación y corruptelas que se alcanzaba allí dentro y que hasta entonces eran desconocidas para él.

Eladio y Elena se despidieron y ella le prometió volver en unos días con más noticias. La separación era siempre un momento dolorosísimo para Eladio, que debía sentir un enorme desampa-

ro cuando los veía desaparecer. Le lanzó una mirada de gratitud a Miguel antes de desaparecer cabizbajo pero con movimientos más armoniosos, porque habían logrado que le quitaran los grilletes de los pies.

La última visita la hicieron un día antes de que le fuera comunicado a Rafael a través de un confidente que se fijaría la fecha del juicio en breve. El soplo decía que la fecha era en 16 meses, pero podía ser objeto de retrasos. El alivio que sintieron al saber que había una fecha para el juicio se evaporó cuando supieron el plazo.

—No aguantará 16 meses así, se volverá loco —dijo Elena, presa de una gran ansiedad.

Esos días previos a la última visita fueron terribles para Eladio, al que estaban sometiendo a una auténtica inducción a la paranoia: los guardias le decían que no había fecha, que sus familiares lo habían abandonado, que el juicio se suspendía sine die... una auténtica tortura. Rafael tranquilizó a Elena y a Miguel explicándoles que aquel siniestro proceso era bastante habitual. Cuando se lograba

174

fijar una fecha, los familiares se venían abajo porque esta se demoraba muchos meses y, entonces, si estaban dispuestos a soltar

más plata, «milagrosamente», la justicia encontraba en sus agendas

fechas mucho más próximas en el tiempo. Era tan espeluznante como real. Después de muchas idas y venidas con sobres llenos de billetes que acabaron en algunas de las más altas instancias, lograron adelantar la fecha: el juicio tendría lugar en nueve meses.

Elena estaba impaciente por contar la buena nueva a su primo pero cuando Eladio entró de nuevo ese día en la sala de la cristallera, Elena soltó un grito de horror. Tenía la cara completamente deformada, azulada por la coñaza (paliza) recibida, un ojo hinchado y moratones en brazos y piernas. El guardián lo empujó mientras decía mirando a Miguel:

—Se han retrasado dos días, el pago era antiayer, y aquí no bromeamos, pendejo.

Rafael se lanzó contra el cristal mientras le decía:

—Joputa, maldito.

Entregaron el dinero y el guardia lanzó un escupitajo.

—Vos sos unos cojoneros (mentirosos) y solo valés por la plata,

—añadió violento—, dos minutos.

Elena y Eladio se abalanzaron en un abrazo a través del cristal, se buscaron las manos y lloraron juntos.

—Tranquilo, primo, volvemos a España pero seguimos traba-

jando para acabar con esta pesadilla. Tienes que ser fuerte, saldrás de aquí. Te esperan Gisele y tu madre.

Las últimas palabras apenas las pudo pronunciar ya que sus lágrimas se mezclaban con el palpitar de su pecho y los sonidos no alcanzaban su garganta.

Eladio musitó «adiós» con su mirada inundada y un hilo de voz.

Como había hecho en las otras ocasiones, no se giró para mirarlos, ya que no tenía fuerzas y no deseaba que lo vieran tan hundido, tan atemorizado.

175

Indalecio, el empleado de la empresa de Eladio y marido en la distancia de Lucrecia, quedó encargado de las visitas semanales y de

proporcionar la plata suficiente para mantener unas mínimas condiciones de vida al preso. Indalecio no faltó nunca a su compromiso y mantuvo como pudo el negocio de su jefe hasta que este se liquidó definitivamente.

Habrían de transcurrir dos años para que los primos volvieran a verse y Eladio se reencontrara con su madre después de tantos años de ausencia. La fecha del juicio se retrasó un par de veces y, tras la sentencia condenatoria, fue necesario volver a sobornar a muchas personas para que esta fuera suavizada en base a unas circunstan-

cias atenuantes que no habían sido apreciadas durante la vista oral. Miguel y Elena se besaron en el avión que acababa de aterrizar en Barajas después de once horas de vuelo en las que no soltaron sus manos. Apenas hablaron, todo lo habían dicho con sus miradas y sus caricias durante el mes escaso transcurrido en Venezuela. Ese breve tiempo vivieron un amor tan vehemente, tan ardiente y tan apasionado que hubieran podido vivir el resto de sus días alimentado de los recuerdos compartidos.

176

El legado

—Mamita, mamita, una llamada para ti —gritaba Gisele, que cada día resultaba más bonita y zalamera a ojos de todos.

Le encantaba correr con cualquier excusa por el largo pasillo de la casa, canturreando o simplemente llamando a unos u otros. La irrupción de la niña en aquel tranquilo piso solo habitado por adultos supuso una maravillosa revolución.

Casi de forma normal, una noche en la que Gisele tuvo una pesadilla, corrió a la habitación de Elena y, sin más preámbulos, con la naturalidad propia de los niños, le espetó:

—¿Mamita, puedo dormir contigo?

Un escalofrío de emoción recorrió a Elena que, izando a la pequeña, la metió entre las sábanas. Así, acurrucadas y aspirando Elena el olor de su recién estrenada hijita, durmieron en la primera de las muchas noches que compartirían juntas. En la cabeza de Elena retumbaba la palabra «mamita», llegando a lo más hondo de su ser y despertando un afecto o instinto tal vez que hasta entonces no existía. La niña, con un auténtico reflejo de supervivencia, se fue creando una nueva trama de afectos con la tía Liceria, su querida Lucrecia y su mamita. Poco a poco dejó de mencionar a su padre y solo respondía con una sonrisa muda cuando eran otras personas quienes lo mencionaban. Respecto a su madre biológica, Dina la negra, la mantenía en el recuerdo dándole todas las noches un beso a la fotografía que tenía en su mesilla de noche: la bella mulata con la niña recién nacida.

177

—Mamitaaaaa, una llamada para ti —se impacientaba Gisele. Su voz infantil retumbaba en toda la casa. Ella era la que siempre cogía el teléfono aunque tuviera que salir corriendo desde el otro extremo del piso. Le encantaba coger recados y tenía al lado del teléfono una libreta en la que, con su incipiente escritura de algo más

de seis años, apuntaba el nombre y la hora de la llamada.

—Apresúrate mamita, están esperando.

Elena apareció al final del pasillo y, cuando llegó a la altura de la pequeña, la cogió en brazos, dándole un sonoro beso en el cuello y haciéndole cosquillas. Gisele se retiró a la cocina detrás de Balbina, que le ofrecía la merienda.

—Doña Elena, soy Genaro, disculpe que la moleste, pero tenemos que vernos, hay asuntos que, a fuerza de no atenderlos, se están convirtiendo en urgentes.

—Lo sé, Genaro, y te agradezco tu paciencia, pero lo cierto es que hasta hace poco no me encontraba en condiciones de hacer nada. Si quieres, podemos organizar una reunión uno de estos días y te prometo que ya me ocuparé de todo lo necesario. —Para alivio de Genaro quedaron en verse dos días más tarde en el despacho. Volver a pisar aquella oficina era para Elena meterse de lleno en una vorágine de emociones que la trasladaban a su vida matrimonial de la mano de Tomás. Pero, curiosamente, no eran sensaciones alborotadoras que le exaltaran el alma y el cuerpo, sino, bien al contrario, un cúmulo de percepciones sosegadas y reconfortantes. Evocaba las numerosas ocasiones en que salían a dar un paseo y

pasaban antes por el despacho. Mientras ella hacía tiempo leyendo, su marido revisaba algunos asuntos; en otras ocasiones, él pasaba la mañana en el despacho y era Elena la que lo recogía a la hora del aperitivo. De modo que el despacho era algo más que un lugar de desarrollo profesional y se convertía en un sitio generador de recuerdos y sugerencias de un pasado agradable. La enorme biblioteca de temas jurídicos que había allí, los tomos del Aranzadi, pri-

178

morosamente colocados, todos aquellos libros, algunas fotos, algún diploma. Era la memoria viva de Tomás, él estaba allí más presente

que nunca, y ella se culpaba porque había pasado una larga temporada muy ausente, concentrada en los temas de Eladio, el viaje a Venezuela y su relación con Miguel. En su fuero interno lamentaba que Tomás hubiera quedado muy relegado en sus pensamientos, aunque en su corazón siempre tenía sitio para una infinita ternura.

La nostalgia de Miguel era diferente, su presencia era cada día mayor en su vida y, aunque no se habían visto desde su regreso de América, la simple alusión a su existencia le provocaba un profundo dolor. Lo amaba con delirio, pero había decidido apartarse. Él era un hombre casado, con una gran familia, con un hijo distinto.

Y ella, cegada de amor, había dejado a un lado todas esas conside-

raciones para vivir juntos aquella locura, pero... solo mencionar su nombre mentalmente la trastornaba profundamente, con una terrible añoranza de todo lo vivido.

—Elena, qué placer volver a verla, está usted muy delgada. ¿Se encuentra bien?

—Todo lo bien que se puede estar en mi situación, lejos de mi amor —pensó ella—. Estoy perfectamente Genaro, pero la estancia en Venezuela fue muy dura, ya lo sabes, y todavía estoy asimilando algunas cosas. Vivimos situaciones complicadas, totalmente desconocidas y... —Elena sonrió tristemente —bueno, estoy en ello.

Genaro suponía la dureza de la experiencia vivida por Elena, pero no podía saber la intensidad de todo aquello. Le hizo pasar al despacho para tratar de una vez todos los temas del legado que estaban pendientes desde hacía meses.

—Elena, no me gustaría abrumarla, pero son bastantes los asuntos pendientes sobre los que hay que tomar una decisión, espero que tenga fuerzas y ganas de tratarlos —dijo Genaro a modo de introducción.

Ella contestó con un gesto afirmativo y, sonriendo, le dijo: «vamos allá».

Durante horas repasaron todo lo asuntos ligados con el patrimonio que Elena había heredado y sobre el que era preciso decidir su

futuro. Lo establecido por Tomás era que su viuda debería valorar aquella parte del patrimonio que deseara conservar o liquidar. Con una buena visión de futuro, como la que tenía el abogado y hombre de negocios que era, el fallecido pensó que Elena podía establecer su futuro profesional a través de alguno de los negocios que estaban en marcha, si así lo deseaba. En caso contrario, podría liquidar lo necesario y utilizar ese dinero para empezar una nueva etapa.

El Olivar de Guadalupe fue el primer tema que abordaron y el que más tocaba la fibra sensible de Elena, pero aquella hacienda era deficitaria y, para darle un nuevo aire, requería un esfuerzo que ella no podía abordar, y menos en la distancia. Hubiera sido necesario contar con alguien muy conocedor del mercado del aceite, el sherry para los ingleses, el mercado de importación... Sabía que, para ser competitivos, eran necesarias importantes reformas e inversiones.

Y además estaban los gastos del proceso de Eladio. Con pena, pero también con firmeza, le dijo a Genaro:

—Decide tú entre las dos ofertas que tenemos, la que te parezca más adecuada en su conjunto. Solo me gustaría poder ayudar a Ma-

nuel y su mujer para que arreglen el viejo chamizo, lo acondicionen y les hagamos una donación. Reserva una cantidad de dinero para eso. A Tomás le gustaría ver que su fiel capataz tiene una pequeña recompensa por tantos años de servicio. También deseo ver cómo podemos ayudar a los niños que asistían a la escuela de refuerzo para contribuir con una cantidad a ayudarles en sus estudios o habilitar algún local y buscar a alguien que les siga formando. Los muebles y aperos que no podamos vender se tienen que regalar entre los jornaleros habituales de la finca. Eso que lo haga Manuel que les conoce a todos y sabe sobre sus necesidades.

Elena lo expuso todo del tirón. Estaba claro que, aunque no había acudido al despacho en mucho tiempo, tenía todo pensado y estructurado en su cabeza. Añadió:

180

—El dinero que queda de la venta del piso de San Sebastián y la armería quiero que se quede reservado para hacer frente a los gastos de Eladio, ya sabes que hay que enviar una cantidad mensual a

Indalecio para que él vaya liquidando lo que tenga que pagar. Elena le miraba con fijeza, tomó aire y añadió:

—Respecto a la armería, aunque ya me comentaste que sería así, me gustaría saber si podemos obtener un compromiso del nuevo

propietario de mantener a los empleados en sus puestos. Esas personas han trabajado para el negocio durante décadas.

Genaro escuchaba admirado la perfecta argumentación de Elena sobre cada tema, descubriendo que todas las decisiones eran producto de un pormenorizado estudio. Nada se había dejado a la improvisación. Elena añadió:

—Los dos locales que están alquilados en Madrid y Sanlúcar de Barrameda deben seguir así, y las cantidades de esas rentas se ingresarán en una cuenta a mi nombre y al de Gisele, aunque ella no podrá disponer de esas cantidades hasta que alcance la mayoría de la edad o a los 24 años, en función de sus circunstancias. Me gustaría que el notario redactara un documento sobre ese tema, hay que dejar protegido el futuro de esa niña por si su padre... —No acabó la frase.

Genaro iba de una tema a otro comprobando la lista de asuntos pendientes y maravillado de los planteamientos tan claros que tenía la viuda de su jefe, aquello era más fácil de lo que él había supuesto.

—Respecto al despacho, Genaro, haremos lo lógico en este caso —el abogado tragó saliva ostensiblemente—. Este permanecerá abierto como hasta ahora y usted seguirá al frente. Y, lanzando un

suspiro, añadió:

—No puedo dirigir un negocio que desconozco, y me parece absurdo que tenga que estar departiendo conmigo sobre clientes, procesos y demandas. Sería un esfuerzo inútil para alguien como yo, lego en estas materias. Le propongo crear una gerencia con usted al

181

frente. Mi idea es que todos los meses me abone una cantidad fija por el uso del despacho y la cartera de clientes y otra cantidad variable en función de los procesos que se vayan ganando o se resuelvan favorablemente.

De nuevo hizo un gesto de aprobación con la cabeza para añadir:

—Le vamos a dar bastante trabajo al notario. Tiene que redactar un contrato para reflejar todo lo que le estoy diciendo.

Genaro se puso de pie y agarró la mano derecha de Elena besándola ceremoniosamente. Ella le sonrió y dijo:

—Sigamos, todavía quedan temas sin abordar.

El abogado recuperó la compostura para preguntarle:

—¿Qué quiere hacer con la tienda de la calle Luchana? Los inquilinos se jubilan y la cierran.

—Pues con ese local quiero cumplir un viejo sueño —matizó

Elena—. Un sueño infantil, Genaro. Me gustaría abrir una tienda de ultramarinos de origen gallego, los mejores productos de mi tierra, patatas, licores, chacinas, quesos y dulces... y vender también algunas comidas preparadas.

Genaro le dedicó de nuevo una mirada de admiración y no exenta de cierta sorpresa. Estaba ante una mujer decidida, con criterios claros y, aunque la habían vapuleado muchas desdichas y malos tragos en los últimos tiempos, estaba claro que era capaz de rehacerse, de iniciar proyectos y volcar en ellos toda su energía. Entre las frases de aquella mujer sensible y resuelta, Genaro fue capaz de atisbar las cualidades que habían enamorado como un adolescente a don Tomás.

—Claro —asintió Genaro—, habrá que contratar a alguien de la tierra que conozca los productos y a una buena cocinera.

Elena asintió:

—En efecto, esa será la clave de ese negocio, Genaro, y este asunto sí deseo supervisarlos directamente. Habrá que hacer una

182

obra para acondicionar el local después de tantos años y seleccionar el personal adecuado, aunque yo también me meteré entre fogones,

ese es mi sueño infantil —la última frase la dijo Elena con cierta

timidez.

Genaro no dejaba de tomar nota de todo lo hablado y coger y soltar expedientes. De repente su mano se paró en el más voluminoso de todos. Un conjunto de carpetas y clasificadoras de color azul, numerados y con sus años correspondientes. Le dijo:

—Bueno, y por último, los negocios de Guinea. —Genaro hizo entonces un repaso sobre la constructora, la maderera y los barcos—. Son varios los problemas que hay allí, uno es el personal y las formas de trabajo. Son un poco lentos para nuestras exigencias europeas, para nuestro ritmo. Tardan en enviar los reportes, los informes están incompletos, y creo que, en general, tienen una preparación que está por debajo de nuestros estándares de calidad. Bueno —carraspeó Genaro—, y, por último y lo más grave, hay cuentas que no cuadran, partidas económicas a las que se les pierde el rastro y no está claro el pago de impuestos. Como ve, Elena, el panorama es complejo.

Elena escuchó con atención la retahíla de circunstancias que relataba Genaro y le dijo que necesitaba pensar un poco más detenidamente sobre aquel asunto y, con ese objetivo, se llevaría algunos de los dossiers para leerlos y tratar de formarse una opinión, para

volver a hablar en unos días. Genaro aceptó la idea de Elena:

—Mientras usted se pone al día sobre la marcha de los temas allí, yo voy iniciando con el notario los trámites sobre los asuntos que ya hemos decidido.

Elena salió del despacho pensando que, tal vez, aquellos informes, cuentas y balances le ayudarían a conciliar el sueño que tanto le costaba alcanzar desde que no dormía en brazos de Miguel. La lectura y comprensión de aquellos documentos empresariales sería complicada y confiaba en que ahuyentaran un poco de su cabeza el pensamiento recurrente de su amor.

183

Esa noche, después de leer un cuento a Gisele y rezar con ella las oraciones, cuando la pequeña ya dormía, Elena inició el estudio de aquellos papeles de los diferentes negocios, entre los que encontró una guía del país que sutilmente le había colado Genaro. Estaba claro el mensaje que le estaba lanzando de forma indirecta. Y aunque su intención era no moverse de Madrid y permanecer allí con su tía y la pequeña, empezó a pensar que un viaje para poner distancia con aquel sentimiento que tanto le atormentaba, tal vez no era mala idea. Se quedó dormida hecha un mar de dudas y abrazada a la que ya consideraba su hijita, pero añorando las caricias de su amor

como si estuviera despierta.

Dos días más tarde llamó a Genaro y, sin más preámbulos, anunció:

—Iré a Guinea, organízalo todo, no me quedaré más que el tiempo necesario para tener una visión clara de la auténtica realidad que tenemos allí, y después me mantendré al margen.

Genaro la escuchó complacido, teniendo en cuenta la cordura de aquella mujer y su sensatez. Estaba seguro de que había tomado la decisión correcta para dilucidar el futuro de aquellos negocios, pegada al terreno.

Elena voló directamente a Malabo, la isla guineana, con el firme propósito de arreglar, en la medida de sus posibilidades, todo lo relativo a las empresas que preocupaba a Genaro y, una vez cumplido ese objetivo, volver y quedarse en Madrid con su familia. Era ahí donde se sentía más segura, rodeada de sus personas queridas y con pocas ganas de aventurarse ante situaciones desconocidas después de todo lo ocurrido con Miguel y la dura experiencia compartida con Eladio. No obstante, lo que más inestabilidad le provocaba era el recuerdo omnipresente de Miguel. Solo con pensar en él, todo su cuerpo experimentaba una sensación de temblor que la invadía,

costándole bastante recuperar su serenidad. Se enfrascaba de nuevo en la perturbación que la había llevado a acabar entre sus brazos.

Por eso trataba de mantener sus pensamientos a raya para evitar el alboroto de sus emociones.

184

Miguel la había llamado en varias ocasiones desde su regreso de Venezuela, pero ella solo lo atendía por teléfono y en lo relativo a la

situación de su primo Eladio. Cortaba la conversación cuando Miguel quería llevarla a aspectos personales. No quería hacerlo sufrir

pero tampoco deseaba aumentar su propio padecimiento de ma-

nera inútil. Miguel se debía a su familia y a sus hijos y ella no tenía

sitio en su vida. Era doloroso, sentía que el corazón se le quebraba

en mil trozos, pero había que aceptar esa realidad como la única

posible. Esa certeza era el sentimiento más desgarrado que ella po-

día experimentar, inhumano y cruel. Pero, ¿qué podía hacer más

que resignarse? ¿Acaso podía ella romper una matrimonio, hacer

añicos una familia? No, eso era imposible. Aunque deseara el amor

de Miguel más que nada en el mundo, sabía que la atormentaría

haber buscado la desgracia de una familia y esa sensación la perse-

guiría siempre. Así que no había más opción que organizar su vida

con entereza y resignación al margen de aquella historia de amor.

Su alma, su espíritu entero, sabían que debían acatar aquella orden.

Elena no había vuelto al despacho de Cisneros & Novoa, solo estaban en contacto telefónico, y en modo alguno deseaba volver a aparecer por allí. No resistiría verlo a él y, mucho menos, podría mirar a los ojos a su mujer. Solo imaginar un encuentro con ella le provocaba estremecimientos de miedo y vergüenza. Por eso aquel viaje a Guinea podía ser el inicio de una nueva etapa.

Cuando llegó a Malabo le pareció que las calles estaban muy concurridas, llenas de gente que iba de un lugar a otro o que cargaba con voluminosos fardos de mercancías. Los mercados se encontraban en la calle y la actividad de compra daba a la ciudad un aire permanentemente festivo. Durante el trayecto en avión, estuvo leyendo una antigua guía de cuando la isla se llamaba Fernando Poo y le resultó muy interesante conocer algo de la vida en aquel rincón del mundo del que apenas sabía nada. El paisaje era una curiosa mezcla de edificios de arquitectura colonial con otros de tipo moderno que estaban en fase de construcción.

185

Cuando puso sus pies en la escalerilla del avión caía con intensidad una lluvia de gotas gordas que no parecía molestar para nada

a los locales, mientras que el resto de los viajeros, sobre todo espa-

ños y algún portugués, trataban inútilmente de guarecerse de un chaparrón que duró toda la tarde y, cuando escampó, fue sustituido por un sol radiante. Hacía calor y el olor a vegetación lo impregnaba todo. Le sorprendió el paisaje, con muchas elevaciones montañosas que se veían desde el aeropuerto. El edificio era una auténtica algarabía, con un cierto aspecto de aeródromo provinciano rebotante de pasajeros cargados con unos voluminosísimos equipajes. Pensó que aquel país la iba a cautivar, tan distinto a todo lo conocido hasta entonces.

Cuando miró hacia el horizonte, vio un hombre que la saludaba con amplios movimientos de brazos y supuso que era el gerente de las empresas. En efecto, allí estaba Domingo Mnongú ataviado con un traje de lino claro y zapatos elegantes y dispuesto a dar la mejor imagen de sí mismo. Era mitad guineano, por parte de padre, y mitad español, hijo de una asturiana que fue cocinera en la casa de un ejecutivo del país trasladado a Madrid, como jefe de una empresa que exportaba cacao a Europa. El dueño de la casa tuvo una aventura o tal vez solo un desliz con la asturiana y de esa relación nació Domingo. El niño se crió con su madre en España, sin tener apenas contacto con el padre, que solo se encargaba de enviar dinero para

su manutención. Cuando acabó sus estudios de Económicas en la Universidad Complutense de Madrid, decidió hacer un viaje a Bata para conocer a su padre y de paso visitar su país. Pero su progenitor le negó esa visita porque había mantenido en secreto su existencia y su mujer desconocía esa aventura pasada y que el resultado de la misma era un hijo ilegítimo de su marido. La distancia entre España y Guinea permitió silenciar aquella historia y el padre de Domingo no estaba dispuesto a ser objeto de rumores y cuchicheos por ese tema, sabiendo que en una sociedad conservadora como aquella estaría muy mal visto. Él ya había hecho suficiente pagando religiosamente los gastos de aquel chaval por el que nunca sintió cariño ni curiosidad.

186

Domingo Mnongú encajó muy mal el rechazo de su padre y eso contribuyó a agudizar el carácter resentido y agrio que tenía. Como el viaje no había cumplido el primero de sus objetivos, conocer a su padre, se dedicó al segundo y estuvo un par de meses conociendo la ciudad, desde donde recorrió otras zonas del país. Durante ese periplo viajero, un día, mientras estaba leyendo un periódico local, sus ojos se fijaron en un anuncio de un puesto de trabajo: se buscaba un gerente para un grupo de empresas españolas afincadas en

Malabo. Decidió presentarse y, gracias a su buen currículum (fue un buen estudiante), sus buenas dotes de vendedor y un carácter decidido y ambicioso, consiguió el puesto.

Domingo era lo que se suele llamar un tipo echado para adelante, audaz y valiente. No temía a las dificultades, confiaba en su carácter intrépido y sabía usar un falso don de gentes para lograr todo lo que ambicionaba. Y eso era mucho. Decidió quedarse en Guinea para sacudirse de encima lo que él consideraba el estigma de ser el hijo de una criada, el hijo ilegítimo de una empleada de servicio. En su nueva vida obvió de forma voluntaria su origen para contar que era hijo de una viuda adinerada. Su padre había trabajado en España y allí conoció a su madre, casándose con ella y formando parte de la buena sociedad madrileña. Él había fallecido en un accidente y, ante la ausencia del progenitor, Domingo decidió buscar en el país las raíces paternas.

Forjó una nueva identidad que le parecía mucho más acorde con la vida que pretendía alcanzar en aquel país lleno de oportunidades. Su niñez solitaria, solo apoyado y querido por su madre y el tener siempre que esperar la asignación que procedía de Guinea como si fuera una limosna, forjaron cierta rebeldía en él. Deseaba ganar mu-

cho dinero en el futuro y que la economía no fuera una preocupación y tantos años viendo a su madre sirviendo en casas le hizo desarrollar una fuerte aversión a recibir órdenes. Deseaba ser él quien las diera. No tenía una personalidad sumisa ni dócil, pero lo suplía con un auténtico encanto en absoluto innato sino muy preparado

187

y meditado, que desplegaba siempre para conseguir sus objetivos. Y disfrutaba haciéndolo especialmente con las mujeres. Era un tipo atractivo, camaleónico, con un cierto aire chulesco que explotaba, porque estaba convencido de que, en el fondo de sus corazones, a las mujeres les iban los tipos malotes, los que las enamoraban para después dejarlas tiradas, los que las hacían vivir con intensidad una realidad alejada de los cuentos de hadas. Él sería el amante, nunca el esposo. Tenía una conversación interesante y sabía cómo hacer sentir especial a una mujer en su presencia, así que eran numerosas sus conquistas, en especial, cuando podían servir a sus intereses.

—Vaya, vaya, ese es Domingo Mnongú —pensó Elena respondiendo al saludo. Cuando llegó a la sala de recogida de equipajes, vio a lo lejos cómo Domingo le daba unos billetes a un vigilante de aduanas para que este le permitiera entrar en la sala.

—Hum...pensó Elena, recordando algunas formas de actuar que ya había conocido a su paso por Venezuela.

Se acercó a ella con la mejor de sus sonrisas y, mientras se quitaba las gafas de sol, le estrechó la mano diciendo:

—Señora Vidal, es un auténtico placer recibirla en Malabo, estoy seguro que su estancia entre nosotros será muy grata. Permítame su equipaje —añadió. Y, mientras retiraba las maletas a un lado, hizo un gesto, y enseguida aparecía un mozo que cargó en un carro las maletas de Elena.

Esta agradeció el recibimiento y lo siguió por las dependencias del aeropuerto hasta la salida, donde los esperaba un coche. En ese breve trayecto, Elena tuvo ocasión de comprobar que Domingo Mnongú era ceremonioso y considerado en su trato con ella y tosco e insolente con las personas que lo ayudaban, despidiendo con un gesto casi grosero al pobre chico que había ayudado con las maletas o al que estaba esperándolos en el coche. Elena quiso hacerle notar que no le gustaba esa forma de trato:

— Chico, eh, tú... sí, sí, el de las maletas, ven, por favor.

188

Acto seguido sacó su monedero del bolso y le dio unos francos a modo de propina. Domingo Mnongú paró su gesto diciendo que

no era necesario, pero ella insistió:

—Claro que sí, quiero agradecerse.

Esa simple acción por parte de Elena hizo que Domingo no dijera nada pero se sintiera molesto con la mujer de el Viejo (así, despectivamente, se refería a Tomás), que no sabía cómo tratar a esos pobres desgraciados.

—Es mejor que no tome usted iniciativas aquí, déjeme a mí y no se preocupe por nada; si les da propinas no se los podrá quitar de encima. Todo es muy diferente a España —dijo con firmeza el guineano para dejar claro que la autoridad y el conocimiento allí los tenía él.

Pero Elena no estaba dispuesta a dejarle tomar las riendas de su estancia en aquel país y, si bien admitía que su guía le sería necesaria, en absoluto lo aceptaría con aquel talante despótico. Así que resuelta y sonriente al mismo tiempo, dijo:

—No se preocupe, Domingo, he viajado por muchos países y sé perfectamente adaptarme, pero el agradecimiento y el respeto por los demás es igual en cualquier parte del mundo. Hay un refrán español que dice: «De bien nacidos es ser agradecidos».

Domingo estaba francamente molesto pero no respondió; no obstante, en aquel momento supo que la visita de la viuda del viejo

no sería *pan comido*, como él había supuesto, y su intención de seducirla para que se olvidara de las empresas y le diera a él plenos

poderes para hacer y deshacer ya no le parecía tan fácil. Farfullaba en su cabeza pensando que lo peor que le podía ocurrir era tropezarse con una mujer lista. A pesar de lo embarazoso de la situación, Domingo Mnongú sabía que no podía resultar ni antipático ni prepotente, así que recompuso el rictus amargo que se le había escapado cambiándolo por la mejor y más falsa de sus sonrisas, mientras musitaba en su interior:

189

—Espero que esta espabilada no me cree problemas.

Los días siguientes transcurrieron como un soplo para Elena, visitando la sede de las oficinas en el barrio de Mnama, a algunos clientes importantes, obras que estaban en marcha aunque las ganancias de la constructora eran muy exiguas, a proveedores de materiales, etc. En definitiva, Elena estaba inmersa en un verdadero viaje de negocios y, aunque creía adivinar que, tras lo poco que había visto, se escondía un país fascinante, ella no se concedía tiempo para el ocio porque deseaba conocer con rigor los asuntos que la habían llevado hasta allí.

Los desplazamientos por la isla eran complicados porque las ca-

rreteras a veces no merecían ese nombre y su mantenimiento era deficiente, así que las jornadas, además de largas, resultaban muy fatigosas. Aunque llevaba allí poco tiempo, ya sabía que la idea de poner tierra de por medio para olvidar al amor de su vida servía de poco, porque lo llevaba clavado en el corazón. Ciertamente era que durante el día estaba enfrascada en un montón de visitas y reuniones que no le dejaban pensar, pero sus momentos de soledad y sus noches tenían un único pensamiento, Miguel, aun estando a miles de kilómetros. Poco a poco iba tomando cuerpo en su mente que tal vez olvidarlo sería imposible y lo que debía hacer era acostumbrarse a vivir con su recuerdo con serenidad, sin que doliera. Pero no parecía tarea sencilla.

Durante esas semanas, la relación con Domingo resultó para ella un tanto molesta. Él pasaba de querer seducirla abiertamente (a pesar de dos regañinas de Elena que hubieran desanimado al más atrevido) al ostracismo más acusado en el que solo le hablaba para responder a sus preguntas, y de ahí a una actitud extraña en la que parecía no querer desvelar demasiados datos sobre asuntos de la empresa. Al principio, Elena pensó que tal vez se trataba de imaginaciones suyas, pero le pareció ver en alguna ocasión cómo

el gerente escondía de forma apresurada algún archivador y alguna carpeta llena de documentos. Después de varias veces en la que

190

se repitió la misma situación, Elena comprendió que Domingo Mnongú escondía papeles de forma deliberada y, aunque ignoraba

el motivo, suponía que este era inadecuado, lo cual le hizo albergar algunas dudas acerca de la pretendida honradez y lealtad del gerente hacia «los patrones», como él mismo los llamaba.

Después de darle muchas vueltas y comentar sus temores a Genaro en una llamada telefónica a Madrid, decidió mantener una entrevista con el jefe del departamento financiero, un encantador hombre de mediana edad y de nacionalidad portuguesa llamado Joao Brito. Aquel hombre le parecía un profesional intachable y muy meticuloso en todas sus tareas; sin embargo, las cuentas no cuadraban y había unos desfases significativos. ¿Qué estaba ocurriendo? Elena decidió invitar a cenar al señor Brito para poder hablar fuera de la oficina y lejos de la mirada inquisidora de Domingo Mnongú, quien, de forma clara, evitaba que los demás empleados tuvieran contacto directo con Elena, pretendiendo ser siempre él la correa de transmisión entre unos y otros, garantizando de esa forma disponer del control de la información que ella recibía. Elena

fingía un cierto despiste y hacía creer que estaba un poco sobrepasada por tanta información, sin embargo, aquello solo era una pose, ya que estaba al tanto de todos sus movimientos, en especial desde que su actitud le hizo desconfiar de él.

Al principio de esa cena, Joao Brito estaba poco locuaz, respondía a las preguntas de forma cortés pero trataba de no extenderse en sus respuestas y no hacía ninguna valoración personal. Elena comprendió que temía por su trabajo y se encontraba incómodo en aquella posición, por lo que le costaba expresarse con claridad.

Entonces ella le habló con franqueza:

—Joao, puede usted estar tranquilo, su puesto no correrá ningún peligro, es una persona muy valiosa dentro de la empresa, y yo seré absolutamente discreta, pero necesito saber algunas cosas. Creo que Domingo Mnongú me miente abiertamente en algunos temas y en otros me oculta parte de la información. En esas condiciones, me

191

resulta muy complicado hacerme una idea sobre cuál es el estado real de las cosas y poder tomar decisiones adecuadas para el negocio. Joao, necesito que me ayude, solo así podremos mantener el

futuro del negocio y, lo que es más importante, los empleos.

Joao sabía que lo que le decía la patrona era cierto y además

le inspiraba confianza, por eso comprendió que podía hablar con franqueza. Así, poco a poco, fue contándole los tejemanejes que Domingo Mnongú había ido creando: sobornos a miembros del gobierno para conocer con antelación obras que iban a ser adjudicadas; chantajes a funcionarios para no pagar impuestos; amenazas y extorsiones a miembros de la aduana, requisando parte de los productos que había que exportar; y precios irreales en muchas facturas, artificialmente inflados para repartir después la comisión entre él y sus compinches.

Lo que iba desgranando poco a poco Joao era un rosario de irregularidades de consecuencias imprevisibles para Elena y que desveló una auténtica maquinación para ganar dinero de forma ilícita a costa del buen nombre de los negocios que fueron puestos en marcha por el difunto Tomás. Elena notaba cómo le hervía la sangre escuchando todo aquello. No lo iba a consentir, por la memoria de su marido y por el futuro de aquella pobre gente que dependía de un empleo para llevar una vida digna. Pero Joao aún tenía que añadir más cosas. Domingo Mnongú se rodeaba de un grupo de gente con gran influencia en la isla, tipos peligrosos que solucionaban los problemas a puñetazos o con palizas por encargo. Todos los empleados conocían las tramas que urdía Domingo Mnongú, pero

conocían las leyes que imperaban allí y nadie iba a realizar ninguna habladuría poco discreta.

El miedo a veces es el mejor elemento de motivación. Cualquiera de los enredos de Domingo Mnongú era conocido por todos y cómo falsificaba los datos que enviaba a Madrid para maquillar la marcha de las empresas. En ocasiones, los trabajadores habían tardado tres meses en cobrar su sueldo, a pesar de lo cual nadie

192

se atrevía a protestar o alzar la voz. Esa circunstancia del retraso injustificado en el pago de los salarios era desconocida por Genaro

en Madrid y, desde luego, por Tomás en su día, que no lo hubiera consentido.

Cuando Elena conoció todas las trampas existentes en la empresa, comprendió que ella sola no podría parar todo aquello, necesitaba ayuda de fuera, ayuda especializada. Estaba muy enfadada, rabiosa y alterada por lo que aquel tipejo había hecho con el fruto del esfuerzo de su marido, pero también se sentía temerosa y asustada ante la magnitud de aquella tarea, y estaba sola. Le pesaba como una losa la ausencia de Miguel, él sabría qué hacer y cómo moverse en aquel mundo. Apreció la sinceridad de Joao y su valor al contarle todo aquello, a pesar del ambiente de miedo y opresión que Domin-

go Mnongú había creado entre los empleados.

Con la ayuda de Genaro desde Madrid, contrató los servicios de una famosa firma de auditoría americana que propuso un minucioso plan de actuación. Un auditor llegaría el lunes siguiente a cada uno de los centros de trabajo para iniciar la auditoría, mientras la actividad laboral quedaría paralizada desde ese momento y los trabajadores serían requeridos para colaborar de forma activa con los auditores de cuentas. A Domingo Mnongú le dieron unos días de vacaciones y, a pesar de su insistencia para quedarse y no perderse nada de lo que ocurriera en la sede, Elena fue firme en su decisión de mantenerlo alejado.

Los auditores trabajaron sin parar durante dos semanas, descubriendo el alcance de los embrollos realizados por el gerente, que habían colocado a la empresa en una posición francamente comprometida. Las situaciones irregulares eran muchas y variadas y afectaban a proveedores, clientes y relaciones institucionales. La lista de engaños e intrigas parecía no tener fin. Todo el proceso se reflejó en un voluminoso informe que ponía de una vez las cuentas claras, reflejando una delicada situación económica que, afortunadamente, no era definitiva.

Entre todas las alternativas que el equipo de auditores planteó a Elena, esta descartó de inmediato la de sanear las cuentas, liquidar

las empresas y meterse en el bolsillo el saldo restante. Había establecido unos vínculos de aprecio y reconocimiento con los empleados de la empresa, gente humilde y trabajadora que se había visto enredada por el mal hacer de un auténtico facineroso, y se resistía a dejarlos en la calle. Además, las últimas semanas, durante la auditoría, resultaron muy duras para todos ellos, ya que se sentían atrapados entre la obligación de facilitar la información real de sus tareas y el temor a las represalias de Domingo Mnongú y sus secuaces. No fue fácil convencerlos pero, poco a poco, el mutismo inicial se fue tornando en colaboración muy útil. Todas las mañanas, al finalizar el trabajo, compartían con los auditores y Elena una comida en condiciones, lo que para ellos resultaba una auténtica novedad, ya que estaban acostumbrados a trabajar sin descanso bajo la batuta del déspota gerente.

Fueron unas semanas de gran agitación para Elena, quien trataba de ir de un centro de trabajo al otro para acompañar a los empleados y trataba de reconfortarlos con su presencia y sus palabras de apoyo, además de conocer en primera persona lo que allí estaba

ocurriendo. Aquella temporada le sirvió para frecuentar a aquellas personas sencillas y afables con las que compartió muchos momentos de trabajo y también otros de tensión.

A causa de todas estas circunstancias, Elena decidió renunciar a la inercia que le llevaría a adoptar la solución más simple, es decir, vender las empresas y quedarse con el saldo resultante. La otra opción era más intrincada y compleja, pero ella intuía que a largo plazo traería más satisfacciones. Para proseguir con la actividad comercial de forma correcta e intachable, había que salvar algunos obstáculos, regularizar situaciones incorrectas con proveedores y clientes, resarcir algunos daños causados y liquidar impuestos pendientes y aranceles de aduanas que habían sido falsificados con sobornos. Toda esta parte representó un trabajo complejo y muy minucioso para dejar a las empresas con todas sus cuentas y activos saneados.

194

Elena disponía de un pequeño ejército de auditores y especialistas en las determinadas áreas que tuvieron que aportar sus conocimientos para depurar todo aquel desaguisado. No tenía un momento de descanso ni ocio y a veces llegaba tan rendida al hotel que tomaba un sándwich en su habitación o se quedaba dormida con la ropa de calle porque no tenía fuerzas ni para cambiarse.

Elena ya llevaba casi tres meses en Guinea y, cuando la morriña por los suyos empezaba a pesarle, se abordó la fase final del proyecto. Con gran alivio pudo comprobar que, si bien la situación financiera de la empresa no era boyante, sí que contaba con una cierta fortaleza que hacía pensar en un futuro sostenible. Se hizo una trilla exhaustiva de proveedores y clientes con los que había que trabajar para garantizar una actividad empresarial limpia y ajena a tejamañes del pasado. Hubo que vender algunos terrenos para trasladar centros de trabajo a lugares algo más pequeños o modestos y racionalizar el uso de algunos recursos para evitar el despilfarro que había sido la tónica en manos de Domingo Mnongú.

Durante aquellos meses, Elena pudo conocer de cerca el funcionamiento de un país con unas enormes posibilidades de desarrollo y con una significativa riqueza gracias al petróleo, pero marcado por unas grandes diferencias sociales. Como ya había tenido ocasión de ver en otros lugares del mundo, la riqueza se concentraba en manos de unos pocos, mientras que la mayoría de la población era rematadamente pobre. Esa diferencia se acentuaba en el caso de Guinea, donde los ricos eran inmensamente ricos y las clases menos favorecidas eran pobres de solemnidad. Apenas existía clase media.

Pero la gente de aquel país era admirable, siempre estaba con una sonrisa en la boca, era muy hospitalaria, dispuesta a compartir con el forastero lo poco que tenía. Ciertamente es que, como decía Genaro, parecía trabajar a un ritmo más lento, menos frenético que el que se imponía, por ejemplo, en Europa, pero a Elena, aquel aspecto, lejos de molestarla, le gustaba. Valoraba que aquellas pobres gentes desearan hacer algo más que trabajar. Les gustaba la música, el bai-

195

le, los paseos por la playa... y seguían disfrutando con parsimonia y placer de pequeñas cosas de la vida que ella no quería tampoco

perder.

Era un país que aún se mantenía virgen en relación a las barbaridades que había provocado la industria turística en otras partes del mundo, con playas paradisíacas muchas veces completamente vacías. Conoció de primera mano cómo los habitantes de aquel país estaban perfectamente entrenados para no hablar de ciertos temas, como todos los relativos a la política, o para ser discretos respecto a otros (economía, negocios, situación del país), especialmente con los extranjeros. Por otro lado, la isla conservaba aún muy nítida la influencia de la antigua colonia española con nombres que evocaban ese pasado, y los guineanos hablaban con respeto y cariño por

los españoles, porque sobre todo eran un pueblo muy hospitalario. Aquella aventura empresarial representó un auténtico aprendizaje, intensivo y exhaustivo, para Elena, que se sumergió de lleno en un mundo de cuentas, balances, memorias informativas, seguimiento de clientes, impuestos, etc. Aquellos temas que hasta entonces le fueron ajenos, se convirtieron en habituales durante aquellos meses y, siempre con la ayuda de Genaro al otro lado del teléfono, trataba de comprender toda la documentación que leía pero también las consecuencias de las decisiones que se iban tomando sobre las empresas.

Un jueves cualquiera, cuando la jornada estaba a punto de finalizar, Elena recibió dos noticias que le dejaron un regusto amargo.

La primera era de la policía, de un tal Amador Mba:

—¿Es usted la señora Vidal? Necesito hablar con usted sobre el gerente de sus empresas, el señor Domingo Mnongú. ¿Cuándo puede pasar usted por las oficinas?

—Esta tarde mismo puedo ir, pero, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Elena.

—La espero esta tarde a las 5 —dijo el inspector, haciendo caso omiso a la pregunta planteada.

La comisaría estaba en Campo Yaundé, un barrio bastante deprimido de la ciudad de Malabo, plaga del chabolismo más descontro-

lado. El edificio de la policía estaba en la zona más nueva, cercana al puerto. Elena se alegró de que en el hotel le recomendaran ir hasta allí con un chófer de confianza del establecimiento. La comisaría era un edificio destartado, bastante reciente por su construcción pero, saltaba a la vista, carente de mantenimiento de ningún tipo.

La hicieron esperar en una sala cuya única decoración era un retrato del presidente, Teodoro Obiang, y un ventilador. Aquel rato lo empleó Elena en especular sobre la causa de aquella llamada. La recibió el comisario quien, después de las preguntas de cortesía sobre la estancia de Elena en el país, pasó a abordar el objeto de la reunión:

—La he hecho venir porque quería comunicarle personalmente que Domingo Mnongú, el gerente sinvergüenza y sin escrúpulos que estuvo al frente de sus empresas, ha sido detenido cuando trataba de salir del país desde el aeropuerto de Bata, en el continente. Al parecer, había viajado hasta allí con la intención de verse con uno de sus socios y recuperar parte del dinero que ha ido obteniendo de sus múltiples actividades ilícitas.

El comisario hizo una pausa, orgulloso y ufano de la informa-

ción que le estaba facilitando. Añadió:

—Ya estaba subido al avión cuando la policía logró retenerlo, no sin montar una buena trifulca a bordo. Reaccionó de forma violenta contra los agentes del orden público y fue necesario emplear la fuerza. Cuando le pusieron las esposas, gritó repetidamente: «la culpa de todo la tiene esa puta española, se cree que, con su aire de señora, va a cambiar las cosas. Esa mal nacida pagará con su vida lo que ha hecho».

Elena sintió un repentino sobresalto al escuchar aquellas palabras.

—No se preocupe por esas amenazas, señora, no tiene nada que temer —dijo después de atusarse el poblado bigote—. Ese tipejo ya está a buen recaudo. El fiscal va a presentar unos cuantos cargos

197

contra él. Pasará una buena temporada a la sombra, por lo menos varias épocas de lluvias —sonrió, satisfecho por la ocurrencia.

Aquella era la consecuencia lógica de tanto atropello cometido en las empresas de su marido, aunque Elena tenía serias dudas sobre el alcance de una hipotética condena para aquel indeseable, porque ya sabía de la enorme corrupción existente en todo el sistema judicial. Aun así, experimentó un significativo alivio. Parecía cerrar

parte de un capítulo, aunque fuera de forma dolorosa. Solo pensar que aquel tipo era el que había dirigido el destino de sus negocios le provocaba estremecimiento.

—Gracias por su información, es importante para mí y sobre todo para los empleados saber que pueden estar tranquilos y que lo que se hace mal, se paga — concluyó sin excesivo convencimiento.

El inspector la despidió con la misma ceremonia y alarde de buenos modales con los que la había recibido. Deseaba que aquella señora española se fuera con muy buena impresión de la policía del país y, en especial, de él, que tenía una alta autoestima ya que se consideraba a sí mismo como un gran profesional.

Elena regresaba al hotel en silencio, perdida en sus pensamientos. Ni siquiera la charla cantarina del chófer conseguía distraerle, un tipo afable que le hablaba de sus hijos.

—¿Onceee? ¿Tiene usted once hijos? —exclamó Elena sin poder contenerse—. Ya no quedan familias así.

Pero, después de ese comentario inicial, se sumió de nuevo en sus pensamientos más íntimos. Se notaba muy turbada pensando en lo caprichosa que era la vida a veces, y en cómo, una decisión que no parece demasiado trascendente, lo puede cambiar todo.

Recordaba la insistencia de Genaro en estudiar con ella la situación de la herencia de su marido y su decisión de ir a Guinea, más motivada por la necesidad de alejarse de Miguel y su amor imposible que por la marcha de los negocios. Pero cuando llegó allí, conoció a Domingo Mnongú y descubrió su tinglado, brotó en ella una fuerte motivación que la empujó a actuar.

198

Ahora pensaba cómo iba a cambiar la vida de esas personas que trabajaban para ellos en las empresas de su marido. Sus reflexiones iban de un lugar a otro, dando saltos en el vacío. Tomás, ¡cuánto le había echado de menos estos meses con todo lo que se le vino encima! ¡Tal vez él habría sabido qué hacer desde el primer momento, ella sin embargo necesitó una legión de profesionales que le ayudaron a tirar del hilo y con los que gastó una pequeña fortuna! ¡Qué ternura tan grande le inspiraba el recuerdo de Tomás! Sus paseos, sus charlas, su compañía, su apoyo inquebrantable. Su memoria era sosegada, como lo fue su vida en común. Lo recordaba como un regalo del destino, y ahora ella esperaba devolverle algo de todo aquello recuperando la buena marcha de unas empresas de las que él se sentía orgulloso. Sin embargo, el recuerdo de Miguel era como un azote. Todo su cuerpo vibraba, se le cerraba el estómago y se le

aceleraba el ritmo. El recuerdo de sus besos le provocaban una nostalgia incurable, repasaba cada momento compartido con él como una evocación del paraíso. Nunca se había sentido tan feliz como aquel mes en Venezuela... y tan desgraciada al mismo tiempo.

—Ya hemos llegado, señora, si quiere hacer algún trayecto más, me tiene a su entera disposición —dijo el chófer mientras le abría la puerta.

Cuando entró en el hotel, la recepcionista salió a su encuentro, entregándole una nota.

—La ha llamado del despacho de Madrid el señor Genaro Sánchez. Pide que lo llame usted en cuanto pueda.

Elena cogió la nota y subió de inmediato a su habitación.

Se encontraba tan sensible y tan vulnerable que cualquier imprevisto lograba alterarla y sus pensamientos se disparaban hacia acontecimientos negativos:

—La tía y Gisele están bien, anoche hablé con ellas. Y, además, si ocurriera algo en casa, me llamaría Balbina —Elena intentaba tranquilizarse en vano cuando oyó al otro lado del teléfono la voz del abogado:

—Mi querida Elena, no se alarme, no ocurre nada, simplemente quería comunicarle personalmente que se ha cerrado hoy la venta

de El Olivar, y además con una buena operación económica.

Aunque aquella era una buena noticia, Elena notó un regusto de amargura en algún lugar de su mente o su corazón, le dolía desprenderse de aquella finca en la que tantos buenos momentos había pasado. Sabía que no era rentable mantener aquella finca y no se podía permitir hacer más inversiones. Además, hacía falta el dinero para otros temas, y estaba el proceso de Eladio, un auténtico agujero económico, el futuro de la niña o el quebranto provocado por las cuentas de Guinea. La venta era la mejor solución, ella lo sabía sin lugar a dudas, pero a veces, aun sabiéndolo, nos resistimos a desprendernos de cosas materiales que se vinculan a momentos de nuestra vida, y eso le estaba pasando a Elena. Sentía que a cada paso que daba algo se arrancaba de cuajo de su alma y le dolía. Notó cómo las lágrimas silenciosas empezaron a caer por su rostro. Iba a despedirse y colgar para no tener que evidenciar su llanto cuando Genaro añadió:

—Hace unos días me encontré con Miguel, Miguel el abogado de su pueblo —aclaró aunque no era necesario—. Me preguntó por usted, quería saber cuándo regresaba y, aunque insistió y me pidió

un teléfono donde contactar con usted, le dije que no sabía dónde estaba, que no estaba localizable y que viajaba constantemente entre Malabo y Bata.... En fin, hice lo que usted me había indicado, pero... Iba acompañado por su hijo Pablo, un niño encantador.

Elena no siguió oyendo, las palabras se alejaban de su mente poco a poco, le parecía estar visionando una película, una desgraciada película en la que ella era solo la actriz de reparto.

Unos días más tarde, Elena inició el camino de regreso hacia Madrid, después de organizar una despedida con los que habían sido los empleados de las empresas de su marido. En un restaurante italiano del centro de la capital, se reunieron con ella Joao Brito, Isabelita Biteo, Dora Mukine, Amadou Nta, Diallo Ndongo, 200

Souleymane Thobi, Mohamed Mbah... Aquello era más que una lista de nombres, algunos de ellos de difícil pronunciación. Eran personas nobles y cumplidoras que, a pesar de las dificultades que habían sufrido al lado de Domingo Mnongú, siguieron siendo leales al patrón don Tomás , como todos lo recordaban. Esa ferviente lealtad y respeto hacia el hombre que les había proporcionado un buen empleo conmovía a Elena. Eran además buenos profesionales, de la mano de los cuales y sin las trapacerías de Domingo Mnongú, es-

taba segura que saldrían adelante en unos negocios que empezaban una nueva etapa, saneados y con las cuentas claras. Elena no quería emocionarse pero lo hizo cuando los empleados le regalaron una foto de todos ellos enmarcada con una inscripción:

«Gracias, señora Elena Vidal. Sus trabajadores. Siempre será bienvenida en Guinea».

A pesar de todas las dificultades y los malos ratos que había pasado en aquel país, se iba de allí con el recuerdo de un lugar de personas acogedoras y amables, muy desprendidas, que compartían con los forasteros lo mucho o poco que tenían, poniendo el corazón en todo lo que hacían. Elena descubrió en aquella estancia en el corazón de África cómo se podía ser un buen anfitrión sin tener apenas nada.

Todas aquellas vivencias la retrotraían a su aldea gallega, a la época de su niñez, cuando se compartían los cumpleaños con otros amigos o celebraban juntos la comunión. Las madres cocinaban y se compartía la comida entre todos, cada cual aportaba lo que tenía o podía, y todos eran partícipes de la misma fiesta. Y si les visitaban personas de fuera, se desvivían por atenderlas, ofreciéndoles lo que ni ellos mismos podían disfrutar.

Elena deseaba fervientemente regresar a casa, pero una parte

de su corazón se quedó en aquel verde rincón de África. Adiós,
Guinea.

201

Trapos en el corazón

—¿Sabes que han soltado al hijo de Liceria?

La pregunta era un éxito de la mujer que la hacía porque se sentía feliz al haber sido ella la primera en dar la noticia al resto de paisanas que se acercaban a la furgoneta para comprar el pescado, en

general, un par de veces por semana.

Aquel lugar era el verdadero centro neurálgico del pueblo, donde se comentaba lo que ocurría, a quién le pasaba tal o cual cosa, quién había dicho qué. La rumorología más auténtica nacía de ese corrillo de mujeres que, con el pretexto de comprar jureles para la cena, se ponían al día sin necesidad de leer ninguna crónica local en la Gaceta del Orensano. Aquello era un hervidero de rumores.

—¿Liceria, la hermana de Agustín?

Esta pregunta era del todo innecesaria pero en las aldeas pequeñas funcionaba así. Pasaban tan pocas cosas y eran tan escasas las novedades con las que entretenerse que las conversaciones tenían que dar grandes giros, debían hacerse preguntas inútiles por sabidas y ofrecer respuestas incompletas que permitían seguir hablando.

—¿La madre de Eladio, el que marchó a Venezuela?

La que había realizado la afirmación inicial afirmó impaciente:

—Claro, el que se hizo rico y después cayó preso por acuchillar al tipo que mató a su mujer.

Ese tipo de circunloquios daban mucho juego a la conversación, la estiraban y ampliaban en el tiempo, y proporcionaban una riqueza-

za necesaria a las pocas noticias que allí se producían. Eran muy importantes los preámbulos y las introducciones que se hacían de

los temas para poder luego establecer conclusiones y, a partir de ahí, cotillear libremente. Todo un arte.

Todos los ojos se clavaron en la mujer que hablaba. Ahora sí podía soltar el resto de la información estando segura que sería un bombazo porque todas las miradas se fijaron en ella y toda la atención era suya. Aprovechando su momento de gloria, recordó la información y, como si se tratara de un discurso de gran impacto, la ordenó en su cabeza antes de lanzarse:

—Pues parece que lo han soltado por las influencias de Elena, la prima, que ha soltado muchos billetes allá en Venezuela, primero para que lo llevaran a una prisión casi de lujo y después para que no hubiera juicio.

Hizo una ceremoniosa pausa y añadió:

—Así que vuelve enseguida para España y seguramente se instalará en casa de Elena, que tiene un caserón en la capital. Bueno, y tiene con ella a la tía ciega y a la hija que tuvo Eladio con esa negra... Uy, esa casa tiene que ser un lío —dijo añadiendo detalles de su cosecha que en absoluto tenía contrastados pero daban color a la historia.

Pero Maruxa, que tenía poco interés en contrastar las noticias y un gran afán en difundirlas (ella no era periodista, era una cotilla de reconocido prestigio en su pueblo), se guardaba un as en la manga. Tenía en sus manos, o más bien en su lengua, la traca final. Sabía que las noticias hay que darlas poco a poco, troceadas para hacerlas más apetecibles, más deseadas, más anheladas.

—Lo más increíble de esta historia es que Elena casi se arruina con lo del primo y tuvo que vender una finca que tenía por Granada, creo. Bueno, y una tienda de pistolas, ¡que hay que ver a qué cosas se dedicaban! —añadió, haciendo una leve pausa.

204

—Claro, así pasan las cosas que pasan, y después está todo lo que ocurrió en Guinea, porque el difunto marido, el rico, tenía negocios oscuros en aquel país.

—¡Válgame Dios, qué vidas, igual que las nuestras quedándonos en la aldea! —exclamó Luisa, provocando los comentarios al unísono de todas las demás.

Artexa tenía cada vez menos habitantes. La gente huía a la ciudad en busca de mejores oportunidades, pero las que se quedaban allí hablaban como una multitud propia de las grandes urbes.

—Ah, entonces, ¿ya no es rica? —preguntó maliciosamente otra

de las mujeres, Pilar, cuñada de Maruxa y, por lo tanto, también enterada de primera mano.

—Bueno, muller, rica rica, tanto como cuando vivía el viejo, no. ¡El marido estaba forrado, vete a saber si por eso se enamoró de él con tanta rapidez! —dijo satisfecha de la inteligente conclusión a la que había llegado—. Pero sus buenos dineros debe tener todavía.

—Pues yo creo que la fortuna se le acabó, que los dineros han volado —añadió otra—. Porque si no, ¿para qué iba a estar vendiendo empanadas cocinadas por ella? Todas las miradas se giraron hacia ella atónitas, realmente estupefactas. No podían creer lo que acababan de oír. El desprecio adornaba los ojos de todas las mujeres. Era evidente que Isabel, la más joven del grupo, estaba equivocada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Maruxa con cara de pocos amigos. No estaba dispuesta a que aquella mosca muerta le robara el notición del día con un embuste como ese.

—Exactamente lo que estoy diciendo. Elena, la rica, como decís vosotras, la que salió del pueblo y triunfó, ahora no es más que una simple tendera despachando empanadas. Tiene una tienda en el centro de Madrid y vive de eso —pronunció ufana. Las mujeres

hicieron diferentes gestos y muecas, llevándose las manos a la boca en signo de enorme sorpresa, alguna incluso se permitió lanzar un gritito.

205

—Claro, ya lo decía yo, torres más altas han caído.

—Normal, mientras vivía el viejo todo era bonanza, pero ahora a apretarse el cinturón, como todas.

—Seguro que lo despilfarró, ¡qué iba saber ella de administrar el dinero!

Los comentarios se sucedían unos tras otros de forma atropellada y cada una de las mujeres estaba segura de estar en lo cierto ante la caída en desgracia que había confirmado la joven Isabel.

—¡Vendiendo empanadas, válgame Dios!

—¡Las vueltas que da la vida! ¡Ay, Jesús!

Con sus paquetes de pescado envueltos en papel de periódico, las mujeres empezaron a retirarse. No se despedían de forma explícita, pero cada una enfilaba hacia su casa mientras iban hablando sin importar quién las oyera. Ese día la conversación en casa de cada una de ellas versó sobre el precio del jurel y la vida de Elena y sus vicisitudes, que cada una de las mujeres interpretó a su ma-

nera, poniendo o quitando en los aspectos que cada una deseaba, de modo que la historia final poco tenía que ver con la verdadera vida de aquella jovencita que abandonó el pueblo tras la muerte de su madre. Saber que Elena no era tan escandalosamente rica como ellas habían creído y que incluso estaba en la ruina era un pequeño consuelo a sus anodinas vidas y las hacía sentirse mejor, mezquinamente igualadas. No les alegraba el destino de una vecina del pueblo que había ido a Madrid y había triunfado, las cosas le fueron bien y pudo ayudar a los suyos.

La acuarela que dibujaban era la de una joven ignorante que marchó a la capital y allí, aprovechándose de su belleza, sedujo a un viejo millonario.

—Para quedarse con sus cuartos en cuanto él palmara —como afirmaban sin ningún pudor.

Pero había cosas peores porque, con esos dineros usurpados al viejo decrepito, se dedicó a sobornar a autoridades y facinerosos

206

para sacar a su primo de la cárcel, que se casó por esas tierras de salvajes con una negra. ¡Qué necesidad habría de eso con las mozas

casaderas que había entonces en el pueblo! Y, lo peor de todo es

que le salió una niña café con leche. Claro, es lo que tienen las malas

compañías. Y se acabó de buscar la ruina, si ya no tenía suficiente el pobre Eladio con la negraza esa que le chupaba la sangre, metiéndose en una pelea por defender a su hembra (que a saber en qué andaría metida porque a una mujer decente no la acuchillan por la calle) y terminando por ello en un presidio peor que el mismísimo infierno. Tantos hilos movió y a tantos sobornó Elena (solo Dios sabe si usó los cuartos o más cosas) que logró traerlo para acá. Y ella, que se las daba de gran señora y hasta se tiñó el pelo y le compró ropa elegante a la tía Liceria (no entiendo para qué, si estaba ciega y no veía un carajo) se le acabó la fortuna, claro, como a todos, y ahora fijate vendiendo empanadas en un puesto cerca de la Gran Vía. Si es que la desgracia nos iguala a todos, pobres y ricos.

—Oye, Pepe, ¿me estás escuchando? ¿Te gusta mi nuevo color de pelo? Es el mismo tinte que usa Elena —decía Maruxa a su pobre marido.

Pepe apenas alzó la mirada. La retahíla de su mujer era imparable todos y cada uno de los días cuando llegaba a casa a comer. Estaba pensando en quedarse a almorzar en el taller pretextando que había mucho trabajo o esperar a ver si su mujer un día de esos se olvidaba de respirar durante un rato.

—Un cuarto de hora, por lo menos —pensó Pepe para sus adentros.

Maruxa se atusó el pelo:

—Igualito, igualito que el color de Elena, las paisanas se van a morir de envidia cuando me vean.

Y en ese momento decidió que al día siguiente iría a comprar gallos. No podía faltar a la cita con el pescadero. Su marido, mientras, intentaba evadirse en sus pensamientos. Estaba convencido de que

207

el pescadero hacía una gran labor social con las mujeres, que en sus citas con la compra de merluza hablaban y hablaban y al menos se

desahogaban algo antes de llegar a su casa. No quería ni pensar que faltara aquel entretenimiento que les proporcionaba temas de conversación y esparcimiento. De otra forma, ya se habría vuelto loco hace tiempo. Pepe trataba de recordar qué lo había enamorado de Maruxa en su juventud y, aparte de tener un buen culo, era incapaz de mencionar otra cualidad. Suspiró mientras levantaba la vista del caldo y decía:

—Muy guapa, Maruxa, muy guapa.

Poco podían imaginar la chismosa de Maruxa, su cuñada Pilar, Isabel la mosquita muerta y todas las demás mujeres de «la furgon-

neta del pescado», como ellas mismas se denominaban, que la tal Elena, la hija del carpintero, la rica venida a menos, la viuda caída en la desgracia de vender empanadas, había sido la mujer más dichosa del mundo entre los brazos de otro vecino del pueblo, al que le fue bien en la ciudad, Migueliño.

Si todas aquellas turulatas conocieran la historia de amor que los años habían tejido entre sus dos vecinos emigrados a Madrid, entonces sí que se habrían disparado los rumores y los dimes y diretes y hubieran tenido tema de conversación para los largos meses de invierno. Porque Migueliño se había convertido en el yerno que todas querrían tener, apuesto, buen abogado, con una posición solvente y sin problemas económicos. Pero, claro, parecía fuera de su alcance, con esa manía que les agarraba a los jóvenes de marcharse a la capital.

No obstante, todas aquellas charlatanas indiscretas no podían siquiera intuir que aquel amor juvenil y blanco que surgió entre los dos muchachos que tan amigos fueron en su infancia, se había convertido en una loca pasión, en un verdadero amor, un sentimiento tan arraigado en el corazón de ambos que les llevó a la más absoluta infelicidad, al tener que vivir separados. ¡Aquello hubiera sido un bombazo! ¡Quién en aquel pueblo querría perderse una historia de

amor de dos vecinos de Artexa que habían triunfado, tenían dinero y, además, eran los protagonistas de una pasión casi imposible!

Aquellas mujeres cotorras y lenguaraces no sabían que esas dos almas se amaban y añoraban en la distancia y, tanta era la resignación de ambos, que vivían o sobrevivían cada día alimentando sus maltrechos corazones de los recuerdos compartidos, de las noches de calor en Maracaibo y de los abrazos unidos en la cama de una habitación al otro lado del océano. Si aquellas intrigantes de lengua afilada conocieran o intuyeran la verdad de aquel amor, entonces sí se morirían de envidia, porque el auténtico patrimonio de Elena no fue el dinero o la posición desahogada que disfrutaba si no la certeza de haber sentido un amor auténtico y único. Y de sentir que la vida de ambos merecía la pena solo por poder saborear aquellos recuerdos en común.

Al primo Eladio lo soltaron una mañana de la primavera caribeña. Cuando por fin pudo poner un pie fuera del edificio en forma de ele que era el pabellón principal de aquel presidio, considerado lo mejorcito del país, hacía 2 años, 9 meses y 12 días que lo habían detenido y había dejado atrás una vida feliz junto a su mujer e hija. Todo ese tiempo vivió privado de libertad, temiendo por su futuro,

si es que ese tiempo verbal aún existía para él, y añorando a los suyos, a lo que quedaba de su familia. En muchas ocasiones durante esa época temió no salir vivo de allí y en otras se despidió mentalmente de todos los que quería, convencido de que su paso por este mundo había llegado a su fin.

La luz de aquella mañana tenue y el coche blanco de su abogado esperándolo enfrente para recogerlo, lo deslumbraron. Puso la mano en forma de visera delante de los ojos para evitar el resplandor y, en ese momento, oyó el inconfundible ruido del viejo Chevrolet de su amigo Indalecio. «¡Pobre Indalecio!». Estaba tan solo como él. Lucrecia se marchó con la niña y lo dejó hundido en su tristeza, pero nunca le falló a él en su visita semanal para proporcionarle dinero para sus pequeñas compras dentro del penal y

209

para llamar y hablar con quien hiciera falta para hacer gestiones. ¡El bueno de Indalecio!

Las piernas no parecían sostener a Eladio a pesar de la fragilidad y poco peso de su enclenque cuerpo. Cruzó la acera dando unos pasos, no más de cuarenta o cincuenta, hasta que llegó delante de Rafael y se fundió en un abrazo con el abogado, mientras musitaba:

—Gracias, gracias.

Después se giró hacia Indalecio y, mirándolo largamente a los ojos con su mirada triste y gris, le dijo:

—Mi hermano, has sido el hermano que nunca me abandonó.

Indalecio, poco dado a mostrar en público sus sentimientos y con las lágrimas a flor de piel desde la partida de Lucrecia, se emocionó rápidamente y le dijo, dándole una vigorosa palmada en la espalda:

—Vamos, pendejo, vamos a tomar una birra y comer un asado para recuperarte.

A Indalecio le costaba creer que aquel hombre encorvado y flaco fuera su jefe, el españolito de la piel blanca y la valentía en los ojos que había creado un próspero negocio y le había dado un buen empleo.

Dos días más tarde, Eladio subió a un avión que lo devolvería a España, su país, con su familia, su gente y su hija. Pero algo dentro de él se había quebrado para siempre, como una fina copa del mejor cristal que, una vez rota, podría ser de nuevo unida por unas manos expertas pero quedaría marcada por las fisuras y las grietas imposibles de disimular.

Así era entonces el alma de aquel hombre, encerrada en un cuer-

po que mostraba abiertamente las heridas de su paso por la cárcel.

A pesar de todo, se sabía afortunado. Sin la intervención decidida de su prima y la dedicación de los dos abogados para sacarlo de allí, probablemente habría salido con los pies por delante. Sin el

210

cariño callado y las visitas semanales de Indalecio se hubiera vuelto loco, sin poder hablar con una persona de forma periódica e intercambiar al menos algunas frases coherentes que no fueran gritos o

improperios. Las cosas que había visto durante esos malditos años habían lacerado su corazón: presos que desaparecían cuando se volvían demasiado «molestos» y unos días más tarde morían de un ataque al corazón o trataban de convencer a sus desolados familiares de que se había suicidado. Y aunque todos sabían que era mentira, aquellas pobres gentes nada podían hacer contra un sistema judicial corrupto, dirigido a golpe de mordidas y prebendas entregadas a unos y otros. Los que apenas tenían lo imprescindible para subsistir no podían malgastar sus exiguos recursos para luchar contra un sistema podrido por el dinero y los intereses.

Eladio había visto demasiadas cosas para poder llevar una vida normal, y ya solo deseaba abrazar a su madre y a su hija como no había anhelado nada en el mundo. Bueno, tanto como había desea-

do el amor de su negra, la mujer más increíble y más extraordinaria que jamás haya existido, la que lo salvó una vez. La que murió por él. Solo el deseo de ver y abrazar a esas dos mujeres, sangre de su sangre, lo mantenía en pie. Dos mujeres que representaban la vida en su cara más directa: una, su hija, que despuntaba, que crecía para convertirse en una mujer y la otra, su madre, que estaba al final de sus días, tal vez solo esperando tenerlo entre sus brazos para poder descansar. No había sido un hijo de los que da satisfacciones, bien al contrario, siempre fue fuente de disgustos. Solo quería abrazar a su vieja y que esta lo perdonara.

Poco antes de salir de la cárcel, Eladio había arreglado con la ayuda de Rafael el traspaso de lo que quedaba de sus negocios que el bueno de Indalecio, su amigo del alma, había conseguido mantener a flote. Las ganancias habían menguado mucho. Casi todos los beneficios se destinaron a paliar la situación del preso, y allí existía un único argumento: la plata. De modo que Indalecio, haciendo frente a una enorme carga de trabajo y solo con la ayuda de un par

211

de chicos jóvenes, logró mantener operativo el negocio de exportación de efectos navales y cacao hacia España. Con esos beneficios pudo afrontar lo que requería la estancia de Eladio en la cárcel (los

gastos de abogados corrieron a cargo de Elena), su propia subsistencia (cada día más exigua porque lo único que quería era a Lucrecia y todo lo demás le sobraba) y el mantenimiento de la casa de su jefe. Si bien la que fuera el hogar de Eladio y la Negra se veía deshabitada, la dedicación de Indalecio había logrado mantener la casa en buen estado y el jardín mínimamente cuidado. Eladio dio un poder a su abogado para poner en venta la casa y traspasar el negocio a Indalecio, que se convirtió en gerente del mismo, con el único compromiso de enviar una pequeña renta todos los meses a España. Con esa pequeña cantidad, Eladio pensaba sobrevivir y cubrir allí sus necesidades básicas. Esa cesión del negocio a Indalecio le parecía un justo pago a los desvelos y al trabajo que su encargado y, más que eso, su gran amigo, había dedicado a la defensa de su patrimonio.

Antes de subir al avión que lo llevaría con su familia, Eladio el ex presidiario e Indalecio, el hombre bruto y rudo que era dueño de un corazón tan grande como su aparente tosquedad, se fundieron en el abrazo más fraternal y sentido que se pueden dar dos hombres que compartieron la felicidad pero mucho más la desgracia.

Aunque a Indalecio le incomodaba mucho dejar sus sentimien-

tos al descubierto, en aquella ocasión poco pudo hacer por escon-
derlos. Cuando vio alejarse a su patrón, al españolito *pelao* que llegó a aquel
rincón del mundo con sus ganas de hacer fortuna y con el
que luchó tanto tiempo, sus ojos se convirtieron en dos surtidores
de los que caían las lágrimas con la fuerza de un torrente. La escasa
educación que había recibido de sus padres incluía por supuesto
que un hombre no debe llorar, ya que esas debilidades están reser-
vadas a mujeres, niños o seres débiles. Los hombres aprietan los
dientes si algo duele mucho y siguen adelante. Si hace falta, toman
una copa, o dos o tres o las que sean necesarias... pero no lloran y

212

siguen adelante. Sin embargo a Indalecio aquellas recomendaciones paternas
no le sirvieron de nada en aquel momento, y lloraba como
un chiquillo que se queda solo y desvalido. Se quedó pegado a la
cristalera del aeropuerto mientras veía rodar por la pista el avión de
Iberia. En voz bajita dijo:

—Adiós, *pelao*, cuide a mi Lucrecia, adiós, *pelao*.

A partir de aquel momento sintió que su orfandad era absoluta:
sin el amor de su mujer y sin la necesidad de cuidar y atender a Ela-
dio en la cárcel, su vida se tornaba como un páramo seco y solitario.
Dentro del avión, Eladio se asomaba a la ventanilla salpicada por

una suave lluvia que empezaba a caer sintiéndose tan solo y desvalido como su amigo. Solo la ilusión de ver a su madre y su hija era capaz de sostener un ánimo débil y una salud física muy afectada. A pesar de la emoción del reencuentro, Eladio notaba que las fuerzas lo abandonaban. No deseaba dar una imagen débil y rechazaba la idea de que le tuvieran lástima, puesto que ya bastantes preocupaciones y padecimientos había provocado. Trató de pensar en positivo, dado que se quería agarrar a la ilusión como un náufrago desesperado al flotador que lo mantiene con la cabeza fuera del agua.

En Madrid, situadas detrás del enorme ventanal de otro aeropuerto, esperaban impacientes la llegada del avión procedente de Caracas cuatro mujeres que componían una curiosa estampa por su heterogeneidad. El grupo lo encabezaba una señora mayor vestida de oscuro con gafas negras y un bastón que le ayudaba a andar y orientarse. A pesar de su evidente limitación física, mantenía un porte erguido y un nervioso gesto en las manos que unía y soltaba constantemente. A su lado, jugueteando sin parar, una niña mulata, perfectamente peinada y vestida, con un suave olor a lavanda y unos dientes blancos que brillaban como perlas.

La pequeña jugaba con otra mujer a adivinar el nombre de las

compañías de aviación y sus países de origen. Esa mujer, aún joven y elegante, Elena, disimulaba su impaciencia con los juegos de la pequeña mientras pensaba en todo lo sufrido hasta conseguir

213

que su primo estuviera de vuelta, lejos de aquel mal sueño. La niña esperaba al padre, un poco desconcertada: a sus casi nueve años,

hacía prácticamente tres que no veía a su padre y, aunque echaba

de menos esa figura, la imagen de su progenitor estaba un poco

perdida en la nebulosa y temía no reconocerlo, aunque contaba con

la ayuda de su mamita, Elena, que le ayudaría en ese momento. El

grupo se completaba con una oronda Lucrecia que se había vestido

de domingo porque ir al aeropuerto a recibir al *pelaito* era un día de fiesta y, como las emociones le abrían el apetito, no dejaba de sacar

del bolso pequeñas galletas con las que matar la espera.

—Allí está, allí, mira Gisele —dijo Elena, señalando hacia un

tipo enjuto, un poco doblado, calvo y muy ojeroso.

Nadie se percató de cómo se había escabullido Liceria, que tenía

movimientos torpes y muy lentos desde que perdiera la vista. Tal

vez fue un presentimiento o tal vez su corazón era capaz de ver y

sentir por encima de sus ojos, pero se encaminó hacia su hijo y lo

abrazó con la intensidad acumulada de años de espera y sufrimien-

to.

—Madre, madre... —musitó Eladio con la voz entrecortada.

Elena cogió la mano de Gisele y le dijo:

—Espera, hija, espera.

Sabía que su tía estaba viviendo el abrazo por el que esperó y penó tantos años, aquel momento era único, sabía que era suyo.

—¡Dios mío, no puede ser! —había exclamado Lucrecia mientras tanto, profundamente impactada por el aspecto casi irreconocible del *pelaito*. Las lágrimas corrían por su cara como una cascada.

Aquel abrazo interminable de madre e hijo hubiera durando mucho más si Gisele, con la impaciencia propia de su edad, no se hubiera soltado de la mano de Elena y, apareciendo por detrás de Eladio, dijera tirando de su camisa:

—Papi, papito, estoy aquí.

214

Desde el momento en que lo tuvo cerca, todas las dudas de la niña se disiparon y se echó a sus brazos con fuerza:

—Mija, es tan linda como su madre, mija bendita.

La emoción del momento se suavizó cuando la pequeña, mientras acariciaba la cabeza de su padre, lisa cual bola de billar, le dijo:

—Papi, ¿por qué te has cortado tanto el pelo? Elena y Lucrecia

se unieron al abrazo mientras las lágrimas de todos se mezclaban en un estallido de recuerdos y afectos. Y se produjo una vorágine de emociones difíciles de controlar y asimilar.

No fue fácil volver a llevar una vida sencilla, dentro de eso que Eladio podía considerar normalidad. No fue sencillo para ninguno ver en qué se había convertido aquel hombre que llegó a triunfar con sus negocios en una tierra extraña. No fue fácil ayudarlo a cruzar el desierto de sus soledades, de sus miserias, de los recuerdos que le torturaban. Su alegría solo se manifestaba en presencia de Gisele, que era un auténtico rayo de luz en aquella casa y arrancaba a todos sonrisas con sus canciones y sus bailes. Poseía el mismo don que su madre, Dina la negra.

Cuando la niña se acercaba a su padre, se producía entre ellos una manifestación de complicidad que les aislaba del mundo y hacía desaparecer los años de distancia. Esos momentos eran únicos pero, una vez la pequeña volvía a sus cosas, una sombra pesada y negra cruzaba la mirada de Eladio, que se escondía de nuevo en un mutismo obstinado que aumentaba su sensación de desprotección. La presencia de su madre era reconfortante pero, al mismo tiempo, dolorosa, en una dualidad difícil de explicar. A su lado lo invadía

una ternura infinita, aquella viejecita luchadora y tenaz que lo había esperado por encima de todas las cosas sufría mucho al comprender el estado de su hijo. Ciertamente es que no lo veía (sus ojos estaban vacíos), pero no era necesario. Su corazón poseía una visión nítida y clarividente de lo que ocurría con Eladio, lo sabía pensando, lo sabía doliente y era incapaz de ayudarlo. Un día se lo dijo a Elena:

215

—Mi hijo es un muerto en vida, su alma se quedó allá con su mujer, paralizada en la desgracia que les truncó la vida.

Y aunque esta trataba de quitarle hierro («tía, es normal que le cueste adaptarse, tiene que encontrar su lugar en una nueva vida...»), lo cierto es que ella también veía al primo presente pero lo notaba ausente.

Pidió opinión a un amigo de la familia, psiquiatra a la sazón, quien, después de charlar un rato con Eladio, concluyó que este padecía «estrés postraumático que cursa con apatía, ansiedad y bajo estado de ánimo».

—Una depresión de libro —pensó Elena y, aunque le dieron algunas pastillas que debía tomar por el día para levantar el ánimo y estar más vital y por la noche para relajarse y conciliar el sueño, su efecto fue más bien discreto. Al cabo de un tiempo, ante la escasa

mejoría, se le cambió el tratamiento y el resultado fue peor porque durante el día tomaba unos relajantes más fuertes que combatían la tristeza pero lo dejaban somnoliento e incapaz de realizar ninguna actividad mínimamente normal y con muchas dificultades en el habla. Por las noches conciliaba el sueño pero se despertaba a las tres o cuatro horas empapado en sudor y víctima de pesadillas que lo trasladaban al mundo hostil de la cárcel, donde revivía humillaciones, palizas y abusos.

No, definitivamente la vida de Eladio tras su regreso a Madrid no fue sencilla y su prima se sentía impotente para ayudarlo. Entendió entonces que había sido una ilusa cuando soñó con liberarlo de la cárcel y creyó que desde ahí empezaría de nuevo su felicidad y que sería capaz de crearse una nueva vida. Porque Eladio estaba preso en un penal mucho peor que la cárcel de El Dorado. Los grilletes que lo impedían moverse eran los del alma y lo atormentaba un pasado en el que se sentía atrapado. Y frente a esas cadenas no funcionaba el soborno a los carceleros.

Elena no se dio por vencida a la primera de cambio. Probó con su amigo el psiquiatra y los tratamientos y intentaron que participa-

ra en una terapia para superar el estrés provocado por la experiencia vivida, pero Eladio fue en un par de ocasiones y esas noches las pesadillas fueron terroríficas, ya que le hacía mucho daño volver a contar todo aquello. Se trasladaron unas semanas a la costa en cuanto Gisele tuvo vacaciones. Pensaron que el aire puro y los largos paseos por la playa le sentarían bien, le cambiarían el color y le abrirían el apetito. Sin embargo, aquel lugar, su mar azul y los gritos de niños y paseantes le recordaban mucho a su Maracaibo querido... y una tremenda nostalgia se apoderó de él. Elena le propuso realizar alguna actividad que le sirviera para entretenerse y fuera un elemento de motivación, alguna pequeña tarea, recuperar su afición infantil por el dibujo o buscar algo que le apeteciera hacer y permitiera mantener la mente ocupada. Pero de nuevo erró su prima a pesar de sus buenas intenciones, porque la mente de Eladio ya estaba ocupada: ni un resquicio tenía libre, el amor y la ausencia de su negra lo invadían como si de un río de lava incandescente se tratara. Elena, en su subconsciente, concluyó que era muy complicado empujar a alguien que no quería ser empujado y que era muy difícil ayudar a alguien que no quería ser ayudado. Así, poco a poco, en su fuero interno, Elena empezó a aceptar aquella terrible sentencia de la tía Licería:

—Mi hijo es un muerto en vida.

Costaba admitir que, después de todo lo peleado y luchado contra la situación de la cárcel, fueran incapaces entre todos de sacarlo de aquel ostracismo, de aquella agonía lenta. A Elena le provocaba una impotencia enorme y se desesperaba al pensar que no había encontrado la tecla que le fallaba a aquel piano y confiaba en que, cuando la hallara, volvería a oír una bella sonata. No tuvo en cuenta un elemento imprescindible o, tal vez sí, pero no quería rendirse: la voluntad del ser humano, el deseo de salir adelante, la motivación que es la palanca que mueve el mundo. Y sin aquel resorte poco se podía hacer. Por mucho esmero que pusieran todos a su alrededor en ayudarlo a vencer aquel ostracismo y apatía, era Eladio en pri-

217

mer lugar el que debía bregar con aquel dolor de su interior que le impedía vivir plenamente. Elena intentaba, una y otra vez, sin

desfallecer, provocar su despertar a la vida de nuevo, encenderle la chispa de la ilusión pero, a pesar de su perseverancia, los intentos resultaron baldíos, solo logrando alguna pequeña muestra de exiguo interés que, con la misma insignificante fuerza que aparecía, se iba apagando rápidamente.

Los días transcurrían unos tras otros con la pesada carga del

pesimismo sobre los hombros de Eladio. Aunque en apariencia no había mejoría en su estado, él no era ajeno a los esfuerzos que se tejían a su alrededor ni a la insistencia con la que se ponían en marcha unas y otras ideas para rescatarlo de aquel pozo.

—Su estado de ánimo es normal tras una experiencia traumática grave, y es evidente que su paso por la cárcel lo ha sido —afirmaba el doctor que le hacía el seguimiento. Pero esta afirmación, que no dudaban que fuera cierta, apenas servía de consuelo a los que lo rodeaban.

Elena trató de informarse y comprender el estado de ánimo y el proceso por el que atravesaba su primo: el dolor intenso, la rabia, la negación, el duelo y la aceptación. La conclusión a la que ella llegaba es que su corazón se había instalado en el duelo y no tenía herramientas para afrontar tanta pena ni sabía qué hacer con su dolor. Aunque le molestaba reconocerlo, Elena notaba que la presencia de su primo en la casa había creado una atmósfera un poco gris y pesarosa que afectaba a los demás habitantes del piso y que a él, aunque no lo manifestara, le aumentaba su sensación de culpabilidad, ya que no era ajeno a la pesadez y nostalgia que acompañaba a su persona y envolvía todo a su paso. Ese estado abatido y desmo-

ralizado solo desaparecía, como por encanto, ante la presencia arrolladora de la pequeña Gisele, aquella delicia de criatura, mezcla ideal de los genes de su padre y de su madre, que lograba reparar lo que las mejores medicinas no podían. Eladio sonreía tibiamente, levantaba la mirada, sus ojos mostraban un tenue brillo y hasta en alguna

218

ocasión compartía con su hija algún juego. Pero la fortaleza física no lo acompañaba y, súbitamente, aparecía el cansancio, lo que le obligaba a sentarse en el sillón orejero en el que pasaba muchas horas, mirando a la calle, enfrente del Retiro madrileño, ensimismado en la contemplación de coches, personas o las ramas de los árboles. Físicamente, aunque estaba muy deteriorado, se había recuperado un poco tras su llegada, su apetito había mejorado algo y, aunque no hacía grandes comidas, degustaba con placer los platos de su infancia preparados por la mano experta de Balbina, aunque en pequeñas cantidades. Su postura se había enderezado ligeramente y, en general, presentaba mejor aspecto, aunque el cansancio ya nunca lo abandonaría. Solo salía a la calle acompañado por alguna de las mujeres de la casa. Cuando paseaba con su madre, representaban una curiosa pareja: una mujer mayor y ciega que se apoyaba en un bastón para abrirse camino pero que, sin embargo, era el sostén de

aquel hombre un poco enclenque y débil que caminaba cogido de su brazo, muy pegados uno al otro. La vida ya les había separado más de lo deseable para ambos y ahora esperaban seguir así siempre, cerca, unidos, respirando al unísono. Cuando caminaban por el Retiro, daban paseos cortos para evitar la fatiga intensa que sufría Eladio y apenas hablaban, solo intercambiaban algunas frases, pero no lo necesitaban, ya que habían establecido unos cauces de comunicación mucho más fuertes que la comunicación oral. A veces Liceria oprimía suavemente el brazo de su hijo y este le respondía apretando ligeramente la mano rugosa de ella. Eso era suficiente. Aquel tiempo de tristeza y pesadumbre, aquel periodo de adaptación de Eladio a la vida en libertad, se vio algo alterado por un acontecimiento inesperado que tuvo la particularidad de ser alegre y triste al mismo tiempo. Lucrecia había establecido una relación epistolar con Indalecio, su abandonado marido al otro lado del océano. Desde la llegada de Eladio, este le había hablado a Lucrecia de su hombre y de la agonía en la que vivía tras su partida. Le dijo que se había convertido en una persona solitaria y melancólica sin

219

ella. Lucrecia le envió una primera carta a la que siguió su respuesta, aunque, algo temerosos ambos, no abordaban sus sentimientos

sino que solo hablaban de generalidades, de la marcha del negocio, de la vida en Madrid o de las novedades relativas a Eladio y la familia, y así poco a poco hasta que un día se deslizó entre renglones una palabra cariñosa o un recuerdo de momentos vividos. La chispa se encendió en esas misivas en las que Lucrecia afirmó abiertamente:

—No he conocido otro macho porque yo solo amo a mi marido.

—Te amo con locura, mi gorda, la vida ya no tiene sentido sin ti.

Aunque la relación entre ambos había sido una mezcla de guerra y paz, de tormenta y calma, los dos sabían que eran uno para el otro y, si el destino los separaba, como había ocurrido, no podía haber otro macho para ella ni otra hembra que igualara a Lucrecia.

De las efusiones románticas y ardientes pasaron paulatinamente a hablar de la vida, el futuro y, por fin, de ellos.

—¿Qué haces, mi negra? Tan lejos, tan sola, ¿por qué me has abandonado? ¿Y por qué fui tan bolsa (imbécil)?

Ella respondía:

—Vivo achantada (triste). ¿Vos crees que tenemos otra chance?

La decisión de ambos fue tomando cuerpo casi sin percatarse de ello y, cuando la pareja fue capaz de serenar aquel alboroto adolescente, estaban ya haciendo planes para el inmediato regreso de

Lucrecia a Maracaibo.

—Puedo regresar mi amor, la *pelaita* Gisele ya tiene una mamá que la cuide y vele por ella y el amor de su padre, aunque su pana (amigo), el españolito, anda muy flojo.

Dicho y hecho porque el delirio que había anidado en las cartas se traducía en una excitación y prosa difíciles de contener: solo el tiempo y el océano los separaban, porque sus corazones ya estaban juntos de nuevo. Lucrecia recogió sus enseres, hizo una opípara comida venezolana para reunir a la mesa a su familia española y besó,

220

lloró, achuchó y cantó en aquella noche con sabor a despedida.

Bendijo todos los afectos que iba a dejar atrás en la madre patria y puso rumbo a Vigo con la compañía de Elena, porque la buena de Lucrecia, a pesar de la vehemencia con la que deseaba encontrarse con su hombre, sentía un temor cervical hacia los aviones.

—Esos pájaros no se pueden sostener en el aire, hija, ¿qué vaina es ésa? ¡Se caerán todos pero no lo harán conmigo dentro!

De modo que se dispuso a aguantar una larga travesía por mar para volver al que siempre fue su hogar, armada con un montón de pastillas para el mareo que tan molesto fue en el viaje de ida. En

esta ocasión fue algo más benévolo y, salvo tres días de mala mar, el resto de la travesía solo la obsequió con el bamboleo normal de una gran nave surcando el océano Atlántico. Cuando el mareo empezaba a hacer mella en su cuerpo, se tomaba un par de pastillas acompañadas de un vaso de ron y, metida en su cama, se abrazaba a la almohada pensando en Indalecio.

Cuando desembarcó en el Puerto de La Guaria, la esperaba el hombre más apasionado, impaciente y enamorado del mundo. Parecía un colegial, armado con un precioso ramo de flores para su esposa y haciendo gestos propios del galán impaciente que espera a su hembra. Se fundieron en un largo abrazo y un sinfín de besos que hicieron aterrizar las flores en el suelo, pisoteadas por los tacones rojos de la dama. Pero la pareja era ajena al mundo que la rodeaba. Algunas personas se volvían divertidas y otras, escandalizadas ante la vista de aquella pareja dispuesta a comerse, a no dejar un beso guardado, a gastarlos todos. No pudieron esperar a llegar a Maracaibo. Por primera vez en su vida Lucrecia puso los pies en un hotel elegante, con puerta giratoria y exquisita alfombra adornando el hall. La llamaron señora y les desearon una feliz estancia. Fue un auténtico milagro que, en aquel distinguido estableci-

miento, no aporrearan la puerta de la habitación 326 desde la que durante dos días y sus noches salieron gemidos, gritos contenidos y alegres risotadas solo interrumpidos por el uniformado camarero

221

que subía de vez en cuando una botella de champán y un plato de fresas. También fue un auténtico milagro que Indalecio no pereciera aplastado bajo la presión de las carnes agitadas de su esposa. No

salieron de la habitación. ¿Por qué iban a hacerlo? La visita turística a Caracas que Indalecio había planeado para su mujer se quedó en excursión frustrada porque solo se necesitaban uno al otro y daba igual dónde estuvieran. No precisaban más alimento que un amor ardiente, a veces agitado y furioso, otras, tranquilo y suavón. Después de amarse como dos adolescentes impacientes y alocados, se dormían muy acurrucados y, cuando uno de los dos despertaba de aquel letargo, iniciaba de nuevo la sinfonía de besos que provocaba a su amante de la forma más dulce que alguien puede desear.

Cuando salieron de aquel lugar rumbo a Maracaibo, a su hogar, iban agarrados de la mano, fuertemente asidos, aquella negra zumbona, gruesa y alta y el hombre, más moderado de estatura pero con una sonrisa que rebosaba en aquel hall abarrotado de personas distinguidas. Vivieron juntos y felices y retozando como dos

salvajes hasta que los achaques propios de la vejez les impidieron movimientos acrobáticos, que fueron suplidos por meneos y balanceos lentos y parsimoniosos, llenos de un amor algo más calmado pero igual de placentero. Pero eso no fue hasta que ambos fueron muy mayores y cuando ya habían roto dos camas después de su reconciliación.

Gisele rompió a llorar y gritó:

—Mami, mamita, mi padre está sangrando.

La descripción de la niña era incompleta. Probablemente impresionada por la sangre, obvió otro detalle importante: su padre yacía en el suelo con los ojos muy abiertos y expulsando sangre por la boca. Aunque Elena intentó evitar que su tía se enterara, fue imposible porque la anciana, desde que era ciega, había desarrollado mucho más los demás sentidos por puro instinto de supervivencia y era capaz de oír cualquier ruido por mínimo que fuera y desde el otro extremo de la casa. Así que un sonido como el golpe seco de

222

la caída de Eladio al suelo no solo la sobresaltó si no que enseguida supo que se trataba de su hijo. Cuando llegaron al hospital, Eladio estaba semi inconsciente y padecía hemorragias intestinales en principio de origen desconocido.

Le detectaron una úlcera gástrica probablemente producida por las malas condiciones alimentarias de la cárcel y un estrés continuado que había afectado gravemente a su estómago. Elena siempre estuvo convencida de que el sufrimiento de su primo en aquellos presidios era la causa de su enfermedad emocional, pero también esperaba que un día u otro el daño físico aguantado en aquel periodo saliera a la superficie e hiciera estragos en su cuerpo.

Después de unos días de ingreso fuertemente medicado pero con una cierta mejoría, el diagnóstico se complicó de forma inesperada.

Viejos traumas de la cárcel aparecieron en forma de órganos afectados o enfermedades latentes. El pulmón estaba tocado como resultado de alguna paliza con la que los guardianes amenizaban sus tardes de hastío en el penal. El estado general de Eladio era delicado.

—Pronóstico reservado —decían los médicos. Pero al menos recuperó la conciencia y podía mantener una breve conversación.

La tía Liceria no se apartó de su lado. Dormía junto a él en el hospital y no se dejó convencer por su sobrina para ir a casa a descansar. La vida ya la había alejado muchos años de su hijo y ninguna circunstancia lo haría nunca más. Permanecía pegada a la cabecera de la cama de aquel anciano prematuro en que se había convertido

Eladio, un enfermo pálido, casi inerte.

Las mujeres caminaban presurosas detrás de la camioneta del pescado que avanzaba por la carretera anunciando con un micrófono el rape y las sardinas más frescas de la comarca. Maruxa, Pilar, Isabel y las demás cotillas del pueblo iban dispuestas a hacer la compra y a ponerse al día de las novedades con las que entretener aquellas tardes de invierno. Era viernes 8 de diciembre y el día era frío y húmedo, con una llovizna intermitente que calaba hasta los huesos. Pero a ellas no parecía importarles.

223

—Os traigo un notición, mulleres —anunció Maruxa mirando a las demás por encima del hombro y con el aire de superioridad de la que sabe que va a soltar un bombazo informativo, una auténtica exclusiva.

—Venga, cuenta, qué pasa —dijo una.

—Anda, no te hagas la remolona.

—Bah, no será tan importante —protestó otra.

—¿Ah, no? ¿No os parece un notición que murió ayer Eladio, el hijo de la Liceria? Pues sí, hace unos días lo encontró la niña, la hija de la mulata esa, que hay que ver qué ganas tendría ese hombre de casarse con una negra, habiendo tan buenas mozas...

Su cuñada protestó.

—A ver, Maruxa, que hace muy mal día para estar aquí paradas, no te vayas por las ramas y cuenta, cuenta.

La poseedora de la noticia la fulminó con la mirada pero no se dejó intimidar y, como si nada, siguió contando:

—Pues lo que digo, que la niña lo encontró en un charco de sangre hace unos días y lo llevaron al hospital, estuvo ingresado y parece que mejoró algo. Claro, como tenían dinero seguro que lo trataron los mejores médicos, porque si hubieran sido unos muertos de hambre no habrían tenido tan buenos tratamientos ni una habitación para él solo, pero...

—Maruxa, por favor, que te lías —protestaron todas al unísono con aire de impaciencia.

—Bueno, pues lo que os decía: O Eladio morreu (Eladio murió). A pesar de haberlo dicho ya, miró a su alrededor para ver el impacto de su noticia en las compañeras de rumores: todas hablaban al mismo tiempo en un barullo imparable, comentando lo que sabían e inventando lo que ignoraban. Maruxa se sentía satisfecha y sonrió para sus adentros y, cuando las murmuraciones fueron bajando de tono y perdiendo intensidad, añadió:

—Pues ahora viene lo mejor, ¡esto no os lo vais a creer! —dijo utilizando su frase amuleto, aviso de que se avecinaba un chisme

de los buenos—. Cuando llegaron al hospital Elena y la niña se encontraron a Liceria abrazada a Eladio, recién fallecido. Ela tamén estaba morta (Ella también estaba muerta). Morreu de pena co seu fillo (Murió de pena con su hijo).

Maruxa utilizaba el gallego para dar más solemnidad a las noticias. Todas se miraron estupefactas, atónitas. Algunas permanecían con la boca abierta y entonces todas notaron que estaban heladas, resultado de una noticia tan sobrecogedora como aquella y la lluvia que no dejaba de caer.

—No hubo en el pueblo una noticia tan impactante como esa desde que el Fabián, dependiente en la ferretería, se fugó con la mujer del dueño, la Trini, y ¡fíjate lo que son las cosas! Esa pécora cambió al marido que estaba podrido de dinero por uno que no tenía donde caerse muerto. ¡Seguro que era bueno en la cama porque es imposible entender esa locura!

Por supuesto, el comentario final era de Maruxa, para poner el broche a su labor periodística. Ella era además la responsable de categorizar las noticias según su impacto y lo inesperadas que fueran.

Aquel viernes 8 de diciembre, las cotillas de Artexa olvidaron comprar el pescado que iban a cocinar al mediodía y la mayoría llegaron a sus casas con un serio resfriado.

225

Un viejo bolero

El antiguo tocadiscos, regalo de don Ernesto, había acompañado a Elena en su deambular por el mundo y ocupó un lugar preferente en la casa de Artexa donde ponía aquellos discos que tanto gustaban a su madre. Cuando viajó a Madrid, lo llevó a casa de la tía Liceria, en la portería, y no paró hasta encontrar un sitio donde colocarlo: en lo alto de una repisa que obligaba a Elena a subirse al destartado sofá cada vez que quería encenderlo. Cuando se casó con Tomás, lo instaló en una sala de estar que era de los lugares preferidos por los dos, donde leían y escuchaban música. En las temporadas que pasaba en El Olivar lo empaquetaba con mucho cuidado y, provocando la risa de su marido, lo subía al tren personalmente. Era una especie de amuleto, un objeto por el que sentía un gran apego, un lazo querido con su pasado del que no se podía desprender. Y ahora lo tenía instalado en la trastienda. Se trataba de un trastero pequeño a modo de despensa donde guardaban los alimentos no perecederos.

Estaba equipado con estanterías de arriba a abajo llenas de harina, aceite, leche, jamón, chorizo y todo lo necesario para los platos que Elena ayudaba a preparar a Eulalia en el local que había abierto en una céntrica calle de Madrid, La cocina de Esperanza: productos gallegos y platos preparados.

Aquel era un viejo sueño cumplido. Elena siempre había admirado, desde que tenía uso de razón, las habilidades de su madre en la cocina: cómo lograba preparar un plato delicioso con algunos ingredientes muy humildes, cómo era capaz de improvisar una merienda exquisita con la leche de sus vacas o el requesón. Aprendió

227

a valorar no solo la calidad de alimentos sencillos sino también la creatividad que había que aplicar para lograr resultados distintos

con los mismos ingredientes. Así, ella había visto a su madre hacer todo tipo de empanadas, bicas, galletas, buñuelos o torrijas, además de preparar excelentes licores en base al aguardiente casero que tanto gustaba a su padre, al carpintero Agustín. Era capaz de variar el aspecto y el sabor de esos dulces en función de los alimentos disponibles en su despensa, a veces frutos secos, otras veces frutas en almíbar, a veces azúcar tostado, algo de chocolate, unas gotas de algún aroma, etc. Cuando alguien los visitaba en su casa, Esperanza,

invariablemente, agasajaba al visitante con su licor café y un trozo de bica, que en palabras del padre era «un trozo de cielo que tu madre prepara con las manos».

Para Elena, el núcleo de aquella casa estaba en la cocina, en torno al fuego siempre humeante con la olla del caldo o el café de puchero. Cuando creció y abandonó la aldea, siguió degustando aquellos platos de su infancia gracias a la tía Liceria, que tenía maneras de guisar muy similares a las de su cuñada. Los aromas y las texturas de su infancia, que siempre estuvieron presentes para ella, estaban muy unidos a las fragancias que despertaban la cocina, las especias (siempre canela y vainilla), la fruta de los árboles que rodeaban la casa o el horno humeante cociendo algún bizcocho.

Cuando rememoraba esos momentos pasados, al olor y calor de la lumbre, sentía ganas de hacer algo en torno a todo ese conocimiento que su madre le transmitió. No deseaba que se perdiera y pensaba que el estómago es uno de los órganos que más contribuye a la felicidad de las personas. Atesoraba una cantidad significativa de recetas y trucos procedentes de antiguas libretas desempolvadas, obra de mujeres de la familia, con diferentes tipos de cocción e incluso ingredientes ya poco utilizados. Aquella era una forma

adecuada de mantener vivo el amor por su madre o su abuela. Así, poco a poco, fue tomando cuerpo la idea de recuperar aquel local que su querido Tomás tenía alquilado y, una vez hecha una reforma,

228

decidió instalar allí su trozo de cielo, el tributo a una gran madre y una excelente cocinera. El negocio no solo era la representación de un viejo sueño infantil, era también la búsqueda de una salida y de una ocupación laboral que entonces le pareció a Elena imprescindible, porque se había quedado sola en aquella casa con Gisele y el tiempo se hacía demasiado largo.

Desde el fallecimiento de Eladio y la tía Liceria, la casa se había convertido en enorme para las necesidades de espacio de las dos pero, además, el tiempo transmutó a una dimensión paralizada, el reloj parecía petrificado y ella necesitaba ocupar sus horas. La niña pasaba mucho tiempo en la escuela y, aunque ella era la encargada de llevarla y recogerla de sus clases, sentía la necesidad imperiosa de emplear parte de sus días en algo que le gustara. Y encontró algo que simplemente le apasionaba.

Si solo tuviera tu río, tu río y tu montaña, quizás no hablara...

Si solo me quedara un llorón, sauce de mi desamor...

Si solo busco un regazo a la sombra de tu brazo, quizá es mucho esperar.

Bolero : Historia de un amor.

Autor: Carlos Almarán.

La música sonaba tenue mientras Elena se afanaba cortando cebolla y canturreaba sin parar aquellos boleros que compartió con su madre en su infancia y juventud, mientras hervía leche con canela, amasaba o freía buñuelos. Haciendo todo aquello que tanto le gustaba, se trasladaba a otro tiempo y a otro lugar, mientras las horas volaban para ella en su pequeña cocina, ayudada por Eulalia, una gallega de mediana edad que había trabajado como cocinera en la casa de unos marqueses hasta que el señor quiso comerse algo más que los platos que ella preparaba y sus manos empezaron a resbalar casualmente por el trasero de su empleada. Cuando Genaro le ha-

229

bló a Elena de aquella mujer, que cumplía el perfil solicitado en el anuncio para ayudarla en la tienda, esta quiso entrevistarla personalmente ya que, si iban a estar codo con codo, necesitaba que existiera

entre ellas afinidad. La conoció en el despacho y, al cabo de un rato, se sentía con ella como si fueran viejas amigas. Aquella mujer afable y regordeta la transportaba a su Galicia natal, rural, alejada y nostálgica y entre ellas surgió una corriente de simpatía y familiaridad que más tarde desembocaría en una amistad que las acompañaría hasta

el final de sus días. Eulalia era una gran cocinera, conocedora de las tradiciones más importantes, y venía avalada por una experiencia de años. Pero lo más importante para Elena fue que enseguida congeniaron y, con el paso del tiempo, supo que aquella decisión, la selección de aquella buena mujer, fue plenamente acertada.

Aquella misma tarde, Eulalia firmó el contrato que la alejaba de la mano ligera del marqués y se puso un delantal para trabajar preparando deliciosos platos que pronto se hicieron famosos en el barrio. Elena y ella trabajaron con la diligencia de dos hormigas afanosas durante un par de meses antes de la inauguración de la tienda. Juntas buscaron a los proveedores que les podían garantizar el suministro de los mejores productos de su tierra: las patatas, los huevos, las chacinas, los vinos blancos de Ribeiro y Albariño, los tintos de Mencía, los berberechos, los mejillones, el capón y así hasta completar una larga lista. Después hicieron una primera selección de las recetas de los platos que les gustaría vender, probando unos y otros, aceptando aquellos que mejor relación calidad-precio ofrecían y desechando algunos por complejos en su elaboración o por resultar excesivamente caros.

Algunos de esos platos pasaron a engrosar la lista definitiva,

como el caldo, el cocido gallego (en competencia con el plato más castizo, el cocido madrileño), las empanadas, las filloas, los bizcochos, las orejas de Carnaval o las torrijas de vino tinto. Consi-

guieron finalizar una carta de lo más apetecible y completa, buena muestra de las exquisitas viandas procedentes de la tierra de origen

230

de ambas. Supervisaron entre las dos la decoración del local para incorporar algunos elementos que recordaran el origen gallego del

establecimiento: algunas piedras y figuras de origen celta, piezas de Sargadelos, loza de Santa Clara y un pequeño horreo a la entrada...

Elena sentía que había trasladado a ese local un trozo de su tierra, de sus padres, de su paisaje y de su amor perdido por Miguel.

Todo eso estaba allí. Por eso la tienda se convirtió en su lugar favorito y donde pasaba todos los días menos los sábados y domingos, que estaban dedicados en exclusiva a Gisele. Su rutina giraba en torno a las obligaciones de la pequeña y la gestión y el día a día en la tienda, su auténtico refugio, donde se sentía protegida y creía ella que a salvo de más infortunios. Tal vez se estaba escondiendo de la propia vida que siempre nos espera a la vuelta de la esquina.

Repartieron las tareas de forma equitativa, de tal manera que, cuando Eulalia cocinaba, era Elena la que atendía al público, y vice-

versa. La relación entre ambas era muy fluida y eso ayudaba mucho en las jornadas de trabajo. Su nueva ocupación le resultaba a Elena tremendamente gratificante. No lo hacía por necesidad económica, tenía otras motivaciones más poderosas, y el rendimiento que obtenía de las horas pasadas allí era mucho más importante que el dinero. Le permitía sentirse útil haciendo algo que le gustaba y le pesaba menos la soledad. Las horas que se tornaban eternas cuando estaba encerrada en el piso, volaban como por encanto cuando faenaba en la tienda, cocinando o atendiendo a la clientela.

En efecto, cuando Eladio y la tía Liceria dejaron este mundo,

Elena se quedó como descolocada y tuvo un momento de pánico.

Se había quedado sola y con la responsabilidad de su hijita del alma,

Gisele, que cada día crecía y maduraba más e iba camino de conver-

tirse en una alegre mujercita. De pronto, Elena, que siempre había

sido una mujer fuerte y enfrentada con valor a todos los avatares de

la vida, se veía desbordada por la obligación contraída con la chiqui-

lla. Era una dulce carga y se desvivía por ella y su bienestar pero, por un instante, esa tarea se le antojó descomunal y tuvo miedo. Así que

231

para salvar en parte esa situación puso en marcha, con la ayuda del eficiente Genaro, los papeles que le permitirían ser la tutora legal

de la niña, cumpliendo así una de las voluntades que el desdichado Eladio había dejado escritas. Este último hecho conmovió a Elena, que comprendió que, dentro del inmenso dolor y ansiedad que había experimentado su primo en sus últimos meses de vida, tuvo la lucidez necesaria para dejar bien atados los asuntos de su única hija. Gisele pasó unas semanas complicadas tras el fallecimiento de su padre y la tía Liceria, como ella la llamaba. Tal vez nunca tuvo la conciencia clara sobre la figura de su abuela. La pequeña tuvo que recomponer sus afectos lejos de su país habiendo perdido a su madre en trágicas circunstancias y después viajó a España donde encontró una familia que la arropó y le dio cariño. Cuando su padre regresó a su país natal, la pequeña, sin ser capaz de expresarlo, sintió que el puzle de sus afectos se había completado. Pero esa felicidad duró poco y, cuando se quebró, lo hizo de una forma tan abrupta que la pequeña entró en estado de shock y no acertaba a encontrar una justificación para tantas pérdidas a su corta edad. Su madre fallecida en una reyerta, su padre encarcelado, su nueva familia de adopción lejos del lugar que la vio nacer y después disfrutar de nuevo de la compañía de su padre para perderlo de una forma tan contundente e imprevista, junto a su abuela. Era demasiado para cualquiera y mucho más para una niña aún demasiado pequeña.

Elena sabía que la niña tenía que pasar su periodo de duelo por la dura ausencia que representaba la partida de su padre y la tía Liceria, siempre pegada a ella como una sombra silenciosa que protegía a su nieta. Pasó por varias etapas. Primero, la negación, cuando rechazaba una y otra vez que ambos hubieran fallecido, repetía sin cesar que volverían a casa desde el hospital o esperaba encontrar a su padre sentado en el sillón orejero cuando volvía del colegio. Después, experimentó rabia, una furia sorda que la volvía violenta contra todo aquel que osara mencionar la muerte de sus seres queridos. Se empeñaba en poner en la mesa dos platos más cada noche.

232

Balbina, que sentía mucha lástima por la pequeña y quería evitar que pasara malos tragos, empezó a poner la mesa para las cenas con cuatro servicios. Así consiguió evitar algunas pataletas de la niña, seguidas por incesante llanto. Finalmente, llegó la tristeza.

Elena ya había pasado por otras muertes y sabía reconocer cada uno de esos estados de ánimo en la pequeña. Cuando esta cayó en una gran tristeza, sintió alivio porque sabía que, tras la pena y la congoja que entonces la atenazaba, vendría la aceptación. El psiquiatra amigo de la familia que había supervisado a Eladio confirmó que era un proceso normal, doloroso pero normal, por el que la

pequeña tendría que pasar y aseguraba que, poco a poco, las cosas se volverían a recolocar en su sitio.

—Los niños tienen un gran poder de adaptación, son auténticos camaleones, unos supervivientes, y lo hacen todo más sencillo que los adultos —afirmaba para alivio de Elena, que se agarraba a aquellas palabras como a un clavo ardiendo, como a una sólida tabla de salvación.

Balbina, que seguía muy de cerca los avances de la pequeña con la que se había encariñado profundamente, le habló a Elena de un programa que había visto en la tele y que planteaba la ayuda que proporcionan los animales en épocas de duelo o en la recuperación de enfermedades que afectan a niños y a personas mayores. —¿De qué animales se trata? —preguntó Elena, que la había escuchado con atención.

—Caballos y perros.

Elena no pudo evitar sonreír.

—Bueno, el caballo me parece un animal precioso y si todavía tuviéramos El Olivar, allí sería posible tener uno, pero en un piso, Balbi... ¡Aunque estemos enfrente de El Retiro!

Pero Balbina no le dejó acabar la frase. En realidad, cuando le

planteó el tema ya había averiguado todas las posibilidades.

233

—Lo sé, Elena, pero un perro sí podría ser. Este piso es muy grande y lo podemos acostumbrar a comer en el cuarto de la plancha y allí le ponemos una camita. Y, como tú bien dices, vivir en-

frente de El Retiro es una enorme ventaja para sacarlo a pasear.

Elena se quedó pensativa, no lo tenía claro. Por supuesto que le gustaban los perros y los tenían en su casa de Artexa y también en la finca en Jerez, pero estaban al aire libre y se movían a sus anchas. Sin embargo, en el piso de Madrid, aunque fuera grande y confortable, vivirían entre cuatro paredes. No le respondió directamente a Balbina y dijo que lo pensaría.

Esa noche, durante la cena, Elena habló de muchas cosas y acabó abordando el tema de los animales, llevando de forma indirecta la conversación a saber qué pensaba la niña al respecto. Gisele dio un salto de su silla y se tiró a sus brazos.

—Mamita, ¿podríamos tener un perro? Contesta, contesta, ¿podríamos? Gisele la cubría con besos provocando las risas de Elena, mientras Balbina, apoyada en la puerta del comedor, le decía:

—Podemos ir el sábado a por él, en la perrera hay muchos cachorros que esperan una familia.

Gisele dio un respingo y se colgó del cuello de Balbi dándole otro sonoro beso mientras corría por el pasillo y gritaba:

—¡Voy a tener un perro, voy a tener un perro!

Así fue cómo un nuevo habitante llegó a aquella casa inesperadamente vacía. Lobo enseguida se hizo dueño de la situación y los planes hechos por Balbina para él fueron una quimera. Por supuesto que no durmió en una esquina del cuarto de la plancha; es más, nunca pisó tal lugar. Lobo era un cruce de labrador con otro perro indefinido, tal vez más peleón, tipo rottweiler, de color negro azabache, con un morro chato y unos increíbles ojos. Provenía de una camada que habían encontrado en un arcén de la carretera. En cuanto lo vio andando tan lento y parsimonioso, arrastrando su tripita por el suelo, Gisele se abalanzó encima y lo abrazó. Ante tal

234

efusividad, el cachorro se volvió hacia la niña y con un montón de lametazos le confirmó que la aceptaba como su legítima dueña, y

empezó a saltar mirando hacia la puerta como señalando el camino de la salida de aquel lugar y la dirección de su nuevo hogar.

Seguramente, el cruce de razas hizo que aquel cachorro fuera

una deliciosa mezcla de personalidades, dulce y fuerte a la vez. Era

un perro infinitamente cariñoso y dócil y, cuando fue creciendo, lograron que

obedeciera; al mismo tiempo, tenía unos redaños que lo hacían aún más adorable. Cuando sacaba el genio resultaba especialmente gracioso, como un osito de peluche enfurruñado. Las travesuras del perro fueron un bálsamo para la niña que, cuando llegaba del colegio, se lo subía a su regazo y así hacía los deberes. Lo paseaba con Elena antes de la cena y por la mañana tras el desayuno, antes de salir a cumplir con su jornada de estudios. Así se hizo muy corriente la estampa de ver a madre e hija con su cachorro saltando alegremente. Lobo decidió dormir a los pies de su amita, hecho un ovillo, y a pesar de la resistencia inicial de Elena, esta acabó cediendo al mismo tiempo que comprobaba que la presencia del cachorro en la casa iba espaciando cada vez más la tristeza y rebeldía de Gisele, que se mostraba más animosa y alegre. —Balbina tuvo una gran idea al sugerir que tuviéramos un perro —pensaba para sí Elena cuando veía a la niña tan entretenida y contenta con Lobo.

En ocasiones, cuando notaba en ella una ráfaga de pena que le cruzaba los ojos, veía como la pequeña cogía al cachorro y lo estrechaba entre sus brazos, y la escena acababa invariablemente con el chuchito comiéndose a lametazos a Gisele y provocando la carcaja-

da de esta. Un día, tras la finalización de una misa en recuerdo de Eladio y su madre, Elena observó al llegar a casa cómo Gisele se encerraba en su cuarto echándose a llorar encima de la cama. Lobo, que había ido tras ella, empujó repetidamente la puerta hasta que se coló por ella y, de un salto, se colocó al lado de su amita. De los ojos de Gisele brotaban unas lágrimas gordas y redondas que caían

235

sobre su barbilla y rebotaban en la cabeza del perro. El animal logró parar el llanto de su dueña con sus característicos besos de lengua

húmeda hasta que la niña cesó y ambos empezaron a jugar. Elena había contemplado la escena en silencio desde la puerta sonriendo emocionada y así, con un tenue brillo en los ojos, se encaminó a la cocina donde Balbina preparaba la cena:

—Gracias, Balbi, Lobo está siendo de una gran ayuda para Gisele.

Balbina sonrió enseñándole los huesos del costillar que estaba haciendo al horno y que el nuevo habitante de la casa, de cuatro patas, iba a degustar en un rato.

Gisele, poco a poco, empezó a hablar del padre muerto con pena pero también con resignación y de ahí, paulatinamente, pasó a recordar los buenos momentos compartidos con él, incluso al-

gunas risas cuando ella cantaba y bailaba y él le hacía los coros.

Fue una año difícil para Elena y la niña porque todo ese vaivén de emociones que experimentaron una y otra por lo ocurrido afectó a la pequeña en su rendimiento escolar. Incluso tuvo algún cambio de comportamiento en el colegio, pasando de ser una niña encantadora a volverse más respondona y desobediente. Los profesores, puestos al habla con Elena, fueron comprensivos con la situación por la que estaba pasando la niña, y las cosas poco a poco fueron volviendo a su cauce.

La niña empezó a encajar el dolor y, con esa enorme capacidad de afrontar los cambios que tienen lo más pequeños, volvió a su vida normal. Aquel panorama desolador que experimentó tras la pérdida de sus familiares se fue suavizando paulatinamente, siempre con el recuerdo de su padre presente y siempre recordando con cariño a la tía Liceria y compartiendo unas preciosas cartas con Lucrecia, el otro pilar de su vida que ya vivía entregada al amor de su marido, al otro lado del océano.

Esa marea de emociones se fue poco a poco recolocando, como si de las piezas de un puzle se tratara, haciendo soportable el dolor

y las ausencias. Y en esta fase, la ayuda del cachorro, que hacía una trastada tras otra, fue decisiva. El perro, listo como el hambre, se

debió percatar de que estaba cumpliendo una función importante en la casa porque, poco a poco, se fue haciendo un hueco a los pies de su dueña, en su cama, y en el corazón de todos los que vivían en la casa. El animal, dotado de una gran intuición, parecía percatarse cuando había algún momento triste o duro y decidía entonces alejar esas penas haciendo una de las suyas, lo que provocaba una pequeña regañina seguida invariablemente de una sonrisa.

El tiempo, que todo lo cura, le ayudó a Elena a acostumbrarse a la nueva situación, sin más familia que la pequeña y con una vida sentimental vacía. «¿Qué es el tiempo, un aliado o un enemigo?», pensaba a veces con cierta rebeldía porque, en su caso, no parecía que ayudara a situar en el pasado a Miguel, bien al contrario, seguía estando presente, latente en su vida, y el paso del tiempo parecía asentar esos sentimientos. También parecía probable que todos los acontecimientos ocurridos en los últimos años acabaran por pasarle factura a una mujer fuerte y decidida, que también podía concederse un momento de bajón. Parecía humano que su alma sufriera un destemple tan incómodo como el aire de la madrugada que viene a helarnos el cuerpo después de una noche agradable. Pero Elena no

se permitió una caída, tan solo un leve desliz. Apretó los dientes, como ya había hecho en el pasado y, mirando la vida de frente, actuó con sensatez y determinación.

—Un paso atrás ni para tomar impulso —se repetía una y otra vez.

Porque montar ese negocio y ponerse al frente fue un acierto, un éxito en su buena marcha, ya que pronto ganó fama de local con productos de calidad y muy buena atención, pero sobre todo por lo bueno que le reportó anímicamente y por el alivio en lo emocional.

237

Ya no estás más a mi lado corazón,

En el alma solo tengo soledad

Y si ya no puedo verte, porque Dios me hizo quererte

Para hacerme sufrir más...

Siempre fuiste la razón de mi existir...

Adorarte para mí fue religión

Es la historia de un amor como no hay otro igual

Que le dio luz a mi vida, apagándola después.

Salvo en la época de su matrimonio con Tomás, quien se desvivió por ella Elena siempre cumplió una función de cuidadora de

las personas que vivían a su alrededor, desde su adolescencia: de su madre cuando falleció su padre; de la tía Liceria cuando perdió la vista; de Eladio cuando estaba preso y después cuando logró la libertad; y ahora de Gisele, que había llegado a su vida para convertirse en la más bendita de las cargas. Y esa labor de vigilancia permanente, siempre encargada de cuidar a unos y otros, probablemente le pasó factura durante una temporada, hasta que logró rehacerse una vez más.

Sin tu amor no viviré.

Que me hizo comprender todo el bien, todo el mal

Ay que vida tan oscura, sin tu amor no viviré.

Es la historia de un amor como no hay otra igual.

Bolero: *Ya no estás a mi lado.*

Autor: Adalberto Santiago.

La voz aterciopelada de Elena parecía acariciar el aire con aquella canción que repetía una y otra vez. Tal vez concentrada en la preparación de sus platos y con la mente ocupada, no reparaba en las frases que reproducía una y otra vez:

238

Es la historia de un amor como no hay otro igual,

que le dio luz a mi vida, apagándola después.

La música formó parte importante de su vida con canciones nostálgicas y clásicos boleros que amenizaban sus tardes en la aldea, acompañando a su madre enferma. Esa misma música la oía años más tarde en la vieja portería de la tía Liceria. Después, ya casada con Tomás, amplió sus gustos musicales hacia algunas piezas clásicas que descubrió de la mano de su marido. En esta época volvía de nuevo a las baladas románticas que suspiraban por amores traicionados o imposibles. Esas melodías acompañaban sus mañanas, dando ritmo a sus manos mientras pochaba cebolla o amasaba la base de sus bizcochos y, en esos momentos, Elena era puro sentimiento y profunda emoción que podía acariciar el aire con la punta de los dedos.

Los tres años siguientes transcurrieron dentro de una rutina sosegada en la que la vida se organizaba en torno a Gisele, sus obligaciones en el colegio, sus actividades extra escolares y sus amigas, cumpleaños, etc. Elena disfrutaba de una escasa vida social que no parecía echar de menos. De vez en cuando, asistía a alguna representación musical en el Teatro Real o al cine con una amiga también viuda de un amigo juez de Tomás. Nada más. Ella parecía estar

satisfecha con esa vida tranquila, alejada de sobresaltos, cuidando a quien ya consideraba su hija a todos los efectos y sin más necesidades aparentes. Los dos meses de verano se escapaba con la niña, Balbina y Lobo a algún lugar de la costa, donde alquilaban un apartamento porque Gisele disfrutaba muchísimo. Esa era la única concesión que se permitía: descansar . Con ese plan de asueto veraniego estuvieron en Cádiz, en Santander o en Alicante. El lugar daba igual, ella solo quería estar con su hija y disfrutar de ella sin las obligaciones de horarios escolares y trabajo de ambas cuando estaban en Madrid.

239

Aunque Balbina, fruto de la confianza que tenía con ella y los años que llevaba a su lado, le hacía insinuaciones sobre su vida sentimental, Elena hacía caso omiso a esas alusiones, respondiendo

invariablemente y con una sonrisa que zanjaba la conversación:

—No necesito más amor que el de Gisele, Balbi —pero esta no se mostraba conforme con esa respuesta, porque en ocasiones era capaz de atisbar en los ojos de Elena una profunda añoranza que no se curaba con el amor de madre. Balbi confianza en que, algún día, alguien aparecería y le haría cambiar de opinión.

—Nunca la he probado, pa pa, la de maíz, pa pa. ¿Compra mos

esa? Pa pa. ¿Y el bizcoocho? Contestame pa pa.

Las voces venían desde la tienda que estaba atendida por Eulalia esa tarde, mientras Elena seguía en la cocina entre el dulzor de los boleros y la suavidad de sus bicas mantecadas. Quien hablaba parecía un niño con ciertas dificultades de pronunciación. Oyó decir a Eulalia:

—Puede usted echar un vistazo a todos los productos que tenemos y, cuando se haya decidido, le atiendo, no se preocupe.

Mientras tanto se volvió hacia otra señora, una clienta habitual de la tienda con la que hablaba sobre cosas del barrio. Entonces Elena percibió con total claridad aquella voz que hubiera reconocido entre un millón, y un plato se le escurrió entre las manos, estrellándose con gran estruendo contra el suelo. Eulalia se asomó a la puerta de la cocina y preguntó:

—Elena, ¿estás bien?

Ella solo hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras apoyaba su cuerpo contra la pared, temiendo desmayarse allí mismo. El señor que estaba en la tienda se dirigió a Eulalia:

—Disculpe, ¿puedo hablar con Elena?

—Ah, sí, sin problema si quiere que lo atienda ella, enseguida

sale.

240

La mujer que apareció desde la cocina era un espectro, pálida y temblorosa, incapaz de articular palabra. Eulalia insistió:

—Elena, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

Pues sí, lo había visto, un fantasma de su pasado, una aparición.

Allí estaba Miguel, algo más canoso y con los ojos coronados por unas marcadas ojeras pero con el estilo y encanto de siempre. A su lado y balanceándose sin parar, estaba un niño que lo tenía cogido de la mano y decía sin parar:

—Pa pa, vaaa mos.

El niño presentaba dificultades para hablar con fluidez pero era increíblemente guapo, con unos ojos claros que iluminaban su cara y el mismo mechón rebelde que su padre, aunque más rubio. Acompañaba sus frases de constantes balanceos, como si no pudiera parar, y a veces sonreía mirando al infinito. Estaba claro que era su hijo Pablo, su ojito derecho por la deficiencia que lo hacía especial. Miguel también estaba nervioso y se tocaba sin parar el mechón de su pelo que caía en la frente, ahora más corto. A pesar de su manifiesta angustia, Miguel se presentaba ante ella con algo más de aplomo porque venía buscándola y había preparado

mentalmente ese encuentro; sin embargo, Elena sufría una terrible agitación por lo inesperado de aquella visita y por la forma en que se revolvían sus entrañas.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó con un ligero cosquilleo en la voz y tragando saliva de forma ostensible. —Genaro me lo dijo, no le regañes, fui yo el que insistió mucho, tenía que verte. Tenemos que hablar.

Comprobando el sentido que adquiriría aquella conversación, intervino Eulalia:

—Veo que ya se conocen y lo puede atender Elena. —Y, comprendiendo que allí estaba de sobra, se retiró a la cocina.

Elena se veía tan incapaz de reaccionar que, para ganar tiempo y recomponerse, se dirigió al niño:

241

—Tú eres Pablo, ¿verdad? —Y cogió un buñuelo con una servilleta para ofrecérselo. El niño la miró con sus enormes ojos claros.

— ¿Coomo sabes mi mi noombre?

—Es que tú papa y yo somos viejos amigos.

Lo dijo sin levantar la vista del niño, evitando así que sus miradas se encontraran. Se notaba tan aturdida por la aparición completamente inesperada de Miguel que el desconcierto no la dejaba pensar

con claridad y, de hecho, cuando recordaba tiempo después aquel momento lo hacía como en una nebulosa grisácea que le impedía ver con nitidez. Se sentía tan turbada que suponía que él podría notarlo. Además no estaba segura que sus piernas tuvieran la fuerza suficiente para sujetarla sin morirse allí mismo.

Elena sabía que los dos vivían en la misma ciudad y alguna vez fantaseó con un encuentro fortuito en una calle llena de gente en la que sus miradas y sus corazones se tropezaran y se volvieran a descubrir. Muchas veces había dejado volar su imaginación divagando con un encuentro en el que se tomarían en brazos y borrarían de un plumazo dificultades y obstáculos. Pero, con la misma rapidez con que su corazón se trasladaba a ese escenario anhelado, su mente imponía cordura y anulaba esa ensoñación con la dura realidad: ella estaba sola y él era un hombre casado. Sacudió la cabeza aturdida con sus pensamientos que iban y venían a gran velocidad, aumentando su sensación de inestabilidad.

—¿Cómo estás? Te veo con muy buen aspecto, y cantas muy bien —añadió Miguel, más seguro de sí mismo y sonriendo—. Supe lo de Eladio y tu tía, ¡qué pena! Después de tanta lucha, tiene que haber sido muy duro para ti. ¿Y tú, estás bien?

Elena asentía con la cabeza tratando de posar su mirada en cualquier lugar, porque se sentía incapaz de decir nada coherente. Pero Miguel se acercó y le dijo:

—Tenemos que hablar, Elena, y ahora con Pablito aquí no es el mejor momento.

242

Ella replicó con un hilo de voz:

—No, Miguel, déjalo estar, es mejor que no nos veamos, tú tienes tu vida y yo... yo... —. No pudo acabar la frase.

Él, con total firmeza, le replicó:

—Tengo que contarte muchas cosas, Elena. Por favor, no me lo impidas, tenemos que hablar y, si después de escucharme, quieres irte, lo entenderé.

Su mirada se había tornado suplicante y, por primera vez desde que entró en la tienda, le pareció un niño pequeño y desvalido, más que su propio hijo Pablo. Sus palabras sonaron con tanta rotundidad que Elena se oyó aceptando:

—¿Mañana para comer?

Miguel la besó en la frente y le acarició el pelo en un gesto viejo como el mundo para ambos. Ella evitó tocarlo pero abrazó al niño

con una gran ternura.

—Pa pa, te ooolvidas la empanaaada para la cee naaa.

Ambos no pudieron evitar la sonrisa por la intervención de Pablo, mucho más atento a las cosas cotidianas que ellos dos, que solo eran capaces de mirar uno dentro del otro.

—Hasta mañana —dijo él volviéndose desde la puerta.

Elena, completamente demudada y con un reguero de sudor frío recorriéndole la espalda, se topó con Eulalia que, sin preámbulos, afirmó:

—Así que este es el hombre que te rompió el corazón una vez.

Cuidado, Elena, puede hacerlo otra vez porque tú lo sigues amando.

Pero ella rechazó esa idea con un gesto con su cabeza, levemente inclinada. Consideraba que había cerrado un ciclo y que no había vuelta atrás. O eso creía ella.

En el tocadiscos se oía al fondo:

243

Es la historia de un amor como no hay otro igual,

Que me hizo comprender todo el bien, todo el mal

Que le dio luz a mi vida, apagándola después...

Sin tu amor no viviré...

Bolero : Historia de un amor.

Autor: Carlos Almarán.

A Elena le seguían gustando aquellos boleros con letras desgarradas de amores imposibles o lejanos que nunca lograban ser felices. Porque la felicidad es una enteleguía. O tal vez no.

244

Querida Gisele

Mi querida hija: esta carta era una deuda pendiente que tenía contigo desde hace años, muchos años. Ahora que estás en la recta final de tu embarazo y voy a ser abuela por primera vez, cuando siento una emoción tan grande por ese bebé que va a nacer, creo que ha llegado el momento de compartir contigo algunos momentos de nuestra vida en común y dar respuesta a muchas preguntas que has planteado a lo largo de estos años.

Todavía, querida Gisele, me emociono al decirte «hija». Yo que me había resignado a no conocer la experiencia de la maternidad porque la naturaleza me lo había negado, he sentido el mayor amor de madre que se puede disfrutar y creo que no lo cambiaría por ninguna otra experiencia biológica porque estoy segura que no habría sido más intensa.

Ser tu madre, tu mamita, ha sido un privilegio para mí. De tu mano he descubierto un mundo que me era completamente ajeno y por el que hubiera pasado con completa ignorancia. Me has dado grandes alegrías pero no creas que todo fue un camino de rosas: también fueron muchos los momentos de sufrimiento e incertidumbre. Bueno, eso es la maternidad, en definitiva, y yo la he vivido plenamente aunque llegaste a mí con seis años. No creo que me haya faltado el aprendizaje de ninguna de tus etapas, porque tu llegada a Madrid te hizo retroceder un poco a un tiempo anterior de tu niñez, por el desgarró que dejabas atrás.

A ver si consigo ordenar mis recuerdos y vivencias para hacerte un relato coherente. No sé si será del todo correcto, tal vez me falle

245

alguna fecha o nombre, pero lo que sí puedes saber con certeza es que este escrito lo hago con el corazón, con un corazón lleno

de amor, porque como decía mi madre, «el amor no se divide, se multiplica».

Y así fue. Cuando de forma totalmente inesperada llegaste a nuestras vidas de la mano de la buena de Lucrecia, nuestra casa se llenó de risas infantiles, juguetes dispersos por aquí y por allá, bailes y música. ¡Cómo te gustaba obsequiarnos con tus coreografías

inventadas, con un ritmo loco en tu cintura y tus piernas! Eso lo has heredado de tu madre, de tu madre biológica, de la mujer que te dio la vida y te llenó de cuidados y cariño. Tu llegada al mundo se debió a la gran historia de amor de tus padres, mi primo Eladio y una mujer increíblemente bella, Dina *la negra*. Yo no la conocí personalmente pero lo hice a través de los ojos de tu padre y de lo que me contó Lucrecia, con la que compartió una gran amistad.

Me cuesta seguir un hilo cronológico, hija, espero que lo entiendas. Escribo más a los dictados del corazón que a los del tiempo y el orden de los acontecimientos. Pero aun así, deseo que te puedas hacer una idea bastante real de todo lo ocurrido en nuestras vidas. Que ha sido mucho, no lo dudes. En una época de mi vida pensaba, sublevándome ante tantos sinsabores, que la vida se cebaba conmigo de forma especial: la ausencia de mi padre, tan dramática, la de mi madre, mi exilio a Madrid, la soledad que dejó Tomás, mi amor truncado por Miguel... En fin, con el paso de los años he comprendido y aceptado que no es más ni menos que el río de la vida que te lleva y te hace chocar con algunos obstáculos: una piedra, una rama o una planta que pueden parar tu discurrir. Pero, al final, siempre se retoma el curso natural del río, más o menos rápido, más o menos fuerte.

Después pude conocer otras historias, otras vidas y otras personas y supe que yo había sido en general una persona afortunada y que tenía muchas cosas que agradecer a Dios y al destino, aunque también he sufrido lo mío. Pero, ¿sabes, hija? De todo se aprende.

246

Todo sirve para afrontar el futuro con nuevas armas, con más conocimiento y con más experiencias. Ahora sé algunas cosas que

con tu edad se ignoran y no se aprenden porque los mayores las contemos a los jóvenes o porque las puedas leer en algún libro sino que se aprenden con la propia vida, disfrutando y sufriendo a veces a partes iguales. Algo que lamento en mi vida propia y en la de los demás es que el ser humano pasa su vida buscando la felicidad y siempre pensamos que seremos más felices cuando tengamos tal o cual cosa, cuando acabe esta época o cuando se supere esta dificultad y eso, a veces, hija, nos lleva a olvidarnos de vivir el presente y de aprovechar el momento actual, porque el futuro no sabemos si existe o si nos tocará vivirlo.

Por eso quiero y te deseo que aproveches todo lo que estás viviendo, que aprecies cada día ese maravilloso milagro de la maternidad, ese vientre tuyo que crece cada día y se mueve avisando del prodigio de la vida que late en tu interior. No pienses que serás más

feliz o vivirás mejor cuando haya nacido el bebé, cuando dejes de sentir las molestias del embarazo y te encuentres bien físicamente o cuando hayan pasado los temores del parto. La felicidad es aquí y ahora, es todo lo que vives hoy, en este momento, ahora. Solo ahora. Así lo entiendo yo, hija, y así lo estoy disfrutando contigo, viviendo la espera de ese ser que va a llegar a través de ti, como una prolongación de mi hija querida.

Te decía que, cuando llegaste, contigo vino un rayo de luz a nuestra casa, un brillo y un destello que se había eclipsado tras la muerte de Tomás. Era mi primer marido, ya lo sabes, has visto fotos en casa y, desde tu inocencia infantil, me preguntabas mirando la foto de nuestra boda: «¿Es mi abuelo?».

Se justificaba esa curiosidad por la evidente diferencia de edad que nos separaba. Pero era mucho más lo que nos unía. No, no era tu abuelo, pero si hubieras aparecido en nuestras vidas antes, Tomás se habría vuelto loco de amor por ti, tal vez como un padre, tal vez como un abuelo, no lo sé, pero sí estoy segura que se habría volcado contigo. Como lo hizo conmigo.

247

Conocí a Tomás porque era uno de los vecinos que residía en el edificio donde la tía Liceria tenía su portería. Allí me acogió ella

como una madre cuando llegué a Madrid, desvalida y sola después de las muertes que dejaba atrás en Artexa. ¡Ay, este pueblo tiene lo mejor y lo peor de cualquier población pequeña, pero ahora estamos felices aquí pasando temporadas! Escapar a la ciudad era mi única posibilidad de huir del dolor y tratar de organizar mi vida y salir adelante. Allí conté con la ayuda incondicional de Liceria, mi querida tía, que nunca desfalleció hasta el final. Una mujer fuerte, como las de antes. Se crecía ante las dificultades. Nunca flaqueó en el inmenso amor por los suyos. Bueno, te decía que allí en Madrid retomé mis estudios, me adapté poco a poco a la vida en la capital y conocí a Tomás.

Mi marido era un caballero y lo digo con total objetividad. Y no lo hago por esos recuerdos edulcorados que a veces tenemos de los que ya no están, cuando solo recordamos lo bueno obviando todo lo demás, como en un afán absurdo de parecer todos excelentes personas. Pero, ¿sabes una cosa, hija? Tomás era así, de verdad, sin necesidad de obviar defectos. Era un caballero en toda la extensión de la palabra, un hombre bueno y honrado, culto, cariñoso y un gran profesional en un oficio como el suyo en el que no siempre se puede afirmar eso. Me amó con un cariño infinito y me salvó

(como antes lo había hecho la tía Liceria). Después lo volvió a hacer Miguel unos años más tarde.

Con Tomás crecí como mujer y me ayudó a formarme como persona. Cuando lo conocí, yo apenas era una jovencita y pasé unos años maravillosos a su lado, así que cuando se fue me dejó un vacío inmenso y un montón de negocios sobre los que había que tomar decisiones. ¡Yo, que ignoraba casi todo de ese mundillo! Pero, con la ayuda de Genaro, salí bastante airosa. Alguna vez te enseñé una foto de mi estancia en Guinea, de la cena de despedida. Allí encontré a unas personas maravillosas, dispuestas a luchar por que todo aquello saliera adelante. También conocí a alguna de las personas

248

más despreciables de mi vida, pero eso no te lo voy a contar ahora, cariño. Tú estás viviendo un momento dulce. Aunque ya sabes o espero que tardes mucho en saberlo que en la vida hay bueno y malo

y toda naranja tiene su cáscara amarga.

Otra vez me desvíó, hija. Te decía que, cuando llegaste a nuestra vida, apareció contigo un destello de claridad que tanta falta nos hacía en aquella casa que se nos había tornado oscura desde que se fuera Tomás. Hacía poco tiempo que había fallecido y yo me sentía cual náufrago a la deriva, mi vida se ocultó entre sombras hasta

que una nena de seis años me obligó a mirar la realidad de frente y asimilar mi pena.

—«La vida sigue igual».

En aquel momento, qué cierto era el título de esa canción que había sido un gran éxito... pero no te negaré que es duro recomponerse después de una pérdida. Parece que todo el mundo que has construido cede bajo tus pies y, de golpe, no tienes donde sujetarte... es hasta cruel, sobre todo cuando se trata de muertes violentas. Bueno, en el caso de Tomás casi me pude sentir afortunada porque murió tranquilamente en su cama y creo que en paz consigo mismo y con los demás. Lo hizo con una sonrisa en los labios y eso me sirvió de consuelo entonces. Pero he de reconocer que a veces la vida me ha parecido perversa, incluso inhumana, porque te arranca aquello que más quieres cuando lo estás disfrutando. Así es, hija mía. Y otra cosa que también he aprendido con el paso de los años es que solo echamos de menos aquello que perdemos. Y a veces ya es tarde. Eso me pasó con Miguel cuando los dos vivíamos en el pueblo, menos mal que la vida me dio una segunda oportunidad... pero eso ya te lo contaré más adelante.

Para hacer frente a todos esos vacíos hace falta una voluntad

férrea, una fuerza inquebrantable, a veces a prueba de bomba, para no flaquear y no dejarte arrastrar por unas circunstancias negativas.

Eso he intentado una y otra vez y eso he tratado de transmitirte, querida Gisele, como espero que tú lo hagas algún día con ese hijo

249

que traerás al mundo dentro de poco. ¡Me parece tan emocionante, tan sublime que aquella niña de coletas relucientes que llegó en

brazos de Lucrecia desde la otra punta del mundo vaya a ser madre!

Y que de paso me vaya a convertir a mí en abuela! Esas son las inesperadas sorpresas que te da la vida. Estoy segura de que será una sensación increíble.

¡Ay, Dios mío, hija, que no consigo seguir el hilo! Está visto que el orden no es lo mío. No quiero justificarme pero es que, como estoy tocando temas tan sentimentales para mí, me emociono y salto de uno a otro sin ninguna armonía, sin método. Pero voy a intentarlo.

Como te decía, nuestra querida Lucrecia llegó contigo a Madrid una tarde en que yo iba a ir a la ópera y me estaba arreglando. Me sobresaltó el ruido que procedía del pasillo, donde Lucrecia discutía con Balbi, que no la dejaba entrar en el piso. Ay, hija, ahora lo recuerdo y me da la risa. Las dos habían elevado la voz de forma

ostensible: Lucrecia, porque quería que me avisara y Balbi, porque insistía en que era un error, en que se había equivocado de piso...

Mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré de frente con aquella estampa: una mujer mulata enorme y rolliza y vestida con una colorida túnica y un turbante adornando su cabeza. Y en sus brazos estabas tú, agotada después de un viaje tan largo. Enseguida supe que aquella visita sería especial pero, ¡poco podía imaginar cómo iba a cambiar mi vida!

Como te decía, aquella llegada, tan impensada como alegre, resultó también traer aparejada la peor de las noticias, extraña y brutal, que supuso un enorme mazazo para tu abuela, la tía Liceria: el encarcelamiento de tu padre en unas penosísimas circunstancias y la noticia también para nosotras desconocida de la existencia y muerte de tu madre. Toda aquella información de sopetón fue muy dura de digerir y provocó que tu abuela enfermara. Se metió en la cama, inmóvil, y creo que su cuerpo y su mente fueron incapaces de aceptar el terrible paradero de tu padre en un penal venezolano.

250

Pero solo se concedió unos días y, como el Ave Fénix, resurgió de sus cenizas con más fuerza que nunca para luchar por su hijo.

Fueron tiempos convulsos en los que hubo que organizar todo

lo necesario para escolarizarte y lograr que te adaptaras a una nueva vida. Y yo... bueno, me volví a encontrar con Miguel en una de esas tremendas casualidades que tiene la vida. Fui a un despacho que me habían recomendado porque había que contratar a un buen abogado para sacar a tu padre de allí y, bueno, hija, fue un shock terrible: la mujer que me atendió, altiva y soberbia, era la mujer de Miguel. Fue una época de grandes contradicciones, de paradojas, de lo mejor y lo peor. Viajé a Venezuela con él, quien se encargó de la defensa de Eladio, y tal vez pasé allí las peores semanas de mi vida. No me voy a extender en esto pero aquello era el infierno.

Tuvimos que hacer mil gestiones, pagar mucho dinero y pasar por situaciones muy complicadas. Pero mereció la pena porque, si tu padre hubiera seguido allí, no habría salido vivo.

Respecto a mí... me da algo de pudor contarte cosas íntimas, así que me las voy a saltar. Soy tu madre, no te voy a dar detalles digamos que... románticos. Miguel y yo nos reencontramos y, como te he dicho, sufrí los peores días y las noches más maravillosas en brazos del hombre con el que conocí el verdadero amor, la locura y la pasión. Tú ahora ya sabes lo que es eso, sé que Raúl y tú estáis muy enamorados y vais a ser padres, de modo que entiendes lo que

te digo.

Aquellas semanas compartidas con Miguel en las circunstancias más duras que uno puede imaginar fueron las más dulces e intensas que puedo recordar y, precisamente, fue el recuerdo de esos días lo que me permitió seguir viviendo cuando las cosas se torcieron. Bueno, tal vez lo estoy explicando mal. Más bien tendría que decir «cuando las cosas se recolocaron en su sitio». Cuando regresamos a Madrid, yo me aparté voluntariamente de él con el corazón completamente roto pero plenamente convencida de lo que hacía. Él era un hombre casado y con hijos. No podía hacer otra cosa. La impotencia y la pena me mataban, pero era inevitable.

251

Me fui unos meses a Guinea para arreglar los asuntos de Tomás en aquel país y fue una buena experiencia, también compleja porque me tuve que sumergir en un mundo de negocios que desconocía, en un país extraño y con una sociedad muy distinta a la nuestra, pero conseguí el apoyo de buenos profesionales y logramos sacar de allí y mandar a la cárcel al desvergonzado gerente que se había hecho dueño de la situación como si fuera su cortijo y él un jefe supremo con todos los poderes. Se llamaba Domingo ¡Ay, ya no recuerdo su apellido, los años no pasan en vano, hija!

Los meses que pasé allí fueron muy intensos porque el trabajo que había que hacer era enorme y muy técnico, pero conseguimos reflotar los negocios y salvar los empleos de las personas honradas y buenos empleados. Yo estaba tan atareada que pensé que la distancia me ayudaría a arreglar mi parcela sentimental, pero lo único que comprobé era la intensidad de mi amor, porque la ausencia no se suavizó ni se hizo más llevadera.

Una de las mejores noticias para nuestra familia fue el día que Rafael, el abogado venezolano, nos llamó para decir que tu padre era libre. Fue una explosión de alegría, abrazos y lágrimas. Supongo que lo recuerdas. Llegó a Madrid dos días más tarde con el aspecto de un muerto en vida. ¡Pobrecito, cuánto había sufrido! Y entonces, a pesar de lo que yo había esperado, tu padre no recuperó la alegría ni el ánimo ni la fuerza para salir adelante. ¡Qué incoherencias tiene a veces la vida! Y por más razones que busquemos, no hay justificación posible para un disparate o una sinrazón. Tardé en entenderlo, pero tu padre no había salido de la prisión sino que seguía encarcelado. Porque su corazón se quedó en aquel arcén donde cayó ensangrentada y muerta tu madre. Y él también se había quedado allí. Solo esbozaba una leve sonrisa contigo, solo tenía una mínima

actividad a tu lado y solo se levantaba para besarte a ti. Y cuando tú no estabas, se volvía a encoger como un caracol en su caparazón, se escondía en su oscuridad y su mutismo y, a pesar de todos los intentos por sacarle de ahí, no lo logramos. Tardé tiempo en comprender

252

que él no quería médicos ni medicamentos ni terapias ni hacer ningún esfuerzo. Solo deseaba que lo dejáramos ir al lado de tu madre.

Estoy completamente convencida de que, cuando tu padre supo que todo lo relacionado contigo estaba organizado, se dejó ir y empezaron sus problemas físicos. Cuando percibió que tenías garantizada una vida a mi lado y una estabilidad económica y emocional, ya no tenía ningún motivo para quedarse. Aquel no era su sitio. Sé que hay una explicación médica a la desaparición de ambos, pero a mí eso me da igual. Yo sé que ellos dos, Eladio y Liceria, pactaron en su subconsciente irse juntos. La vida ya les había mantenido muy separados y decidieron iniciar el viaje definitivo de la mano, uno al lado del otro. Así fue, hija. No debemos darle más vueltas.

Para ti fue muy duro. La muerte de los dos fue aterradora para una niña de tu edad. Nos quedamos solas y nuestra casa se volvió un lugar sombrío. Pasaste una temporada muy mala, con rechazo, rabia, impotencia y pena, mucha pena. Yo me sentía atada de pies y

manos, no podía ayudarte. Trataba de hacértelo más llevadero, pero sabía que tenías que vivir tu propio dolor para aceptarlo y poder seguir con tu vida. Entonces Balbi tuvo una idea genial. ¡Cuánto me alegro de haber aceptado la llegada de un perro a nuestra casa! Lobo nos ayudó a todos: a veces, cuando nos arrastraba la tristeza, él aparecía y hacía alguna de las suyas, cogía un zapato y se escapaba con él por el pasillo, provocando la risa de todos. ¡Qué animal tan bonito, dulce y con carácter al mismo tiempo! Se convirtió durante años en tu compañero de fatigas, el más fiel y noble amigo que se puede desear.

Ya estoy llegando al final de nuestra carta, cielo. Creo que te lo he contado todo, tal vez un poco desordenado, pero no me he guardado secretos. Ya sé, ya sé, estás pensando que he omitido mi encuentro definitivo con Miguel pero... ¡me lo has preguntado mil veces y yo te lo he contado otras tantas! Una tarde cualquiera, cuando estaba cocinando en la tienda, apareció Miguel acompañado de su hijo Pablito con la excusa de comprar alguna de mis empanadas.

253

¡Quiero pensar que vino por algo más que mis platos! Empezamos a vernos otra vez ante su nueva situación a pesar de que yo era muy reticente y tenía mucho miedo de volver a sufrir. Su mujer lo

abandonó para iniciar una nueva relación. Fuimos muy poco a poco como cortejándonos, como dos novios de juventud que se encuentran al cabo del tiempo.

Ya sabes que no fue fácil. Él tenía su familia y yo a ti, pero logramos vencer las dificultades, adaptarnos uno al otro y... pues hasta aquí, hija, espero que Dios nos guarde mucho tiempo uno al lado del otro, contigo cerca y con Pablito junto a su familia. Él es especial y ha traído un rayo de luz a nuestras vidas, como tú hiciste en su día.

A ese niño no le faltará el dinero y su padre le ha asegurado una estabilidad económica si él se va antes pero, lo que de verdad demanda, con lo que nunca tiene suficiente es con el cariño, con los besos, con el amor. Quiere mucho a sus hermanos que se desviven con él. Algo menos a su madre, pero esa es otra historia. Sé que tú también lo quieres mucho porque nadie con un ápice de sensibilidad le puede dar de lado a una criatura como esa, todo bondad y un alma limpia como el agua transparente. Nos da muchos momentos de felicidad y ahora que tú ya no vives en casa, todo gira en torno a Pablito. Y, como sabíamos el efecto beneficioso de los animales con los niños, llegó a casa Roco, un cachorro de Jack Russel completa-

mente desobediente y muy travieso que lo tiene muy entretenido y del que se ha vuelto inseparable.

Me has preguntado muchas veces si he sido feliz y mis respuestas siempre han sido vagas porque, aunque he teorizado sobre la felicidad, no es lo mismo escribir en un folio en blanco que experimentarlo.

Me parece que la felicidad es algo efímero, un valor que se nos escurre de las manos con mucha facilidad, una sensación breve pero tan intensa que el alma parece estallar bajo su influjo. A pesar de los palos de la vida, y me ha obsequiado con algunos, me considero

254

una persona afortunada, tocada por la mano de Dios o, al menos, ligeramente acariciada por esa mano poderosa. He sido inmensamente feliz y terriblemente desgraciada, de todo ha habido. La más

dichosa de las mujeres a veces y la más desgraciada de las personas otras. Lo mejor y lo peor. Pero cuando haces balance, te quedas con lo bueno, al menos eso hago yo para seguir adelante.

No olvido todo lo malo, lo tengo presente pero escondido en una parte recóndita de mi mente y mi corazón. No lo olvido, porque son lecciones de vida, pero solo me recreo en lo bueno, en lo que me ha hecho feliz, en lo que me hacía desear y desear más

momentos similares, con Tomás, contigo, con Miguel, con mis padres y con el resto de la familia. Evocar todas esas situaciones es suficiente para seguir viviendo con una sonrisa en los labios, con emoción en el alma. ¿Y lo malo? Pues nos sirve para no caer en los mismos errores, para ser más precavido y para tener una visión diferente de las cosas. Para aprender, en definitiva.

En esta etapa de mi vida digo de nuevo algo que ya pensaba en el pasado, «bendita rutina», no anhele mucho más, salud para los míos y que las cosas sigan como están. ¡Qué más se puede pedir! Que estéis a nuestro lado, vigilando de cerca vuestras vidas pero dejando volar a los pajarillos del nido. Es ley de vida.

Te quiero, mi amor.

Llegaste a mi vida para salvarme y lo has hecho con creces. No sé cuándo leerás esta carta pero, cuando lo hagas, piensa que la escribí con el corazón, que volvió a latir gracias a ti en un momento oscuro de mi vida.

Te quiere, mamita.

255

Rumore, rumore

El lugar de encuentro de la comitiva de las cotillas de Artexa había

cambiado ligeramente su punto de encuentro. Se seguían viendo en torno a la camioneta que vendía el pescado pero, en los meses que apretaba el calor, estacionaba al final de la carretera, en la zona de arboleda, para protegerse algo del sol. Era una mañana luminosa y cálida con un sol cegador que invitaba poco a quedarse a pie firme hablando, pero el grupo de mujeres era indiferente a las inclemencias meteorológicas e, igual que aguantaban el frío y la lluvia cuando las noticias merecían la pena, desde luego no las iba a desanimar una mañana de estío que rondaba los treinta grados.

Isabel, la más joven de las mujeres pero también una de las más avisgadas, quería alcanzar su rato de gloria con información suculenta que sabía sería codiciada por las demás. La prima de Pilar, otra de las veteranas del grupo, estuvo pasando unos días en Madrid, lo que ya de sí era una auténtica noticia (porque los viajes a la capital eran muy escasos desde la aldea), pero además tenía una misión encomendada por las mujeres: ir a la tienda de alimentos de Elena para verla en plena faena.

Las chismosas no renunciaban tan fácilmente a obtener un tema de conversación jugoso y con muchas aristas, como era ver a la triunfadora Elena, a la viuda del abogado rico, vendiendo empanadas y rosquillas detrás de un mostrador después de haberlas ama-

sado con sus propias manos. Para las alcahuetas era un éxito comprobar la caída en desgracia de su vecina huida a la capital, porque

257

«ninguna señora quiere verse de tendera», según afirmaba Luisa. Así que aquel sábado por la mañana a pesar de la temperatura y el sol

inclemente, ninguna de ellas faltó a la cita con el pescadero.

Pilar se hizo esperar un rato sabiendo que el tiempo añadiría emoción a lo que ella tenía que contar y la puesta en escena es importante en estos casos. No se trata de llegar, contar la noticia y ya está, porque desde que se comparte con las demás la noticia ya es tan suya como de la dueña inicial. No, hay un manual de estilo que es preciso respetar. Incrementar la tensión haciéndose esperar, llegar tarde sin motivo aparente y, cuando ya es el centro de atención de todas las miradas y todos los oídos, entonces, y solo entonces, hacer una buena introducción para crear el marco adecuado. Y, si se tensa mucho la cuerda, aguantar algunos comentarios impacientes del resto de las chismosas.

Se trata de todo un arte que algunas de ellas manejaban a la perfección, con la maestría que se logra en cualquier disciplina después de años de práctica. Había que esperar, dominar los tiempos, acompañarse de un adecuado lenguaje no verbal que disparara la

ansiedad por ser oída y entonces, cuando ya el grupo estaba a punto de estallar de impaciencia..., entonces, cuando ya algunas de ellas estaban rojas de emoción e incertidumbre... soltar la noticia, alta y clara, vocalizando perfectamente para que se entendiera a la primera. Pilar sabía que desde ese momento el murmullo se haría dueño del grupo y los comentarios en voz alta serían un clamor.

Pilar gozaba ya de la categoría de maestra, con absoluto dominio de la puesta en escena y, cuando todas estaban a punto de reventar, dijo:

—Elena no está en la tienda, pero no es que no estuviera ese día, no, no, es que ya no trabaja allí —hizo una pausa innecesariamente larga—. Bueno, ni siquiera cocina ya—. Las caras de las compañeras de fatigas y cuchicheos eran un canto a la impaciencia. El nerviosismo hacía mella en el grupo.

258

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Dónde está? ¿Pudiste verla? ¿Quién te lo dijo? —. Las preguntas se sucedían unas tras otras, sin pausa.

Pilar, Pilariña para las íntimas, sabía que estaba a punto de alcanzar el cénit y quería disfrutar ese momento porque intuía que pocas noticias podían superar a la que ella traía en ese momento, así que esperó a que toda aquella turbación cesara y no empezó a hablar

hasta que se hizo un silencio sepulcral. Fue entonces cuando inició

la frase mágica:

—¡No os lo vais a creer pero es que Elena se casó! —dijo ele-

vando artificiosamente el tono en la segunda parte de la frase y estirando la última palabra.

Semejante afirmación cayó sobre el grupo con la fuerza de una bomba. Todas le dedicaron una mirada expectante, ávidas de seguir oyendo, porque intuían que esa afirmación iría seguida de otra porción de noticia tan jugosa como la anterior.

Maruxa, que permanecía medio enfurruñada por el indiscutible protagonismo de su cuñada pero asombrada por la declaración que la otra estaba haciendo, inquirió muy a su pesar:

—Acaba ya Pilariña, cuenta de una vez con quién se ha casado, lo sabes, ¿verdad?

Pilar asintió con la cabeza y, para evitar que las mujeres se la echaran encima cual turba enfurecida, dijo con toda la solemnidad que fue capaz de reunir:

—Elena se casó con Miguel, el sobrino de Úrsula, la dueña de la cantina. Con Migueliño.

Esa aseveración causó tal asombro que las mujeres parecieron no procesar la noticia y siguieron con su rosario de cuchicheos for-

mados por preguntas intrascendentes del tipo: ¿Y ya no trabaja?
¿Cuándo se casó? ¿Iba vestida de novia? ¿Qué hizo con la tienda?
Hasta que Isabel, que por algo era la más despejada de mente
del grupo, soltó el aguijón definitivo que esperaba Pilar para poder
contar el resto del reportaje realizado en primera persona.

259

—Pero, ¿Miguel no estaba casadooo con una abogada ricaaa?
Ahora sí, ese era el momento crucial y Pilar, Pilariña para las
íntimas, exclamó:

—Elena cambió mucho, filliñas, ya no es la chica tímida y formal
que salió del pueblo, la capital las cambia mucho y esta nos engañó
a todas. ¡Menuda mosquita muerta!

—¿Qué pasó, Pilar? Cuéntalo ya que nos vas a matar a todas —
gritó Maruxa, incapaz de contener más nerviosismo.

En ese momento, el pescadero comprendió con desesperación
que su pregunta (¿A quién atiendo ahora?), se iba a quedar sin res-
puesta hasta que las mujeres conocieran la historia completa.

—Cállate, Ricardo, ¿no ves qué estamos ocupadas?

Ricardo, que era hombre prudente, se resignó a esperar pacien-
temente aquel discurso sobre amoríos de una tal Elena, dudando en

su fuero interno si las ventas de aquel sábado serían buenas después de tanto atracón informativo.

Pilar quedó situada en el centro del grupo que se formó de manera espontánea y, ya con la certeza absoluta de tener un protagonismo imposible de igualar, se dispuso a hacer el relato completo:

—Pues lo que os decía, la muy astuta solo se fija en hombres ricos, ¿qué os parece? ¡Si su pobre madre levantara la cabeza! No le guardó ni el luto al marido, al viejo que la dejó colocada con pisos y empresas y, ¿sabéis lo que hizo? Pues contratar a Migueliño como abogado para sacar de la cárcel allá en Venezuela al Eladio, el que se casó con la mulata, que buena gana tenía con la de mozas guapas que hay en el pueblo.

Maruxa se impacientaba.

—Eso ya lo sabemos Pilar, vete al grano —dijo con firmeza.

—Pues Elena se lio con Migueliño cuando se fueron a Venezuela y lo sé de buena tinta que dormían juntos en el hotel, en la misma habitación —recalcó la idea por si quedaba alguna duda—. En la misma cama.

260

Las mujeres se llevaron las manos a la boca, lanzando grititos de sorpresa y escándalo al mismo tiempo en un gesto muchas veces

repetido.

Isabel preguntó:

—¿Quién te lo dijo?

Pilar, ofendida y con pose muy digna, replicó:

—Ya sabes que eso no se puede decir.

Como en el más estricto código deontológico del periodismo nunca se podían desvelar las fuentes, eso lo sabía cualquier chismosa aficionada y no digamos una profesional y senior como la que llevaba allí la voz cantante.

—¿Qué paso entonces? ¿Y la mujer de él? ¿No quiso matar a Elena? —preguntó Luisa.

—Bueno, en la ciudad estas cosas las viven de otra forma —replicó Pilar, sabiendo que eso incendiaría más las mentes puritanas del pueblo—. La mujer de él, la abogada, será muy rica y muy guapa y muy señora, pero tiene unos buenos cuernos... —sentenció Isabel, haciendo un gesto explícito con las manos apoyadas en la frente.

—Y eso es igual en la ciudad que en el pueblo, a nadie le gusta que se los pongan—y todas asentían pensando cuánta razón tenía Pepa que, hasta entonces, había permanecido callada.

Pilar decidió retomar el hilo, porque aquellas chismosas no pa-

raban de interrumpirla.

—Parece que Elena abandonó a Migueliño al volver de Venezuela, el rumor dice que tenía miedo de que la mujer de él se enterase y se liara a tiros con ella. ¡Vaya descaró, primero se lo lleva a la cama y, después, si te he visto no me acuerdo!

—¿Migueliño ten fillos? (¿Miguel tiene hijos?) —preguntó de nuevo Pepa, que se iba animando viendo que su intervención había tenido éxito.

261

—Pues claro.

—¡Cuatro!

—¡Válgame Dios, cuatro criaturas con un padre golfo y una madre perdida!

—Y uno de los rapaces no es normal, les salió un poco estropeado.

Maruxa dándose cuenta que faltaba una parte de la historia y se estaban perdiendo en detalles que se podían añadir más tarde, exclamó:

—Pero si ella lo dejó ¿cómo es que se han casado? —la pregunta tenía una buena carga de intención... malévola. ¡A ver si su cuñada no tenía toda la información! Eso hubiera sido un sonoro fracaso

para la reportera.

Pero Pilar sabía que se la jugaba si volvía al pueblo con una verdad a medias o con información incompleta, así que hizo un auténtico trabajo de guerra de guerrillas y, desde la trinchera de la noticia, lo dejó todo atado y bien atado. Dijo con orgullo:

—Vivieron un amor casi imposible y, durante unos años, estuvieron separados pero muertos de pasión uno por el otro.

Las mujeres casi se enternecieron: «¡Una historia de amor!». Pero enseguida recuperaron la compostura perversa y rencorosa y Pilar siguió contando:

—Un día él fue a buscarla a la tienda con la excusa de comprar empanadas. Parece que iba con el fillo, el que es un poco tolo, y se hicieron otra vez novios.

—Pero, ¿y la mujer de él? —preguntó Pepa, sabiendo que sobaba un personaje incómodo en la historia.

—Pues otra mosquita muerta que resultó una pendona, es lo que tiene vivir en la ciudad, que se vuelven todas unas frescas.

No acabó la frase porque de nuevo se impacientaron.

262

—¿Qué paso con la mujer? —insistieron.

—Pues que la muy pendona también abandonó a Migueliño.

¡Pobre rapaz! Le pidió la separación porque se había enamorado de otro hombre, un tipo importante, creo que es el sobrino de algún senador.

—¡Jesús, qué poca vergüenza!

—No hay respeto por nada, con un hijo tolo, ¡cómo se le ocurre a esa mujer!

—La que siempre tiene suerte es Elena, primero se le muere el marido y la deja rica y ahora se lía con su novio de niños y también tiene dinero. Yo creo que les huele los cuartos a los hombres, no me digas! Son todos unos libertinos —sentenció Luisa.

— ¿Y dónde vive? ¿Y la tienda? —seguía preguntando Isabel.

—No sé dónde vive —tuvo que reconocer Pilar—. Porque la cocinera que tiene en la tienda, una tal Eulalia, no me lo quiso decir la muy estirada, pero lo que sí sé es que viven los cuatro como si fueran una familia feliz ¡Menudos depravados!

—¿Qué cuatro? —preguntó una despistada.

— ¡Quién va a ser! —dijo Pilar, con aire de suficiencia.

—Elena, Migueliño, la niña mulata, hija de la negraza del Eladio, y el hijo tolo, Pabliño le llaman.

—¡Dios bendito! —exclamaban unas y otras

Pensando que había llegado el momento de intervenir, Ricardo el pescadero alzó la voz y dijo:

—Bueno, ¿a quién atiendo ahora? Tengo una pescadilla de primera.

Maruxa le dedicó una mirada seria y trascendente:

—Ricardo, se hizo muy tarde, fillo, yo a estas horas ya no puedo preparar pescado para la comida. Hoy una taziña de caldo y listo.

263

Para desesperación del pescadero, todas las mujeres hicieron comentarios semejantes y, poco a poco, se fue deshaciendo el corrillo,

cada una enfilando hacia su casa, con la excitación de las noticias recientes que las habían dejado anonadadas. El pescadero las miró incrédulo, mitad airado y mitad resignado. Sabía que, ante noticias suculentas como las de aquella mañana, no había pescadería en el mundo capaz de competir. Empezó a recoger el género mientras se alejaba el murmullo de las mujeres y él pensaba para sus adentros que ojalá la tal Elena llevara ya una vida estable y tranquila, sin dar pábulo a más comentarios, por el bien de su negocio.

Ese día en Artexa las comidas en las casas del pueblo fueron frugales, nada de pescado fresco como era de esperar un sábado, solo caldo y algo de fruta. Los maridos apenas rechistaron por lo

escueto de los manjares porque las respectivas esposas, sin probar bocado la mayoría, no dejaron de hablar y hablar contando todas las nuevas, inesperadas e impactantes, que a los esposos producían muy escaso interés. Maruxa se desesperaba ante la pasividad de su marido.

—Fíjate en la ciudad, no hay ni una pareja estable. Elena se lía con el Migueliño y la mujer de este se va con otro y le pide la separación. ¡Qué escándalo, Dios mío, qué escándalo! —repitió arrastrando las palabras.

Y, ante el mutismo de su marido, levantó aún más la voz:

—Un día de estos me marchó yo, lo dejó todo y aquí te quedas.

El marido se levantó para ir a jugar la partida a la cantina y de paso matar un poco el hambre allí. Desde la cocina se volvió a oír a Maruxa gritando:

—No te lo crees, pero un día de estos llegas a casa y me he ido, no me encuentras.

Ramón pensó para sus adentros: «¡No caerá esa breva!».

264

A la sombra

Miguel caminaba cogido de la mano de Elena, ajeno a las miradas

indiscretas que le dedicaban los vecinos del pueblo. Habían salido a dar un paseo con Pablito, que disfrutaba muchísimo en la libertad del campo. Delante de ellos trotaba Roco, que se entretenía con cada rama, con cada brizna de hierba.

La casa familiar de Elena la habían acondicionado mínimamente para que resultara confortable para pasar allí unos días, aunque respetando la estructura y los muebles: así consiguieron que fuera una casa más cómoda pero conservando toda su esencia. El trozo de huerta que estaba delante de la casa se había reconvertido en un pequeño jardín con una mesa y un banco de piedra, donde, en algunas ocasiones, Miguel se sentaba a leer algunos dossiers del despacho.

El verano era un momento ideal para escaparse de los rigores del estío madrileño antes de irse de viaje a la costa. Pablo descubría la vida en el pueblo con auténtico entusiasmo, sobre todo en lo referente a los animales. Ya conocía a todos los vecinos y se dejaba caer en la casa de unos u otros para ver a los cerdos, el burro o las gallinas. Todo era para él un juego espontáneo, se le abría el apetito y tenía los mofletes sonrosados.

Para Elena y Miguel también era una escapada especial, como un viaje en la máquina del tiempo que les permitía transportarse

a aquellos tiempos de juventud donde descubrieron los primeros escauceos amorosos llenos de inocencia. Habían pasado años desde que ambos iban juntos a la escuela, Miguel convertido en el fiel escudero de su dama desde que jugaban y corrían improvisando juegos y entretenimientos en una aldea en la que lo único que había era la compañía de los demás para combatir la rutina. Sin embargo, ninguno tenía recuerdo de haberse aburrido entonces. Por eso, aquellos días resultaban tan excepcionales para todos, por unos u otros motivos.

Cuando llegaron al pueblo, hacía dos semanas, acompañados por Eulalia, que había cerrado la tienda para disfrutar de unas vacaciones, la gente del pueblo los recibió con una frialdad parecida a la del agua que corría por el arroyo de la montaña. Pero, poco a poco, fueron pasando los días y, cuando comprendieron que aquella familia era solo eso, una familia que quería disfrutar sus días de descanso en su pueblo natal, empezaron a caer algunas barreras y a entablar alguna leve conversación. Contribuyeron a ese acercamiento Pablito con su festiva inocencia y sus risas y las trastadas de Roco. Cuando, además, las cotillas oficiales del pueblo entendieron que aquella pareja ya no era fuente de noticias y que se había convertido en un matrimonio sereno y tranquilo aunque profundamen-

te enamorado, cesaron con la indiferencia y se fueron acercando a ellos. Al principio, con simples saludos cuando se cruzaban con ellos por los caminos de las huertas o por las bancadas del río. Y después empezaron a intercambiar algunas frases más, hasta que la relación se fue normalizando y, cuando se fueron al cabo de un mes de estancia, ya se habían olvidado de ellos, ávidos de que llegara al pueblo algún otro forastero interesante.

Miguel y Elena habían logrado organizar una vida no exenta de dificultades porque, aunque Pablito vivía con ellos y siempre profundamente apegado a su padre, los otros tres hijos, los mellizos y Úrsula, mantenían una postura un tanto distante con su padre, lo que hacía sufrir a Miguel. Elena hacía lo posible por normalizar esa relación porque, si algo le rompía el corazón, era ver el sufrimiento de su marido. En todo caso, sabía que era cuestión de tiempo y, de momento, se mantenía en un respetuoso segundo plano cuando él visitaba a los niños, evitando imponer su presencia.

266

Ellos dos estaban viviendo como pareja todo aquello que el tiempo y las circunstancias habían dejado suspendido en el aire, y Elena sentía cada minuto de su existencia como si fuera el último porque esa sensación de plenitud y felicidad tan intensa le daba miedo. Ape-

nas se separaba de Miguel, que la necesitaba en la misma medida. Gisele había sido mamá hacía tres meses de una pequeña rolliza a la que puso el nombre de su madre, Dina, y se iba habituando a su nueva tarea entre llantos y biberones. Después de un embarazo muy molesto, el nacimiento de la niña fue para ella como una liberación. Se sentía inmensamente dichosa con su bebé aunque arrastraban, tanto ella como su marido Raúl, la ilusión y torpeza de todos los padres primerizos, además de unas profundas ojeras.

Una de esas tardes de verano en las que el tiempo parece detenerse bajo un cielo de justicia y un calor abrasador, Gisele decidió aprovechar la corta siesta de la pequeña y el silencio que reinaba en la casa, y empezó a escribirle una carta a su madre, que se había ido a pasar una temporada a Galicia, a su pueblo.

Querida mami, mamita:

Qué carta tan emotiva y maravillosa me has escrito, ha sido como una vuelta a mis orígenes de la mano de una persona como tú, que me acogió y amó sin límites. Ahora que yo también soy madre puedo hacerme a la idea de la fuerza e intensidad de tus sentimientos. Y ahora soy yo la que desea compartir contigo emociones y vivencias que han estado encerradas en mi corazón. Creo que cuando

Dina sea una mujer, podrá entender la historia de su familia a través de unas cartas que tú y yo hemos compartido, y donde encontrará la clave de nuestras vidas.

Imagino que cuando recibas esta carta te sentarás debajo del sauce, de tu eterno llorón, aquel árbol de tu infancia, el de tronco antiguo y resistente, el que acompañó muchos de tus pesares, el que te ayudó en algunas soledades, el que también compartió alegrías. Cuando estés al abrigo de su sombra centenaria deja que te abrace y, entonces, empieza a leer...

Document Outline

- [La aldea](#)
- [Una nueva mirada](#)
- [Un caballero](#)
- [Maracaibo](#)
- [Recuerdos de juventud](#)
- [Carte de Elena: tú y yo apenas nos conocemos](#)
- [Bendita rutina](#)
- [La sorpresa](#)
- [Un buen abogado](#)
- [El país de la eterna primavera](#)
- [EL legado](#)
- [Trapos en el corazón](#)
- [Un viejo bolero](#)
- [Querida Gisele](#)
- [Rumore, rumore](#)
- [A la sombra](#)